

SARINA BOWEN

NI DULCE

ni amarga



VERGARA

NI DULCE NI AMARGO

Sarina Bowen

Traducción de Paula Vicens Martorell



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera parte

Julio

Una fruta es un vegetal apetecible. Además, si
dejas que se pudra, se convierte en vino, algo
que las coles de Bruselas jamás harán.

P. J. O'ROURKE

Tuxbury, Vermont

Griffin

—¿Griffin?

Mi madre estaba sentada frente a mí a la gran mesa de la granja mientras yo masticaba el último pedazo de su beicon ahumado con leña de manzano.

Mi jornalero y yo ya nos habíamos comido las tortillas de queso cheddar de Vermont y el pan casero con mantequilla de leche de nuestras vacas.

Había sido un desayuno estupendo, pero lo que mi madre dijo a continuación fue incluso mejor.

—He buscado a alguien para que os ayude esta temporada.

Me quedé con la taza de café a medio camino de la boca.

—¿De verdad?

—Eso es. Empieza hoy.

—No lo dirás en serio.

Siempre andábamos cortos de personal en esta época del año en que la hierba crecía tan rápido que casi la veías estirarse y los insectos libraban una guerra sin cuartel contra mis manzanos.

Todavía no habían dado las nueve, pero el peón y yo llevábamos horas trabajando. Al amanecer habíamos ordeñado unas cuantas docenas de vacas de dos establos. Solo habíamos vuelto a la casa para tomar un buen desayuno tras

el ordeño, pero teníamos que volver al tajo. Durante las siguientes ocho horas teníamos por delante una lista de proyectos y reparaciones tan larga y apretada que llegaba al quinto pino.

La promesa de mi madre de otro empleado era música para mis oídos. Dejé la taza en la mesa y la miré a los ojos; cuando vi su expresión, inusualmente indefinida, sentí la primera punzada de preocupación. Quizá no iba a gustarme enterarme de a quién había contratado.

—Anoche llamó Angelo —dijo.

«Maldita sea.» Ya sabía de qué iba la cosa. Angelo era un hombre encantador, parroquiano de nuestra iglesia católica, situada a un par de pueblos de distancia, en Colebury. También era agente de la condicional.

—Hoy trae a un joven, acaban de soltarlo; ha pasado tres años en la cárcel por homicidio. Fue un accidente de coche, Griff; estampó el coche contra un árbol.

El familiar ramalazo de ansiedad de llevar un negocio con dificultades me atenazó el pecho. Puede que tomarme la segunda taza de café hubiera sido un error.

—Estamparse contra un árbol no es ilegal, mamá; algo más tuvo que pasar.

—Bueno... —Dulcificó el rostro—. Mató al hijo del sheriff, que lo acompañaba en el coche; además, iba bastante drogado.

—Ah. —La verdad salía a la luz—. Así que has contratado a un drogadicto. Frunció el ceño.

—A un adicto en rehabilitación. Hace un mes que salió de la cárcel y lleva en rehabilitación desde entonces. Angelo dice que el chico puede conseguirlo, que lo único que le hace falta es tener trabajo. Se alojará en el barracón. A menos que tengas algún secreto, nuestra propiedad es una zona libre de drogas.

Zachariah, nuestro peón, reprimió una carcajada.

—El café es nuestra droga, señora Shipley, pero estamos muy enganchados.

Mi madre se le acercó y le dio un cariñoso apretón en la muñeca; se le daba bien acoger a los descarriados y Zachariah era su adquisición más exitosa. Sin embargo, no todos eran como él. Noté que me subía la tensión con la idea de añadir una drogadicción a nuestra larga lista de dificultades. ¡Como si necesitara más complicaciones!

Desde la muerte de mi padre, tres años atrás, mi madre y yo llevábamos juntos la granja. Yo tomaba todas las decisiones acerca de qué cultivar y dónde venderlo; mi madre hacía que todo funcionara: llevaba las cuentas y nos daba de comer a mí y a Zach, el peón, a mis tres hermanos pequeños, a mi abuelo y a los temporeros que hubiera. Cuando empezara la recogida de la manzana, al cabo de cinco semanas, manejaría nuestro ajetreado negocio mientras alimentaba a un ejército, porque nuestra plantilla se cuadruplicaría.

Así que mi más que capaz madre tenía todo el derecho a decidir sobre una contratación rápida, y ambos lo sabíamos; aun así, sus elecciones me ponían nervioso.

—Tiene veintidós años, Griff. —Se cruzó de brazos esperando que dijera algo—. Está limpio, dicen. No toma drogas, pero nadie más va a darle una oportunidad, y solo lo contrataríamos para la temporada de cultivo y para la cosecha. Dieciséis semanas como mucho.

«Vale. Las dieciséis semanas más cruciales para mí de todo el año.» Un hombre listo sabe cuándo dar el brazo a torcer con su madre. Evidentemente, ella ya había tomado una decisión y el día iba avanzando.

—Está bien —me rendí—. Cuando llegue lo instalaremos en el barracón. Avísame y le enseñaré la granja. Vamos, Zach. —Me levanté y cogí la gorra de béisbol. Zach me imitó.

Recogimos los platos sucios y salimos por la puerta de la cocina, donde mi hermana estaba limpiando. Eran sus vacaciones de verano en la facultad de Derecho.

—¿Los mellizos han sacado las gallinas? —le pregunté a modo de saludo.

—Sí, mi capitán —me respondió con sarcasmo—. Ya están fuera.

—Gracias. —Le di un apretón en el codo mientras pasaba a su lado, para compensar mi grosería. A veces soy un gruñón controlador, sobre todo durante la temporada de cultivo, y mis hermanas enseguida me dan una llamada de atención.

—Eh, Griff —me llamó May cuando ya abría la puerta—, ¿todavía quieres mandar a Tauntaun al matadero hoy? Tendrás que avisarme.

Me quedé en la puerta.

—Buena pregunta.

La matanza del cerdo supondría un montón de trabajo y yo no tenía tiempo. Por otra parte, a la semana siguiente sería la misma historia, si no peor.

—Sí. Deberíamos hacerlo, a menos que el día se convierta en una locura. Te avisaré para que calientes el agua.

May me hizo el saludo militar y Zach y yo salimos.

Echando un vistazo a la propiedad, vi a los mellizos en el prado trasero, detrás del barracón. Estaban moviendo la verja electrificada portátil que usábamos para mantener nuestras gallinas a salvo de los depredadores y, seguramente, peleándose por algo. A sus diecisiete años eran una década más jóvenes que yo.

Dentro de un año tendría que pagar la matrícula universitaria de ambos y no pasaba un día sin que eso no me quitara el sueño. Miré la propiedad con ojo crítico: la enorme y envejecida granja en la que me había criado estaba, de momento, en buen estado; habíamos renovado el techo y la habíamos pintado el año anterior; sin embargo, en una granja siempre hay algo que falla. Si no hay un problema en la casa, lo hay en el barracón de piedra o en las lecherías. O en el lagar, o en el tractor.

Incluso aunque no hubiera nada roto ese día, tendría que tomar decisiones

de negocios en un futuro cercano. Tenía que reinvertir en la granja, pero también necesitábamos efectivo; tenía que hacer la granja más rentable de algún modo sin tener que pedir prestado un montón de dinero.

Ojalá hubiera sabido cómo. Suspiré.

—¿Prefieres las cercas o la siega? —le pregunté a Zach.

Había mucho trabajo para los dos, así que no me importaba que eligiera.

—Elige tú —me respondió de inmediato.

Zach era el empleado ideal. Trabajaba como un buey desde el amanecer hasta la hora de la cena sin quejarse nunca. Dudaba que supiera hacerlo.

—Voy a segar —le dije—, pero a lo mejor cambiamos después del almuerzo. El chico nuevo habrá llegado... —«Mierda»—. Ven conmigo un momento.

—Claro.

Me dirigí por el prado circular hacia el cobertizo del tractor.

—Vamos a tener que vigilar a ese chico. Nunca te he pedido que espíes a nadie, pero esto es un poco raro.

Zach sonrió.

—Es... pintoresco, pero Angelo no es tonto.

Eso era cierto.

—Bien. ¿Tienes que decirme algo del Kubota?

Zach no era solo un empleado modélico, sino también un mecánico cualificado.

—Funciona bien, me preocupa más el equipo de ordeño del granero.

Maldije entre dientes. La mayor parte de nuestro ganado lechero estaba al otro lado de la calle, en la propiedad de un vecino. El grueso de la producción de leche era para una compañía lechera común y corriente. En nuestra granja criábamos una docena de vacas de cría ecológica cuya leche vendíamos a amigos que fabricaban queso gourmet.

—¿La bomba ha vuelto a causarte problemas?

Todas las granjas tenían equipos viejos, porque ningún agricultor podía permitirse actualizar la maquinaria como el resto del mundo cambiaba de teléfono móvil cada año. Yo era químico de profesión, no mecánico, así que era Zachariah quien convencía a nuestros equipos más difíciles para que funcionaran, y el equipo de ordeño era la máquina más importante de toda la propiedad.

—No va a durar mucho más. A algunos engranajes les faltan dientes y ya no encuentro piezas; lo más probable es que tengamos que sacarlos y tirarlos antes de Año Nuevo.

Gruñí.

—No quiero saber las probabilidades de que eso ocurra.

—Vale, Han.

—Gracias, Chewie.

—De nada.

Riendo, caminé esa mañana de julio hacia el granero del tractor, con la cabeza llena de preocupaciones. Traté de imaginarme cruzando el camino con cien vacas para llevarlas a ordeñar al más pequeño de los dos establos lecheros, dos veces al día. Invertir en equipos nuevos en unas tierras que no eran mías no me parecía buena idea.

Lo solucionaría de algún modo. Tendría que hacerlo.

Boston, Massachusetts

Audrey

Llevaba una blusa sin mangas con los tirantes atados en la nuca y la espalda al aire, digna de despido.

Parece inapropiado, pero debo señalar que no puedo permitirme el lujo de quedarme sin trabajo ni un solo día. Los peces gordos de Boston Premier Group me pidieron que me presentara en la sede de su empresa a primera hora de la mañana, así que me puse una blusa sin mangas porque estaba segura al noventa por ciento de que estaría pateando la calle en busca de empleo antes de las nueve y media.

Yo era chef de profesión, y muy buena. Por desgracia, para la mayoría de los restauradores de Boston el escote era más interesante que la destreza con el cuchillo. Lo había aprendido por las malas.

Eso iba pensando cuando subí en el ascensor hasta la sede de Boston Premier Group.

Si alguien sabía qué ponerse para que lo despidieran, era yo. Me habían echado de dos universidades antes de cumplir los veinte. Acto seguido, me echó mi madre, disgustada por mi falta de logros académicos. Me quitó el coche y dejó de ayudarme económicamente.

Pero entonces pareció que las cosas mejoraban. Entré en la escuela de

cocina, donde lo pasé realmente bien. Sin embargo, mi primer trabajo había resultado un desastre, y no sabía qué iba a hacer.

Cuando las puertas se abrieron en el piso quince, consulté la hora; llegaba al menos con cinco minutos de antelación. Mi madre, dondequiera que estuviera, habría estado encantada de que me apresurara a enfrentarme al pelotón de fusilamiento.

Hurra por mí.

—El señor Burton estará con usted enseguida —dijo la recepcionista, sentada a un hermoso escritorio delante de los despachos de los altos ejecutivos.

—Gracias.

Nerviosa, me acomodé en uno de los hondos sillones de cuero de la sala de espera, cogí un ejemplar del *Boston Magazine* de entre las revistas que había sobre la mesa y me oculté detrás de él.

La sala de espera no era un lugar seguro para mí. Para entonces, los detalles de mi última metedura de pata habrían llegado al despacho de todos los jefes: no solo había echado a perder las ganancias de una noche entera en su restaurante de primera, sino que mi cagada había dado pie a llenar la página de cotilleos de los periódicos.

La revista se humedecía con el sudor de mis manos. Si hubiera perdido aquel trabajo, tendría que encontrar otro de inmediato; nada de ahogar las penas y lamerme las heridas: necesitaba dinero.

El problema no era mi modo de cocinar, desde luego: era una buena cocinera, una cocinera innata, como había dicho uno de mis profesores. Había tardado veintidós años, pero por fin había encontrado algo que se me daba bien. Iba a hacerme falta aquel trabajo en el currículo, maldita sea.

—¡Audrey! —ladró alguien.

Sobresaltada, dejé la revista precipitadamente y me levanté.

—Bu... buenos días —balbucí estrechando la mano que Bill Burton me ofrecía.

—Ven conmigo —dijo yendo hacia su lujoso despacho.

Con la boca seca, lo seguí.

Esperó a que me sentara en la silla, frente al gran escritorio, antes de cerrar la puerta con un ominoso clic.

«¡Mierda!»

Me senté erguida en la silla. Me hundiría luchando.

Tomó asiento y me midió con la mirada. El profundo silencio se prolongaba.

—¿Por qué no me dices lo que pasó? —me preguntó por fin.

Vale. Bien. Era mejor que «Lárgate ahora mismo de nuestro edificio de oficinas». Pero ¿por dónde podía empezar?

—Bueno, señor... —dije vacilando y odiándome por ello. «¡Vamos, Audrey! Te lo juegas todo»—. Soy una excelente cocinera, señor; la mejor de mi clase. Pero BPG sigue asignándome tareas fuera de la cocina.

Levantó una ceja.

—Tu categoría laboral es de estudiante en prácticas, cariño. Nadie se convierte en un gran cocinero sin aprender el negocio.

«¿Cariño?» Tuve que morderme la lengua para no gritar. No era buen momento para peroratas. «Respira hondo, Audrey.»

—Quiero aprender el negocio —dije con cuidado—, pero si pone a una becaria a hacer un trabajo para el que no está preparada, no debería sorprenderle que las cosas vayan mal.

Abrió una carpeta de su escritorio y frunció el ceño al ver su contenido.

—Hace seis semanas, tu primera tarea fue supervisar las entregas de marisco en la lonja. Duraste un día.

—Cierto.

Había llegado a trabajar a las cuatro y media de la mañana y me había

encontrado con un sistema informático completamente desconocido para mí.

—Se suponía que tenías que hacer un pedido de doscientas langostas para nuestra marisquería principal, pero pediste doscientas gruesas.^[1] Eso son más de veintiocho mil langostas.

Me mantuve impasible.

—Nadie me había enseñado a usar el software —insistí.

Bill Burton suspiró.

—Está bien, pero anoche el problema no fue de software, ¿verdad?

—Sí que lo fue... —insistí de nuevo—. Indirectamente.

Se retrepó en la silla.

—Explícamelo.

—Mi último puesto ha sido en L'Être Suprême.

Era el único restaurante con una estrella Michelin de Boston, y todas las noches, cuando entraba, me sentía afortunada. El chef Jacques era uno de mis héroes culinarios.

Pero no me habían puesto en la cocina, donde podía ser útil; por supuesto que no. Me tenían en la entrada, encargándome de las reservas del restaurante.

Me aclaré la garganta.

—La otra noche, el software bloqueó una reserva especial para treinta directores financieros muy exigentes. —Se habían presentado inesperadamente a las siete en punto—. Cuando vieron que no estábamos preparados para acomodarlos en nuestro reservado, empezaron a meterse con el personal y siguieron haciéndolo mientras yo trataba de solucionar el problema. El plan de trabajo para el resto de la clientela se descontroló. Se perdieron las comandas y los platos se sirvieron a destiempo.

Me puse a sudar solo de recordar el desastre. Al chef Jacques casi le había dado un infarto. Sus gritos eran audibles incluso en la barra de cobre

martillado, donde los camareros, con elegantes chalecos, habían servido bebidas para apaciguar a los furiosos clientes.

No sabía mi nombre, de modo que no podía gritarlo, pero era peor, porque tardaba más en chillar «la maldita chica que hace las reservas».

Esa era yo.

—Sigue —dijo Burton.

—Estaba avergonzada de haber causado problemas en la cocina. —Junté las manos sobre el regazo y lo miré a los ojos—. Mi compañero de piso es pastelero. —Un pastelero sucio, podría haber añadido. Si había alquilado una habitación de su piso era porque no podía permitirme otra cosa—. Quería reparar el daño, así que cogí una gran fuente de brownies que había horneado él y que me había llevado al trabajo anoche; era una oferta de paz. —Dejé mi regalo de chocolate en el centro de la cocina. Los empleados se lanzaron sobre él como gaviotas—. Luego volví a la entrada del restaurante dispuesta a pasar el resto de la noche ocupándome de las reservas.

Aquello no era exactamente cierto, pero a Burton no le hacía falta saberlo.

Entre tarea y tarea me acercaba a la cocina. A algunas mujeres les cuesta mantenerse apartadas de los zapatos de diseño o de los actores atractivos; mi debilidad era ver a un chef estrella en acción. Prefería ver a Jacques batiendo una reducción balsámica que a Channing Tatum desnudándose delante de la cámara, así que tuve una butaca de primera fila en las catástrofes que tenían lugar. Cuando me escabullí para mirar, vi al chef riñendo al encargado de la parrilla.

—¡Así no se trata el pescado! —le gritaba a Enrique—. ¡Tienes que conservar entero el filete!

Di un respingo cuando el chef Jacques le dio un pescozón. Jacques era un gilipollas en los días buenos, pero aquella noche estaba más borde que de costumbre.

Por otro lado, Enrique estaba siendo tremendamente lento. Normalmente era un buen trabajador, pero esa noche parecía fuera de juego. Si no trataba el pescado como habría tratado al gobernador de Massachusetts, aquello no presagiaba nada bueno.

Ahora bien, de haber habido justicia en el mundo, yo habría sido la que habría empuñado la espátula de pescado. Habría respetado al máximo ese filete si me hubieran dado una oportunidad. Sabía que les daba mil vueltas cocinando a muchos de esa cocina.

Pero no. Volví a las reservas.

La siguiente vez que vi a Jacques, estaba machacando al chico de las ensaladas.

—Las hojas tendrían que formar una bonita colina —le decía sosteniendo un plato en el aire para que lo inspeccionara toda la cocina—. Esto son los Alpes después de un terremoto. ¡Arréglalo! —Arrojó el plato a la mesa de trabajo de acero; se partió en dos.

La alta cocina es la única industria en la que se alienta al jefe a comportarse como un niño irritable. Le pagan más por ello al chef, sobre todo si es hombre y de Francia.

Curiosamente, el chico de las ensaladas no estaba tan indignado como cabía esperar; en lugar de apresurarse a limpiar el desorden, sacó una hoja del montón de ensalada y se la metió en la boca. Luego hizo lo mismo con otra.

Me pareció raro, pero todavía no había comprendido por qué lo hacía.

—Fue una noche ajetreada —le dije a Burton—. Recibí una llamada del conserje del hotel Mandarin diciéndome que tenía un par de estrellas en alza que querían hacer una reserva.

Burton cerró cansado los párpados al otro lado del escritorio.

—Sigue.

—Sabía que a Jacques le encantaría tener a una estrella de cine en su

restaurante, así que le dije al conserje que los enviara, aunque no hubiera dicho de quiénes se trataba.

Así Burton sabría que yo tenía cabeza para los negocios. La magia de un restaurante depende de su reputación. Que *Página Seis* publicara una foto de los famosos en el restaurante del chef sería el golpe de suerte que yo necesitaba.

Sin embargo, cuando volví a pasarme por la cocina, no pude creer lo que veía. El chico de las ensaladas estaba despatarrado en su zona de trabajo, lo que de por sí ya era bastante extraño, pero Jacques ni se había dado cuenta. Estaba demasiado ocupado gritándole otra vez al de la parrilla mientras el sistema de extracción megapotente intentaba, en vano, eliminar de la cocina el humo del pescado.

La diatriba de Jacques era ininteligible. Cuando se enojaba, su acento empeoraba. No conseguí entender ni una sola palabra.

Me quedé con la boca abierta cuando el lavaplatos se me acercó y me puso una mano en el hombro.

—Impresionante venganza, Audrey. En serio. Eres mi maldita heroína.

«Eh... ¿Qué?» No me había enterado de lo que me decía. Mientras observaba, otra cocinera se había metido en la boca unos medallones de polenta cortados a mano. Era como si en la cocina todos hubieran perdido cincuenta puntos de CI y luego les hubiera dado un ataque de hambre.

—A mí no me afecta porque he desarrollado verdadera tolerancia; sin embargo, parece que el chico de las ensaladas no puede con la hierba. Deberías salir ahora, nena —me dijo el lavaplatos—. En cualquier momento Jacques va a averiguar quién ha traído los brownies con marihuana.

—Con mari... —Me quedé a media frase. El horror me heló la sangre—. ¡Dios mío!

—Desde luego, estás invitada a mi próxima fiesta. Estos eran matadores. —

Riendo, el lavaplatos salió fuera a fumarse un cigarrillo.

Y pensar que ni siquiera me había hecho falta encendedor para conseguir que mi carrera ardiera hasta los cimientos...

—Así que... —Burton suspiró—. ¿Me estás diciendo que no sabías que los brownies llevaban marihuana?

—No tenía ni idea —susurré—. En mi piso siempre hay algo horneado; no es que suela... robarlo, y ojalá esta vez no lo hubiera hecho.

Burton empujó el expediente que tenía en la mesa, alejándolo.

—Debería despedirte por esto.

—Lo sé, señor —me apresuré a responder—, pero sé que puedo mejorar si me da una segunda oportunidad. —«O una quinta...»

Enlazó los dedos de las manos sobre el vade del escritorio y se lo pensó.

Contuve el aliento. Bill tamborileó con los dedos en el vade de piel de aspecto caro y volvió a suspirar.

—Está bien, Audrey. Te irás a Vermont.

—Yo... ¿En serio? ¿Ha dicho Vermont?

¿Significaba eso que no me despedía? ¿Tenía BPG un restaurante en Vermont? Me parecía que no.

—Podemos darte otro trabajo de recepción de reservas y también mandarte otra vez a la lonja.

—Lo entiendo, señor —dije con tanta humildad como pude.

—Pero vamos a darte otra oportunidad para hacerle un favor a tu madre.

«¿A mi... qué?» Mi madre y yo llevábamos más de dos años sin hablarnos, desde que me había cortado el grifo del dinero. Me había pagado yo la escuela de cocina alquilando habitaciones en antros de mala muerte por todo Boston.

—¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Posee el quince por ciento de la empresa —me dijo Burton en un tono

que me dejó claro lo estúpida que era—. Aún podemos despedirte dentro de una semana, pero te daremos otra oportunidad por deferencia hacia tu madre.

Ni siquiera oí esto último; seguía aturdida por la bomba que acababa de lanzar. ¿Mi madre tenía una participación en BPG? No tenía ni la más mínima idea. Supongo que no tendría que haber sido ninguna sorpresa, puesto que mi madre estaba metida en muchos negocios rentables de Boston y, dado que cenaba fuera con socios de negocios cuatro o cinco días a la semana, sabía a qué restaurantes solía ir. De hecho, cuando llevaba las reservas de L'Être, me había preguntado si iría allí a cenar alguna noche. Pero ¿propietaria? Uf. Ella y la empresa encajaban bien, desde luego. BPG era despiadada y ella también.

—¿Audrey?

—Mire —le dije con una desesperación detestable—, necesito este trabajo, pero quédese conmigo porque soy una buena chef, no porque mi madre tenga mucho dinero. Ella ni siquiera sabe que trabajo aquí. —Por entonces no nos hablábamos.

Se encogió de hombros, como si diera lo mismo.

—¿Irás a Vermont unos días o no?

—Iré —repuse de inmediato—, siempre y cuando no descarte mi solicitud para el proyecto Green Light. —No estaba en condiciones de pedir nada, pero si no iba a dejarme competir por tener mi propia cocina, bien podía despedirme y buscar otro trabajo.

Burton me miró riendo. ¡Se reía de mi sueño!

—Audrey, hacen falta muchas pero que muchas tablas para conseguir el Green Light. Algunos llevan años intentándolo.

Lo sabía, pero no disponía de años. Tenía que conseguir ganar el concurso anual de BPG para el nuevo restaurante al primer intento.

—Sé que es difícil ganar. —Tenía que serlo; una empresa como BPG no financiaba cualquier idea que se le presentara, pero iba a ofrecerles un

proyecto estupendo e iba a llevarme todos los honores—. Pero prométame que me dejará intentarlo.

—Adelante, inténtalo.

Abrió los brazos, magnánimo. Se burlaba de mí, estaba segura.

—Nunca se sabe —prosiguió—. Ahora, hablemos del trabajo en Vermont. —Cogió otra carpeta y la abrió—. Te mando a hablar con varios granjeros en mi nombre: quiero que ayudes a nuestro proveedor a adquirir unos cuantos productos de finales de verano que vayan directos de la granja a la mesa. Vas a negociar el precio de dos docenas de productos agrícolas.

«Madre mía. Otra vez.» Yo era chef de profesión, una buena chef; sin embargo, BPG seguía asignándome tareas ajenas a mis capacidades y riñéndome porque las hacía mal.

—Señor, yo no sé nada de negociar.

Sin embargo, podría haber mandado a mi madre; esa mujer era capaz de cerrar un trato con un ratón de campo.

—Da igual.

Burton sacó un formulario de una carpeta y lo metió dentro de un sobre de BPG antes de entregármelo.

—Los productos y los precios están en estas páginas, todo lo que tienes que hacer es parar en cada granja y plantear la compra de lo que hay en la lista. Rellena el formulario apuntando quién nos provee de qué. Esos tipos estarán ansiosos por vender sus productos ecológicos a los restaurantes exclusivos de Boston, son un buen escaparate para ellos.

Cogí las hojas y les eché un vistazo. Era una lista de granjas con sus direcciones. Todas tenían un nombre bonito, teatral. El esfuerzo. Hondonada neblinosa. El pavo perezoso.

Aquello parecía bastante fácil, aunque llevaba el tiempo suficiente trabajando allí como para sospechar. Nada era sencillo si venía de BPG.

—¿Por qué no lo hacemos por teléfono? —le pregunté. Tenía que ser más barato que mandarme a mí a Vermont en un coche de alquiler para ir puerta por puerta. ¿Con el hotel también? BPG detestaba los gastos. Todo aquello era raro.

—Los granjeros no cogen el teléfono —me dijo Burton—, están demasiado ocupados cultivando, así que irás tú. Haz la maleta y ponte en camino. Tienes dos horas de coche por delante.

Me levanté aferrando el sobre, esperando lo mejor.

—Haz un buen trabajo, Audrey —me recomendó Burton cuando iba ya hacia la puerta—. Si no funciona, no sé si podré darte otra oportunidad.

—Lo haré, señor.

Aunque el paisaje fuera bonito, dos horas y media eran mucho tiempo para reflexionar sobre los propios errores. Fui subiendo más y más con el coche de alquiler, siguiendo una carretera rural que serpenteaba por la vertiente de una hermosa ladera. Por la ventanilla del lado del conductor veía destellos de las Green Mountains a lo lejos.

Seguía un poco asombrada por la bomba que me había soltado Bill Burton, pero, cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que la participación de mi madre en la empresa no era la razón. Premier Group era famoso por aprovecharse de los graduados en cocina y luego deshacerse de ellos. Tener el nombre de la empresa en el currículum era una especie de medalla honorífica, el Corazón Púrpura de la alta cocina. Incluso había un grupo de Facebook llamado «Yo sobreviví a BPG».

Su modelo de negocio dependía de esclavas como yo. Como pasante, se esperaba que trabajara setenta horas a la semana por un salario muy bajo. Llamaban al salario «estipendio» porque sonaba mejor que «salario de

esclavos». Si despedían a uno de nosotros cada vez que algo salía mal, no iba a quedar nadie para hacer los trabajos de mierda y traer café.

Eso seguía diciéndome, en cualquier caso, porque estaba harta de dejar que mi madre se inmiscuyera en mi vida. Pensé que alejarme de Beacon Hill sería suficiente para sacármela de encima, pero resultó que tendría que haber dejado la Commonwealth de Massachusetts.

Tal vez Vermont estuviera lo bastante lejos para evitar el mal rollo de mamá; eso esperaba, al menos. Todo lo que veía por las ventanillas del coche era verde. Las praderas se sucedían en la ladera de la colina y las ramas de los árboles que enmarcaban la carretera rural creaban un túnel frondoso. No tenía el menor indicio de dónde diablos estaba, pero era un lugar muy hermoso.

Gracias a Dios por el GPS, porque la orientación no era mi fuerte. Insisto, dejadme en la cocina con un cuchillo y soy una chica feliz, pero si quieres que administre tu empresa o negocie por ti un acuerdo de compra con varios agricultores de la zona rural de Vermont en un coche de alquiler..., arriesgado.

Según el indicador del salpicadero, estaba a solo ochocientos metros del primer productor de mi lista: la granja Shipley. Conocí a un Griffin Shipley durante mi primer año desastroso en la universidad; era un semental del fútbol y un juerguista. Nos habíamos enrollado un par de veces. Recordaba esas noches con toda claridad, cada instante de emoción.

Sin embargo, no conocía demasiado bien a Griff y no recordaba si era o no de Vermont, y tal vez Shipley fuera un apellido corriente. El hombre al que me habían enviado a buscar era otro, de todos modos. En mi hoja de instrucciones ponía «August Shipley: manzanas y sidras artesanales».

Había elegido empezar por la granja Shipley no por el nombre, sino por las sidras artesanales; tal vez el señor August Shipley me dejara probarlas. Si bebes con fines comerciales, no importa que aún no sea mediodía, ¿no?

Las sidras eran el producto más interesante de mi lista de compras, seguidas por unos cuantos quesos gourmet. Antes de salir de Boston, había llamado a Bob, el hijo de Bill Burton; él era el comprador que había elaborado la lista. «Compramos al por mayor, así que necesitamos un precio de mayorista —me había dicho—. Las tarifas de esa lista deberían colar. Llámame si tienes que cambiar algunos números, pero no podemos negociar mucho.»

Eso no había sido ninguna sorpresa. Ya estaba familiarizada con la política implacable de BPG, pero estaba decidida a lograr que la cosa funcionara. Necesitaba aquel trabajo. Mi arrogante madre se había asegurado de ello al quitarme el coche y el dinero de la matrícula; sin embargo, seguía mandándome correos electrónicos cada dos por tres exigiéndome que la pusiera al corriente de mis progresos. También me dejaba mensajes de voz.

Le respondía solo de vez en cuando, con la frecuencia imprescindible para que supiera que seguía viva. Sin embargo, pensaba en ella más de lo que me gustaba admitir. A menudo fantaseaba con el día en que un crítico culinario opinara favorablemente sobre mí en el *Globe*. Quería que lo leyera. Era probable que la incluyera en mi lista de reservas, simplemente para demostrar que podía.

El GPS del salpicadero me dio indicaciones. «Dentro de doscientos metros, su destino estará a la derecha.» Aceleré; llevaba más de dos horas y media en el coche.

Al cabo de un momento, la carretera asfaltada pasó de golpe a ser de tierra batida y me pilló desprevenida. El coche alquilado dio bandazos sobre la superficie desigual y noté una pérdida repentina de tracción. Pisé a fondo el freno.

Fue un grave error.

Patiné y la parte trasera del coche giró hacia la derecha. Experimenté un momento de terror mientras la tierra se movía de un modo impredecible.

Apenas dos segundos después, el coche se paró en seco. La mandíbula me chasqueó y el cinturón de seguridad se me clavó en el hombro, pero seguía agarrada al volante en posición vertical. Casi. El lado del pasajero se había hundido en una zanja al lado de la carretera.

«Bueno, todavía sigo de una pieza. Gracias, Jesusito.»

Con las manos temblorosas, me desabroché el cinturón de seguridad, abrí la puerta y luché para salir del vehículo inclinado. El corazón me iba tan rápido como una batidora KitchenAid a velocidad máxima. La pérdida de control había desencadenado una oleada de adrenalina.

—Mierda —maldije de pie en el camino de tierra, con las rodillas flojas.

Intenté respirar con normalidad y eché un vistazo al Prius. Tampoco estaba tan inclinado; a lo mejor conseguía sacarlo de la zanja con la fuerza del motor.

Cuando rodeé la parte trasera, sin embargo, se me cayó el alma a los pies: la rueda derecha trasera estaba desinflada como un suflé malogrado.

¡Maldita sea!

¿Y dónde demonios estaba mi móvil? Abrí otra vez la puerta del coche para coger el bolso, que, naturalmente, se había deslizado hacia el lado derecho y se había caído al suelo. Era complicado alcanzarlo, así que opté por tumbarme en el asiento del conductor para llegar con la mano hasta el suelo del coche. Lo intenté, pero claro, el bolso se había abierto, así que tardé lo mío en recoger el contenido esparcido: las barras de labios, las llaves de casa, el teléfono.

Cuando me pareció que ya lo tenía todo, salí del coche reculando. Al darme la vuelta, estuve a punto de sufrir un infarto. En el camino, detrás de mí, había un gigante barbudo, con los brazos musculosos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—¿Eres Audrey Kidder? —refunfuñó.

El monstruo gruñón sabía cómo me llamaba.

—¿Griffin?! —chillé.

Estaba muy distinto. Habían pasado cinco años desde que yo cursaba primero en la Universidad de Boston. No era tanto tiempo. Él, una estrella del fútbol, estaba terminando la carrera. Estaba acostumbrada a verlo afeitado, vestido de futbolista o con una copa de vino tinto en la mano en las fiestas de la fraternidad.

El hombre que tenía delante era tan alto y musculoso como el jugador de fútbol al que conocí, pero el parecido se terminaba ahí. «Este» Griff Shipley estaba bronceado y musculoso de un modo distinto. Llevaba una camiseta de la tienda de suministros Farm-Way y una gorra de béisbol con un tractor. Los pantalones de faena estaban manchados de pintura y raídos hasta un punto imposible de atribuir a un acabado envejecido de la marca Abercrombie. Los había dejado así el trabajo. Pero ¡Dios... qué bien le quedaban!

Me vino a la cabeza la última vez que vi a Griff Shipley. Estábamos en su habitación de la fraternidad y me sostenía en alto contra la puerta. Yo le abrazaba la cintura con las piernas mientras me...

—¿Qué estás haciendo en mi granja? —me preguntó—. Aparte de caerte en la zanja.

—¿Tu granja?! —grité acalorada—. Yo... eh... he venido a ver a tu padre. Trabajo para BPG. Quieren hablar de comprar la producción de sidra. De la rica, con alcohol —farfullé.

Adelantó la barbilla, pensativo.

—¿Ahora?

«Recupera el aplomo, Kidder.»

Enderecé la espalda.

—Soy su representante. ¿Tu padre está en casa?

Griff enarcó una ceja.

—Llegas tarde.

—¿Ah, sí? Puedo volver mañana. —Era una buena idea, de hecho. Necesitaba calmarme.

—Llegas tarde porque mi padre murió hace dos años.

—Eh... —Por fin mi mente confundida asimiló lo que Griff me había dicho—. Dios mío. Lo siento mucho.

—Gracias. —Esperó mirándose fijamente.

—Es que... —Busqué en el bolso la lista de granjeros—. Es que en BPG me dieron su nombre, August Shipley. Lamento la equivocación. ¿Tengo que hablar contigo, entonces?

Sonrió y vi un atisbo del antiguo Griff.

—Lo que pone en ese papel está bien. Mi nombre completo es August Griffin Shipley tercero. Y sí, el que cultiva y elabora sidra soy yo.

Estaba tratando de hacerme a la idea. ¿El futbolista Griff Shipley tenía un negocio? Esperaba que su familia tuviera otras fuentes de ingresos. Griff Shipley a cargo de una fiesta en el aparcamiento del estadio antes de un partido, tal vez, pero ¿de una granja con lagar? No. Imposible.

—Vale —dije con prudencia—. ¿Podemos hablar? ¿Tienes tiempo?

Griff echó atrás la cabeza barbuda y suspiró como si acabara de pedirle la luna. Luego me atravesó con una mirada de ira.

—En vista de que también tendré que sacar tu coche de la zanja, iré corto de tiempo. Además, seguramente tienes la rueda pinchada. Tengo que segar la hierba, inspeccionar la valla, ordeñar las vacas y matar un cerdo. Tengo que entrevistar a un drogadicto y ver cómo van las manzanas. Después de hacer todo eso, tal vez.

—Está bien... —Me apoyé en el otro pie, porque noté que se me había metido un poco de grava del camino en las bonitas sandalias de tiras que llevaba—. Lo mío serán solo unos minutos, un par de líneas de una página.

Se acarició la barba con una de las manazas.

—Tendrías que haber llamado antes de venir. ¿No te parece?

—Tienes razón —convine con el mejor de los ánimos—. El comprador de BPG me dijo que era mejor que viniera directamente, que los granjeros no responden al teléfono.

Griff alzó la cara sin afeitarse y emitió un sonido que al final identifiqué como una carcajada.

—¿De qué te ríes?

Cruzó los abultados brazos. Me dieron ganas de lamérselos.

—Mira —me dijo—. Me parece a mí que a ese de BPG no le cogen casi nunca las llamadas porque los precios que ofrece seguramente son una mierda. ¿Me equivoco? Así que ahora su plan es mandar a un bombón de fraternidad con camiseta de tirantes y minifalda para deslumbrar a los pobres paletos que le cultivan los productos. Ese tipo cree que soy lo bastante idiota para que una buena percha y una sonrisa brillante me cieguen el tiempo suficiente para que le venda manzanas a un dólar el medio kilo.

Luego recordaría aquel momento dándole la importancia debida. Allí de pie, en el camino de Griff, empecé a entender que con el pinchazo de la rueda solo había empezado a aguárseme la fiesta. Una sensación de derrota me invadió, porque tuve la corazonada de que, por una vez, Griff Shipley sabía de lo que hablaba. Desdoblé la lista y vi que empezaba por las manzanas. «Manzanas: 0,99 \$ el ½ kilo.»

«Joder.»

—¿Me estás diciendo que ese no es el precio de mercado de las manzanas al por mayor? —Se lo pregunté con la mayor dulzura, pero a Griff se le ensombreció la cara más que un cielo tormentoso.

—Mira, princesa —refunfuñó—. Puedes comprarle unas manzanas harinosas de mierda por ese precio a una gran plantación del oeste o a un granjero al que hayan convencido para cultivar solo red delicious en los años

ochenta y que no puede permitirse el lujo de volver a injertar sus árboles, pero ese tío para el que trabajas quiere manzanas ecológicas, seguramente de variedades tradicionales; quiere poder presumir en la carta de manzanas cultivadas en la zona de Nueva Inglaterra, sin pesticidas y bendecidas por vírgenes a la luz de la luna. ¿No es eso lo que tiene escrito a mano en la carta?

—Sí —convine a regañadientes. Eso era exactamente.

—A un dólar el medio kilo no va a obtener eso de mí ni de ninguno de mis vecinos.

Me quedé más hundida que mi coche alquilado en la zanja.

No era estúpida. Tal vez los negocios no fueran mi fuerte, pero siempre había sabido escuchar. Y después de escuchar a Griff un minuto, ya sabía que cuando visitara las otras granjas de aquel condado por todo me pedirían el doble del precio que constaba en mi hoja. Y, sin embargo, mi trabajo dependía de que sellara esos tratos.

Estaba jodida.

—Ahora vamos a sacar de la zanja tu coche nuevo y reluciente, ¿te parece?
—Griff me miraba ceñudo. En serio. Hasta ese día no había visto a nadie tan ceñudo. Aquella era una expresión que solo se veía en los libros y en el absurdamente hermoso rostro gruñón de Griff Shipley.

—Es de alquiler —me defendí—. Puedo llamar al servicio de atención en carretera.

Griff suspiró débilmente.

—Me libraré de ti antes si lo hago yo. —Silbó con los dedos y esperó mientras yo trataba de no pensar en las cosas que esos dedos me habían hecho una vez hacía...

—¿Algún problema, Han? —gritó alguien desde el prado que había detrás de los árboles que flanqueaban el camino.

Al cabo de un momento un guapo chico rubio salió de entre los árboles y se

nos acercó. También era alto, pero si Griff era moreno, este era de piel clara con unos bonitos ojos azules.

Por lo visto, todos los que se dedicaban a la agricultura ecológica eran guapos.

—Tenemos un problema, sí —le dijo Griff—. Tenemos que sacar a la princesa aquí presente de la zanja y cambiarle una rueda para que vuelva cagando leches a la Estrella de la Muerte a informar de que los rebeldes están amotinándose.

—Madre mía. Me había olvidado de tu obsesión por *La guerra de las galaxias* —se me escapó, y en cuanto lo hube dicho el otro abrió unos ojos como platos y la mirada de Griff me dejó claro que no toleraría ninguna otra alusión a nuestra pasada relación, por poco sólida que hubiera sido.

Aunque «poco sólida» no era una buena definición de nuestro escarceo, porque el cuerpo de aquel hombre era cualquier cosa menos poco sólido.

Adelante.

—¿Cómo os ayudo? —dije—. Me gustaría irme lo antes posible, después de hablar un momento de la sidra y las manzanas.

—De hablar un momento —repitió mirándome fijamente.

—Sí. Sabes repetir muy bien las cosas. Bien hecho. —Me crucé de brazos imitando su postura.

Aunque me hubieran mandado a Vermont a hacer un encargo estúpido, no iba a plegar velas a la primera de cambio. Si podía salvar aquel pedido, lo salvaría. Mi futuro en BPG estaba en juego y un granjero gruñón no iba a ser quien dijera la última palabra.

—Ven conmigo —refunfuñó antes de darme la espalda y echar a andar.

—¡Sí, señor! —Le hice un saludo militar a su nuca.

El chico rubio se rio bajito y fue a ver la rueda pinchada de mi coche de alquiler.

Griffin

Soy un buen tipo, lo juro por Dios, pero aquel día me costó demostrarlo por culpa del estrés de dirigir una granja o de la conmoción de ver a Audrey Kidder en la carretera, con aquellas piernas más largas que el trayecto hasta el pueblo, mirándome con esos ojos tan intensos; por culpa de una subida repentina de temperatura en un día veraniego, tal vez.

Por lo que sea, empecé a comportarme como un gilipollas nada más ver el perfecto trasero de Audrey saliendo del coche en mi sucia carretera.

Tratando de serenarme, la acompañé a toda pastilla por el acceso de vehículos de grava, de unos ochocientos metros. Pero, maldita sea, como ella llevaba unas sandalias de tiras, tuve que aminorar el paso para ser educado.

—¿Cómo te ha ido durante estos cinco años? —le pregunté con rudeza.

A lo mejor todavía no recordaba del todo cómo ser civilizado, porque aparentemente le sorprendió la pregunta.

—Oh, bien, gracias. Bueno, suspendí en la Universidad de Boston. Después mi madre me envió a la Universidad Mount Holyoke, donde repetí la jugada.

No debería haberle preguntado nada, me parece, porque su historia me puso furioso. Me había partido la espalda durante cuatro años para no perder la beca de fútbol en la Universidad de Boston y que hubiera más ahorros para la universidad de mis tres hermanos pequeños. Pero Audrey era una fiestera, siempre con las chicas de la hermandad, siempre dispuesta a pillar una

borrachera. En la universidad yo había intentado parecer un chico enrollado y fiestero, pero dormía una media de cinco horas para dar abasto. Igual que ahora.

—Así que después de haberle demostrado a todo el mundo que la universidad no era lo mío, me apunté a una escuela de cocina en la que me gradué con la mejor nota, ya ves tú.

—Qué bien —le contesté. Pero ¿Audrey Kidder en una cocina? Me costaba hacerme a la idea. Podía romperse una uña.

—He cogido este trabajo en el Boston Premier Group porque quiero abrir mi propio restaurante. Eso es muy difícil: hacen falta patrocinadores. Si les beso el anillo una temporada, me ayudarán a arrancar el negocio.

Interesante, pero solo estaba dorándome la píldora para sacarme lo que quería. Trabajaba para un grupo empresarial de caraduras que se aprovechaban tanto como podían de todo el mundo ¿y quería mi visto bueno? De ninguna manera.

—¿Por qué no les pides dinero a tus padres para empezar? —le pregunté. Audrey era rica, razón por la cual las chicas de la hermandad la querían tanto —. ¿No pueden ayudarte?

—No, Griff —me respondió bajando la voz—. De hecho, no pueden. —Se le ensombreció momentáneamente la cara. ¡Vaya! Había vuelto a meter la pata.

—Bueno —refunfuñé—. Hablemos de mi sidra mientras Zach repara el coche.

—¡Genial! ¿Puedo ver dónde la fabricas? —La cara se le iluminó como a una niña en Navidad, y noté en el pecho una punzada de desacostumbrada fraternidad. La sidra me apasionaba y siempre que alguien demostraba interés por ella me hacía feliz.

Por otra parte, en otros tiempos aquella chica se lo había pasado en grande emborrachándose.

—Sí, claro. Es por aquí. —Dejando la granja a nuestra derecha, guie a Audrey entre el barracón y la vaquería hacia la razón de mi orgullo y alegría: el lagar. Mi padre siempre había producido sidra artesanal, pero solo para consumo propio. Cada año vendía unos cuantos litros solo por diversión.

Sin embargo, yo había convertido el pequeño negocio de papá en algo de más envergadura. Al abrir las puertas del edificio, parecido a un granero, encendí las lámparas de techo.

—Caray —susurró Audrey—. Estas cubas son enormes.

—Sí, lo son —convine tratando de dominar la oleada de placer que siento siempre que alguien admira las niñas de mis ojos—. Mi sidra ha ganado premios. —Vale, un premio nada más, pero acababa de empezar—. Cualquier paleta puede elaborar una cerveza decente en su garaje, pero es difícil producir sidra sin un sistema de cierta complejidad. Además, químicamente hablando, muchas cosas pueden salir mal.

—Ajá —me respondió Audrey yendo hacia la embotelladora y cogiendo una botella vacía—. Bonita etiqueta.

La etiqueta era lo menos interesante que había allí.

—Gracias —dije con tirantez—. La diseñó mi hermano.

Entonces levantó la vista rápidamente, sonriendo.

—Sé que la etiqueta te importa un comino, gruñón —me dijo antes de bajar de nuevo la mirada—, pero el marketing es relevante para los compradores. La gente necesita sentirse a gusto si gasta un montón de pasta en exquisiteces. Quiere una historia, porque esa historia es más duradera que unos cuantos sorbos.

—Ah. —Esas monsergas me enervaban. La gente debería estar dispuesta a pagar por la calidad ecológica simplemente porque es lo más apropiado—. ¿Me estás diciendo que a tus clientes les importa más un dibujo bonito que el hecho de que mi manzanal no esté envenenando las aguas freáticas de Vermont

con productos químicos y fertilizantes derivados del petróleo, y de que les pague a mis empleados un sueldo digno?

Se apartó la melena.

—¿Importa mi respuesta? No quisiera interrumpir tu sermón. —Se me acercó mirándome con aquellos enormes ojos azules desafiantes—. Y no me digas que no has intentado decorar el lagar para atraer al público. Si no crees en el marketing, ¿qué hace eso ahí?

Señaló una fotografía enmarcada que había en la pared. Era la primera parte de una explicación detallada del proceso de fabricación de la sidra. Durante la agotadora temporada de recogida de las manzanas hacíamos allí varias catas.

—Mi hermana la tomó el otoño pasado, es nuestra fruta en una carretilla, ¿qué tiene de particular?

Audrey sonrió como si me hubiera pillado en falta.

—Las manzanas de esa foto no fueron a parar a tus grandes y varoniles tanques de sidra. —Señaló la foto con una de las uñas rosas—. Son de la mejor calidad, sin ninguna imperfección. Estas se las vendiste a los turistas. —Apuntó a las barricas y alzó la voz—. ¡Y ahí metes unas manzanas por cuyo aspecto se diría que les han dado una paliza en un callejón! ¡Así que ni siquiera te molestes en fingir que el marketing te la suda, joder!

Madre del amor hermoso. El aspecto de su bonita boca articulando «joder» me había descentrado de un modo absurdo; además, acababa de darme una lección una chica que había prestado atención en la escuela de cocina, de vez en cuando al menos.

Curiosamente, no me importó demasiado. Lo único que quería era que volviera a decir «joder», preferiblemente cabalgando sobre mí en el granero.

—¿Qué? —me espetó—. ¿Por qué me miras fijamente?

—¿Me has llamado gruñón hará cosa de un minuto?

Puso los ojos en blanco.

—Puede. ¿Te hace eso querer venderme sidra a un precio competitivo?

La verdad era que tenía muchas ganas de venderle sidra a la Gran Corporación de Mamones. A diferencia de mi fruta, la sidra podría convertirse en una marca comercial para la que hacía falta encontrar un determinado mercado. Si los restaurantes elegantes servían mi sidra, me sería más fácil convencer a las bodegas de Boston para que la tuvieran en stock.

Perder un poco de dinero con la sidra era seguramente una buena decisión para mi negocio, siempre que pudiera tragar con ello.

Me acerqué a Audrey, que estaba junto a la embotelladora.

—¿Puedo preguntarte cuánto espera pagar tu empresa por una botella de excelente sidra de Vermont?

Se quedó mirándome un momento antes de humedecerse los labios.

«No mires esos labios. No pienses en ellos. No recuerdes lo que una vez hicieron con...» Mierda.

—Según mi hoja de precios, tres dólares por una botella de setecientos cincuenta mililitros.

Bueno, eso acabó con mi libido.

—¿Tres miserables pavos? ¿Para venderla a veinte? No fastidies. Solamente la botella con el corcho ya me cuesta un dólar y medio.

Hundió los hombros y cuando habló lo hizo con suavidad.

—Le diré a mi jefe que está loco, ¿vale? Pero si quieres que le haga cambiar de opinión, tienes que darme algo para seguir negociando. Necesito información, no otra bronca.

Demonios, la chica estaba en lo cierto.

—Muy bien. Primero, vamos a probarla.

Audrey unió las manos en un gesto de ruego.

—Pensaba que nunca lo dirías.

Bien.

Saqué una botella de la nevera, desenrosqué el alambre del tapón y después, despacio, la descorché. Para que se conserve la efervescencia natural del producto, pongo corchos de champán en las botellas; son más caros que los tapones de rosca, pero el producto dura más.

Cogí un par de copas del mostrador de catas y las llené hasta la mitad. Audrey tomó la suya y me sonrió.

—Salud.

—Salud —mascullé. Me costaba recordar cuándo había sido la última vez que había bebido con una mujer atractiva. Un par de meses antes había roto con mi amiga con derecho a roce y desde entonces hacía vida de monje. Beber sidra antes de comer con la esperanza de hacer una venta no era precisamente un evento social, pero se le parecía.

¿Era patético?

Audrey acercó la copa al polvoriento rayo de luz que se filtraba por la claraboya.

—Bonito color ámbar. —Hizo girar el contenido de la copa oliéndolo como una profesional—. Un agradable aroma almizclado. Más tánico que afrutado. —Tomó un sorbo y apartó la mirada, concentrada en el sabor ácido y complejo de mi sidra. Me fijé en el delicado movimiento de su garganta al tragar—. Caramba, tienes un zumo de manzana muy bueno, Griff.

—¿Qué? —grité—. ¿Zumo de man...?

Sonrió.

—¡Bromeaba! Es magnífica. Percibo matices de roble y albaricoque. Final agradable. Entiendo que estés orgulloso de ella.

Me henchí de satisfacción por el elogio, pero inmediatamente recordé que pretendía comprarme la sidra por una miseria; obviamente, estaba dorándome la píldora.

—Sabe a botella de ocho dólares al por mayor, quince dólares al por

menor.

Audrey tomó otro refinado sorbo mientras yo intentaba no pensar en su desmesurado atractivo.

—En mi opinión está deliciosa y te pagaría eso cualquier otro día; sin embargo, los tipos para los que trabajo me despedirán si vuelvo con un precio que es más del doble del que me han dado.

La verdad era que podía conseguir un poco más de ocho dólares, pero no estaba listo para creérmelo.

—Al Boston Premier Group le irá muy bien con esta sidra; no deja de ser más barata que el noventa por ciento de los vinos de su carta, y no estamos precisamente en el valle de Napa. Si quieren impresionar a la gente de clase de Beacon Hill, esta es la vía correcta. Los colonos de la bahía de Massachusetts tenían muy poco grano para elaborar la cerveza que bebían en Inglaterra, de modo que se pasaron a la sidra. Aquí está nuestra historia. — Alcé la botella.

Me la quitó de la mano y la dejó en el mostrador.

—Puede que suspendiera en la Universidad de Boston, pero terminé quinto de primaria: nos enseñaron que John Adams bebía sidra en el desayuno. Lo he pillado, ¿vale? Tienes la bebida idónea para los jefazos de mi compañía. Informaré a la Estrella de la Muerte, donde Darth Vader expresará su decepción y me estrangulará por dar un presupuesto de ocho dólares la botella.

Vaya con la chica. No solo entendía de lo suyo, además me sonreía por encima del borde de la copa. Las otras dos veces que estuvimos tan cerca nos quitamos la ropa en un santiamén.

«Céntrate, Griffin.»

—Puedo ofrecerte siete dólares. ¿Por qué no compruebas cuál es su límite?

—Bueno...

Detrás de mí la puerta se abrió de repente. Mi hermana me llamó.

—¿Griff? Angelo acaba de llegar con el chico nuevo.

—Ahora voy —le respondí alejándome un paso de Audrey. Me sentía extrañamente culpable, como si mi hermana nos hubiera pillado haciendo algo más subrepticio que negociar el precio de la sidra.

«¡Ojalá!»

—¡Hola! —saludó May echándole un vistazo a Audrey—. ¿Vas a presentarme a tu amiga? —La voz de mi hermana era curiosamente alegre. Era su voz de fisgona, la conocía desde que nació.

—Pensaba que teníamos que vernos con un drogadicto —refunfuñé dejando la copa y yendo hacia la puerta. Apartando a May y su bocaza de mi camino, vi abrirse la puerta trasera del viejo sedán de Angelo—. Audrey, disculpa un minuto.

—¿Audrey? —La curiosidad de mi hermana estaba en su máximo esplendor—. Soy May, la hermana de Griffin...

No tuve más remedio que dejarlas hablando. Confiaba en que Audrey no le explicara nuestro antiguo lío, ya que todos en la granja, hasta las vacas lecheras, acabarían hablando de eso en la cena. Aunque, desde una perspectiva más amplia, tenía problemas peores, uno de los cuales estaba saliendo del coche de Angelo.

¿Qué aspecto tiene un drogadicto, en cualquier caso? Me pareció como cualquier veinteañero. De semblante serio, llevaba muchos tatuajes, pero la mitad de los hombres de Vermont los lleva. Un poco flaco para trabajar de granjero, pero eso fue lo peor de mi primera impresión. Sacó una bolsa de lona del maletero y luego echó un vistazo a su alrededor.

—Hola —saludé a nuestro amigo Angelo. El suyo sí que era un trabajo duro. La próxima vez que estuviera quejándome de una plaga de mosca de la fruta, intentaría recordar que podría estar cazando exconvictos.

Se le marcaron las patas de gallo en la piel oscura al sonreírme.

—Últimamente no te he visto por la iglesia —me dijo estrechándome la mano.

—¿Es que ahora trabajas además como inspector de absentismo del padre Pat?

Soltó una carcajada.

—Disculpa, deformación profesional.

—Claro. —Presté atención al recién llegado y le tendí la mano—. Soy Griffin Shipley.

—Jude Nickel. —Su apretón de manos fue sorprendentemente firme—. Gracias por darme una oportunidad; necesito el trabajo.

—Bienvenido —le dije. Traducción: «Estamos desesperados»—. Si no te importa estar al aire libre, no es un mal trabajo.

—Me he pasado tres años en la cárcel y en rehabilitación, me vendrá bien un poco de aire libre.

Su franqueza me sorprendió.

—Bien, perfecto entonces. Pagamos doce dólares la hora si te alojas aquí y catorce si te alojas en otra parte. La comida es gratis para todos, pero a los que viven con nosotros se les descuentan diez dólares diarios por el desayuno y la cena. La comida está buena, eso sí, y es abundante, tanto como para el *Libro Guinness de los Récords*.

—Caramba —dijo una alegre voz a mi espalda—. ¿Tienes otra vacante? Pagas mejor que los jefazos de mi compañía.

Audrey había escuchado mi breve discurso de recursos humanos y yo no sabía qué pensar al respecto. Pagaba a mis empleados lo mejor que podía, pero nadie estaba haciéndose rico, yo menos que nadie.

—Me parece todo bien —dijo mi nuevo empleado. Parecía mayor de

veintidós años. Tenía la mirada cansada—. ¿Dónde dejó esto? —Palmeó la bolsa de deporte.

—¿No traes nada más? —le pregunté observando la bolsa.

—Es todo lo que tengo. Punto. —Alzó la barbilla desafiándome a decir algo más al respecto.

—Está bien. Te enseñaré el barracón.

Pero antes mi madre quería decir algo. La vi salir por la puerta trasera con el delantal y cruzar el patio con determinación hacia donde estábamos nosotros, junto al coche de Angelo. Esperé mientras se interesaba por Angelo y saludaba a Jude.

—Cielo —le dijo a aquel exconvicto al que nunca había visto—, he buscado por toda la casa y no he encontrado ningún medicamento más fuerte que las aspirinas. Angelo me pidió que lo hiciera por ti. Dijo que te facilitaba las cosas estar seguro de ello.

—Ah, gracias —dijo él mirándose los zapatos—. Se lo agradezco.

Eché un vistazo al barracón. Solo Dios sabía lo que alguien podría haberse dejado en el baño.

—Debería revisar el...

—Acabo de hacerlo —se apresuró a decir mi madre—. Tendrías que limpiar la ducha más a menudo; allí dentro hay cosas más alarmantes que las drogas.

Audrey se rio y yo me avergoncé.

—Soy Ruth Shipley —le dijo mi madre a nuestra inesperada visitante empresarial—. Y tú eres...

—Audrey Kidder. Me he acercado para preguntarle a Griff qué le parecería que un grupo de restaurantes de Boston os comprara manzanas y sidra.

—¡Oh! —Mamá unió las manos como si la mismísima reina acabara de

dejarse caer—. ¿Te quedarás a comer? —Ignoró la mirada amenazante que le dirigí.

—¡Me encantaría! —dijo Audrey entusiasmada—. Más que nada porque tengo el coche en una zanja al final de la carretera.

—No es cierto —me apresuré a decir. Precisamente mientras hablaba había visto el Prius entrando despacio por el camino. Zach acababa de cambiarle la rueda, aunque el neumático de repuesto era provisional, de modo que los problemas de la princesa no estaban definitivamente resueltos.

—Madre mía... —dijo entonces, asombrada—. Este chico hace milagros.

—Los hace —convine, aunque no se tratara más que de cambiar un neumático—. Aunque tendría que haber estado haciéndolos con la valla, no con tu coche.

—August Griffin Shipley —me recriminó mi madre—, ¿qué modales son esos? ¿Desde cuándo no acudes en ayuda de un desconocido?

Habría preferido que Audrey fuese realmente una desconocida, pero no lo expresé en voz alta.

May me palmeó el hombro.

—¿No estás muy gruñón? Acompaña a Jude al barracón, comeremos enseguida. Hay bocadillos de carne de ternera y ensalada de patata. Acompáñanos, Audrey —dijo la traidora de mi hermana—; te serviremos un té helado.

Después de despedirnos de Angelo, que no podía quedarse a comer, las mujeres entraron y nos dejaron solos a Jude y a mí. Me encaminé hacia el edificio anexo donde teníamos que guardar sus cosas y me siguió.

—El barracón es muy cómodo para lo que es —le dije—. Tiene cien años. Lo construyó mi bisabuelo con las rocas que sacó del prado.

Jude estudiaba el edificio de piedra mientras nos acercábamos.

—Muy chulo —afirmó—. Seguro que no lo usáis en invierno, será muy caro

calentarlo.

—Qué va, tiene una chimenea de mampostería centenaria. Cada dos días la encendemos y después cerramos herméticamente. La chimenea calienta el barracón desde cuando hace menos de quince grados hasta en los días de veinte bajo cero. Tenemos calefacción radiante en los zócalos. También acumulamos nuestra propia electricidad.

La arquitectura sostenible era uno de mis numerosos empeños. Quería que la granja durara mucho. Las placas solares me habían costado bastante; había invertido en ellas justo después de la muerte de mi padre, antes de darme cuenta de lo justos que íbamos. Después había invertido en la primera tanda de maquinaria para la producción de sidra y ahora estaba en la cuerda floja. Una mala cosecha y nos enfrentaríamos a la bancarrota.

Manteniendo la puerta abierta, dejé pasar primero a Jude.

—La habitación de la derecha es la mía, el baño está a la izquierda. —Me saqué las botas con los pies y las dejé en el felpudo de goma, junto a la puerta—. Después de trabajar en la vaquería, preferirás dejar los zapatos en la entrada.

—Es lógico —dijo imitándome para sacarse las Converse All Star. Me alegraba ver que seguía las instrucciones, era un buen augurio para ambos—. ¿Siempre duermes en el barracón? —me preguntó—. Para vigilar a los trabajadores, supongo.

—No. —Cabeceé analizando a aquel joven tan cínico—. No es por eso. He renunciado a mi habitación en la granja porque mi madre intenta convencer a mi abuelo para que se instale en casa. Vive a unos ochocientos metros carretera abajo, completamente solo desde que mi abuela murió. Todos los días mi madre le pregunta si se muda ya, y él siempre responde que todavía no.

Jude se echó a reír y eso le hizo parecer cinco años más joven.

—Me vine aquí hace un par de meses porque pensábamos que eso lo induciría a rendirse, pero no ha habido suerte. Y, de todos modos, no me importa vivir con Zach; es fácil convivir con él, ya lo verás. Sigue recto, hasta el final del pasillo.

Seguí a Jude hasta la amplia habitación compartida de techo alto con vigas. Lo observé fijarse en las dos literas, una a cada lado, y en la cama individual situada bajo la ventana trasera.

—Esa es de Zachariah —dije señalando la cama con la almohada de *La guerra de las galaxias*, un regalo mío para hacerle una broma—. Tiene el mejor sitio porque vive aquí todo el año. Durante la cosecha, mis primos también dormirán aquí.

Me acerqué al gran armario y abrí las puertas dobles de persiana.

—El espacio para guardar las cosas es el mayor inconveniente. Puedes usar medio metro de la barra del armario si te hace falta, y te toca un cajón grande. —Le señalé los muebles empotrados situados a ambos extremos de la cama de Zach.

—Con el cajón me basta —dijo mientras yo buscaba en el armario un juego de sábanas y una manta.

—Parece que sí. —Ahora bien, iba a necesitar más ropa para trabajar en la granja; nos ensuciábamos un montón—. Toma. —Le di la ropa de cama que había encontrado y me senté en la cama—. Ahora explícame qué tengo que saber para trabajar contigo. ¿Necesitas algo en particular? ¿Hay algún trabajo que no puedas hacer? —Nunca había conocido a nadie que estuviera desenganchándose, de modo que no conocía sus limitaciones.

Jude me dio la espalda y sacudió una sábana antes de responderme. Cuando me habló, lo hizo volviendo solo la cabeza.

—Angelo me ha traído aquí porque mi objetivo es no volver a Colebury hasta que no lleve unos meses más limpio; tarde o temprano tendré que volver

a casa, pero necesito pasar una temporada alejado de la mierda. Me dijo que tu casa sería como un hogar de transición, porque de aquí no podría moverme, así que preferiría no tener que ir a Colebury a hacer recados, si no te importa. Hay drogas por todas partes y no quiero ni pensarlo. No quiero toparme con ninguno de mis supuestos amigos.

«¡Ostras!»

—Vale, por supuesto. ¿Qué más?

—Soy un buen mecánico. Empecé a trabajar en un taller a los catorce años. Si necesitas que revise algún vehículo, pídemelo y ya está.

—Gracias. Zach también es un genio de la mecánica, ya me ha sacado de más de un apuro.

—Bien, eso es tener suerte —repuso, aunque estaba seguro de que mi comentario lo había desanimado un poco.

—¿Qué más?

Estaba remetiéndome la sábana bajera.

—No duermo bien. Las drogas te fastidian los ciclos REM.

—Entonces, ¿si te oigo paseando de noche no tengo que llamar a la policía?

—Pretendía ser gracioso, pero en cuanto lo dije me di cuenta de lo poco acertado que era hablarle así a alguien a quien como mínimo habían arrestado una vez.

Suspiró.

—Puede que me encuentres sentado en el porche a las dos de la madrugada; trataré de no hacer ruido.

—No te preocupes. —Carraspeé—. Y ahora, no te lo tomes a mal, porque se lo digo a todos los que se hospedan aquí...

Me miró divertido.

—¿Sí? A ver.

—Mi hermana pequeña es sagrada. Tengo que decírtelo. Tiene diecisiete

años, aunque se crea que tiene treinta.

—No me digas más, tío, lo he pillado. —Rio entre dientes—. Niñas, manteneos alejadas del drogata de la litera tres.

Me alivió que no le molestara mi advertencia; se la hacía a todos. Y aquel chico con esos ojos oscuros de mirada inquietante... Seguramente les había resultado atractivo a muchas.

Con un poco de suerte, mi hermana pequeña no dejaría de adorar a Zach para adorar a Jude. Confiaba en Zach, pero a ese tipo acababa de conocerlo.

—¿Sabes? En este aviso solía incluir a mis dos hermanas, pero May se enteró. No soporta que la trate como a una niña y tiene un buen gancho de derecha que no se guarda de usar conmigo.

—Bueno es saberlo, aunque eso de tirarles los tejos a tus hermanas no sea mi estilo. Puede que no te lo creas de un tipo que acaba de salir de la cárcel, pero soy un buen trabajador. Hacia el final de mi estancia en el centro trabajaba sobre todo para no perder la costumbre, pero una jornada de trabajo duro no me asusta.

—Bien. Empezamos a las seis y terminamos a las cinco, pero paramos dos horas para comer y descansar.

Asintió estoicamente.

—Entendido. Puede que duerma mejor después de una jornada larga.

—Deberías. —Me puse de pie—. Me voy a comer. No empezaremos hasta dentro de quince minutos, pero sé puntual, ¿de acuerdo? Comemos todos los días a la una y mi madre se desloma para servir la comida con la máxima puntualidad, así que no quiere que lleguemos tarde.

—Sí, señor.

Iba ya hacia la puerta, pero me detuve.

—No me llames «señor». A veces mis hermanos lo hacen, pero es solo para tocarme las narices.

Jude se reía cuando dejé el barracón.

Audrey

Tal vez Griff fuese un imbécil gruñón, pero su familia era realmente encantadora. La atestada cocina era un caos controlado de primera. La madre estaba ocupada trinchando un trozo de carne lo bastante grande como para alimentar a varios países en vías de desarrollo mientras el resto echaba una mano llevando la comida a la mesa; todos menos Dylan, el hermano pequeño de Griff, que, por lo que pude ver, se encargaba solo de controlar la esterilización de unos frascos de mermelada puestos al fuego. En una mano tenía las tenazas, pero lo único que hacía era cantar *Pump Up the Jam*, de Technotronic, bailoteando.

—Me pones de los nervios con esta canción —se quejó su hermana melliza Daphne. Ambos tenían edad para ir al instituto.

—Es la que canto cuando preparamos mermelada.

Ella puso los ojos en blanco. Sostenía un buen montón de platos, así que le dio un codazo a su hermano para indicarle un cajón abierto lleno de servilletas de tela.

—¿Puedes ponérmelas aquí encima?

Él metió la mano en el cajón y puso un montón de servilletas encima de los platos.

—Hoy somos diez —dijo ella—. Pon más.

—No me trates como si fuera imbécil.

La chica salió de la cocina refunfuñando y él siguió cantando *Pump Up the Jam*, cambiando en un verso «*booty*» por «*fruity*». Entretanto, su madre y sus hermanas se movían como ninjas.

El bullicio a la hora de la comida en la cocina de los Shipley rivalizaba con el de L'Être Suprême, pero era mucho más alegre.

La cocina de la casa en la que me crie no podía ser más diferente: era como una gran tumba reluciente. No me habían dejado cocinar nunca nada ni alterar su orden impecable. Desde que mi madre había empezado a escalar en la empresa no paraba de recibir invitados, pero no cocinaba. Teníamos a un chef a tiempo completo que me hacía sentir como una intrusa si entraba en la cocina para tomarme un tentempié.

No empecé a cocinar hasta que fui a la universidad, cuando por fin me libré de esa casa agobiante. Durante el primer año compartí casa con dos conocidas del instituto; una de ellas ya era por entonces una gran cocinera, y aprendí mucho a su lado. De hecho, el primer curso en la Universidad de Boston habría sido perfecto de no ser por los trabajos académicos. Me gustaban la casa, los amigos, la hermandad a la que me uní e ir de fiesta. Si hubiera dedicado menos tiempo a aprender a preparar bollos rellenos de manzana y más a los trabajos, habría sacado sobresalientes y notables altos en vez de suficientes.

Pero no lo hice.

Agua pasada no mueve molino.

Pasé al comedor y vi a Daphne poniendo la mesa para diez.

—Durante la recogida comemos fuera, porque entonces somos veinte —me explicó.

May Shipley llegó apresuradamente con una bandeja llena de tazas de café y una garrafa de agua.

—¿Os ayudo? —le pregunté por tercera vez siguiéndola hasta la cocina—.

Algo habrá que pueda hacer.

—Eres muy amable, pero hemos hecho de esto una ciencia. Servimos mucha comida en esta cocina.

—Ya lo veo.

Era imposible que no pudiera ayudar en nada, pero, si no quería darme una tarea, me dejaba libertad para admirar la cocina de la granja. La casa tenía seguramente más de cien años, pero la habían tratado con cariño. El enorme tajo de carnicero que reinaba en el centro de la cocina parecía llevar ahí desde el principio de los tiempos, ya que en la superficie engrasada había rasguños y cicatrices. Aunque, para mi gusto, eso lo embellecía.

Eso era justo lo que deseaba de niña: una familia de cuento en una granja de cualquier parte; todos apiñados alrededor de la mesa; una cuerda colgando de un viejo árbol; las cortinas de encaje movidas por la brisa.

Alguien se había dejado un pequeño cuenco lleno de cerezas en el centro de la mesa, la mitad ya deshuesadas. Brillaban como joyas rojas.

—Qué magníficas. ¿Son guindas? —Me llevé el cuenco a la nariz para olerlas. Deformación profesional. «Madre mía», nada huele como las cerezas.

—Sí, lo son, buenísimas para una tarta —me respondió la señora Shipley poniendo loncha tras loncha de carne en una bandeja—, pero no tendremos bastantes para hacer una hasta la semana que viene. Nunca sé qué hacer con el primer puñado, no son suficientes para nada. El año pasado las agregué a una tanda de mermelada de fresa.

Me reí.

—¿Puedo comerme una? ¿Estoy siendo atrevida? Es que no hay cerezas así en las tiendas.

—Adelante, cielo —contestó Ruth Shipley.

Me llevé una a la boca, un estallido de maravilloso sabor ácido y frutal.

—Fantástica. —Aquel sabor me dio varias ideas. Podía preparar *chutney*

con ellas o un cóctel de ginebra o una tarta—. Siempre he querido vivir en un lugar con árboles frutales.

May Shipley se rio.

—Aquí todo lo que hay son árboles frutales. Veinte mil árboles frutales.

—¿Veinte... mil?

—Así es. Y eso sin contar los cultivos experimentales de Griff.

Veinte mil árboles; me costaba incluso imaginarlo. Canturreando en voz baja, cogí el mondador y me puse a deshuesar el resto de las cerezas del cuenco. Me relajaba trabajar con el cuchillo. Algunas personas tejen, otras practican yoga; a mí me gusta cortar cosas.

Al cabo de pocos minutos tuve un montón ordenado de fruta deshuesada.

—Tenéis un compostador para los tallos y los huesos, supongo.

Ruth Shipley dejó su trabajo y me miró.

—No has tardado ni un minuto.

—Cocinar es lo único que se me da bien.

—Estoy segura de que no es verdad. El compostador está ahí, al lado de la cafetera.

Eché en él los huesos y me lavé los dedos teñidos de rojo sangre.

—¡May! —llamó Ruth a su hija mayor—. ¿Puedes ir a buscar la salsa barbacoa que hay en la nevera? Tenemos que calentarla. Luego podremos comer.

—¡Voy!

—Esto... —farfulló Dylan de un modo típicamente adolescente—, no sabía que fueras a necesitarla...

—¡Dylan Gerard Shipley! ¿Te has terminado mi salsa y no me has avisado? ¡Ahora la comida va a retrasarse! ¡No puedo servir la carne sin salsa barbacoa!

«Vaya por Dios.»

El pequeño de los Shipley agachó la cabeza; era como Griffin, pero más delgado y desgarrado.

Me supo mal que su madre lo hubiera avergonzado delante de desconocidos.

—Puedo preparar la salsa si hace falta —me ofrecí.

Ruth seguía observando a su hijo con una mirada que parecía un láser. Si las miradas mataran, seguro que habría incinerado al muchacho.

—Gracias, cielo —me contestó—; me encantaría. Ahí tienes una cebolla. —Indicó un cuenco que había en la isla de la cocina—. Puedes usar la misma tabla de cortar.

«¡Viva, algo que hacer!» Si te han dicho siempre que eres una completa inútil, preparar un poco de salsa barbacoa es un cambio significativo. Cogí la cebolla y me dediqué a la labor con entusiasmo.

—¡Oh, ajos tiernos! —dije cogiéndolos—. Tampoco encuentro nunca. —Troceándolos rápidamente, los transformé en pequeños discos sobre la tabla de cortar.

—Ostras —exclamó Daphne. Manejaba el cuchillo tan rápido que costaba verlo—. ¿Cómo haces para no cortarte un dedo?

—Sigo teniendo los diez y no han tenido que reimplantarme ninguno quirúrgicamente. Aunque el día todavía no ha terminado...

Mientras ella se reía, la puerta de la cocina se abrió y Griff Shipley bloqueó la entrada con ese cuerpo suyo digno de la Liga Nacional de Fútbol Americano. Me avergüenza admitir que el ritmo de mi cuchillo flaqueó momentáneamente; el torso que cubría la ajustada camiseta me turbaba.

Mi cerebro traidor se libró de pasar más vergüenza gracias a la expresión de su cara en cuanto me vio. Primero enarcó una ceja frondosa, como si le sorprendiera que yo siguiera ahí. Luego frunció el ceño de ese modo que ya me resultaba familiar.

Lástima, un tipazo como ese arruinado por el mal humor.

Dejé de mirar a Griff cuando Ruth Shipley metió en una sartén la verdura que yo había picado.

—Veamos —dijo—. Un poco de ketchup, porque vamos con prisa. Un poco de vinagre...

—¿Sabes lo que le iría estupendo? —no pude evitar sugerir. Señalé las cerezas—. Eso.

—Una elección interesante, señorita. —Me entregó la sartén—. Adelante. Tengo que subir un momento.

—Vete, lo tengo controlado. —La eché y ella sonrió; al menos le caía bien a uno de los Shipley.

Dándole la espalda a Griff, puse la sartén a fuego lento. Después, todavía sintiendo sus ojos sobre mí, abrí la puerta de la gigantesca nevera para familias numerosas. La botella de ketchup era bastante grande; tenía que serlo si todos los días daban de comer a diez o doce personas. Antes de añadirle un poco a la cebolla, los ajos tiernos y la mantequilla previamente calentada en la sartén, sofré un minuto las verduras para potenciar el sabor dulce de las cebollas.

—¿Qué haces? —me preguntó de repente Griff, que se había situado justo detrás de mí.

—Salsa barbacoa. Sabes lo que es, ¿no? —Su cuerpo irradiaba, no supe cómo, más calor que los fogones Wolf frente a los que estaba yo. Intenté apartarlo a codazos, pero era como darle un empujoncito a un todoterreno militar, así que tomé el camino más largo rodeando sus más o menos doscientos kilos de músculo para coger las cerezas.

—Vaya mezcla —masculló.

—No tienes por qué comértela —respondí. El contenido de la sartén chisporroteaba, así que cogí una cuchara de madera para revolverlo—. Sé

bueno y trae un poco de azúcar moreno, ¿quieres? —le pedí—. Y un poco de vinagre.

Su hermana May, que estaba en la otra punta de la cocina, se echó a reír.

—Para eso le harían falta un mapa y una brújula. Ya te lo traigo yo.
¿Vinagre de vino blanco o balsámico?

—Creo que balsámico.

La puerta de la cocina se abrió despacio y el nuevo empleado de Griff entró inseguro.

—¿Qué bien huele eso! —susurró.

—¡Gracias! —Miré mordaz a Griff, que me ignoró y acompañó a su nuevo empleado a la despensa.

—Tenemos aquí el fregadero para no estorbar —dijo—. Evitamos que los cocineros se enfaden.

—¿Algo evita que tú te enfades? —le grité desde lejos—. Sea lo que sea, échate un poco.

Todos los Shipley se rieron, menos Griff.

Griffin

Ver a Audrey Kidder invadiendo la cocina de mi familia me produjo un curioso efecto; verla en los fogones fue como entrever un universo alternativo en el que tendría tiempo para una mujer.

Ni en sueños.

Seguramente el estado de nervios me jugó una mala pasada, porque no había ninguna razón para que Audrey me pusiera nostálgico. Demonios, ni siquiera habíamos sido amigos en la universidad. Ella salía con Bryce, un compañero del equipo de fútbol más joven que yo. Durante meses, siempre que él la traía a casa, me torturaban su sonrisa y su risa fácil.

Después cortaron de mala manera. Creí que no volvería a verla, pero dos semanas después apareció en una fiesta de mi hermandad; listo como soy, aproveché la ocasión.

Dos de las mejores noches de mi vida las había pasado con ella. Dentro de ella.

Pero los frívolos ligues de la universidad ya no formaban parte de mi vida, y lo aceptaba, aunque mi cuerpo no tanto. La aparición de Audrey en casa tuvo el mismo efecto sobre mi libido que la primavera en los ciervos de la colina. «Hola, feromonas.» Por primera vez en mucho tiempo, los sentidos se me despertaron de una sacudida. La chica escultural que preparaba una salsa

absurda en la cocina había estado espectacular en cierta ocasión debajo de mí. Y frente a mí. Y sentada a horcajadas encima de mí...

—¿Griff?

—¿Mmm? —Mierda, estaba mirándola fijamente.

—¿Tengo algo en el culo?

—Eh... —Pillado—. Una brizna de heno.

—Quítamela, ¿quieres?

«Ay, no.» Atrapado en mi estúpida mentira, le di una palmadita en la falda, cerca de la cadera, donde no resultaba demasiado comprometido.

—Gracias —dijo alegremente sacudiéndose.

May me miró extrañada mientras dejaba una bolsa de azúcar moreno y varios condimentos en la encimera, junto a Audrey.

—¿Todo bien?

—Claro —refunfuñé—. Tengo hambre, nada más.

—¿Tienes hambre? —inquirió, con chiribitas en los ojos.

Le puse mala cara y la esquivé para alejarme; a lo mejor, si me apartaba un poco de Audrey, la situación se normalizaría.

Me fui al salón con Jude siguiéndome como una sombra.

—Solemos comer aquí —le expliqué—. Y después de cenar puedes ver la tele con nosotros en el salón, si quieres. —Se la indiqué—. Zach siempre lo hace. Tuve que enseñarle, porque no había visto un televisor hasta los veinte años.

Abrió los ojos como platos.

—¿Por qué?

—Creció en una comuna religiosa de Tejas y no había salido de ella hasta que se marchó a Vermont haciendo autostop. Por eso vemos muchas películas. Últimamente estamos con *El señor de los anillos*.

Como no se puede trabajar en el campo después del anochecer, descansaba

viendo películas. El bar más cercano estaba a unos veinte minutos de distancia, y de todas maneras no tenía dinero para cervezas. Es más, ni para cervezas ni para nada. El invierno anterior, de diciembre a marzo, Zach y yo habíamos visto muchísimas películas. Durante la época de cultivo no habíamos tenido tanto tiempo para los taquillazos de Hollywood.

Mi madre entró en la cocina con un montón de ropa.

—Esto es para ti —le dijo a Jude entregándosela antes de que le diera tiempo a responder—. Ahora sirvo la comida.

Jude se quedó mirando el montón: un par de vaqueros viejos míos que seguramente mi madre guardaba para Dylan, pero que daba igual que Jude usara, y unas cuantas camisas, probablemente de mi padre.

Mi madre era ahorrativa y lo remendaba todo hasta que estaba completamente inservible. No dejaba ni una pizca de mermelada en el bote y luego seguía usándolo hasta Dios sabe cuándo. No me sorprendió lo más mínimo que encontrara esas prendas a los pocos minutos de pedírselas; habría apostado dinero a que lo que había elegido le quedaría bien a Jude.

—Gracias —dijo el muchacho al espacio vacío que había ocupado mi madre—. No tenía por qué hacerlo —me indicó.

—No es nada, hombre —le respondí—. Seguramente ahí arriba tiene una colección ordenada alfabéticamente por tamaño y por color. Ahora siéntate, que ya vienen.

Mis hermanas trajeron unas generosas rebanadas de pan casero y un cuenco enorme de ensalada de patata que dejaron en el aparador.

—Cada cual se sirve lo suyo —dijo mi madre, que llegó a continuación con la bandeja de carne—. Coged un plato y poneos a la cola.

Zach entró, cogió un plato de la mesa y llegó el primero a la comida.

—¿Cómo lo hace? —preguntó entre risas May—. Es como si tuviera un sexto sentido para detectar cuándo se sirve la comida.

—Tú también lo tendrías si gastaras tantas calorías al día como él —le dijo. Tomé un plato de la mesa y se lo di a Jude antes de coger uno para mí.

Nuestro nuevo empleado no se sirvió mucha comida: una rebanada de pan, el trozo de carne más pequeño y un poco de ensalada de patata, nada más. Quizá ya hubiera almorzado o a lo mejor no quería comer como un cerdo antes de haber movido un dedo trabajando en la granja. No le dije nada; ya aprendería, y pronto. Para una larga jornada de trabajo agrícola las calorías eran muy importantes.

Todos fuimos sentándonos a la mesa. Me puse la servilleta en el regazo y me acomodé en la silla. Jude siguió mi ejemplo.

Entonces entró mi abuelo enjugándose la frente con el dorso de la mano.

—Qué calor hace fuera —murmuró yendo hacia el bufé.

—Si te mudas aquí, instalaré aire acondicionado en tu habitación —le prometió mi madre.

—No me mudaré, así que deja de pedírmelo. —A pesar de que se negaba a dormir en casa, mi abuelo era un reloj a la hora de comer. Empezó a llenarse el plato.

Conseguí no pensar en Audrey Kidder cinco minutos, por eso me pilló desprevenido cuando entró apresuradamente con una salsera y una cuchara. Las dejó delante de mamá, que sonrió y empezó a ponerse aquella salsa tan rara encima del pan y la carne.

Todos esperamos a que Audrey corriera al aparador y se preparara un bocadillo. Cuando tanto ella como el abuelo estuvieron sentados frente a mí, mamá me pidió que bendijera la mesa.

—De acuerdo. —Nada mejor que intercambiar unas palabras con Dios mientras tu exligue te observa desde el otro lado de la mesa—. Bendícenos, señor, y bendice estos alimentos que por tu gracia vamos a comer. Queremos darte las gracias por la victoria de anoche de los Red Sox de Boston y por la

mínima cantidad de escarabajos verdes que los mellizos tendrán que eliminar de los ciruelos después de comer...

—Griff... —me advirtió mi madre. No le gustaba nada que aprovechara la bendición de la mesa para atosigar a la familia, pero así mataba dos pájaros de un tiro.

—Por favor, facilítale el camino a nuestro nuevo amigo Jude ahora que se nos ha unido en la granja —añadí esperando que el chico no se muriese de vergüenza, porque era algo que mi madre seguro que quería que dijese—, y, por favor, ayuda a la señorita Kidder a encontrar una tienda de neumáticos que tenga el adecuado para que pueda volver rápidamente a Boston hoy. Amén.

May bufó a mi lado. Cuando alcé la cabeza, Audrey me lanzó una mirada de desaprobación con los párpados entrecerrados.

—Bueno —dijo mi madre con el tono de voz extraamable que utiliza cuando sus hijos la desautorizan—, probemos la salsa especial de Audrey.

Fui el último al que le pasaron la salsera y me serví una cantidad realmente discreta, más que nada para dejarle claro a cualquiera que prestara atención que Audrey Kidder no me interesaba en absoluto. Después atacé la excelente comida de mamá.

Nos quedamos en silencio, como solemos mientras comemos, porque la comida es algo que nos tomamos muy en serio, pero de pronto May gimió de un modo impropio de una señorita.

—Dios mío... ¡Qué buena es esta salsa!

—Está de muerte... —convino mi hermano—. Podrías envasarla y venderla; es un orgasmo para el paladar.

Audrey sonrió como si le hubieran dado un premio.

—Las cerezas están perfectas —anunció entusiasmada mi madre—. Tan ácidas, y con el vinagre balsámico... ¡Increíble!

—Impresionante —dijo Zach.

Le lancé a mi empleado más leal una mirada asesina. «¿Tú también, Zachariah?»

—No te has servido mucha comida, novato —le dijo May a Jude—. ¿Has probado la salsa?

—Lo he hecho y no tengo palabras —respondió.

A punto estuve de darle un puntapié bajo la mesa.

—Por otra parte —añadió contemporizando—, es lo primero que como en tres años que no sale de la cocina de la cárcel ni del hospital; no cuesta mucho impresionarme.

Algunas risas, pero tanto Audrey como mamá se inclinaron hacia la mesa. A mi madre se le habían empañado los ojos.

—¿En serio? —exclamó Audrey—. ¿He preparado la primera salsa que comes fuera de la cárcel?

Jude agachó la cabeza. Parecía arrepentido de haber hablado; al parecer, no le gustaba ser el centro de atención.

—Creo que tiene que repetir —dijo mamá. Se levantó de la mesa y se acercó al aparador para prepararle otro bocadillo a Jude; no pudo evitarlo—. Ahora que estoy aquí, ¿alguien quiere algo más?

—Más salsa —dijo mi hermana pequeña.

Panda de traidores. Ninguno se salvaba.

Mordí el centro del bocadillo y mastiqué. Santo cielo. Cerezas dulces ahumadas con un toque de picante. Me contuve para no gemir como el resto de mi familia, pero, Dios, aquella chica cocinaba realmente bien. Seguía siendo como un grano en el culo y trabajaba para una panda de delincuentes, pero tenía talento para una cosa. Bueno..., para dos. Para la cocina y para el sexo.

—Griff, ¿estás bien? —me preguntó mi madre—. Te has puesto un poco colorado.

—Hoy hace calor —refunfuñé. Y lo hacía.

—Creía que en Vermont no hacía calor —observó Audrey—. ¿Qué ha sido de la fresca brisa de las montañas?

—Volverá al atardecer —le dije defendiendo el mejor estado de la unión—. Lo bueno de Vermont es que siempre refresca por la noche.

—Bueno es saberlo —dijo Audrey llevándose a la boca un minúsculo bocado de ensalada de patata.

—¿Dónde os conocisteis? —preguntó Zach acercándose al aparador para repetir.

Mamá levantó la vista.

—¿Ya os conocíais?

«Vaya, maldita sea, Zach.» Tendría que matarlo después de comer; lástima, porque era un buen trabajador.

—Veamos —explicó Audrey, después de limpiarse suavemente con la servilleta esa boca hecha para besar. No me miraba a los ojos, por lo que me preparé—. Coincidimos en la Universidad de Boston. —Me miró de soslayo, como diciéndome «¿Has visto?».

Oh, sí que coincidimos, y muy bien.

—Teníamos amigos comunes —añadió—. Yo salía con un chico odioso de su hermandad. —Me miró enarcando una ceja—. ¿Sabes qué ha sido de él?

Negué con la cabeza. Me sentía culpable. Bryce no era de los míos; él iba con los niños ricos.

—¿Sabes? —May se inclinó hacia delante—. Me sonabas. ¿En qué año te graduaste?

—Bueno... —Audrey ensartó un trozo de patata del plato—. No me gradué, no pasé de primero. Después fui a Mount Holyoke, hasta que me pidieron que no volviera. Al final encontré mi camino en la escuela de cocina; a la tercera va la vencida.

Todo el mundo se rio, lo cual era absurdo. Si uno de los mellizos suspendía

primero de carrera, lo mataría con mis propias manos. El inminente pago de su matrícula me hacía pasar noches en vela.

—La escuela de cocina fue la decisión acertada —metió baza mi hermana pequeña—. Esta salsa está increíble.

—Gracias.

Empezó otra ronda de elogios, como si Audrey hubiese curado una rara variedad de cáncer.

Me terminé el bocadillo en silencio, incómodo y tratando de no gemir cada vez que probaba la extraña maravilla resultante de añadirle cerezas a la salsa barbacoa.

Audrey Kidder se marchó después de comer, así que el día volvió a la normalidad.

O, mejor dicho, tendría que haber vuelto a la normalidad. Sin embargo, yo estaba más nervioso y malhumorado de lo normal. Hice unas cuantas llamadas y un poco de trabajo de oficina, con lo que no conseguí sino exasperarme, así que con una jarra de limonada con jengibre de mi madre y media docena de galletas fui al encuentro de Zach, Jude y mi hermano Dylan, que trabajaban en el huerto. Siempre había algo que hacer en el campo: cortar la hierba, recoger las manzanas caídas, poner trampas para los insectos indeseados y cultivar plantas para atraer a los que sí queríamos.

La agricultura ecológica consiste en conseguir que la armonía se dé donde te conviene. Ese día yo no estaba de un humor armonioso cuando me acerqué a los chicos.

—¿Cómo va eso? —les pregunté—. ¿Habéis visto alguna plaga de la que deba preocuparme?

Zach negó con la cabeza.

—Todo bien, aunque podríamos regar un poco.

—Bien. ¿Un descanso?

—Para descansar siempre tengo tiempo —dijo Dylan dejándose caer en la hierba. Le pasó la bolsa con el tentempié, sacó el contenido y llenó de limonada los vasos de plástico—. Toma. —Le pasó uno a Jude.

Mi nuevo empleado estaba sudado, pero relajado. Cogió el vaso y lo vació de un trago. Saqué una jarra de agua fría de la bolsa y se la ofrecí.

—Bebe, que estás acalorado.

—Gracias. Seguramente me quemaré la piel, pero me da igual. Llevaba años sin pasar todo el día fuera.

«Dios mío.» No podía ni imaginármelo. No he pasado ni un solo día sin estar fuera varias horas. Si me encerraran en una celda, me moriría.

—¿Qué tal era la rehabilitación?

Jude se rio.

—Mejor que la cárcel, pero no me daba cuenta porque estaba demasiado ocupado vomitando. Los últimos diez días fueron mejores. Hay un patio donde puedes sentarte y jugar a las cartas o lo que sea, y tres veces al día tienes que hablar de tus sentimientos. Eso es ya de por sí suficiente tortura, pero además debes escuchar la historia de todos los demás. Me explico: te motiva, pero te entristece profundamente. Creía haber tenido una infancia de mierda, pero la de unos cuantos fue terrible. Los médicos nos preguntaban: «¿Cómo conseguiste la primera dosis? ¿Quién te la dio?» Una chica que ahora tendrá unos veinte años esnifó su primera raya de coca a los doce. Fue el regalo de cumpleaños de su madre.

—Ostras, tú —observó Zach metiéndose una galleta en la boca.

—Sí, ¿verdad? —Jude también cogió una galleta—. Algunas personas que conocí allí estaban muy jodidas, ni siquiera recordaban haber estado limpios,

porque la última vez que tuvieron el organismo libre de drogas fue en sexto de primaria. —Se secó el sudor de la frente con el brazo y se acostó en la hierba.

Con aquel calor, los insectos estaban en pleno apogeo de actividad. Los saltamontes brincaban por encima de mí como pequeñas aeronaves, con las alas zumbando a su paso. Las abejas se detenían a inspeccionar el trébol que crecía entre la hierba.

Dylan me dio una suave patada en el pie.

—¿Dónde estabas mientras nosotros sudábamos la gota gorda?

—Ocupándome del dichoso negocio; tenía que hacer llamadas comerciales. —Era el presidente de la junta de agricultores de Norwich—. A partir del mes que viene aceptaremos vales de comida como forma de pago. Casi todos estamos de acuerdo, pero algunos se resisten.

—Idiotas —masculló Dylan—. ¿Quién no querría abrir mercado y dar comida decente a quienes lo necesitan?

—Exacto, pero conlleva papeleo y los agricultores lo detestan, aunque los convenceré.

Nadie dijo nada durante unos minutos. Dormitar al sol es fantástico después de trabajar sin parar varias horas. De haberme pasado la tarde fuera, yo no habría estado tan nervioso. Aquel día mi cerebro no callaba.

—Oye, hermanito. —Empujé el zapato de Dylan—. Smitty nos ha enviado los nuevos términos del acuerdo de alquiler para los próximos dos años. Necesito hablar contigo de eso. —Dylan no tenía más que diecisiete años y le faltaba un curso para graduarse, pero la granja también era suya—. No estoy seguro de que nos interese seguir con nuestra mitad de la vaquería de South Hill.

La cara de sorpresa de mi hermano cuando se incorporó fue mayor de lo que yo esperaba.

—Eso es absurdo —dijo—. ¿Por qué renunciar a nuestra mayor fuente de

ingresos en invierno?

—Bien... —Me senté para verlo mejor—. El precio de la leche ha caído un treinta por ciento en los dos últimos años, pero los costes suben; la vaquería no es siempre un buen negocio. Muchas quebraron en los noventa. A papá le fue bien, pero dudo que nos vaya bien a nosotros.

—Pero... —Se inquietó mi hermano—. Papá adoraba las vacas, y con la lechería diversificamos la economía. A veces tenemos malos años en el huerto, ¿qué ocurriría si fuera nuestra única entrada de dinero? No podemos desprendernos sin más de la mitad del negocio.

—Entiendo lo que dices —repuse con la máxima suavidad. Me alegraba sinceramente de que Dylan entendiese esas cosas; era difícil saber si seguiría conmigo en el negocio después de pasar por la universidad, cuando tuviera una visión del mundo más amplia, pero me gustaba ver que me prestaba atención—. Las vacas lecheras del otro lado del camino valen dinero. Si las vendemos, obtendremos una buena ganancia que podríamos reinvertir en cualquier otra cosa. Quiero expandir el negocio de la sidra porque es un producto manufacturado, no solo un producto básico. Si se pone de moda, tendremos una marca. Sería una marca especial, exclusivamente nuestra.

—O exclusivamente tuya —arguyó Dylan—. Nadie aparte de ti sabe hacer sidra. ¿De qué se supone que tenemos que encargarnos los demás?

«Ah.» A lo mejor mi hermano sí que quería seguir trabajando en la granja. O al menos no cerrarse esa puerta.

—Mantendríamos la vaquería de cría ecológica, la que está en nuestra propiedad; solo vendería la otra mitad. Seguiríamos vendiéndoles toda la leche ecológica a los Abraham. —Los Abraham eran unos vecinos que vivían calle abajo y fabricaban quesos gourmet.

Dylan no dijo nada durante un par de minutos. A lo mejor tendría que

haberle hablado de aquello en privado. No sabía si le incomodaba mantener aquella conversación en presencia de Zach y Jude.

—Mamá alucinará —dijo al final—. Esas vacas eran las niñas mimadas de papá.

—No te venderemos a ti, Dyl. —Reí entre dientes, porque él sí que había sido el niño mimado de papá. Me preocupaba lo que diría mi madre en cuanto le enseñara los nuevos términos del contrato de arrendamiento; por eso había hablado antes con Dylan—. No hago esto porque no me gusten las vacas, lo único que quiero es que hagamos lo más conveniente.

Dylan resopló.

—¿Eso es lo único que quieres?

—¿Qué?

—Me parece que quieres meterte en los pantalones de Audrey Kidder.

¿Tan obvio era?

Otra voz se alzó entre la hierba.

—Creo que ya se metió —murmuró Jude.

Me atraganté con el último sorbo de limonada.

—Joder, ¿eres vidente? ¿Qué precio tendrá la leche en los próximos cinco años?

Zach y Jude rieron.

—Dios..., ¿en serio? —exclamó Dylan antes de apoyarse en un codo—. Cuando has dicho que la conociste en la universidad no sabía que querías decir «a fondo».

La voz de May nos llegó desde la siguiente hilera de árboles.

—¿Quién conoce a quién «a fondo»? —Su cara apareció entre dos manzanos golden delicious—. Espera, ¿salías con Audrey?

Un momento antes estaba celebrando la inteligencia de Dylan, pero la agudeza mental de mi familia solía ser un inconveniente.

—¿Por qué no recuerdo a nadie llamado Audrey? —preguntó May sentándose a mi lado.

—Bueno... —Volví a reír entre dientes—. No puede decirse que saliéramos. Dylan, tápate los oídos.

Mi hermano pequeño me dio otra patada.

—No tengo doce años.

Suspiré.

—Lo sé.

No quería que mi hermanito, tuviera la edad que tuviera, se comportara como había hecho yo. No me arrepentía del sexo, sino de la forma en la que todo se fue al garete.

Siempre había querido estar con Audrey. Desde el instante en que apareció con Bryce estuve celoso, y no solo porque estuviera muy buena; me atraían sus tonterías y lo despreocupada que vivía, disfrutando, sin esforzarse demasiado. En mi caso todo era siempre una lucha, pero ella y Bryce eran niños ricos de los que no se esfuerzan por nada. Anhelaba lo que ellos tenían y que me importara tanto me hacía sentir imbécil.

Después Bryce empezó a traer también a otras chicas. La primera vez que lo vi con la lengua metida en la garganta de otra supuse que él y Audrey habían roto. Me llevé un disgusto, porque eso significaba que no la vería más; sin embargo, a la noche siguiente allí estaba, cogida de su brazo, sonriendo y pidiéndonos a todos que imitáramos lo mejor posible... un pollo. Ni siquiera recuerdo por qué. Las bromas de la universidad eran así, graciosísimas y sin venir a cuento. Fueron buenos tiempos.

Más tarde le pregunté a Bryce qué estaba haciendo con la otra.

—Audrey es mi novia —me respondió—, pero es mi novia del instituto, ¿entiendes? Y su madre es dueña de medio Boston. —Rio como un malvado de cómic—. Seguramente nos casaremos, pero no puedo pasarme los cuatro años

de universidad sin dedicarles tiempo a unas cuantas actividades «extracurriculares». Sería un error.

Aquello hizo que me hirviera la sangre. En mi opinión, Bryce era un estúpido mujeriego, pero me dieron ganas de darle un puñetazo por engañar a su chica.

Después de aquello, en cuanto Audrey aparecía por la sede de la hermandad, yo me iba. No soportaba verlo. En realidad no la conocía, pero me ponía como nadie, cosa que me confundía todavía más. No dejaba de preguntarme si debía hablarle de las actividades «extracurriculares» de Bryce. A continuación, me preguntaba si la única razón por la que quería decírselo eran los celos.

Cuando Bryce se presentaba con una chica diferente, siempre me aseguraba de preguntarle en voz bien alta qué tal Audrey. «Genial», respondía siempre con una sonrisa o un guiño. Al cabrón no le daba ninguna vergüenza y sus acompañantes, muy numerosas, tampoco parecían molestas por la pregunta.

Todo aquello me sacaba de quicio, hasta que una noche ocurrió lo inevitable. Fue una tranquila noche entre semana. Había visto a Bryce subir con una patilarga que no me sonaba. Seguramente estaban en la salita de la televisión, donde se reunían los novatos, pegándose el lote.

Yo estaba sentado en un incómodo sofá, junto a la cocina, un sitio repugnante donde podía estudiar en paz. Fui yo quien respondió cuando alguien llamó a la puerta de la cocina.

—Hola, Griffin —dijo Audrey entrando—. ¿Por casualidad Bryce está por aquí?

Ni siquiera dudé.

—Echa un vistazo en la salita de la tele de arriba; estoy seguro de que lo he visto subir.

—Gracias —corrió hacia las escaleras.

Inmediatamente me sentí bastante mal. No podía seguir allí sentado esperando a ver qué pasaba, así que cerré de golpe el libro de texto, salté del sofá y eché mano a las llaves que llevaba en el bolsillo; pero no pude irme con suficiente rapidez, porque tenía un coche en doble fila delante del mío, de modo que estaba en la entrada, obligado a ver el puñetero Mercedes de Bryce estacionado detrás de mi lata con ruedas, cuando Audrey salió furiosa por la puerta de la cocina, sofocada y con las mejillas arrasadas de lágrimas.

Ni siquiera me vio. Caminó deprisa por el acceso para coches hasta que desapareció.

Estaba convencido de que nunca volvería a verla; en cualquier caso, ¿me lo merecía? Sin embargo, al cabo de dos semanas volvió con algunas de sus compañeras de hermandad. Puede que tuviera en mente vengarse, ya que iba vestida para matar. Nunca me había prestado atención, pero aquella noche, cuando le pregunté si quería bailar conmigo, me dijo que era la mejor idea que había oído en mucho tiempo.

El resto de la noche no se me olvidará jamás. Estaba muy excitado y ella captó todos los indicios. Cuando la besé, me devolvió el mejor beso. Mientras subíamos las escaleras creí morir de felicidad.

Una semana después repetimos la jugada. Como un alma en pena, no hacía otra cosa que pensar en ella.

—Griff, ¿me escuchas o qué?

La voz de mi hermana me sacó de la ensoñación.

—¿Qué?

—He dicho que encuentro a Audrey estupenda. —May me dio un puñetazo en el brazo, juguetona—. Deberías llamarla.

«Llamarla.» Esa era la cuestión, que la había llamado después de nuestro encuentro. Era más joven y más estúpido, pero no se me escapó el hecho de

que entre ella y yo había una química increíble, de modo que la llamé para invitarla a cenar.

Al parecer, decidió que yo no merecía el esfuerzo. No me devolvió la llamada.

Poco después acabó el curso y todo lo que hice fue reprocharme haberla tratado con tanta torpeza. Podría habérmelo tomado con más calma. Podría haberle pedido perdón por mandarla al piso de arriba para que viera al rollete de esa noche chupándosela a su novio. (A Bryce no le hizo demasiada gracia aquel desafortunado incidente.)

En vez de eso, me había acostado con ella. Dos noches. Me sentía un aprovechado y en realidad no la culpaba por pasar de mí. Y ese día había tratado a Audrey con frialdad. Su rechazo, incluso cinco años después, me había hecho ser más gruñón de lo habitual.

Tiré el vaso vacío en la bolsa y me levanté.

—Se acabó el descanso.

Mi hermano también se levantó.

—¿Lanzas esa bomba y volvemos al trabajo?

Tardé un segundo en darme cuenta de que se refería a mi idea de vender muchas de nuestras vacas lecheras.

—Hablaremos mucho más de eso —le respondí con suavidad—. Mucho más. No te preocupes, ¿vale?

Pero Dylan me lanzó una mirada sombría y enojada que me recordó a la mía, antes de alejarse pisando fuerte hacia la carretilla.

—¿Qué bomba? —inquirió May.

—Pregúntamelo mañana —refunfuñé—. Tengo que ver los melocotoneros.

Una vez más, Audrey había venido y se había ido, y yo me había quedado solo en la granja con mi arrepentimiento y un montón enorme de trabajo.

Audrey

Cuando me marché de la granja Shipley después de comer, Griff me sorprendió al entregarme dos botellas de su sidra.

—Sé que tu jefe no quiere que pagues el precio de mercado —dijo—, pero no soy idiota. Sé que me convendría introducirme en esos restaurantes, al menos si no pierdo hasta la camisa.

La idea de Griff perdiendo la camisa me atrajo, pero no del modo al que él se refería. Me apetecía echarle otro vistazo a aquel torso espectacular...

—Así que haz todo lo que puedas —dijo con más humildad de la que yo esperaba—. Que la pruebe y me dices qué precio está dispuesto a pagarme como máximo.

—Lo intentaré —le prometí. Quería conseguirlo, caramba, aunque no fuera más que para ver su bonita cara teñida de incrédulo estupor—. Te llamaré para ponerte al día.

—Responderé al teléfono como un urbanita.

—Bien. —Me ardía la cara de vergüenza por haberle hecho caso a Burton. Aquel hombre solo me utilizaba para que cumpliera con «su» agenda.

Los hombres me habían utilizado para eso más de una vez, de hecho. ¿Por qué seguía picando?

—Y cambia esa galleta por una buena rueda —me dijo Griff—. Te conviene conducir con eso solo lo imprescindible. El taller de neumáticos de

Montpelier te lo solucionará. Si vas hacia el sur, será más complicado; puede que tengas que ir hasta Lebanon, en New Hampshire.

¡Ostras! Había pasado por allí una hora antes de llegar.

—Gracias. Me ocuparé de ello.

En cuanto subí al coche, le eché a la granja Shipley un último vistazo. Los tablones blancos de madera relucían al sol de junio y, cuando el viento cambió, la brisa me trajo el débil olor del ganado vacuno. En el porche había sillas de mimbre, no solo para decorar, sino para dejarse caer en ellas al final de un día de verano.

Un bonito lugar.

Conduje hacia Bradford. Esperaba no tener ningún problema para localizar el taller de neumáticos. Cuando lo conseguí, sin embargo, me encontré con un imprevisto: la empresa de alquiler de coches no lo tenía en su lista de talleres de reparación.

—Tendrá que ir a Rutland o a Burlington —me explicó el chico del mostrador—. Si no va a un taller autorizado, la empresa de alquiler le cargará noventa y nueve dólares más por la reparación.

Grrr. No me sobraba dinero para gastar y habría jurado que esa era precisamente la clase de gasto que BPG me endilgaría.

—Bueno —dije. No sabía demasiado de la geografía de Vermont—. No voy hacia allí. ¿Qué hay más al sur de aquí? —A lo mejor podía dar por terminadas las entrevistas y volver por donde había venido.

—White River Junction o Lebanon, New Hampshire —fue la respuesta.

—Gracias —refunfuñé.

Me fui.

La rueda de galleta tendría que servir. La gente conducía semanas con la rueda de repuesto, ¿no?

Pasé la noche en un motel. Marqué en el mapa las granjas que me faltaban, una por una. Traté de establecer la ruta que menos kilometraje implicaba, pero no era fácil. Todas estaban al este del estado, pero cada una situada en una carretera comarcal distinta que salía de una autopista diferente.

Una, sin embargo, llamada Apóstata, estaba casi pegada a la de Griff Shipley. Si me hubiera dado cuenta antes, ya podría estar allí. Ahora tendría que retroceder hasta Tuxbury de camino a casa.

Me puse en camino a la mañana siguiente temprano. La granja situada más al norte era Hondonada Neblinosa. Por suerte no estaba lejos de la salida de la autopista.

Cuando llegué al camino de acceso, las gallinas se dispersaron por todas partes. Salí del coche con cautela para evitar ensuciarme las sandalias con excrementos de gallina.

La puerta de rejilla de la granja se abrió y se cerró de golpe; un ovejero salió en tromba. Me envaré porque no estaba acostumbrada a los perros y temía que me tomara por una intrusa. Las gallinas temían lo mismo, porque volvieron a dispersarse. Sin embargo, el perro no corrió hacia mí, sino que metió el hocico bajo un arbusto y se dio la vuelta con una pelota de tenis bastante asquerosa en la boca. Se me acercó trotando y la dejó a mis pies. La pelota rodó hasta topar con mi dedo gordo.

Uf.

El animal se sentó sobre su peludo trasero blanco y negro y me miró expectante, moviendo la cola. Tal era su anhelo que costaba decirle que no, así que me incliné, recogí la pelota tocándola lo menos posible y la lancé hacia un lado, lejos de las pobres gallinas, que ya volvían a escarbar y picotear entre la hierba que bordeaba el camino.

El perro echó a correr tras su pelota y la puerta de rejilla volvió a cerrarse, esta vez detrás de una anciana.

—No queremos nada —me dijo desde el porche.

—Hola —la saludé como si me hubiera dicho algo más amable—. No vendo nada. Quiero comprar... —Consulté la lista que llevaba en la mano— pavo. Pavo ecológico.

Seguía mirándome mal.

—¿Quiere encargar uno para Acción de Gracias?

—No, señora. Estoy aquí en nombre del Boston Premier Group, es una empresa de restauración. Quieren comprar cuatrocientos pavos.

Se pasó el mondadientes de un lado al otro de la boca en línea recta.

—El precio es de cinco dólares el medio kilo.

—Bueno... —Con una punzada de temor, volví a mirar la hoja: «2,50»—. BPG tiene intención de pagar dos cincuenta, pero comprará muchos.

Se encogió de hombros.

—Crío tantos pollos como sé que puedo venderle a la gente de por aquí. Si se los vendo a usted, perderé dinero y no me quedarán pavos para Acción de Gracias. Me parece que no tenemos nada más que hablar.

Dicho esto, me dio la espalda y entró en la casa.

La misma historia se repitió unos kilómetros más lejos, en una cooperativa de apicultores. El precio de BPG por la miel era la mitad, demasiado bajo, claro. Volvió a pasarme lo mismo cuando visité una granja en la que cultivaban verdura. La producción del granjero era tan diversa que le pasé mi hoja de precios para que los consultara él mismo. A los treinta segundos el barbudo granjero me la devolvió negando con la cabeza.

—Griff Shipley me dijo que tuviera cuidado con usted. Dijo que intenta doblegarnos con un salario de esclavos y eso no nos gusta.

—¿Que hizo qué?

El tipo se crispó.

—Perdone, señorita. Trabaja para una empresa que no respeta lo que

hacemos. Tiene que haber centenares de granjas más cerca de Boston, en cualquier caso.

Volví al coche furiosa. Si Griff había puesto en mi contra a todos los granjeros del condado, estaba perdiendo el tiempo. Aquel trabajo era ya bastante duro sin su ayuda.

Además, ¿por qué no podía BPG obtener lo que le hiciera falta en Massachusetts? Aquella pregunta estimuló mi inquieto cerebro, pero la descarté para lanzar dardos imaginarios a la imagen de Griff. Con lo ancho de espaldas y lo musculoso que era..., habría sido bastante fácil acertarle con uno.

«¡Céntrate, Audrey!»

Me retoqué los labios y visité otras tres granjas. Un granjero me ofreció por las patatas el precio que le proponía, pero solo por las picadas.

—Nunca sé dónde llevar las feas. Son igual de buenas, pero me las rechazan en el mercadillo.

—Veré qué puedo hacer. —Suspiré tomando nota. Ya oía mentalmente la voz de Burton diciéndome que esperaba la perfección.

Ninguno volvió a mencionar la granja Shipley y la mayoría fueron educados, pero nadie podía ayudarme ni parecía dispuesto a hablar del tema.

Maldito Griff. Si no me hubiera parado en su granja en primer lugar...

Había conducido noventa y seis kilómetros por carreteras secundarias sin conseguir absolutamente nada. No había comprado ni una sola cosa de la lista, a no ser que mi jefe tuviera una visión liberal de las patatas con imperfecciones.

La última granja de la lista estaba un poco más lejos que la de Griff Shipley yendo por la misma carretera. Le hice la peineta cuando pasé por delante. El indicador de la granja Apóstata no era más que una tablilla, pero la encontré. Al girar, me encontré con un camino de grava al que le hacía falta un buen

arreglo. El coche daba tantos bandazos que los dientes me castañeteaban. ¿Podía Vermont ser menos acogedor?

Fui dando botes hasta que me detuve delante de un granero. De él salieron dos hombres, pero fingí consultar el móvil, porque aún no estaba preparada para tratar con ellos. Antes necesitaba respirar hondo... y una copa de vino, y un día en un spa, y otro trabajo.

Respirar hondo era lo único de la lista que estaba a mi alcance.

Abrí la puerta del coche haciendo un esfuerzo por sonreír, pero lo primero que oí fue:

—Parece que lleva una rueda pinchada, señorita.

—¡Mierda! —maldije saliendo del coche para inspeccionar la rueda. Por supuesto, la culpable era la galleta. No era de extrañar que el camino de entrada me hubiera parecido un campo de minas.

Alguien rio entre dientes y aquel sonido me revolvió las tripas, porque conocía aquella risa. Alcé de golpe la cabeza y me encontré con mi enemigo observándome.

—¡August Griffin Shipley! —chillé—. ¿Les has dicho a todos los granjeros del condado que me den con la puerta en las narices? Eso ha sido una jugarreta. —Cerré el coche de un portazo y me volví para mirarlo a la cara.

Tuvo la decencia de parecer avergonzado; de hecho, con los brazos cruzados sobre aquel pecho tan impresionante, agachó la cabeza.

—Me pareció que mis vecinos necesitaban saber quién estaba a punto de llamar a su puerta. Los de BPG son un puñado de miserables de los negocios, Audrey.

—¿Yo soy una miserable de los negocios? Podrías decirlo, ya puestos. —También crucé los brazos imitando su postura. Si aquel movimiento resaltó mi escote, pues mejor.

Me miró de abajo arriba y acabó mirando el cielo.

—No lo eres, cariño; sin embargo, eso no resuelve el problema.

«Cariño.» Me odié un poco. Había disfrutado con el modo en que la palabra había salido de sus labios carnosos.

—Ya podrías haber cambiado la rueda —añadió, con lo que consiguió de nuevo acicatear al máximo mi justificada rabia.

—Como si no lo supiera —le espeté. Su vecino enarcó las cejas sorprendido.

¡Maldita sea! Era a él a quien había ido a ver, pero ¿qué posibilidades tenía ahora de que me vendiera su queso artesanal? Vermont me había hecho polvo en apenas veinticuatro horas. No tenía ningún motivo para quedarme.

—Esto ha sido un error —murmuré asiendo de nuevo la puerta del coche. Lancé el bolso al asiento del copiloto y ocupé el mío.

—Eh, Audrey —dijo Griff mientras giraba la llave del contacto—. No puedes conducir con el coche así...

Escucharlo no me llevaría adonde tenía que ir, así que metí la marcha atrás y retrocedí un poco. Era duro irme, pero lo hice. Metí primera y giré con fuerza el volante haciendo pasar el morro del coche por delante de Griff y su vecino. Los dos retrocedieron rápido, como si yo fuera una bomba a punto de explotar.

Recorrí con el Prius diez o veinte metros por el camino de grava antes de que el bamboleo se convirtiera en una pronunciada inclinación a la derecha.

—¡Mierda! —grité a pleno pulmón. Ni siquiera iba a ser capaz de hacer mutis con dignidad.

Apoyado en la llanta, el coche se paró en seco. Lo aparté del camino y golpeé el volante con la cabeza, furiosa, lo que solo sirvió para que sonara un pitido ridículo de la bocina. El coche me había dejado tirada.

¿No había trabajo en este mundo que pudiera hacer yo sin joderla?
¿Ninguno que pudiera conservar sin abochornarme?

El crujido de la grava delató unas pisadas, no tuve que preguntarme de quién. Si tenía que parecer una completa idiota, ¿tenía que ser delante del granjero más atractivo del planeta? Por lo visto, sí.

—Sal, cariño —me dijo con su voz ronca después de abrir la puerta del coche—. Zach te encontrará otra rueda de repuesto.

—Gracias —repuse con la mandíbula apretada.

—Ya que estás aquí, podemos terminar nuestra conversación sobre el precio de los productos.

—Si solo vas a gritarme, ahórratelo. —Agarré el bolso del asiento y me levanté.

Griffin frunció el ceño. Dios mío, qué hombre más alto, tanto como Paul Bunyan.

—Yo nunca le gritaría a una mujer.

—Matizo —dije entre dientes—, te quejas y refunfuñas.

Gruñó de un modo que no expresaba su acuerdo ni su desacuerdo.

—Venga. Si quieres hablar de manzanas, tiene que ser mientras trabajo. Tengo que matar un cerdo. Puedes mirar.

—¿Estás seguro? —le espeté—. Guau... Debe de haber un montón de chicas por delante de mí en la cola para verlo.

Para mi sorpresa, él echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Vamos, responzona. Tengo ahí la camioneta.

—Si he venido aquí, ha sido para hablar de los quesos. —Aunque miré hacia todas partes, no pude localizar al granjero—. ¿Adónde ha ido?

—Hoy tiene un problema, se le han marchitado un poco las tomatas y tiene que ponerle remedio de inmediato. Me ha llamado para que les echara un vistazo y me he ofrecido a prestarle ayuda. Ahora que Zach va a estar ocupado con la rueda... —Se atusó el espeso pelo castaño y suspiró.

—Ya preguntaré más tarde por los quesos —dije a regañadientes.

Griff se acercó a su camioneta y abrió la puerta del copiloto.

—Vámonos ya.

Me tendió la mano para ayudarme a subir a la camioneta. Vacilé. Estaba harta del papel de mujercita incompetente; por otra parte, para subir había que alzar mucho una pierna y llevaba falda. Si lo intentaba y no podía, otra metida de pata evitable, no sería bueno para mi ego.

Él seguía con la mano tendida, esperando, así que dejé que rodeara la mía con su amplia palma y sus dedos encallecidos.

«Dios mío de mi vida.»

Su tacto no debería haberme resultado familiar, no debería haber sentido una sacudida de anhelo por el mero hecho de asir sus dedos, pero aquella mano tan grande me había tocado entera una vez.

«Hace mucho mucho tiempo —me recordé—. Tú eras una persona diferente entonces, y él también.» Pensar en esa época no le convenía a nadie. Le eché la culpa al clima caluroso o al hecho de estar tan tensa. Llevaba dos años sin pensar siquiera en Griff Shipley.

En cuanto puse el culo en el asiento de la camioneta, me zafé de su mano. Sin decir palabra, cerró la puerta y dio la vuelta al vehículo para ocupar el suyo a mi lado.

Describió un giro completo y, mientras pasábamos por delante de mi maldito coche de alquiler, vi al granjero al otro lado del establo, inclinado sobre una hilera de hermosas tomateras verdes.

—¿El problema de las tomateras es grave? —pregunté.

Dos años antes, una plaga había arruinado buena parte de la cosecha de tomates de Nueva Inglaterra. Ese verano no se sirvió gazpacho en ningún restaurante de Boston.

—Puede ser —me respondió Griff de inmediato—. Quemará unas cuantas plantas y cruzará los dedos. La agricultura ecológica parece una partida de

póker de alto riesgo; por eso todos diversificamos la producción. Él tiene ovejas, quesos y verdura. Yo tengo manzanas, sidra y leche. No puede ir todo mal al mismo tiempo, a menos que repitamos el Libro de Job.

—Entiendo. Sus quesos tienen buena pinta, los vi en la página web.

—La tienen. Ha construido su propia bodega para envejecerlos, es genial. Pero son caros. Hay mucho amor puesto en ellos.

Suspiré.

—Ya lo sé, ¿vale? He hecho queso, no soy estúpida. Mi empresa sabe lo que vale el queso artesanal. Los que importan de Francia no son baratos.

Otro incómodo silencio se instaló en la cabina de la camioneta de Griff. Yo trataba de no comerme con los ojos sus brazos mientras conducía, así que me puse a mirar por la ventanilla hilera tras hilera de manzanos con las ramas cargadas de fruta verde del tamaño de una pelota de tenis, por todas partes.

—Parece que está siendo un buen año para las manzanas —afirmé.

—Lo ha sido. Esta primavera no ha habido ninguna helada tardía ni ha granizado en el momento menos conveniente. El granizo deja en la piel de la fruta manchas oscuras que no le gustan a la gente. —Cabeceó—. Los clientes no entienden que esos montones de manzanas sin ninguna mancha son terroríficos porque implican que el productor ha rociado el árbol con veneno. No me las comería ni aunque me pagaran por ello.

—Así que, según tú, la manzana de Blancanieves procedía de una gran explotación.

Soltó una carcajada.

—Claro que sí. La gente dice que quiere comer sano y comprar productos ecológicos, pero también quiere que tengan un aspecto impecable. Antes de que llegue el fin de semana, durante la temporada en que la gente viene a recoger su propia fruta, arrancamos todas las piezas picadas de los manzanos. Se venden mejor si las ven perfectas.

—Siempre se puede hacer sidra con las feas.

—Eso hacemos.

Señalé a Zach, Jude y los mellizos, de pie entre dos hileras del manzanal, con una carretilla roja.

—¿Qué hacen?

—Ponen trampas pegajosas para los insectos. En verano combatimos los insectos barrenadores y la polilla; nunca hay que bajar la guardia, porque no podemos usar aerosoles tóxicos para eliminar, antes de que sea demasiado tarde, todos los que no atrapamos.

Cuando enfiló el camino de entrada, los otros fueron a su encuentro.

—Espera aquí un momento —dijo apagando el motor—. Le dejaré la camioneta a Zachariah para ir a casa de Abraham.

Salté de la camioneta sin ayuda de don Manos Grandes y esperé mientras él iba a instruir a su pandilla.

Daphne me saludó después de limpiarse las manos en los vaqueros.

—Mi hermano se comió lo que quedaba de tu salsa con nocturnidad y alevosía, antes de que los demás pudiéramos hacerlo. No es la primera vez que hace algo así.

—Soy un niño, todavía estoy creciendo —se defendió Dylan—. ¿Quieres quemar tomateras o matar el cerdo? —le preguntó a su hermana, que puso los ojos en blanco.

—¿Por qué finges que tengo posibilidad de escoger? Vas a terminar matando tomateras porque no eres capaz de despellejar a Tauntaun.

Dylan se ruborizó.

—Ya me he ocupado antes de la matanza.

—Te desmayaste.

—Hacía calor —arguyó el chico, con el rostro crispado por la ira.

—Vete a la granja de Abraham. —Daphne le dio un empujón—. Me gusta el

gore.

Dylan la miró enojado, subió a la furgoneta y cerró de un portazo.

Tomé nota: a los varones Shipley no les gustaba que se pusiera en duda su virilidad.

Daphne, aburrida, se mordió una cutícula. ¿Cómo sería tener un hermano mellizo? Alguien a quien conocías tan bien que podías pincharlo donde más le dolía sin ningún esfuerzo. A mí, hija única, me fascinaba.

—Está bien —dijo Griff rodeando el morro de la furgoneta. Nos hizo una seña a Daphne y a mí, y a Jude, que estaba detrás de él—. Vamos a hacer tocino mientras Zach encuentra una rueda para Audrey. ¿Ha puesto May agua a hervir?

—Sí —le respondió Daphne trotando para seguirle el paso a su hermano—. ¿Lo de las tomatas es grave?

—Ya veremos. —Griff le puso una manzana en el hombro. En la familia eran todos altos.

Jude, el nuevo, caminaba a mi lado.

—¿Qué tal el primer día? —le pregunté.

—Estupendo —se apresuró a responderme hundiéndose las manos en los bolsillos—. Nunca había trabajado en una granja, pero me gusta el trabajo manual.

—A mí también, pero no lo supe hasta que empecé en la escuela de cocina.

Esbozó una sonrisa burlona.

—¿Te lo crees si te digo que en la cárcel trabajaba en la cocina? Apuesto a que nunca has usado cuchillos atados a la superficie de trabajo.

Me reí.

—Caray, ¿eso hacen? ¿Cómo podéis moveros?

Me costaba imaginarlo, pero ¿de qué otro modo iban a tener tantos cuchillos en una cárcel?

—Cada cuchillo lleva un cable retráctil sujeto al mango para que nadie pueda robarlo. De vez en cuando me olvidaba del maldito cable y me quedaba trabado al darme la vuelta para escuchar lo que decía alguien. Los buenos tiempos. Sin embargo, soy bastante rápido como pinche. Tres años de práctica.

—¿Eres capaz de pelar un diente de ajo en tres segundos o menos? —lo provoqué.

—Demonios, sí. El ajo es lo mío.

—Contratado, pues. Algún día, cuando sea una chef famosa, serás mi pinche —le prometí—. Eso sí, tendrás que mudarte a Boston.

Rio entre dientes.

—Vale, sin problema.

Fuimos andando hasta que pasamos el lagar. Detrás había un círculo de piedras donde ardía una hoguera con un caldero de agua humeante; parecía salido de la época medieval. Al lado, en un pequeño corral, un cerdo tomaba el sol con los ojos cerrados y las orejas gachas. Cuando llegamos, abrió los ojos y se levantó para acercarse esperanzado a la cerca. Su expresión me recordó la de un perro en busca de un premio.

Griffin fue hasta la cerca y se agachó para rascar al cerdo entre las orejas.

—¡Hola, Tauntaun! —bajó la voz hasta convertirla en casi un susurro—. Hola. Has sido un buen chico. Gracias.

Inexplicablemente, se me hizo un nudo en la garganta. Trabajaba con carne a diario, pero nunca había visto una matanza; no podía ser más sobrecogedora que trocear un pollo en la cocina. Comía carne por decisión propia, ¿no?

¿No?

Con el rabillo del ojo vi que la señora Shipley se acercaba con May; la matriarca era la que llevaba la escopeta. Se la entregó a Griff, que se volvió para observar al grupito allí reunido.

—¿Alguien quiere hacer los honores? Creo que Zach fue el último —dijo.

La mirada de Griff se posó en Jude, que negó con la cabeza.

—Vuestro criminal de poca monta nunca ha tocado un arma.

—Me alegro —murmuró Griff.

—Yo lo haré —dijo Daphne dando un paso adelante.

Griff se rio entre dientes y le entregó el arma apuntando hacia el cielo.

—Esta es mi chica.

Su hermana adolescente empuñó la escopeta como si hubiera nacido con ella en las manos. Se situó lejos de cualquier espectador y apuntó con calma, con los pies separados, como había hecho un millón de veces. Oí el chasquido del seguro cuando lo quitó.

—Justo entre los ojos —susurró Griff.

—Ya lo sé... —se burló ella.

Tauntaun la miraba entre los barrotes de la cerca sin preocuparse. Al segundo siguiente, una explosión ensordecedora me hizo dar un salto, pero no tan alto como el del cerdo, que se derrumbó como una chimenea de ladrillo en un terremoto y se sacudió con violencia.

Aunque no quería, se me revolvió el estómago.

Mis tripas dieron una sacudida involuntaria. «Aguanta —me reprendí—. Nos guste o no, no habría tocino en el mundo sin esto. Y cualquier cerdo que haya pasado sus días en las colinas herbosas de la granja de Griff Shipley probablemente haya tenido mejor vida que la mitad de los habitantes del área metropolitana de Boston.»

Me miré los zapatos esperando a que terminara lo triste.

Griffin

Sí. Ya era oficial. Seguiría soltero lo que me quedara de mi miserable vida. Un tipo que sacrifica un cerdo delante de una chica bonita muere solo.

Pero no había tenido más remedio. Ya llevaba dos días posponiéndolo y, puesto que May había hecho el trabajo de calentar el agua del caldero lo suficiente para que escaldara, no había podido escaquearme.

El hecho de tener cerca a Audrey, sin embargo, me hizo ver mi vida desde el punto de vista de una mujer. La chica palideció cuando el cerdo cayó y me sentí un cabrón por haberla obligado a verlo.

En ese momento, Zach llegó corriendo.

—Hola —saludó—. Malas noticias.

Vaya.

—¿Qué pasa?

—No tendré la rueda para esta tarde. No tenían del mismo modelo y no podemos montar una distinta en el mismo eje. Así que una de dos: habrá que cambiar ambas ruedas o pueden traer la adecuada de la tienda de White River mañana.

—¡Maldita sea! —exclamó Audrey—. ¿Cuánto valen? Si hago una chapuza, la empresa de alquiler de coches me hará pagar un riñón.

—Ciento treinta —dijo Zach—. Cada una.

Audrey apretó los párpados y sacudió su bonita cabeza.

—Era de suponer —dijo ella.

—Mañana. —Le indiqué por señas a Zach que llamara a la tienda. Luego le dije a Audrey—: Puedes pasar aquí la noche, ya son casi las seis. Te lo resolverán mañana. White River está a treinta y dos kilómetros de aquí; la tienda ya habría cerrado cuando llegáramos. De no ser así, mandaría allí a alguien a comprarla.

—Gracias —me dijo Audrey boquiabierta.

—De nada. —Era lo mínimo que podía hacer después de haber puesto a todo el mundo en guardia contra los capullos para los que trabajaba.

—Ven conmigo —le dijo mi madre cogiéndola del brazo—. Prepararemos juntas una cena rápida.

A Audrey se le iluminaron los ojos.

—Me encanta vuestra cocina. Dame trabajo. —Se volvió hacia mí—. Todavía tenemos que hablar del precio de las manzanas.

Iba a ser una conversación muy breve, pero no quise chafarle la guitarra. Al menos, no todavía. Señalé el cerdo.

—Tardaremos un rato en hacer esto —le expliqué quedándome muy pero que muy corto—. Jude y yo lo escaldaremos y lo despellejaremos; después haremos un breve descanso para cenar. Hablaremos entonces.

—¿Podré ver el despiece? —me preguntó.

—Bueno... —¿No estaba tratando de no ser un capullo?—. Sí, una vez escaldado y desollado. —Había sonado más sangriento de lo que pretendía, pero ella ni pestañeó.

—Vale, genial —dijo.

Cada vez que creía conocer a aquella mujer volvía a sorprenderme.

El día me tenía reservadas más sorpresas. Mi nuevo empleado demostró ser

un ayudante resuelto en el matadero que yo había dispuesto bajo un toldo, detrás del lagar. Durante cuatro horas, Jude me ayudó a raspar y desollar el cerdo. Cuando por fin paramos para cenar, me disculpé con él.

—Sé que tendrías que haber terminado de trabajar hace horas. Es tu segundo día aquí y ya estoy aprovechándome.

Negó con la cabeza.

—Lo que necesito en este momento de mi vida es trabajar más y pensar menos. No hay problema.

A pesar de todo, lo acompañé a la granja, donde mi madre y mis hermanas nos habían guardado comida.

—¿Qué hay de cena? —pregunté, como hacen todos los hombres.

—Salpicón de pollo en ensalada —dijo Daphne—. Ha sido idea de Audrey, porque así es más sabroso. Lleva nueces y cerezas pasas. Y cuscús.

—Y porque me gusta cómo suena «salpicón de pollo en ensalada» —admitió Audrey, sentada en un taburete.

—Suena bien —dije intentando no mirarla fijamente a ella ni sus dedos delgados sujetando el vaso de té helado.

Después de zamparme la cena salimos para ir los dos hasta donde Zachariah nos había relevado en la matanza.

—La temperatura está bajando —me dijo mientras caminábamos juntos por la hierba.

—Aquí nunca hace mucho calor por las noches. Aunque de día haga un calor abrasador, por la noche refresca.

Me encantaba Vermont. A lo mejor no había planeado volver inmediatamente después de terminar la carrera, pero adoraba aquel lugar.

—¿Adónde fuiste cuando te graduaste? —me preguntó, como si me leyera el pensamiento—. Te reclutaron los Packers, ¿no?

—Tienes buena memoria. —Me había sorprendido que lo supiera—. En la

última ronda. Entré en el equipo suplente y esperaba formar parte de la alineación la temporada siguiente.

—¿No funcionó?

—Bueno, seguramente no habría funcionado. Eso es lo que me digo, al menos. Mi padre murió de un infarto ese octubre.

—Lo siento.

—Gracias. Sea como sea... dejé el equipo y volví a casa para llevar el negocio.

—Vaya —dijo—. Es una lástima que tuvieras que renunciar al fútbol.

—No una gran lástima —mentí. Hacer la llamada y decir que me quedaría en Vermont para llevar la granja familiar había sido la decisión más importante que había tomado en la vida. Claro que nadie esperaba que mi padre, un hombre sano de cuarenta y nueve años, muriera de repente. Creía tener diez o quince años para decidir si quería dedicarme a la agricultura. En lugar de eso, allí estaba, a los veinticuatro años, ocupándome de la granja a tiempo completo y dando de comer a tres hermanos, a mi madre y a mis abuelos.

Nos acercamos a la mesa de trabajo donde Zach había terminado de preparar el trabajo.

—Lo he destripado —dijo—. Luego lo he decapitado. Me ha parecido que querías ir directamente a los cortes, bueno..., más comunes.

Zach no tenía ninguna experiencia con las mujeres, pero evidentemente era mucho más caballeroso de lo que sería yo jamás. Siempre nos ocupábamos de la cabeza en primer lugar, pero era bastante cruento.

—Gracias, Chewie —le dije. Llevé a Audrey al fregadero y nos lavamos las manos frotando bien.

—Pues empezaremos por el costillar —dije cuando nos pusimos manos a la obra y Zach me pasó el cuchillo.

Me arriesgué a echar un vistazo a Audrey, que miraba con el ceño fruncido unos noventa kilos de cerdo destripado y sin piel, abierto en canal sobre nuestra enorme mesa de acero. Luego agachó la cabeza y vio, desafortunadamente, la de Tauntaun, en un cubo, con los ojos vueltos hacia nosotros, casi como si nos mirara.

—¡Espera! —me gritó, inquieta.

Ya estamos...

—Si te da asco, puedes irte.

Audrey se volvió hacia mí.

—Griff Shipley, no te atrevas a tirar esa cabeza sin haberle sacado la carrillada.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. No... Lo haré yo. —Se agachó y arrastró el cubo para poder acceder a su contenido. Luego nos tendió la mano para que le diéramos un cuchillo.

Se lo di, estupefacto. Agarró la cabeza por la oreja y deslizó la punta del cuchillo por debajo de la piel.

—La carrillada es la única carne de cerdo a la vez tierna y magra. A la brasa, con especias de Sichuan, está estupenda. Si no hay más remedio, a la italiana, con tomates y vino. Un poco de ajo, orégano fresco... —Siguió cortando, describiendo un círculo alrededor de la carrillada.

Zach, que estaba a mi lado, me dio un codazo, incrédulo.

La mirada que le lancé significaba: «Lo sé, ¿vale?». Incluso el nuevo se tapó la boca para esconder la sonrisa.

Audrey dejó la pieza de carne en la bandeja que mi madre había sacado para eso. Luego giró la cabeza del animal y efectuó el mismo corte en el otro lado. Liberada la pieza, empujó otra vez el cubo debajo de la mesa y me miró.

—¿Puedo seguir? —me dijo—. Nunca he separado un costillar. Esta parte

será para costillas de palo y además está el lomo...

«Cásate conmigo», pensé mirando boquiabierto sus manos ensangrentadas y su sonrisa radiante. Nota personal: «No hagas enfadar a Audrey, especialmente si hay cerca un cuchillo de chef bien afilado».

—Claro, adelante —dije al final—. Envasaré los cortes.

Audrey me observó rodear la mesa hacia nuestro aparato de envasado, ya cargado con un rollo de plástico. Se le iluminó otra vez la mirada.

—¡Oh! Un aparato de envasado al vacío. Es un trasto estupendo. Tendremos que volver a intercambiar el trabajo.

Aquella chica era un pozo de sorpresas. Canturreando, hundió el cuchillo en el cerdo y empezó a trinchar.

—Quieres los cortes grandes, ¿verdad? Como es la primera vez que lo hago, no estoy segura de poder sacar este costillar de una sola pieza.

Dios. Yo tampoco podía, y eso que lo había hecho una docena de veces.

—Haz lo que puedas, es para uso propio. Esto no es un concurso de belleza.

Zach se había quedado mirando, cada vez más divertido. Al final, le di la patada.

—Vete a comer. Nosotros defenderemos el fuerte. De hecho... estás fuera de horario. Que vengan luego mi madre y May a llevarse cosas al congelador.

Zach se despidió con la mano alegremente, con una sonrisa más sagaz de lo que yo hubiera deseado, antes de alejarse.

Audrey hizo otro corte como si hubiera nacido para aquello.

—¡Mira esto! De una sola pieza —se pavoneó—. Dame el trofeo.

«Anda que...»

—Esos mamones de BPG te tienen haciendo un trabajo que no te va. Resopló.

—Caramba, ¿tú crees? Es la historia de mi vida.

—Pero ¿por qué? ¿No podrían simplemente dejarte en la cocina?

Audrey alzó la cabeza, con cara de tristeza.

—Si tuviera pene y acento francés dirigiría una de sus cocinas. Ni siquiera consigo trabajar cocinando.

—Entonces, ¿por qué sigues allí?

—Seis semanas más —dijo concentrándose ceñuda en lo que hacía—. Luego les presentaré una idea para un restaurante. Si les gusta lo bastante, me respaldarán, pero compito con otras veinte personas, algunas de las cuales tienen tanto pene como acento francés. Además, todavía no he formulado la idea, aunque todavía no me ha entrado el pánico.

Parecía una posibilidad más que remota, más difícil que sacar un costillar de una sola pieza.

—¿Qué pasa si no ganas?

Cabeceó.

—Que seré una cocinera titulada sin trabajo. Siempre puedo encontrar un trabajo de cocina en alguna parte. No me moriré de hambre; sin embargo, no tendré mi propio restaurante. O puede que ellos me ofrezcan trabajo donde sea. Eh... —Señaló la carne—. Es espléndida. No vendes cerdo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No. El cerdo solo es para alimentar a los que cultivan las manzanas. Podría comprar mucha carne en la tienda, sería mucho más fácil, pero no contemplamos la idea de alimentar con carne producida industrialmente a las personas que recogen las manzanas ecológicas y ordeñan las vacas sanas. Simplemente estaría mal.

—Griff Shipley no pasa nada por alto —bromeó.

—Bueno, así es —dije incapaz de disimular la irritación—. No sería ético.

—¿Ha sido ético desaconsejar a todos los granjeros del condado una posible venta?

—Sí —repuse con demasiada contundencia—. Ha sido ético si venderte a ti

no implicaba un mayor margen de beneficio para el negocio. BPG compra en Vermont porque ya ha cabreado a los granjeros de Massachusetts; encontré una conversación sobre eso en un foro de agricultura cuando te fuiste. Nos dejarán tirados si nos atrevemos a exigir un precio razonable.

Hundió los hombros.

—Estupendo. La semana que viene me mandarán a Canadá, apuesto a que sí.

—Bueno, Canadá está solo a dos horas de aquí. Será mejor que haga unas cuantas llamadas.

—¡Griff! —Me señaló con el cuchillo—. No tiene gracia.

—Perdón.

Desde luego, tenía que dejar de burlarme de aquella chica, pero me sacaba de mis casillas.

—Vaya... —Señalé la blusa escotada que llevaba, sintiéndome un mirón—. Tienes un poco de sangre en la camisa, me temo. Luego te enseñaré cómo eliminarla. —Naturalmente, el cerebro me sirvió una imagen mental suya quitándose la blusa.

Me miró enarcando una ceja, como si me leyera el pensamiento.

—Gracias por la ayuda —dijo secamente—, pero cualquier chica se convierte en una experta en eliminar la sangre de los tejidos más o menos a los trece años. Con agua fría y jabón. No es ingeniería aeroespacial.

—Oh, bien. —Noté que me ruborizaba—. ¿Quieres que siga yo?

—¿Lo hago mal?

—No.

—Entonces no. Ten. —Dejó un filete en la bandeja—. Envasa esto, granjero.

Al final me dejó trabajar un poco. Cada uno se puso a hacer lo que había

estado haciendo el otro cuando detrás de la granja el anochecer tiñó de luz rosada el cielo. Jude y Zach aparecían de vez en cuando para llevarse el producto de nuestro trabajo a los congeladores de la casa, encender las luces y traernos a Audrey y a mí un vaso de mi sidra.

—¡Qué maravilla! Me encanta esta sidra —expuso apreciativamente, y no pude evitar sentir un estúpido ramalazo de orgullo.

Era medianoche cuando por fin sugerí que lo dejáramos. A regañadientes, me dejó meter el resto del cerdo en la nevera.

—Cuando llega la época hago la matanza antes que la mayoría, no porque quiera lomo de cerdo, sino para terminar mucho antes de que me hagan falta las neveras para las manzanas —le expliqué limpiando con la manguera la mesa de trabajo—. No sería higiénico almacenar ambas cosas a la vez.

—Entiendo —me dijo lavando los vasos de sidra en el fregadero.

¿Cómo había pasado tan rápido la tarde? El despiece solía ser una lata, pero la risa femenina de Audrey y su afilada lengua me habían hecho compañía

Guardé en un envase de plástico los restos sanguinolentos.

—Mañana irán al compostador, pero si ahora los dejara fuera atraerían a los coyotes. Y a los mapaches. ¿Oyes eso? —Señalé hacia el bosque distante. De los árboles salían las voces roncadas y burlonas de los animales.

—¿Es un mapache?

—Un montón de ellos. Están activos por la noche.

—¿Y hay coyotes en tu propiedad? —Escrutó la oscuridad, preocupada, y tuve que reprimir la risa.

—Van detrás de mis gallinas, como los mapaches, o al menos de la comida de mis gallinas. Tú no les interesas; eres demasiado problemática.

—Eso dice todo el mundo —susurró. Luego sonrió. Supuestamente bromeaba, pero tuve la sensación de que no le hacía demasiada gracia.

—Vamos —dije indicando con un gesto el barracón en la oscuridad—. Ya

hemos terminado. —Apagué las luces. Sin embargo, no quedamos en completa oscuridad porque casi había luna llena y esta brillaba en el cielo despejado, iluminando el barracón de piedra.

—Zach ha dicho que ha sacado mi bolsa del coche —me dijo cuando echamos a andar—. Ha sido muy amable.

—Ahora ya sabes quién es el caballero aquí.

Me dio un empujoncito en el costado.

—Tú no.

—Tienes toda la razón.

Audrey se rio.

—Pero esta noche me prestarás tu habitación. ¿No es eso propio de un caballero?

—Porque me han presionado —le expliqué.

—Ah, bien. Lo soportaré.

Nos quedamos en silencio y fui agudamente consciente de lo cerca que estábamos en la oscuridad. Audrey se mantenía tan pegada a mí que me rozaba la mano con la suya. Podía oír su respiración, que me llenaba la cabeza de ideas obscenas. Quería hacerla respirar más fuerte, jadear...

En un árbol cercano ululó una lechuza. Era el mismo sonido que yo oía cada noche, pero Audrey se envaró.

No pude reprimir la risa.

—Quiere un jugoso ratón de campo o puede que una ardilla listada, si es ambiciosa. —Le puse una mano tranquilizadora en el hombro desnudo. Fue un error, porque en contacto con aquella piel sedosa, noté una nueva descarga de deseo.

Audrey alzó las manos e intentó vérselas en la oscuridad.

—Tengo que lavármelas o dejaré tu habitación como el escenario de un asesinato.

—Ya lo sé. Yo también. —La empujé hacia el extremo más alejado del barracón—. Para eso está la ducha exterior. Te la enseñaré.

Mi padre había construido la ducha exterior cuando yo tenía unos diez años. Era un modo de ofrecerles a los temporeros un lugar donde limpiarse fuera de la casa; sin embargo, la había hecho tan bien que yo también había empezado a usarla cuando hacía calor. De niño me gustaba enseñar el culo a la intemperie. Todavía lo hacía.

—No hay coyotes ahí dentro, ¿verdad? —me preguntó mientras nos acercábamos a la caseta de madera.

—Los atraparé por ti —le prometí—. Es aquí.

Abrí la puerta y eché un vistazo dentro. En un extremo había un banco de spa y ganchos para colgar la ropa, así como un par de toallas limpias, por cortesía de mi madre. La repisa tallada a mano por mi padre cubría todo el perímetro del espacio rectangular, con champús y jabones cerca de la ducha propiamente dicha.

—Adelante —le dije a Audrey—. Ahuyentaré a los malvados depredadores mientras te lavas la sangre.

—No te burles de una chica capaz de cortar un lomo de cerdo como una profesional.

Entró en la caseta y cerró la puerta. Yo era más alto que la pared, así que acabamos mirándonos a los ojos mientras se quitaba la blusa y la tiraba al suelo.

Me tensé de pies a cabeza por la excitación. Sabía que tenía que apartar la vista, pero me sostenía la mirada, burlona. Adelantó los hombros para desabrocharse un sujetador que yo no veía.

«Dios mío de mi vida.»

Por fin le di la espalda a la caseta de madera y clavé los ojos en las estrellas del firmamento. Detrás de mí oí el suave frufnú de la prenda

femenina; aquel sonido bastó para que tuviera una erección. Inspiré profundamente tratando de pensar en otra cosa. Localicé las estrellas de la Osa Mayor.

El grifo chirrió una vez y el agua empezó a salir.

—Tarda solo unos segundos en calentarse —dije, con la voz ronca, porque a mí me habían bastado unos segundos para calentarme y no estaba seguro de si quería enfriarme.

El deseo te hace sentir vivo, no tenía de qué avergonzarme. Incluso sabiendo que no podría darle salida, que esa noche me iría a dormir solo con el calentón en una de las literas vacías, era algo bueno. Era una clase nueva de energía, una que no había sentido en mucho tiempo.

Cuando Audrey y yo nos enrollamos en la universidad, todavía no era consciente de eso. Una noche loca era algo que creía merecerme después de ganar un partido. Una fiesta de la fraternidad. Un barril de cerveza en un rincón y vasos de plástico rojo. Así era mi vida entonces. Había sido feliz, pero sin saber lo rara que era esa libertad.

La noche en que Audrey se presentó en mi fraternidad después de romper con su novio bailé con ella y luego me la llevé a la cama sin pensarlo dos veces. Los dos queríamos lo mismo esa noche: un poco de insensata alegría. En la pista de baile me había abrazado el cuello con una sonrisa de complicidad y la había besado antes de que terminara la primera canción.

Apenas una hora después la tenía desnuda en mi cama, agarrada al cabecero mientras yo...

—Mmm —gimió en la ducha y el pulso se me aceleró un poco.

«De eso nada, capullo», me reprendí. Aquel gemido era el de alguien que se mete debajo de un chorro de agua caliente tras una larga noche de trabajo.

Pasé varios minutos contando las estrellas y los latidos de mi corazón y cualquier puñetera cosa que se pudiera contar. Por fin cerró el agua y la oí

secarse con la toalla. Había tanto silencio que el sonido de las gotas de agua colándose por el desagüe no bastaba para ahogar mi respiración entrecortada.

Tragué saliva y me saqué la camiseta. Iba a ser la ducha más rápida de la historia y también la más fría. Luego acompañaría a Audrey hasta la puerta de mi habitación y me iría a una litera.

No contaba con su mirada cuando me volví. La luz de la luna revelaba las gotas de agua en sus pómulos y los ojos le brillaban con una inesperada calidez. Me recorrió los hombros con la mirada y luego alzó los ojos para clavarlos en los míos. Separó ligeramente los labios y parpadeó sorprendida.

—¿Qué —le pregunté con la voz ronca y la mano en la parte superior de la puerta—, cambiamos?

Dejó de mirarme y empujó la puerta. La abrió un poco y se coló entre la jamba y mi cuerpo. El nudo de la toalla me raspó el pecho desnudo.

Luego se detuvo y alzó la barbilla. Su expresión era retadora. Y yo siempre acepto los retos.

Agaché la cabeza y le besé la mandíbula. Luego recorrí despacio su mejilla respirando el leve aroma de mi jabón y el aroma limpio de una chica dispuesta, prácticamente desnuda. Cuando le metí la lengua en la oreja soltó un gemido que sin duda asustó a las lechuzas que había en las copas de los árboles.

Audrey

En cuanto Griff Shipley se quitó la camiseta el cuerpo me traicionó y al notar el roce de sus labios cualquier resistencia que pudiera haber opuesto voló con la dulce brisa de Vermont. Cuando me mordisqueó el hombro apoyé las manos sin poder evitarlo en su pecho musculoso. Tenía el cuerpo duro y cálido. La sensación de aquellos labios rozándome la piel me enloquecía.

—Joder... —jadeé, y era una orden, no una exclamación.

Avanzó un paso y retrocedí uno. Repetimos aquel baile de los pasos otras dos veces hasta que mi espalda chocó con la repisa de la pared de piedra flanqueada por las de la caseta de la ducha.

—¿Esto es lo que quieres? —ronroneó en mi oreja—. ¿Quieres que te ponga las manos encima?

Con los pulgares callosos, me acarició la zona de los pechos que la toalla no cubría. Susurré su nombre sobreexcitada, enloquecida. Griff me consideraba todavía una descerebrada de fraternidad estudiantil y estaba a punto de demostrarle que no se equivocaba.

Me sujetó la barbilla y me besó. No fue un beso delicado. Me agarró de la nuca y me comió con la boca, ávidamente. Lo dejé hacer de inmediato, porque no tenía sentido actuar con timidez cuando ya lo había invitado a comer en mi mesa. Pegada a su cuerpo grande y sólido, empujé la lengua en su boca.

Estábamos haciéndolo. Estaba a punto de hacer lo prohibido con Griff

Shipleigh contra un muro de piedra que su abuelo había construido hacía un siglo.

—No me has respondido —me dijo con la voz ronca mirándome fijamente—. ¿Qué quieres, Audrey? ¿Quieres lo que tengo entre las piernas?

En cuanto lo dijo traté de zafarme.

Ni siquiera fui capaz de responderle. Una cosa era un revolcón de diez minutos contra un muro y otra suplicar por él.

Se apartó de mí esperando mi respuesta. ¿Y perder toda aquella ávida atención? No estaba bien. No estaba nada bien.

—Solo esta vez —susurré.

Se rio bajito, desde un lugar tan hondo que noté la vibración en su pecho. Me sujetó la cara con ambas manos y me obligó a alzarla para mirarlo.

—Solo esta vez, ¿eh?

El brillo de sus ojos era de burla y de deseo en un diez y un noventa por ciento, respectivamente. Aquel diez por ciento me fastidió, pero no lo bastante para detenerlo. Habría sido una locura.

—Así que mejor que sea memorable —dije, más envalentonada de lo que me sentía.

Su sonrisa era tan arrogante que quise borrarla de la cara.

—Querida, primero te follaré y ya me dirás luego si ha sido memorable.

Me estremecí de pies a cabeza, y no precisamente porque Griff me hubiera abierto la toalla y me la hubiera quitado para que notara el dulce aire nocturno por todo el cuerpo.

—Mmm —dijo lentamente ahuecando una palma áspera bajo mi pecho. Su mirada apreciativa era como una pared de calor que encendía cada centímetro de piel en el que se posaba—. Está tan bien como imaginaba mientras te duchabas—. Bajó la descarada mano y me miró a los ojos mientras metía dos

gruesos dedos entre mis piernas y los deslizaba justo donde los quería, porque ya estaba húmeda y lista para él.

¡Dios, qué facilona era!

Echó atrás la cabeza con un gemido gutural.

—Bájame la cremallera —me ordenó.

No pude obedecer de inmediato, porque seguía torturándome con los dedos. Antes me estremecí y bajé las manos temblorosas hasta su cinturón. Al cabo de un minuto de torpe lucha, me apartó, se lo desabrochó y se bajó la cremallera. Con el premio a mi alcance, le bajé los vaqueros y los *boxers*. Jadeé cuando su erección me saludó, gruesa y hermosa, justo como yo quería.

De hecho...

Le sujeté las caderas con ambas manos y lo empujé apartándolo un poco. Luego me agaché y me llevé el glande a la boca.

—Mierda... —jadeó asiéndome un mechón de pelo—. Más adentro —me ordenó—. Chúpamela.

La aspereza de su voz me sacudió el cuerpo llevándome a la desesperación, y su sabor almizclado y salado me dio vértigo. Iba a darle lo que me pedía porque yo también lo quería. Antes, sin embargo, tendría que aprender a ser paciente.

Retrocedí despacio recorriendo con la lengua el perímetro del glande, como si probara un nuevo sabor de helado antes de besarle la punta una, dos veces.

Soltó un gemido profundo, agónico.

—Audrey...

Yo no tenía intención de apresurarme. Recorrí con la lengua la parte inferior del pene haciéndole soltar una serie de maldiciones contenidas. Movié las caderas impaciente, pero no me suplicó. Testarudo, el hombre. Aquella lentitud estaba torturándome a mí también.

Capitulando, la acogí en la boca lo mejor que supe. Mi estilo de vida

solitario no me había permitido practicar desde hacía mucho, pero chupé con ganas y fui recompensada con un gemido. Le agarré los pesados testículos y me apliqué hasta que me puso una mano bajo la barbilla para levantarme.

Me apoyé en la pared, animándolo por señas, con la esperanza de precipitar las cosas. Si iba a tener un desacertado polvo rápido con mi antiguo ligue, que fuera ya, antes de que recobrarla la sensatez. Sin embargo, no estaba preparada para su intensa mirada cuando me apoyó en la repisa de madera de la pared de piedra. Fue como si pudiera ver a través de mí. El discurso autocrítico que me repetía mentalmente cesó bajo el peso de aquella mirada.

Me puso una mano en la mejilla mirándome sin apartarla, como si me dijera: «Céntrate o te lo perderás».

Me dio un salto el corazón. Apoyé las manos en su pecho y cerré los ojos. El suyo latía a un ritmo constante. Respiré hondo preparándome para lo que pudiera venir.

El sonido de un papel rasgándose quebró el silencio. Bajé la vista y vi que le quitaba el envoltorio a un condón que había sacado de la billetera. Viendo su mano sujetando la generosa erección, se me hizo la boca agua. Se libró de los vaqueros y los zapatos.

—Ven aquí, nena —susurró agarrando mi trasero desnudo y aupándome unos centímetros para sentarme en la repisa. No era muy ancha, de modo que tuve que apoyarme en sus hombros para no resbalar.

Con la cabeza a la misma altura, miramos su pene apuntando orgulloso hacia su objetivo. Me separó más las rodillas y me oí jadear de expectación.

—¡Oh, sí! —dijo acercándoseme.

Me incliné hacia delante, abrazada a su cuello, cuando se quedó con el glande en mi vulva. La rodeó con él y contuve la respiración mientras jugaba con mi clítoris.

—Hazlo de una vez —le ordené cuando volvió a hacerlo.

Con un gruñido ansioso, me penetró. De repente tuve dentro a Griff Shipley, y era mucho. Mi cuerpo acogió su generosa longitud con un espasmo de placer.

—Dios... ¿Tanto me has echado de menos, princesa?

Enterré la cara en su cuello intentando no perder el norte; si me hubiera mirado a los ojos en aquel momento, habría visto lo mucho que necesitaba aquello, y no quería darle esa satisfacción.

Gimiendo, Griff balanceó las caderas. Deslizó las manos por mi espalda hasta dejarlas entre la pared y mi trasero. Tuve la fugaz idea de que trataba de evitar que la pared me arañara la piel, pero todos mis pensamientos estallaron como frágiles burbujas cuando dio una fuerte embestida.

Estaba follando con Griff Shipley bajo las estrellas de Vermont. Era abrumador.

Me abrí paso a besos hasta su barbilla. La barba me hizo cosquillas. Le chupé el músculo tenso entre el cuello y el hombro.

—Joder, nena. Quiero que me beses.

Ignorando lo que me pedía, le mordí. Su robustez era muy excitante, era una pared inflexible. Lo único que quería era quedarme así, literalmente atrapada entre una roca y un lugar incómodo. Para siempre. Adelanté las caderas para pegarme a él y el plus de roce me hizo ver las estrellas pese a tener los párpados apretados.

—Uf, qué bien... —susurró ralentizando las embestidas. Con una mano enorme me apartó la barbilla del hombro y acercó mi boca a la suya. Luego deslizó la mano hasta mi nuca y me besó profundamente al mismo tiempo que empujaba con fuerza.

Gimoteé en su boca por el doble asalto y me rendí por completo, abrazándolo con las piernas, y dejé de luchar contra la impresión de que aquello era una mala idea. Durante los maravillosos minutos posteriores en los que Griff siguió con sus embestidas, no existió más que esa «idea». Nuestros

besos no tuvieron fondo, sus ansiosos gruñidos rítmicos resonaron en mi pecho.

Alguien gemía, y creo que era yo.

Su gruñido desesperado resonó en mi boca y me llegó al alma. Fue entonces cuando todos los músculos de mi cuerpo se tensaron a su alrededor. Entonces Griff bajó la velocidad, como si intentara aplazar lo inevitable.

—Mmm—gimió y me chupó la lengua.

Luego todo terminó menos el llanto. Con un jadeo, me dejé llevar por la felicidad fugaz de la obra de aquel hombre. El placer estalló en mi corazón zumbando por todas partes. Griff gritó y se puso rígido; los músculos del cuello le sobresalían como cuerdas. Tiró de mí para acercarme una vez más. Nuestros corazones latían pegados.

Nos quedamos un momento jadeando los dos, agotados. Me agarré fuerte a su cuerpo sudoroso, segura de que entre nosotros iba a abrirse una enorme distancia de torpeza.

Oí el chirrido del grifo y el agua tibia cayó sobre nosotros. Griff se apartó y me bajó al suelo de listones de madera con cuidado. Me sujeté el pelo para alejarlo de la ducha. Me apoyó en la pared y nos duchamos durante apenas un minuto. Me envolvió en una toalla seca, recogió nuestros zapatos y la ropa del banco y me sacó a la oscuridad nocturna.

Las estrellas brillaban en el cielo. Estábamos tan lejos de cualquier ciudad que no las había visto así jamás.

—¡Ahí está la Vía Láctea!—susurré de repente. Nunca había visto con tanta claridad ese arco difuso tal como aparece en los libros de texto.

Griff enarcó las cejas en la oscuridad.

—Sí. Todas las noches está en el mismo sitio.

«Me toma por imbécil.»

Me guio hasta el barracón poniéndome una mano en los riñones. Nada más

entrar, abrió una puerta situada a la derecha. Habían dejado mi bolsa de lona en la cama doble. Una lámpara de noche formaba un charco de luz amarilla en el rincón e iluminaba un *quilt* antiguo y una ventana abierta en la gruesa pared de piedra, que enmarcaba un cuadrado de oscuridad.

—Te enseñaré el baño —me dijo en voz baja.

—Vale —susurré acercándome deprisa a la bolsa para coger el cepillo de dientes y siguiéndolo hasta la habitación de enfrente.

Me dejó sola para que me aseara. Cuando salí entró él sin mediar palabra. Desapareció en el baño y cerró la puerta.

Eso fue todo. Pero ¿qué le dices al hombre al que acabas de follarte inesperadamente en su ducha al aire libre? «¿Gracias? ¿Encantada de haberte conocido?» Entré de puntillas en su habitación, era tremendamente sobria. Los únicos detalles personales eran un *thriller* de bolsillo en la mesita de noche y unas gafas de leer.

Vaya. La imagen que tenía de Griff se suavizó un poco cuando me enteré de que usaba gafas para leer en la cama.

Dejé la puerta entreabierta por si tenía intención de visitarme, aparté la colcha y me deslicé entre las sábanas. Estaba casi segura de que su madre se había colado para cambiarlas; sin embargo, seguían oliendo a pino y a Griff. Enterré la cara en su almohada y aspiré el aroma profundamente, pero con disimulo.

Oí un ruido y alcé la cabeza para escuchar. Un momento después apareció Griff, envuelto aún en la toalla. Se la quitó de un tirón y, para mi sorpresa, apartó la colcha y me empujó.

—Déjame sitio, nena.

Eso hice, y él se tendió tan largo como era. Luego se acercó a mi lado de la cama y me levantó como si no pesara más que una almohada de pluma de

ganso. Aterrlicé pegada a su cuerpo, con la cabeza apoyada en su hombro y el trasero desnudo debajo de una de sus manazas.

Madre mía. Estaba acurrucada junto al granjero más cascarrabias del mundo.

Se relajó aún más cuando estuvo cómodo. Me acarició con el pulgar. Por allí donde pasaba, me sacudía un estremecimiento. Me atreví a pasarle una mano por las costillas y dio un respingo.

—Perdón —me disculpé de inmediato.

El rumor bajo y desconocido que escuché a continuación resultó ser una risita.

—Está bien —me susurró—. Es que tengo cosquillas.

Aquello fue algo inesperado, pero me encantó, así que, por supuesto, volví a hacerlo. Nunca he sabido controlar los impulsos. Deslicé suavemente las yemas de los dedos por su pecho hasta que dio otro respingo y me agarró la mano.

—Ya basta, princesa. —Me besó la palma y se la colocó firmemente en el centro del pecho.

Me estiré para besarle la mejilla y le rocé con la mía la barba sorprendentemente suave. Ronroneó sorprendido y suspiró. Me abrazó más fuerte. Fue un momento de inesperada ternura.

Nada que ver con la separación después de un revolcón de universidad estando ebria.

Era cálido y sólido. Podría haberlo acariciado toda la noche sin aburrirme.

—Buenas noches, Griff —susurré en la oscuridad.

—Buenas noches, nena —farfulló—. Duérmete.

Y eso hice.

Griffin

El amanecer llegó antes de lo previsto. Siempre cuesta levantarse a las cinco y media, pero esa mañana fue especialmente difícil, porque me desperté con un ángel desnudo abrazado a mí y una notable erección.

El cuerpo me pedía más, así que fue una bendición que Audrey no se despertara cuando me la quité de encima. Al levantarme suspiró en sueños y se acurrucó agarrada a mi almohada. La miré un rato más atreviéndome a recordar las travesuras en la ducha de la noche anterior. Era solo que... mierda. Ella y yo éramos una combinación peligrosa. Nos hacía falta un cartel de advertencia como los que había colgados en el cobertizo del tractor encima de los bidones de diésel: «PELIGRO. INFLAMABLE».

El ruido de la puerta del barracón cerrándose detrás de Zach o de Jude me puso en marcha. Me vestí y pasé treinta segundos en el baño intentando ponerme presentable; luego me apresuré por el prado hasta la vaquería, donde mis dos empleados habían empezado la jornada sin mí.

—Buenos días —me saludó Zach tendiéndole la pala a Jude—. ¿Hago desfilas las vacas?

—Claro. Que entren.

Zach se volvió hacia mí.

—Vale. ¿Qué demonios...? —Me señaló el cuello con un dedo acusador.

«Mierda.» Me lo tapé con la mano sintiéndome tan culpable como de hecho

lo era. Tendría que haberme mirado mejor en el espejo esa mañana.

Jude se inclinó hacia un montón de estiércol de vaca y se puso a trabajar con la pala, pero oí su risita.

Zach me miró frunciendo el ceño, desconcertado. Noté el momento en que por fin comprendió lo que veía, porque el rubor le subió por las mejillas. Se mordió el labio inferior y se alejó, avergonzado.

Zach no iba a juzgarme por haberme acostado con Audrey, no era de esos; pero era, a sus veintiún años, el hombre virgen más viejo que conocía.

Siempre que había sexo en una película o salía en una conversación se sonrojaba.

—Trae las vacas lecheras —lo espoleé.

—Claro —dijo rápido corriendo hacia la puerta para dejar entrar las dos primeras afortunadas vaquillas.

Nos pusimos a ordeñar en silencio. Zachariah acabó poniendo música en nuestra vieja radio destartalada; juraba y perjuraba que a las vacas les gustaba la guitarra clásica. Yo desinfecté las ubres de otra jersey y las conecté a la máquina de ordeño. Era capaz de hacerlo con los ojos cerrados. Algunas mañanas pensaba mucho durante el ordeño.

Aquel día no. No estaba pensando en la estrategia para la sidra ni en el negocio de la granja, sino que mi mente vagaba por la piel suave de Audrey y sus manos ávidas. ¿Y por qué estaba calculando la distancia hasta Boston? Era de unos doscientos kilómetros, más o menos.

«Bien.»

El trayecto de hora y media era disuasivo; en mi horario no cabía una novia ni aunque hubiera vivido a dos minutos y medio de la granja; en mi vida no cabía otra persona que dependiera de mí. Ya había bastantes.

Pero, demonios, la chica era tentadora. Viviría mucho tiempo de los recuerdos de la noche anterior. Sabía que me acostaría en mi cama y me

masturbaría pensando en cómo me había aferrado con todo su cuerpo y en los dulces sonidos que había emitido al correrse.

—¿Griffin? ¿Estás bien?

Alcé la cabeza de golpe y me encontré con Jude, de pie a mi lado.

—¿Qué? —No había oído lo que me decía.

—Solo quiero saber qué quieres que haga con las balas de heno que estoy sacando de la trasera de la furgoneta. Pero pareces un poco «cansado». —
Sonrió burlón—. Te lo preguntaré luego.

«Pillado.» Le respondí con un gruñido y solté a la vaca de la máquina de ordeñar.

—Usa la horca para llenar estos pesebres. Cuidado con golpear el hocico de alguna vaca.

Me guiñó un ojo y se marchó. Listillo. Todavía no sabía qué hacer con el chico. Parecía un buen trabajador y, de no haber estado al corriente de su pasado, seguramente lo habría considerado un regalo del cielo.

Mientras pensaba en eso, una cosa me traía de cabeza. Un día antes, sentado frente a Jude, me decía que no sería yo quien se aferrara a nada, y allí estaba, sintiendo una atracción adictiva por cierta chef con una voluntad de hierro y una lengua viperina.

Sí, allí no había ningún candidato a la santidad. Excepto Zach, tal vez.

El ordeño fue rápido siendo tres y llegó la hora del desayuno.

—Vosotros dos, entrad —les dije a Jude y a Zach—. Necesito una cosa de mi habitación.

—Es un poco pronto para llevar cuello de cisne, Han —me dijo Zach con las orejas como tomates.

—Cállate, *padawan* —refunfuñé y Jude se rio.

Audrey no estaba en el dormitorio cuando entré para coger una camisa andrajosa del armario. El cuello me cubría casi todas las marcas. Después me

armé de valor y fui hacia la casa. Me lavé las manos escuchando la conversación que tenía lugar en la cocina.

—¿Cómo lo haces? —dijo May—. Si yo lo intentara, los huevos acabarían esparcidos por el techo.

La risa ronca que siguió al comentario me aceleró la sangre en las venas. «Dios.» El simple hecho de oírla era como una droga.

—El chef que nos enseñó era un auténtico masoquista. No sé si había estado en el ejército, pero parecía un sargento instructor. Me daban ganas de golpearle la cabeza con la sartén. Sin embargo, funcionó. Me hizo dar forma a tantas tortillas que me salen siempre perfectas.

Me di cuenta de que me había quedado allí de pie, con la toalla en la mano, escuchando a escondidas como un fisgón, así que entré en la cocina.

—Buenos días, señoritas —dije acercándome a la cafetera.

—¡Eh! —me respondió May—. Tenemos tortilla de jamón y queso cheddar con ajos tiernos, nata agria y beicon glaseado con jarabe de arce.

—Caramba. —Me rugieron las tripas—. Me apunto.

—Apuesto a que sí. —Mi hermana empujó un plato vacío hacia mí—. Pero las hace al momento. Ponte a la cola detrás de Dylan.

Me quedé apoyado en la encimera de la cocina tratando de no comerme con los ojos el culo de Audrey enfundado en aquella minifalda vaquera. Las piernas, largas y suaves, asomaban del dobladillo y fue una lucha no pensar demasiado en cómo me había abrazado con ellas mientras yo....

«Dios bendito.»

La tenía a menos de un metro de distancia y la necesidad de tocarla me acuciaba. Quería besar la piel satinada al borde de su oreja y pasarle las manos por la cola de caballo sedosa que se había hecho en algún momento entre despertarse en mi cama y ponerse a cocinar en mi cocina.

«Las manos quietas», me recordé. Después de servirme de Audrey como de

un bufé la noche anterior, lo menos que podía hacer era evitar avergonzarla delante de mi familia.

Sin embargo, Audrey tenía algo que... Estaba allí con nosotros, me gustara o no. Cada hora que pasaba en Vermont me acordaba perfectamente de lo caliente que me había puesto también en la universidad. Mientras la observaba servir una tortilla amarilla y perfecta en el plato de Dylan y luego sonreírle, sentí un anhelo en las entrañas desconocido para mí. No había ninguna mujer en mi vida ni estaba disponible para ninguna, pero esperaba encontrar a alguien algún día que a lo mejor me miraría por encima del hombro y se humedecería los labios como Audrey hacía de vez en cuando. Unos labios perfectos.

—¿Qué te apetece, granjero? —me preguntó cuando mi hermano pequeño se marchó.

«Tú.»

—Eh, me gusta todo.

Enarcó una ceja perfecta que decía: «Ya me he dado cuenta.»

—Bueno... Jamón y queso —dije—. Por favor.

—Marchando. —Me dio la espalda. Por lo visto nos comportábamos como si la noche anterior no hubiera existido. La observé echar un puñado de cebolla picada en la sartén, donde empezó a chisporrotear.

—No he dicho cebolla —dije sin pensar. No era propicia para el beso de despedida que tendría que darle si iba a dejarla subirse a ese cochecito de alquiler y marcharse.

—Lástima. Te conviene. —Añadió un puñado de pimienta verde picada a la cebolla.

No estaba mal, porque de hecho me gustaba todo, pero que ignorara deliberadamente lo que le había pedido me provocó una sensación familiar. Aquella chica me buscaba las cosquillas y no solo metafóricamente.

—Pues, entonces, ¿para qué me has preguntado qué quería?

—Solo para que te sintieras empoderado —dijo cascando dos huevos a la vez contra el cuenco. Si yo lo hubiera intentado, los huevos habrían acabado en la encimera, en mi ropa y seguramente en el suelo. Los suyos cayeron limpiamente en el cuenco. Cuando echó las cáscaras en el cubo del compost, describieron un arco perfecto. Luego cogió otro huevo.

—Con dos basta —me apresuré a decirle.

Aun así lo cascó.

—Tienes que conservar las fuerzas —me dijo en un susurro. El doble sentido de sus palabras bastó para que la sangre se me agolpara en la entrepierna—. Hace falta energía para llamar a todas las granjas en un radio de ochenta kilómetros a la redonda y prevenir a la gente contra mí.

Gemí interiormente.

—Te aseguro que lo siento. —Lo había hecho en un arrebato. Aunque creyera que el grupo BPG era el Imperio del Mal, había sido innecesario dificultarle el trabajo.

Batió los huevos con las varillas, echó una cucharada de nata en el cuenco y siguió batiendo.

—En cuanto consiga una rueda no volverás a verme el pelo.

Eso me hizo pensar en agarrar el suyo.

Audrey echó los huevos encima de las verduras crepitantes. Cogió la sartén y mezcló el contenido formando un círculo tan perfecto que parecía para una foto de una revista de cocina. Se quedó mirando la sartén, que seguía al fuego, esperando alguna señal oculta. (Tal vez solo quería evitar que la mirara a los ojos.) De repente, cuando estaba a punto de hacerle una pregunta grosera solo para provocarla, agarró la sartén por el mango y le dio la vuelta al disco amarillo en el aire y lo recogió de nuevo como hace un *jedi* con su espada láser.

—Todavía no sé cómo lo hace —dijo mi madre detrás de mí entrando en la cocina—. Griff, ¿no hace un poco de calor para llevar camisa de franela? — Me dio un apretón en el codo yendo hacia la cafetera.

—Eh... Esta mañana hacía frío en el barracón —mentí.

Solo entonces Audrey se ablandó y me echó un vistazo al cuello, avergonzada.

Increíble.

El jamón y el queso estaban superpuestos en el centro de la tortilla, que Audrey había doblado cuidadosamente. Era una hermosura y, de repente, me moría de hambre.

—El plato —me pidió. Se lo tendí y sirvió la tortilla en la superficie de porcelana con un hábil giro de su delgada muñeca.

—¿El siguiente? —llamó.

Me quedé allí con el plato en las manos, sin saber qué hacer. Nota personal: «La próxima vez que tengas un lío de una noche, que no sea rodeado de toda la familia».

—Tú también deberías desayunar —le dije.

—Ya he desayunado —me respondió sin volver siquiera la cabeza.—. El beicon y la nata agria están en la mesa. A disfrutar. Que aproveche.

Y sí que disfruté.

Pero me había descartado, parecía. Otra vez.

Audrey

«Y el premio de la Academia es para... Audrey Kidder, por su papel en *A la mañana siguiente*.»

Cuando Griff salió de la cocina, suspiré aliviada. Si aquella mañana hubiera estado sobón, su familia me habría considerado una fresca.

Lavaba la sartén de la tortilla cuando May Shipley me la quitó de las manos y la dejó en el fregadero.

—Siéntate —me dijo—. Tómame un café. Deja de trabajar. Mi madre y yo ya nos sentimos bastante culpables.

Reticente, la seguí hasta el comedor y me serví un vasito de zumo. Me senté en una silla, al lado de May, y todos los hombres dejaron su conversación para decirme que era la mejor tortilla que habían probado.

—Son huevos, nada más —dije. No se me daba bien aceptar cumplidos, seguramente porque no me habían hecho demasiados. Me había criado en un ambiente «libre de cumplidos». Mi madre quería una triunfadora y yo no había logrado serlo. Seducir a los futbolistas era lo que me divertía, y había empezado joven. Ella me compraba conjuntos de punto y yo lencería negra para ponerme debajo. Mis años de adolescencia fueron una serie de discusiones a gritos sobre mi pelo, mi maquillaje y el largo de mis faldas.

Menuda época.

El teléfono que llevaba en el bolsillo sonó muy fuerte.

—Perdón —me disculpé silenciándolo. No conocía el número. Quienquiera que fuese podía esperar.

Me tomé el zumo y escuché la explicación que Griffin le daba a Jude acerca de por qué tenía que ver la última entrega de *La guerra de las galaxias*.

—También había *spoilers* en la cárcel —arguyó Jude—. Ya sé quién muere al final.

—Eso da igual —insistió Griff—. Tienes que verla para saber cómo la saga recupera la grandeza.

Mi teléfono sonó avisándome de la llegada de un mensaje de texto y volvió a sonar.

—Perdón —me disculpé de nuevo—. Esto no suele pasar. —Saqué el móvil y leí el mensaje. Lo releí—. ¡Vaya!

—¿Va todo bien? —me preguntó la señora Shipley.

Alcé la cabeza rápidamente.

—Claro que sí.

Relajó las facciones y May me explicó el porqué de su tensión.

—Ya hace un par de años, pero desde que mi padre murió de repente, todos nos hemos vuelto un poco paranoicos con las llamadas telefónicas inesperadas.

«Uf.»

—Lo siento. Si me suena el móvil suele ser porque he vuelto a meter la pata.

La señora Shipley me sonrió.

—No puede ser siempre por eso.

—¡Muy a menudo! Pero hoy no.

No me cabía en la cabeza aquel repentino golpe de suerte.

—Me han llamado para que vaya a Boston a trabajar en una de las cocinas más elegantes de BPG, y empiezo esta noche. Tengo que presentarme para los

preparativos de la cocina a las tres y media. Seguramente me pondrán en ensaladas o algo aburrido, pero aun así... Es una buena oportunidad. Dios, espero que el mensaje sea realmente para mí.

May se rio.

—¿Por qué no iba a serlo?

—Bueno... No soy precisamente su empleada favorita y el chef es un machito imbécil. Todos lo son, pero él más. Para que me hayan incorporado a su cocina tiene que haber una verdadera crisis. Seguramente ha pillado un berrinche y ha despedido a todos sus subalternos o algo parecido. Me apuesto lo que sea.

—Guau. ¿Qué tipo de comida vas a preparar?

—Es un restaurante de cocina moderna. Un trozo de atún congelado a temperaturas bajísimas y cortado con una sierra de arco formando un cubo perfecto, soasado con un patrón de lunares y servido rodeado de espuma con sabor a mango y piñones. Es lo más de lo más. No la cocina que prefiero, pero quedará genial en mi currícul.

Se quedaron todos mirándome, probablemente tratando de entender por qué alguien querría cortar el atún con una sierra de arco. Y, en aquel momento, ni yo misma lo entendía.

—Espero que lo disfrutes, cielo —dijo Ruth Shipley. Dejó la taza de café—. Ahora tenemos que hablar de anoche.

En la otra punta, Griff se atragantó con un bocado de tortilla y yo empecé a sudar.

—Griff, tu hermano me contó una cosa rarísima antes de acostarse: dijo que quieres vender parte de las vacas.

Tardé un poco, pero después de repasar mentalmente sus palabras unas cuantas veces, estuve bastante segura de que «vender parte de las vacas» no era una insinuación sexual y de que Ruthie Shipley no se refería a mí.

Griff también se relajó. Tomó un sorbo de café antes de responderle a su madre.

—Tendríamos que pensarlo. Podemos reinvertir las ganancias en el negocio de la sidra. Las bebidas alcohólicas tienen un margen mayor de beneficios que la leche.

—Pero, Griffin —la señora Shipley se llevó la mano al cuello de la impresión—, tu padre trabajó toda la vida para construir... —Tragó saliva—. No entiendo por qué quieres hacer eso.

Griff dejó la taza.

—Durante una época fue un negocio estupendo —dijo escogiendo con cuidado las palabras—, pero el precio de la leche está bajando y el alquiler sube.

Su madre abrió mucho los ojos.

—Pero Smitty no va a echarnos, podemos hablar con él del alquiler.

Griff negó con la cabeza, despacio.

—La tierra vale más que antes, seguramente le han hecho ofertas para que la venda. Nuestro contrato de alquiler ha vencido, mamá. ¿No tendrías en cuenta todas las opciones si estuvieras en su lugar?

—Supongo que sí. —Se levantó con rapidez y se llevó el plato a la cocina.

Hubo un silencio incómodo hasta que May habló.

—¿Y qué pasará si invertimos dinero en el lagar y resulta un fracaso?

Griff echó atrás la cabeza y se rio.

—Esa es la gran pregunta, ¿verdad? ¿Puedo por lo menos terminarme la tortilla antes de sellar nuestro destino?

Con un suspiro, May recogió los platos y se fue a la cocina como su madre.

Mientras, allí sentada, yo me sentía como una intrusa en aquel drama familiar. No era la única, sin embargo; Zach y Jude también miraban fijamente el plato vacío.

Rompió el silencio el sonido de unas ruedas sobre la grava del camino de entrada. Zach se levantó y apartó el visillo de encaje.

—Ah, es Wilson. Tiene la rueda que necesitas.

Griff se volvió inmediatamente hacia mí, como si se hubiera olvidado de mi presencia. Por alguna extraña razón, estaba un poco triste.

Me levanté de un salto.

—¿Ha traído la rueda?

—Me debe un favor —dijo Zach.

—Cojo el talonario.

Zach negó con la cabeza.

—Se la facturará a la empresa de alquiler de coches.

—¡Oh! Gracias.

Ya no quedaba razón alguna para que me quedara más en la granja de los Shipley.

Zach y su colega del taller de neumáticos no tardaron ni diez minutos en cambiarme la rueda. La señora Shipley me abrazó y me dio las gracias por la ayuda culinaria. Luego me las dio también por ayudar en la matanza.

—¿Te hace falta algo para el viaje hasta Boston? —me preguntó.

—La bolsa, nada más. Iré hasta el barracón a cogerla —le dije haciendo un verdadero esfuerzo para no ponerme colorada hasta las cejas.

La palabra «barracón» seguramente iba a turbarme y a darme sofocos el resto de mi vida.

Entré en la habitación de Griff para coger el bolso de viaje que había dejado preparado antes del desayuno encima de la cama. Me dieron unas ganas tremendas de enterrar la cara en su almohada de nuevo para aspirar por última vez el aroma de Griff.

¿Era extraño?

Seguramente.

Así que recogí los restos de dignidad que me quedaban y me largué de ahí.

El coche estaba en el camino, listo para que me fuera. Griff y los chicos se habían puesto a hablar de lavar un tanque de fermentación. Cuando me acerqué, Zachariah y Jude me hicieron un cordial gesto de despedida con la mano y se marcharon dejándonos solos a Griff y a mí junto al coche. Metí la bolsa en el maletero pensando: «¿Y ahora qué? ¿Un apretón de manos? ¿Un beso? ¿Qué se hace después-de-un-polvo-y-seguimos-en-contacto-por-la-sidra?»

—Bueno —dije cerrando el maletero.

—Bueno —dijo ladeando la cabeza y sonriéndome.

Aquella sonrisa fue como un puñetazo y me desconcentró.

—Ha sido... interesante.

—Ah. —Puso los ojos en blanco—. ¿Interesante? ¿Es la calificación que merezco? Estoy bastante seguro de que tembló la tierra.

—Bueno... —Me había puesto roja como un tomate—. Eres granjero, tu trabajo es notar la tierra. Se me quemaron unas cuantas neuronas esenciales anoche, lo sé. Tendré suerte si encuentro el camino de vuelta a Boston.

—Si te pierdes, vuelve —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya sabes dónde encontrarme.

Sabía dónde encontrarlo y no me lo esperaba. Había estado cinco años sin acordarme de él ni de todo lo que me había ido mal en la Universidad de Boston, pero a partir de aquel momento pensaría en Griff durante mucho tiempo. Había dejado huella en mí. Ya entonces notaba su atracción.

Sin duda alguna, había llegado el momento de ponerme en marcha.

—Me aseguraré de..., bueno, de que un sumiller pruebe tu sidra.

Sonrió y se le marcaron las patas de gallo.

—Gracias.

—Nunca se sabe —aprecié abriendo la puerta del coche—. Puede que en

otoño todo Boston esté bebiendo esa sidra a veinticuatro dólares la botella.

Resopló.

—No adelantemos acontecimientos.

No me dio tiempo a reaccionar. Griff había rodeado la puerta del coche para situarse a mi lado. Debido a la diferencia de estatura, tenía los ojos a la altura de su barbilla.

—Tengo la oportunidad de despedirme, ¿verdad? —pronunciaron sus labios carnosos.

Tragué saliva, porque detesto las despedidas. Si existe la despedofobia, soy un caso grave de eso. Griff se me acercó y el calor de su cuerpo me arropó; con dos dedos recios me alzó la barbilla para mirarme a los ojos.

—Eh —susurró—. ¿Te encuentras bien? —Escrutó mi expresión con aquellos ojos castaños suyos.

—Claro —dije entre dientes.

Acercó la boca, de labios llenos y cálidos, a la mía. Lo abracé sin esperar invitación. Me besó lenta y profundamente, mientras me pegaba a él como la mayonesa espesa a una cuchara. Noté su lengua ávida en la mía y supe que retendría su sabor todo el camino hasta Boston.

Cuando se apartó, me dejó con ganas de más.

—Esto ha sido un detalle para que me recuerdes —susurró.

Como si hubiera podido olvidarlo.

—Hasta pronto —dije tratando de mantener la calma. ¿Por qué de repente me costaba tanto?

—Adiós —me corrigió apartándose.

Bien.

Subí al coche y puse en marcha el motor mientras Griff me observaba con una expresión indescifrable. Cruzó los brazos fornidos sobre el pecho cuando di la vuelta.

Se despidió con un gesto y partí en dirección contraria saliendo del camino y de su vida.

Segunda parte

Agosto

La cocina es como el amor. O te dejas llevar por completo o mejor ni lo intentes.

HARRIE VAN HORNE

Al cabo de un mes Griffin

Era sábado por la noche y, como de costumbre, todos estábamos exhaustos. Ya habíamos empezado a recoger las variedades de manzana más tempranas. Después de ingerir unas diez mil calorías con la comida de mamá, mi primo, Zach y yo nos fuimos a tomar unas cervezas a La Cabra Montés.

Había estado evitando La Cabra, como nos referíamos al bar, desde primavera, porque lo regentaba mi examiga con derecho a roce y le había sentado mal que dejase de acostarme con ella.

Hacía apenas una semana que me había atrevido a volver. A mi primo Kyle le gustaba salir y, como se alojaba en el barracón mientras nos ayudaba con la cosecha, decidí hacer de tripas corazón y dejarme ver por allí. Zara me hizo el vacío, tal y como esperaba, pero no me envenenó las bebidas, de modo que... bien estaba.

Aquella noche nos encontramos con Kieran, el hermano pequeño de Kyle, que iba a marcharse pronto para realizar prácticas con la DEA, la Administración para el Control de Drogas. Había escogido para sentarnos una mesa grande de banco corrido en forma de U, al fondo, donde cabíamos los cuatro, para que mis primos pudieran ver a toda mujer que entrara en el bar.

En cuanto nos sentamos, Kyle manifestó:

—Zara acaba de lanzarte una mirada que, vamos, un láser corta menos.

—Ajá —dije—. Sé un buen granjero y paga la primera ronda, ¿quieres? — Dejé un billete de veinte dólares en la mesa. Kyle era un tacaño, nunca pagaba las cervezas a no ser que hubiera alguna mujer para verlo.

—Voy a por una jarra —respondió Zach levantándose e ignorando mi dinero.

—¿Por qué no te parecerás más a él? —le pregunté a Kyle. De mis dos primos, él era el hablador, a diferencia del silencioso Kieran. Sinceramente, estaba más unido a aquellos dos que a mi hermano pequeño. Dylan y yo nos llevábamos diez años; mis primos eran más de mi edad. Yo tenía veintisiete; Kyle, veinticinco, y Kieran, veintitrés. Cosechábamos las manzanas juntos desde que teníamos uso de razón y bebíamos cerveza en La Cabra desde que alcanzamos la edad legal para hacerlo.

—Pero ¿por qué rompiste con Zara? —me preguntó Kyle señalando la barra con la barbilla—. Es una chica estupenda. Quiero decir... —Le dio un repaso de pies a cabeza—. Las hay mucho peores en este pueblo.

—No tenía que acabar convirtiéndose en una relación seria —le contesté tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—¿Y ella quería que lo fuera? —dijo Kyle.

—No es que me diera un ultimátum; los dos decíamos siempre que lo nuestro era solo sexo, pero acabé hartándome de sentirme mal por no invitarla a cenar a casa o por no esforzarme más.

No tenía nada contra Zara, era una chica genial, pero ya dependían de mí demasiadas personas. Me ponía nervioso que pudiera haber otra más.

Kyle me miró con escepticismo.

—¿Dejaste de acostarte con la mujer más atractiva del condado por culpabilidad?

No era tan sencillo como él lo planteaba.

—Estuvo lanzándome indirectas. Decía que quería pasar más tiempo conmigo y yo no quería tenerla esperando, eso es todo. No me parecía justo.

—Si tú lo dices... —Lo que quería decir en realidad era: «Eres un perfecto idiota».

Puede que tuviese razón, porque el mes anterior había tenido bastante movimiento y no precisamente «del bueno».

Y la cosa iría a peor: al final del verano y comienzo del otoño era cuando más trabajo había y todos nos partíamos el lomo. Mis primos se habían pasado el día recogiendo manzanas zestar y blanca transparente; Zach y los gemelos habían llevado manzanas y sidra al mercado de Norwich; por nuestra parte, Jude y yo lo habíamos pasado limpiando los tanques de sidra y arreglando el lagar. A partir del siguiente fin de semana, mucha gente iría a la granja, aparcaría en el prado, recogería manzanas y compraría sidra. Y en un momento de tanto trabajo, esquivando a los domingueros haciéndose *selfies*, tendría que apañármelas para prensar las manzanas de la añada de Sidra Shipley.

Zach regresó a la mesa con una jarra de cerveza y cuatro copas. La suya fue la primera que llené; después, las de mis primos.

—Salud —dije una vez llena la mía—. Para que el buen tiempo de este fin de semana dure un par de meses.

Kyle sonrió.

—Para que las preciosas turistas que se dejen ver por La Cabra en otoño quieran acostarse conmigo.

Resoplé.

—Mejor que vayáis a un hotel, porque en el barracón no cabe un alfiler. Y mantén el rabo fuera de mi furgoneta.

—Tío, qué sosos estáis un viernes noche. —Tomó un largo sorbo de cerveza—. Supongo que también debería haber brindado para que dure el buen tiempo, porque también me vendrá bien para joder al aire libre.

Como de costumbre, durante toda la conversación sobre sexo, Zach estuvo rojo como un tomate.

«Damas y caballeros, otro viernes noche más en La Cabra.»

Mientras llenábamos las copas, un par de piernas perfectas cruzaron el límite de mi campo visual. El traidor de mi cerebro me devolvió enseguida a Audrey Kipper, como solía hacer aquellos días. Cada vez que me acostaba, la imaginaba a mi lado; cada vez que un coche desconocido se detenía en el camino, me asomaba a ver quién era, pero nunca salía de él una rubia despampanante y resentida, sino un corpulento vendedor o algún amigo de los gemelos.

Entretanto, se respiraba tensión en las cenas familiares, porque nos pasábamos el tiempo debatiendo acerca de qué hacer con la vaquería. Smitty nos había enviado un nuevo contrato de alquiler por un periodo de cinco años en el que se especificaba que el precio aumentaría anualmente. Teníamos sesenta días para firmarlo, tiempo que parecía suficiente para tomar una decisión hasta que tenías en cuenta que había que vender el ganado.

Una mala época.

Tomé otro trago de cerveza mientras me preguntaba la razón por la que había salido esa noche. En la granja teníamos cerveza y no había dejado los problemas en casa.

—Me la pido —dijo de repente Kyle—. Es la primera vez que la veo. ¡Madre mía!

No volví la cabeza para mirarla. Aquella pobre chica, quienquiera que fuese, no se merecía una mesa de tíos mirándola con lascivia. En cualquier caso, Kyle estaba a punto de mover ficha. Sin embargo, Zachariah soltó una risita.

—Ponte a la cola, Kyle.

—¿Por qué? No veo ningún anillo.

—Ella y Griffin... —Se aclaró la garganta.

En aquel momento sucumbí y me volví. Mi ensoñación diaria había aparecido en el bar.

«No puede ser.» Audrey Kidder, sentada en un taburete de la barra, hablaba con Zara. Si Zach no lo hubiese comentado, seguramente habría pensado que veía visiones. Durante semanas me había parecido ver a Audrey Kidder en los mercados agrícolas, pero siempre habían sido imaginaciones mías.

Hasta ese momento.

—¿Qué?! —gritó Kyle—. Tonterías. Voy a invitarla a un trago. —Apoyó una mano en la mesa para levantarse.

Se la sujeté.

—Ni hablar.

—¿En serio? —dijo Kyle arrastrando las palabras—. Mira quién se ha vuelto territorial de golpe. —Se soltó y se retrepó en el asiento—. Bien, pues ve a por ella. Esto será divertido.

Genial. Lo último que necesitaba era hablar con Audrey delante de aquel público. ¿Y qué diantres iba a decirle? «Hola, desde que te fuiste no he podido dejar de recordar obsesivamente la noche que pasamos juntos.» ¿Te tomas una cerveza conmigo y mi ruidosa familia?

—Y... ya nos ha visto —apuntó divertido Zach saludando con la mano a Audrey.

—Déjame pasar. —Empujé a Zach. Si había vuelto a Tuxbury, hablaría con ella, con o sin público.

Zach se apartó y, cuando ya me levantaba, vi que Audrey se volvía rápidamente hacia Zara, quien inclinada sobre la barra y achicando los ojos le susurraba al oído.

Mierda.

Audrey

Contaba con ver de nuevo a Griff Shipley en Vermont, por supuesto, pero no con que fuera solo una hora después de mi llegada. No estaba preparada para que aquel hombretón apareciese en el bar justo después de pedirme una ensalada César de pollo y una cerveza. Tenía que decidir un rumbo antes de enfrentarme a ese cuerpazo.

Zara, la camarera, ya me lo había advertido.

—Ve con ojo con ese grupito, son una panda de gilipollas; todos menos el rubio, es un amor. Sin embargo, los Shipley se creen un regalo del cielo. Griff es un egocéntrico y Kyle, un mujeriego. En cuanto a Kieran, nadie sabe lo que piensa porque no dice ni mu.

Eché un vistazo disimulado a su mesa y me sorprendió ver a dos Shipley más a quienes todavía no conocía. El parecido familiar era evidente. De hombros anchos, mandíbula cuadrada y cabello espeso. ¿Con cuál estaba molesta Zara?

Obtuve la respuesta sesenta segundos después.

—Buenas noches, señoras. —Oí la profunda voz de Griff a mi espalda. Su vibración me atravesó y ojalá no lo hubiera hecho. Siendo inmune a Griffin Shipley las siguientes semanas habrían sido mucho más amenas.

—Buenas noches —murmuró Zara—. ¿Quieres algo? —Lo desafió con los ojos oscuros.

—Solo quería saludar a Audrey —contestó poniéndome una mano en el hombro desnudo. La piel me ardió en contacto con él y tuve que reprimir un repentino escalofrío. Mi libido era como un cachorro de golden retriever deseoso de saltar a su regazo y lamerle la cara.

Calma, chica.

Me armé de valor y a pesar del calentón lo miré.

—Buenas noches, gruñón.

Zara esbozaba ya una sonrisa cuando vio la mano de Griff todavía en mi hombro y sus oscuros ojos se llenaron de una mezcla de enfado y dolor. Se alejó hacia la otra punta de la barra.

—Vente a nuestra mesa —me dijo Griff. Su voz resonó en lo más hondo de mí.

—Aún tienen que servirme la cena —contesté—. Y algo me dice que no le gustas a la camarera. Si me siento con vosotros, puede que nunca me sirva la comida.

Soltó una carcajada fuerte, profunda.

—Corres ese riesgo, sí.

—¿Qué le hiciste? —le pregunté poniéndome de parte de una mujer a la que acababa de conocer.

—Bueno..., es más bien lo que no le hice.

Interrumpimos la conversación porque Zara volvió con la ensaladera en la mano y me la plantó delante con brusquedad. Griff la cogió.

—Ponla en nuestra cuenta —dijo cogiendo los cubiertos y la servilleta con la otra mano.

—¡Sí, señor! —disparó ella haciéndole un saludo militar antes de irse a paso de marcha.

—Independientemente de lo que hayas o no hayas hecho, deberías plantearte pedirle perdón —sugerí al levantarme del taburete cogiendo la cerveza.

—Me doy por enterado. —Llevó mi cena hasta una mesa de banco corrido, antigua y de madera, donde tres chicos observaban fascinados cómo me acercaba.

—Hola, Audrey —dijo Zach saltando del asiento. Me tendió la mano y me ofreció sentarme en el asiento del fondo.

Me abrí paso hasta allí. Griff se sentó a mi lado y me puso la ensalada delante. Zach colocó una silla en el otro extremo de la mesa.

—Estos idiotas son Kieran y Kyle, mis primos —me explicó Griff cuando empecé a comer—. Chicos, saludad a nuestra amiga Audrey.

—Saludamos-a-nuestra-amiga-Audrey —respondieron a la vez. Luego rieron y chocaron las manos.

Griff cabeceó fingiendo estar dolido, pero me dio la impresión de que Kyle y Kieran eran divertidos. La noche mejoraba y la ensalada no estaba mal; sabía que si un restaurante sirve una ensalada César decente, vale la pena volver.

Claro que habría vuelto todas las noches como una idiota si eso implicaba sentarme pegada a Griff Shipley.

¿Muy patético?

—¿Y cómo va todo? —le pregunté troceando el pollo con el tenedor—. ¿Dónde anda el recién llegado? ¿Le va bien? —Me llevé un trozo a la boca deseando no haber dicho aquello. No quería que se dieran cuenta de que desde que me había ido pensaba todos los días en la granja de los Shipley.

Zach fue quien me respondió.

—Jude lo está haciendo estupendamente. La señora Shipley lo está cebando. Esta noche May lo ha llevado a Norwich, a una reunión de Narcóticos Anónimos.

—Qué amable.

—Realmente sí —convino Griff.

—Veamos... —Zach apoyó la barbilla en una mano—. Los melocotones están casi maduros y las manzanas empiezan...

—¿Tenéis melocotones?! —chillé—. Maldita sea, la de cosas que podría haber hecho con melocotones madurados en el árbol. —Suspiré entrecortadamente—. Tarta de melocotón, bollos de melocotón y jengibre...

Kyle sonrió.

—Caray, ¿qué te pasa? No son más que melocotones. A las avispas también les gustan los melocotoneros; mira por dónde, ayer me picaron justo en...

—Cállate, idiota —lo amonestó Griff. Me miró—. ¿Los de BPG te han mandado de nuevo a Vermont?

—Pues claro que sí, han aumentado el presupuesto porque el intento anterior no dio resultado. A mi entender, ahora los precios son decentes. Supongo que no tardaré en averiguar si piensas lo mismo. —Sin embargo, estaba convencida de que habría algún otro problema. Siempre había alguno.

—¿Qué tal te fue el trabajo temporal en aquel restaurante? —me preguntó Griff frunciendo el ceño en actitud reflexiva—. El de alta cocina.

Me sorprendió que se acordase.

—Fue increíble y aprendí un montón de tecnología puntera, pero a la cocina le faltaba... alegría, y el chef era un imbécil, como todos. Las dos primeras semanas ni se molestó en saber cómo me llamaba y se pasó las dos últimas tocándome el culo y llamándome «picarona». Era su típica bromita.

Griffin puso la peor cara que le había visto. Algo significaba eso, ¿no?

—¿Ese gilipollas es el jefe?

Kieran intervino por primera vez.

—¿No puedes ir a Recursos Humanos y presentar una queja contra él?

—Podría —admití rebuscando en la ensalada—. Pero su actitud les importa bien poco mientras siga teniendo buenas críticas y sirviendo platos trufados a

cuarenta dólares. Además, lo sepa o no, la empresa financiará mi sueño, así que no quiero ser la que los acuse de tener un clima laboral hostil.

Nadie pronunció nada más, pero Zach se puso encantadoramente triste.

—Eso no está nada bien, princesa —dijo al final Griff.

Kyle estuvo de acuerdo.

—Sí, esto requiere más cerveza. Me las apañaré para que Zara no nos la envenene.

Kieran rio entre dientes.

—Es matemático: en cuanto hay una mujer, Kyle encuentra la cartera.

Mientras me terminaba la ensalada, se pusieron a charlar sobre el bar y sobre lo que quedaba de la recogida de melocotones.

—¿Hasta cuándo estarás por aquí? —me preguntó Griff cuando aparté el plato.

Kyle lo miró enarcando las cejas y Griff lo silenció con una de sus miradas furibundas.

—Mínimo dos semanas. Tendré que conducir mucho por la zona para encontrar todo lo que me han pedido. —No habría nadie de BPG para controlar mi trabajo, así que tendría un montón de tiempo para vagar por ahí y comer melocotones. Incluso podría intentar cocinarlos en la minicocina cutre del motel donde me hospedaba. Estaba deseando un rato libre, lejos de la estresante cocina en la que había trabajado tan duramente el mes anterior. La base de aquel tótem culinario era muy solitaria.

—A los arándanos aún les faltará un poco —le estaba diciendo Zach a Kieran—. Te irás en un momento poco oportuno.

—¿Cómo? ¿También tenéis arándanos? ¿Para cultivarlos no hace falta un terreno inundado?

Griff negó con la cabeza.

—Los grandes productores anegan el terreno para mejorar la cosecha, pero

la planta crece en cualquier sitio.

Zach se arrellanó en la silla y cerró los ojos.

—En noviembre la señora Shipley prepara su famoso pastel de manzana y arándanos con cobertura crujiente —explicó—. Es mi época favorita del año.

—Es verdad —dijo Kyle sentándose con la jarra—. Esa tarta es como un orgasmo del paladar. Es la razón, por encima de cualquier otra, por la que trabajo en el huerto.

—Qué va —se mofó Griff—. Trabajas en el huerto porque soy un triunfador. —Empujó hacia él mi vaso para que lo llenara. Al mismo tiempo, me puso la otra mano en la rodilla. Cubría tanto espacio que con las yemas de los dedos me rozó la zona sensible de la cara interior del muslo.

Me estremecí de pies a cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó Kyle.

—Sí —me apresuré a responderle.

Tomé otro trago de cerveza, pero las traviesas yemas de Griff se paseaban despacio por mi piel, despertando todas sus terminaciones nerviosas. El cerebro se me cortocircuitó. Saltaron chispas a tontas y a locas.

Si seguía acariciándome la rodilla, acabaría haciendo algo muy pero que muy estúpido, así que le puse remedio. Metí la mano debajo de la mesa y aparté de mí la suya.

—Eres malo —le susurré.

—No es verdad —respondió y, devolviendo la mano a su propio territorio, se llevó consigo la mía. Rodeó con sus grandes dedos los míos, suavemente, y por alguna razón que no alcanzo a entender, se lo permití. La dejó sobre su muslo, con la palma extendida y los dedos rozando el cuádriceps allí donde terminaban sus pantalones cortos. Su vello era sorprendentemente suave. Tuve que reprimir otro escalofrío porque me asaltó el recuerdo de la noche que

habíamos pasado juntos hacía poco. «Yo con la espalda apoyada en la pared y él doblando las rodillas una y otra vez mientras...»

Demonios, ¿cómo podía una dejar de pensar en algo así?

—¿Quién irá mañana a la feria de Norwich? —preguntó alguien—. La semana pasada fui yo.

—Dejádmelo a mí —respondió Griff acariciándome el dorso de la mano—. Jude me acompañará.

—Traednos rosquillas —le pidió Kyle.

Continuaron hablando, pero yo solo prestaba atención al modo en que Griff me acariciaba la mano, tocándola apenas. Después me masajeó la palma con el pulgar calloso, tentándome con lentas caricias que me hacían pensar en qué otros lugares podría estar tocándome.

Quería recostarme y cerrar los ojos, quería lanzarme de nuevo sobre él.

Pero no lo haría.

No.

De verdad.

Aquellos dedos traicioneros me rodearon la muñeca. Me sentí frágil en comparación con su corpulencia. ¿Desde cuándo la muñeca era una zona erógena? Todo el cuerpo me hormigueaba, y eso que solamente me cogía la mano.

—¿Tienes sueño? —me preguntó Kyle cuando entorné los ojos de placer.

—¿Qué? —Me sobresalté—. Ha sido un largo viaje después de un largo día de trabajo.

La conversación prosiguió, pero para mí existía únicamente la mano de Griff. Aquellos dedos traviosos volvieron a acariciarme el muslo, pero solo la cara externa. Puede que fuese realmente una «picarona», porque ya me arrepentía de haberlo apartado antes. Espontáneamente, acerqué un poquito la

pierna por debajo de la mesa. Griff rio bajito y volvió a ponerme la palma sobre la rodilla desnuda.

Me quedé sin aliento.

Extendió los dedos y me acarició la delicada piel de la cara interna del muslo; luego deslizó la mano hacia arriba, bajo la falda.

—¿Sabéis dónde han hecho de las suyas los ratones? —preguntó, aunque casi no entendí lo que decía—. Cerca de los manzanos verde doncella, los que están junto a los reineta... —Con un dedo trazó un mapa en la mesa y los tres hombres se centraron en sus explicaciones. Entretanto me paseaba un dedo con suavidad por el muslo, entre las piernas, acariciándome el algodón de las bragas.

Para no gemir me mordí el labio. A lo largo de los años había cometido estupideces y esa noche estaba a punto de cometer una más.

—¿Todo bien, Audrey? —me preguntó Zach, con la cabeza ladeada como un cachorrito—. Te estás poniendo roja.

—Eh... —respondí intentando no jadear—. Me vendría bien tomar el aire.

Griff apartó la mano de inmediato y abandonó la mesa.

—Saldré contigo.

—Vale, de todas maneras quiero pedirte una cosa.

Y era cierto; si podía dejar de morirme de ganas de tenerlo aunque fueran solo diez segundos, tenía pensado pedirle ayuda.

Me cogió de la mano y salimos. El aroma del ambiente veraniego era tan dulce que tuve ganas de empaparme de él, pero de lo único que iba a empaparme era de Griff. Me empujó contra los tablones de madera de la fachada y me besó.

Por lo visto, lo nuestro no era ir despacio y con sutileza. Entrelazamos la lengua en aquel beso cosa de diez segundos. Sabía a un fuerte elixir de calor, virilidad y cerveza. Quise beber hasta la última gota. Me puso las manos en la

cintura, rodeándomela casi por completo de lo grandes que las tenía. Quería quedarme así para siempre, pegada a Griff Shipley.

Siempre había sido sensata.

No.

Cuando salimos a tomar el aire los dos estábamos sin aliento. Apoyé la cabeza contra la pared y contemplé el brillante despliegue de estrellas.

—¿Así funcionamos? —le pregunté respirando con dificultad—. ¿Nos abalanzamos el uno contra el otro cada vez que estamos al aire libre?

—Eso parece —murmuró bajando la cabeza para besarme el cuello. Me contoneé deseando que no parase nunca a no ser para besarme con aquella boca increíble en otra parte—. ¿Querías hablar de eso?

—¿Cómo? —Jadeé apretando las piernas para reprimir el deseo—. No... Yo...

Alzó la cabeza y esperó.

«¡Dios mío!» Los pechos me pesaban y tenía los labios hinchados.

—Solo sé que disfruto con la venganza.

—¿Ah, sí? —Sonrió con aquella boca pecaminosa—. Lo tendré en cuenta. Y bien, ¿qué querías pedirme?

—Oh, un favor. Quiero pedirte... —Me acarició el pómulo con el pulgar, desconcentrándome—. Ayuda.

De su garganta surgió un sonido grave.

—¿Qué clase de ayuda? —Me empujó con ambas caderas contra la pared y noté su magnífica erección. Mientras esperaba mi respuesta, me atusó la melena despeinada.

—Bueno... —Inspiré profundamente concitando las pocas neuronas que me quedaban todavía operativas—. Me preguntaba si podrías presentarme a unos cuantos agricultores. Les dijiste que me ignorasen, pero los precios que ahora ofrezco son mucho mejores.

Cerró los ojos y suspiró. Retrocedió unos centímetros decisivos. Me quitó las manos de encima y se mantuvo a un palmo de mí.

Me preparé para escuchar su negativa.

—Vale —dijo abriendo los ojos. Me observó pensativo—. Puedo. Dalo por hecho.

—¿De verdad?! —chillé apoyando las manos en su ancho pecho.

—De verdad —repitió—. Mañana por la mañana acompáñame al mercado agrícola de Norwich; es el más importante de la zona. Allí se juntan montones de granjeros.

Solté el aire mirando aquella robusta cara.

—¡Genial! —dije alzando la barbilla para mirarlo a la cara. «Bésame otra vez», rogué interiormente.

Pero en vez de besarme, me apartó las manos del pecho.

—¿P... por qué haces eso?

Suspiró.

—Quieres que te ayude con los negocios y no voy a ser como ese chef imbécil que te pellizca el culo cuando lo único que quieres es terminar la faena.

—Pero... pero... —farfullé. Todos los nervios de mi cuerpo, sobre todo los situados por debajo de la cintura, gritaron que no.

—Además —prosiguió cogiéndome la mano—, esta noche he venido con los chicos... —Me besó la palma y el suave roce de su barba fue como una burla. Quería sentirla por todo el cuerpo. Debió de leerlo en mis ojos, porque se llevó mi mano a la nuca y me besó la mejilla. Siguió hablando en voz baja y ronca.

—Las cosas que quiero hacer contigo durarían toda la noche, de todos modos. Si alguna vez tenemos ocasión, te quiero abierta de piernas debajo de mí.

Uf. La idea me dejó temblando. Audrey la Picarona a su servicio.

—Pero esta noche no —susurró—. En un aparcamiento no, princesa.

No dije nada en absoluto por temor a acabar deshaciéndome en ruegos, así que me quedé mirándolo como un cachorro que espera un último achuchón. Se inclinó y me besó con suavidad una sola vez. Cuando se apartó quise agarrarlo de nuevo, pero me quedé quieta.

La puerta trasera se abrió y Zara apareció con un contenedor de plástico. Se paró en seco cuando nos vio y calculó la escasa distancia entre Griff y yo. Apartó la vista de golpe, avanzó dos pasos y estampó el contenedor contra el suelo. Los materiales para reciclar se esparcieron con un ruido ensordecedor. Luego entró en tromba y cerró de un portazo.

—¿Es tu novia? —le pregunté. «Por favor, di que no.»

—No, nena. —Suspiró—. Nunca he llegado a tanto.

Ah. Sin embargo, era evidente que había algo entre ellos. Sin duda. Zara era guapa. Griff Shipley seguramente tenía a todas las mujeres que había en cien kilómetros a la redonda suspirando por él.

«No te enamores —me ordené—. No te atrevas a enamorarte.»

—¿Dónde te alojas? —me preguntó—. No hay muchas opciones. Tiene que ser en Los Tres Osos, el motel, o en un hotel de Montpelier.

—En..., bueno. En el motel —confesé. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que había escogido el alojamiento más cercano a la granja de los Shipley. «Gracias, subconsciente.»

Se rio bajito.

—¿La habitación está bien? No dejo de preguntarme cómo sigue la señora Beasley con ese motel. Tiene casi noventa años.

—Los aparenta.

—Y tanto, pero no se retira porque entonces no tendría ningún huésped al que espiar.

—Ah.

Nos quedamos en silencio. Griff allí, de pie, a la luz de la luna, mirándome como si yo fuera un rompecabezas que quisiera resolver.

La puerta principal fue la que se abrió esta vez y Griff retrocedió cuando sus primos salieron. Kyle nos miró a Griff y a mí alternativamente.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente —me apresuré a responderle.

Kyle asintió con la cabeza mirando a su primo.

—He pensado que querías volver a casa.

—Sí —dijo Griff llevándose una mano a la nuca—. Amanece bastante temprano. ¿Dónde has dejado el coche, princesa?

Dios, cómo odiaba que me llamaran así.

—Está ahí mismo.

—Necesitas que te orientemos o...

Negué con la cabeza.

—Está carretera abajo, a tres kilómetros de aquí, Griff. Hasta un desastre como yo lo encuentra.

Kyle soltó una carcajada, pero Griffin tenía cara de haber probado algo amargo.

—Te recogeré a las siete y media —me dijo.

—¿De la mañana?!

Una sonrisa se abrió paso en su cara barbuda. Era una sonrisa tremenda.

—Tendrás que estar lista, princesa. Nos espera un día largo vendiendo manzanas. —Me dio la espalda y fue hacia su furgoneta, a la que subieron los cuatro.

Yo fui hacia el coche porque ¿qué más podía hacer lo que quedaba de la noche del sábado en Tuxbury, Vermont?

Me di cuenta de que Griff esperó hasta que salí del aparcamiento y giré en

la dirección correcta antes de ponerse al volante.

En realidad me consideraba una verdadera incompetente, como todo el mundo.

Griffin

Era casi imposible trabajar catorce horas al día en la granja y luego permanecer media noche en vela. Sin embargo, no sé cómo lo conseguía.

Cuando una luna en cuarto creciente se asomó a mi ventana, me quedé mirando el techo, oyendo el ulular de una lechuza listada mientras daba vueltas uno tras otro a mis problemas.

En el fondo era un egoísta, supongo que todos lo somos, pero salvar nuestra granja requería un grado de egoísmo difícil de mantener. Me había dicho que podía hacerlo, que podía abandonar el fútbol y dirigir aquella granja como siempre se había hecho. Podía servirme del ingenio yanqui de mi padre para seguir adelante, vender leche y manzanas y tener dinero en efectivo para cosas como la ropa y el coche y las matrículas universitarias y las visitas médicas de los abuelos y las lentes de contacto de Dylan.

Todos los días me levantaba antes del alba y trabajaba como un burro sin quejarme; sin embargo, en algún momento había empezado a soñar, y soñar era peligroso. Imaginaba que había construido una sidrería en el lagar y arrancado los manzanos menos interesantes para reinjertar variedades de sidra. Soñaba con pasarme los días mezclando complejas y fascinantes sidras y enviándoselas a los ávidos compradores. En algún momento empecé a hacer una lista corta pero esencial de las cosas que quería. Querérlas, sin embargo, no me estaba permitido. A mí no. No enseguida, al menos.

Ya había asustado a la familia con mi plan de vender parte del ganado y reinvertir el dinero en la sidrería; sin embargo, podía funcionar. Podíamos prosperar.

O podía fracasar y sanseacabó.

En el peor de los casos tendríamos que vender la granja y mudarnos... ¿adónde, exactamente? Si la granja no iba bien, tendría que conseguir un trabajo bien pagado. Era químico titulado, así que, en teoría, sería factible, pero tendría que trabajar en una ciudad, donde nunca había querido vivir. En el mejor de los casos, viviría en un maldito barrio de las afueras, rodeado de vecinos que envenenaban el césped cada dos semanas para evitar las malas hierbas.

Joder. Sería el gilipollas que instruye a los vecinos acerca de los inconvenientes de los herbicidas químicos y a los hijos de estos les dice que no se acerquen a su césped ecológico. Cerraría las persianas para no ver lo cerca que estaban las casas y, mientras, un imbécil compraría nuestra granja de la cima de la colina para derribarla y construir una casa de seis habitaciones con cuatro plazas de garaje.

Sí, teníamos unas vistas fantásticas en la granja, no tenían precio; lo malo era que no teníamos dinero.

Esa noche añadí otro elemento a la lista de las cosas que deseaba, tan peligroso para mi cordura como cualquiera de mis otros sueños. Decirle buenas noches a Audrey me había causado un dolor físico más inexplicable incluso que mi anhelo de seguir adelante con el negocio de la sidra.

«Erre que erre.» Mis pensamientos eran como un imparable carrusel.

Me puse bocabajo y enterré la cara en la almohada; no había razón alguna para que aquella chica me volviera loco, apenas la conocía. Eso me decía, en todo caso. No era más que lujuria, ¿verdad?

Cierto.

No tenía tiempo para novias, menos aún para una que vivía en Boston y que no me gustaba demasiado.

Le presentaría a unos cuantos granjeros y con suerte obtendría lo que necesitaba y regresaría a Beantown. Mientras ella y yo estuviéramos en el mismo código postal, no sería capaz de pensar en otra cosa que en su cuerpo desnudo.

Jesús. Se me puso dura contra el colchón al recordar la mirada retadora que me había lanzado por encima del hombro desde el taburete: «No te equivoques conmigo —significaba—. Puede que sea mona, pero soy una fiera».

Solo quería follármela hasta quitarle toda aquella insolencia; quería dejarla muda con la boca y las manos hasta que se corriera.

En lugar de eso, al día siguiente venderíamos mil dólares de manzanas y sidra y le presentaría a un puñado de forofos de la agricultura. Menuda fiesta.

Crucé los brazos bajo la almohada y me prohibí pensar en ella hasta la mañana siguiente.

Di gracias a Dios por la existencia del café.

Al cabo de seis horas fui en la camioneta hasta el motel, con la trasera cargada de fruta y sidra. El establecimiento donde se alojaba Audrey se había quedado atrapado en los años cincuenta; no era un edificio grande, sino un puñado de pequeñas cabañas de una sola habitación. El letrero de la entrada alardeaba de que tenía televisión en color y alguien había añadido debajo: «Tres barras de cobertura de móvil». Sin embargo, era un lugar bastante alegre. La señora Beasley tenía las jardineras de las ventanas llenas de petunias, aunque todos sabíamos que las flores no eran más que una excusa para echar un vistazo a las habitaciones de los clientes mientras las regaba.

Ni rastro de Audrey todavía. Jude y yo nos quedamos sentados en silencio

mirando las puertas azules a la espera de que una se abriera. La más alejada de la derecha se abrió y Audrey salió con otra de sus minifaldas vaqueras que me traían de cabeza, las interminables piernas espléndidas al sol matutino, y corrió hacia el vehículo. Se apartó la melena dejando al descubierto los hombros; los llevaba al aire.

No me cupo duda de que iba a ser un día muy largo.

Jude abrió su puerta y se bajó para pasarse al asiento trasero. Para ser un exconvicto, Jude era muy educado.

Ella se subió, se acomodó en el asiento y cerró la puerta.

—Buenos días —le dije dando marcha atrás para salir de la plaza de aparcamiento—. ¿Has dormido bien? —«Yo no.»

—¡Madre mía, qué temprano! —Cogió el termo de café que llevaba yo en el portavasos y tomó un sorbo.

—Sírvete —refunfuñé—. A Jude y a mí no nos hace falta; llevamos levantados dos horas y media. Nos las hemos pasado ordeñando vacas y cargando la furgoneta. Nada del otro mundo.

Estaba de peor humor que de costumbre por culpa de la falta de sueño.

—Vaya gruñón estás hecho. —Audrey tomó otro sorbo de café—. Os he traído bizcochitos de limón, los he horneado esta mañana; están muy buenos. De comercio justo, lo juro.

—¿Horneado? ¿Dónde? —le pregunté. Nadie horneaba en el motel de la señora Beasley.

—En mi habitación hay un horno eléctrico pequeño.

—Así que simplemente... has preparado bizcochitos encima del televisor. —Jude soltó una risita.

—Sí. —Se inclinó y sacó algo del bolso—. Toma, Jude. Prueba esta exquisitez. —Se lo pasó por encima del respaldo del asiento.

Al cabo de un instante, Jude gimió.

—¿Te pasa algo? —refunfuñé.

—¡Esto está de muerte! ¿Puedo comerme el de Griff?

—De eso nada, monada —entonó ella—. Algunas veces una chica necesita un poco de influencia. ¿Café? —Le pasó mi termo también.

Cuando me lo devolvieron se lo arrebaté y lo devolví a su sitio, a pesar de que no quería más café. Ya estaba nervioso. Audrey olía a champú de frutas y bizcocho de limón. Eso, unido a su sonrisa burlona, me abrió el apetito por muchas cosas, pocas de las cuales eran comida.

Dirigí el camión hacia el sur, a Norwich. A vuelo de pájaro no estaba muy lejos, pero el viaje duró casi una hora, porque en Vermont las carreteras no suelen ir hacia donde quieres.

—Lástima que haya tanto tráfico —dijo Audrey estirando las piernas doradas.

—Sí —le respondí distraído.

Se echó a reír.

—¿En qué estás pensando? Ni siquiera has oído lo que he dicho, ¿verdad?

—Podría arriesgarme a adivinarlo —murmuró Jude detrás de mí.

—Es que tengo hambre —refunfuñé lanzándole a Jude una mirada asesina por el retrovisor.

El tono burlón de Audrey se esfumó.

—¿Te apetece un bizcochito, gruñón? —me preguntó con suavidad.

—Sí, por favor, princesa.

Me puso uno en la mano y le di un mordisco. ¡Dios mío! Se me deshizo en la lengua; dulce, con sabor a limón.

Me costó reprimir un gemido, pero lo logré. Casi.

Nos detuvimos en el caos habitual: hombres y mujeres sacando canastas y

neveras de la trasera de las furgonetas mientras sus niños correteaban como pequeños maniacos.

Hacía buen tiempo, así que habría muchísimos compradores. El mercado de Norwich era la nave nodriza de la región, el único cuyos puestos no se desmontaban en toda la semana... Los músicos entretenían a la multitud; era un espectáculo.

Jude y yo llevamos la mercancía desde la furgoneta hasta el puesto. Montarlo era bastante fácil, pero lo complicó tener que rechazar la ayuda de Audrey cada vez que intentaba cargar una caja de manzanas.

—¡Por Dios, Griff! —se quejó cuando le quité otra caja de las manos—. Tampoco pesa tanto.

La verdad era que no soportaba ver a una monada haciendo el trabajo que me correspondía a mí, pero a la princesita no le habría gustado oírlo, así que le di otra explicación.

—No estás cubierta por el seguro como mis trabajadores, tu trabajo es quedarte ahí de pie luciendo el tipo.

Puso los ojos en blanco e hizo un puchero, breve, porque se animó otra vez en cuanto vio los productos del panadero del puesto de al lado.

—¡Oh, buñuelos! Oye, ¿por qué no hacéis buñuelos de sidra en vuestra granja para los turistas? No hay nada como un buñuelo de sidra caliente con azúcar y canela.

—No tenemos tiempo —dije colocando la balanza y equilibrándola. Eran las nueve, la hora de abrir. Un niño corría por los pasillos tañendo una campana y los clientes entraban en tromba. Los más madrugadores eran los que tenían niños pequeños y los jubilados. A medida que la mañana fuera avanzando, iríamos viendo menos paisanos y más turistas.

En agosto aquel mercado era la viva imagen de la abundancia. Huevos frescos, hogazas de pan típico de la zona y toda clase de frutas y verduras

recién cosechadas. El puesto de mi vecino Abraham estaba en diagonal con el mío. El cartel de la granja Apóstata colgaba encima de un puesto abarrotado de fruta y verdura ecológica de todos los colores: remolachas rojas y doradas; zanahorias naranjas y moradas; calabazas amarillas de cuello curvo y unos tomates preciosos que habían sobrevivido a la plaga del mes anterior.

Pesé la primera bolsa de manzanas del día a las nueve y un minuto.

—Son seis dólares —dije redondeando. Siempre redondeábamos a la baja porque agilizaba las transacciones y era una muestra de buena voluntad. Cobrábamos más por kilo en Norwich que en el resto de los mercados, desde luego, pero era nuestro pequeño secreto.

Las ventas se sucedían.

—Ocho dólares —le dije al siguiente—. Seis cincuenta —a otro. Y luego —: Dos botellas de sidra. Veinticuatro dólares, por favor.

La venta siguió así un buen rato y, cuando por fin hubo una corta pausa, le entregué a Jude la riñonera del dinero.

—¿Puedes defender el fuerte un rato? —le pregunté—. Quiero presentarle a Audrey a algunos granjeros.

—Claro.

Resultó que Audrey no necesitaba mucha ayuda. En cuanto le hube presentado a los encargados de las tres granjas ecológicas más grandes, se puso manos a la obra.

—¡Oh! ¡Estas son magníficas! —dijo de una pintoresca exposición de calabazas de invierno—. Vaya, ¿es una ambercup? —Abrazó una calabaza naranja como si fuera un niño perdido hacía mucho tiempo—. ¡Nunca veo de estas en Boston! Son las mejores en sabor y textura, jugosas y cremosas.

Me quedé allí como un gilipollas, observándola meterse en el bolsillo al granjero. Sacó la billetera y compró primero una calabaza y luego unos cuantos tomates reliquia antes de mencionar a su empresa ávida de productos.

No tardé en darme cuenta de que ya no me necesitaba. Regresé a mi puesto, donde Jude me entregó la riñonera del dinero sin que mediara palabra, y me puse a reabastecer el mostrador con manzanas de nuestra camioneta y a colocar las botellas de sidra con las etiquetas mirando hacia el público.

Jude llevaba un mes con nosotros y el chico lo pillaba todo rápidamente. La semana anterior lo había visto hacer un montón de transacciones rápidas sin depender de la calculadora para verificar las cuentas; sin embargo, poco después de llegar a la granja, se le había escapado que en el instituto sacaba suspensos y aprobados raspados.

Era un enigma que seguía tratando de resolver.

La mañana dio paso a la tarde mientras vendía cantidades ingentes de manzanas y sidra. Si mantenía los precios más altos en aquel mercado que en otros era porque en Norwich la gente tenía dinero... y la actitud que conlleva tenerlo.

—¿Cuándo habrá manzanas crispin? Quiero hacer tarta y estas no sirven — se quejó una anciana.

—No hay crispin hasta octubre —le dije con amabilidad. «A la naturaleza le importa un bledo tu tarta.»—. Pero las zestar le irán muy bien.

Las olfateó de mala gana y luego compró dos kilos de zestar. La gente es rara.

Audrey finalmente volvió a mi puesto cargada de bolsas de verdura, con una calabaza debajo de un brazo y una tarrina de frambuesas tardías en perfecto equilibrio sobre la palma de una mano.

Me escapé del puesto para coger parte de su botín antes de que se le cayera todo al suelo y conseguí que no me gritara por ayudarla.

—Gracias —me dijo sin aliento.

—¿Por qué has comprado todo esto? —le pregunté—. No me digas que vas a preparar calabaza en el hornito eléctrico del motel de la señora Beasley.

Negó con la cabeza.

—No. Es un regalo para tu madre. Aquí tienes una frambuesa de seis dólares—. Se metió una en la boca.

Acomodé todas sus cosas en una caja de manzanas vacía.

—¿Por qué has ido de compras? Se supone que son los idiotas de tu empresa quienes tienen que pagar la factura.

—Para tener credibilidad —dijo ella cruzando esos brazos tan sedosos—. Las compras me hacen parecer seria.

—Ya pareces seria —me oí decir. «Seriamente hermosa.» Pero en realidad su entusiasmo por los ingredientes era evidente. ¿Quién no querría venderle sus productos a una chica que prácticamente tenía un orgasmo con el equilibrio de dulzura y acidez de una variedad tradicional de tomate púrpura?

—Eso espero. —Suspiró—. Pero puede que dé igual; la temporada está bastante avanzada y muchos de los productos de estos agricultores están apalabrados con los restaurantes que les ofrecen un precio justo de entrada.

—Mierda. Estaba preocupado por eso.

Me hincó un codo.

—Cuidado, Griff, casi pareces servicial.

Caramba, sí.

—¿Puedo jugar a las tiendas? A lo mejor Jude necesita un descanso.

—Claro, apuesto a que le encantaría descansar.

Audrey se ocupó de vender manzanas mientras yo amontonaba la fruta y la escuchaba engatusar a mis clientes.

—Estas tienen un perfume fantástico —dijo de mis zestar—. Yo las freiría y las serviría con un asado de cerdo.

Estupendo. Ya me moría de hambre.

—Oye, Griff —la oí preguntarme al cabo de un poco—, ¿aceptas esto?

Audrey me enseñó un vale, el que había diseñado para nuestros clientes que

recibían cupones de comida. Me había olvidado de decírselo. Mientras tanto, la mujer, de pie delante de ella, se acomodó un bebé en la cadera, con el ceño fruncido de vergüenza.

—Por supuesto —me apresuré a decir corriendo a ayudarla—. ¿Son para usted? —le pregunté comprobando el peso.

—Sí —murmuró la clienta.

Las manzanas no pesaban los cinco dólares del vale.

—Espere, le pongo unas cuantas más.

Con una habría bastado, pero cogí cuatro y las metí todas en una bolsa.

—Aquí tiene, hasta la semana que viene. Tendremos más variedad a medida que avance la temporada.

—Gracias —me dijo en un susurro aceptando la bolsa.

—Ha sido todo un detalle —me dijo Audrey cuando la mujer se perdió entre la gente.

—La comida sana no es solo para los ricos.

Cabeceó.

—Prometo no contarle a ninguno de tus antiguos compañeros futbolistas que eres un blando. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Tienes un cliente —me limité a responderle.

Una hora y media después estábamos de regreso. El mercado había cerrado y habíamos vendido casi todas las manzanas y cincuenta botellas de sidra. Antes de volver a la camioneta, había intercambiado una con Fran, de Panes Ácidos de Fran, por tres rebanadas generosas con pollo, aceitunas y queso feta, así que tenía el estómago lleno. Sin embargo, por la mala noche que había pasado necesitaba cafeína.

—Háblame de tu familia —le pedí a Audrey para mantenerme despierto con la conversación—. Tú ya conoces a la mía.

—Terminaré pronto. No tengo padre.

—Todo el mundo tiene padre —la rebatí—. Ciencia elemental, princesa.

—Aprobé la biología de séptimo, Griff; lo que pasa es que cuando mi madre decidió tener un hijo acudió al especialista en fertilidad más caro de Boston y escogió un vial de espermatozoides de Harvard para que fuera mi padre.

—Ah, vale.

—Verás, mi madre detesta a los hombres, así que lo de casarse no entraba en sus planes.

—¿Es una lesbiana cabreada?

En el asiento trasero, Jude resopló.

—No, eso sería más interesante. Solo está cabreada. Quiere romper ella sola el techo de cristal de todas y cada una de las mujeres estadounidenses. Dirige una gran firma de capital de riesgo y forma parte de la junta directiva de una docena de empresas. Por lo que yo sé, quiere que las mujeres, sean de donde sean, se conviertan en unas imbéciles ávidas de dinero como los hombres.

—Una persona divertida, por lo que parece —observó Jude.

—Es una arpía —dijo Audrey—. Cuando fracasé por segunda vez en la universidad, me cortó el grifo. Vendió mi coche y anuló mis tarjetas de crédito. Me dijo que me las apañara sola.

—Vaya —lamenté—. Lo siento.

—No lo sientas —me sonrió—, es lo mejor que podría haberme pasado. Mi madre no se dio cuenta de que tendría que aflojar las riendas conmigo después de repudiarme. Creía que me quedaría para aguantar un sermón diario y una buena dosis de humillación, pero me marché de casa. Al principio lo pasé mal trabajando de cocinera por una miseria y estuve durmiendo en un sofá tres semanas, hasta que cobré la primera paga. Por primera vez en la vida nadie me decía que no valía nada, que era una basura.

Joder... Seguramente exageraba.

—¿Le decía eso a su propia hija?

—Sí, hijo, sí. Mi madre suponía simplemente que sacaría sobresalientes como ella. Pero eso no estaba en las cartas. Cuando iba al instituto, llegó incluso a llamar al banco de esperma para preguntar si habían tenido algún problema con ese donante; creo que quería demandarlos. Una época de lo más divertida.

Me di cuenta de que así el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, así que me obligué a relajar las manos.

—Dios mío. Lo siento, nena.

—No pasa nada —insistió ella—. ¿Sabes lo más gracioso? Cree que fui a la escuela de cocina solo para fastidiarla.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres llevan milenios cocinando, ¿no es cierto? Y se considera una defensora de la igualdad en la sala de juntas. Encuentra vergonzoso que yo quiera ser chef y cree que elegí la cocina simplemente para dejarla en ridículo. Sin embargo, es la única cosa en la que he sobresalido. En algún lugar hay un donante de esperma que sabe mucho de cocina.

Conduje los siguientes kilómetros en silencio preguntándome cómo sería que tu único padre te rechazara. Mi familia y yo teníamos que tomar algunas decisiones difíciles sobre el futuro de nuestra granja, pero mis padres siempre nos habían dicho que podíamos hacer lo que nos hiciera felices; tanto si elegíamos la agricultura como si no, sería por decisión nuestra.

Mientras tanto, Audrey se giró en el asiento del copiloto para hablar con Jude. Apoyó un codo en el respaldo y vi de reojo su trasero firme y sexy. Madre mía. El viaje ya era de por sí bastante largo.

—Entonces, ¿qué cocinabas en prisión? —le preguntó a nuestro criminal favorito.

—Mucha carne picada, porque es barata.

—Tiene lógica.

—Cierto, aunque tendrías que haberla visto. Lo juro por Dios: en los envases ponía «Calidad D pero apta para el consumo humano».

—¿Qué?! —gritó Audrey—. El «pero» es lo que realmente escama, ¿verdad?

Su trasero me «escamaba» a mí.

La conversación derivó hacia las innumerables cosas que uno podía preparar para los presos con carne picada. Hablaban de la diferencia entre un *goulash* y un estofado cuando noté una mano pequeña acariciándome el vientre. El calor de su palma me entibió la camiseta de la granja Shipley.

Fue agradable, pero inoportuno. Le dio a mi cuerpo unas cuantas buenas ideas.

—Creo que un *goulash* puede tener una base de tomate, o no —le dijo Audrey a Jude. Luego bajó la mano hasta alcanzar con los dedos la cinturilla de mis pantalones cortos. Mientras continuaba su conversación con el del asiento trasero, con esos dedos me desabrochó el botón.

¡Ay, Dios!

Dejé escapar un largo y lento suspiro y presté atención a la carretera, pero me metió la mano por debajo de la camiseta y luego la situó entre los pantalones y los calzoncillos, encima de mi pene, que cobró vida dentro del *boxer*. Me lo agarró y me lo acarició despacio con el pulgar poniéndome a cien.

Cuando me acordé de respirar, inhalé con cuidado. Sí, me había dicho que se desquitaría conmigo, pero me lo había tomado como una amenaza sin fundamento.

Rechinando los dientes, traté de recordar el marcador de los Red Sox de la noche anterior, pero ya tenía el pene duro como el bate que habían usado para ganar el partido, así que repasé mi lista mental de tareas pendientes. Era lo

bastante larga como para desinflar cualquier erección, o eso creía yo. Cuando falló, intenté recitar la tabla periódica. Hidrógeno. Helio. Litiommmmmm. Me torturaba con la mano por encima de la tela de la ropa interior. La tenía tan dura que me dolía.

Mi primera oportunidad de alivio se presentó cuando salí de la carretera y me detuve en un semáforo. Pensé que se sentaría bien y me dejaría en paz, pero cuando metí primera, Audrey aprovechó para deslizarse de repente la mano dentro de mi bragueta y acariciarme con un agarre firme.

—Ahggg—se me escapó.

—¿Estás bien? —me preguntó con ironía—. Has hecho un ruido raro.

Le agarré la mano y se la saqué de mis pantalones.

—Muy bien —dije enfilando la carretera de dos carriles de casa.

Audrey reanudó la conversación con Jude. Se pusieron a hablar de platos. Creo. Tenía el cerebro espeso, estaba empalmado y desesperado por llegar al final de lo que ella había empezado.

Eso sí, no en la furgoneta.

Maldita tozuda... Nada como probar mi propia medicina para ponerme de mal humor.

Estábamos a cinco kilómetros de casa cuando la mano volvió a las andadas acariciándome despacio por encima de los pantalones. Me mordí el labio para no gemir. Luego se la aparté por segunda vez y aceleré durante lo que quedaba de trayecto, torturado por la proximidad de su risa ronca cada vez que Jude decía algo gracioso.

Dios mío. ¡Cuánto la deseaba! Y lo sabía, la pequeña víbora.

Cuando llegamos al camino de entrada estaba de un humor de perros, el peor desde hacía bastante, y duro como un poste de la cerca que clavaría en el suelo aquella tarde.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había olvidado dejar a Audrey en

el motel.

—Lo siento. No tienes el coche aquí. Zach puede llevarte —dije apagando el motor.

—¡Da igual! —dijo alegremente—. De todos modos, tengo que darle todo esto a tu madre. —Se agachó para recoger del suelo de la camioneta la caja donde habíamos guardado la compra.

Estaba tratando de apartar el pene dolorido y abrocharme los pantalones cortos cuando cogió la dichosa calabaza de invierno y me la puso en las rodillas.

—Sé bueno y lleva esto dentro, ¿quieres? Sé que no te gusta nada que vaya cargada. —Me dedicó una sonrisa tan descarada que me habría gustado borrársela de la cara de un lametón.

Luego llevé la dichosa calabaza delante de la entropierna hasta casa.

Cuando Zach dijo que estaba a punto para acompañar a Audrey a casa yo ya casi me había rehecho. Ella me agradeció educadamente las presentaciones en el mercado con una sonrisa alegre y perspicaz. Entonces Zach la llevó a su casa.

Mientras apilaba las cajas vacías de manzanas fuera de la sidrería, llegó un Jeep azul polvoriento. Un hombre de la edad de mi difunto padre se apeó y se me acercó.

—¿Griffin Shipley? Soy Amos Appleby.

Ah. Otro amigo de la iglesia de mi madre.

—Hola, Amos —lo saludé tendiéndole la mano—. ¿Qué te trae por aquí?

—Las vacas —me respondió estrechándomela—. He oído que tienes pensado vender el ganado.

—Bueno... —dije con cautela. ¿Dónde lo habría oído? Solo se lo había mencionado a unos cuantos granjeros—. Sí, me lo estoy pensando. ¿Te interesa?

Sonrió.

—Por supuesto. ¿Cuándo quieres venderlas?

—Eh... —vacilé mientras mi madre se acercaba.

—¡Amos! ¡Qué sorpresa tan agradable!

—He venido a hablar de las vacas —dijo él—, pero si tienes un pedazo de esa tarta de manzana que traes a veces a la cena de la iglesia... —Rio entre dientes.

Mi madre, en cambio, se había puesto seria.

—Griff quiere venderlas, pero todavía no está decidido —se apresuró a decir.

—Entiendo. —El hombre dejó de sonreír—. Perdón por las molestias.

—¿Por qué no me dejas tu teléfono? —Saqué el mío.

Amos nos miró alternativamente a mi madre y a mí.

—Eh... Vale. Pero pensáoslo. —Me dictó el número y se marchó.

Mi madre y yo nos quedamos en el camino.

—No quiero venderlas —dijo ella en voz baja—, pero no soy yo quien las ordeña todos los días.

—Mamá, no hago esto porque quiera dormir más, ¿de acuerdo? El establo de ordeño del otro lado de la carretera está anticuado. Un equipo nuevo cuesta más de veinte de los grandes y el alquiler sube. No es que me haya dado una ventolera.

—¿Podríamos hacer durar unos años más la plataforma de ordeño?

—Ya lo hemos hecho, y el precio de la leche está bajando. El de una buena sidra es más alto. Solo trato de obrar con inteligencia.

Mamá suspiró.

—Bueno. Confío en ti, Griffin. Si dices que deberíamos invertir en sidra en lugar de hacerlo en leche, dejaré de preocuparme por eso.

«Oh, mierda...»

—No tengo una bola de cristal, pero nuestro negocio va a cambiar, queramos o no. Nos estamos aferrando al negocio del otro lado de la carretera. Solo trato de hacer lo mejor.

Me apretó el codo.

—Es que da miedo intentar un nuevo negocio.

—Lo sé. —Mi mayor temor era convencer a mi familia de aquel cambio y que resultara todo un fracaso, aunque no creía realmente que eso fuera a pasar —. ¿Sabes? Hablas como si la vaquería fuera lo único que papá nos dejó. Me enseñó a hacer sidra, lo vi mezclar sidras toda mi vida.

Suavizó la expresión.

—Decía que era un arte que se había perdido.

—Conmigo no se ha perdido.

—Vamos —dijo empujándome hacia casa—. Si vamos a hacerlo, alguien tiene que decírselo a Dylan.

—¡Dios mío! ¿Echamos un pulso? El que pierda le da la noticia.

—¡August Griffin Shipley! Eso no es justo.

Entré en casa detrás de ella, riéndome.

Audrey

Me pasé los siguientes dos días con los granjeros que Griffin me había presentado en Norwich.

El precio propuesto era aceptable para aproximadamente la mitad de las verduras de mi lista. Algo es algo. La cantidad, sin embargo, era sin duda un problema; tendría que haber hecho un pedido por tres veces la que me ofrecían.

—Si hubiéramos hablado en abril, habría sido más fácil —me dijeron.

Tenían razón, por supuesto.

Como estaba comprando en agosto, la cosa se complicaba. Tendría que conseguir juntar más cantidad de productos de otros agricultores para completar la lista de BPG. Lo que no pudiera encontrar, la empresa tendría que comprárselo a los mayoristas. Se perdería el aura de los productos locales y no podrían alardear, pero no se acabaría el mundo.

Aunque mi trabajo tal vez sí.

Ir dando tumbos por los caminos rurales del este de Vermont en mi coche de alquiler tuvo sus ventajas; descubrí que en unas cuantas granjas vendían quesos de la zona y compré una caja de galletas y una navaja de bolsillo en una tienda de Norwich llamada Dan & Whit. El letrero del escaparate rezaba: «Si no lo tenemos, no lo necesita».

Comí buen queso, galletas y ciruelas de temporada; aunque el trabajo no

fuera muy bien, la comida era estupenda.

Iba poniendo al día a mi jefe de BPG sin concretar demasiado, solo para que no se olvidara de mi existencia.

—¡He encontrado otra granja de hierbas aromáticas ecológicas! —Le escribí en un correo electrónico. Nunca le daba ningún número de teléfono; no quería que Bill Burton se enterara de mi lucha, era mejor no decepcionarlo.

Burton no era el único al que podía decepcionar esa semana. Llegó a mi bandeja de entrada un *e-mail* de mi madre y no lo borré, como solía hacer. En primer lugar, porque en el asunto ponía «Urgente» y, además, porque quería saber si estaba entrometiéndose en mi trabajo en BPG. ¿Sabía que trabajaba allí? ¿Se lo había contado Burton?

Audrey:

Tienes que presentarle tu currículum a Roger Smith, de CarterCorp, la semana que viene o, como muy tarde, antes del 10 de agosto; a instancias mías, ha reservado tiempo para entrevistarte. El trabajo es de directora de nutrición para el comedor de ejecutivos de CarterCorp. Trabajarías de nueve a cinco analizando y revisando las ofertas del menú de la cafetería de la empresa. El sueldo es excepcional para un trabajo así, con cobertura completa del seguro y todos los beneficios.

No hagas esperar al señor Smith. Esta es una oportunidad increíble para ti y reservándote tiempo me está haciendo un gran favor.

K. K.

P. D.: Si necesitas ayuda con el currículum, envíaselo a mi secretaria y te lo corregirá.

Leí el mensaje otras tres veces, cada una un poco más enfadada.

Seguramente era un trabajo estupendo, la clase de empleo que habría ayudado a cualquier chef novata a pagar las tarjetas de crédito y empezar su carrera. Un trabajo de nueve a cinco era tan poco frecuente como las trufas en

el mundo de los amantes de la buena comida; sin embargo, no lo solicitaría. No quería ningún trabajo que me ofrecieran para hacerle un favor a mi madre.

Ya era lo bastante malo que su larga y ambiciosa sombra me hubiera impedido perder el trabajo en BPG y aquello habría sido mil veces peor. CarterCorp era una de las mejores inversiones de mi madre; no quería su trabajo por compasión y, desde luego, no quería que pensara que a mis veinte años sobrevivía únicamente porque ella había vuelto a rescatarme. Lo que me pagaran en CarterCorp, fuera lo que fuera, no valdría la pena.

Dicho esto, evitaba echarle un vistazo a mi saldo bancario, así como a los *e-mails* de mi compañero de piso fumeta preguntándome cuándo le devolvería el dinero por la hierba que le había robado «sin querer».

Las cosas no iban bien, pero prefería aceptar un trabajo de cocinera de corta duración que otra limosna de mi madre.

Borré el mensaje y reordené mi lista de agricultores.

Había evitado varios días una granja en particular para darles un descanso a mis hormonas, aunque eso no significaba que no hubiera pensado en Griff. Mientras exploraba los caminos sin asfaltar de Vermont, me costaba pensar en alguien que no fuera él.

¿Por qué?

Entre él y yo había química y teníamos un brevísimo pasado. Ya en dos ocasiones la fuerte atracción que sentíamos el uno por el otro nos había superado. En cada una de ellas, sin embargo, se habían dado circunstancias atenuantes. En la universidad, acabé con él por despecho cuando el cabrón de Bryce me rompió el corazón.

Cuando le eché en cara que estuviera follando con otras a mis espaldas me dijo cosas hirientes. Me llamó «estúpida putita rica» y también «estirada».

¡No era una estirada! Una estirada no le habría hecho una mamada mientras

él hablaba con sus padres por Skype. Exigir que mi novio me fuera fiel no me convertía en una estirada, joder.

Cuando me presenté en la fiesta de su fraternidad esperaba que Bryce me viera; quería que me viera yéndome con otro a su casa.

Lo que pasó fue que Bryce no apareció esa noche, pero no me importó. Griffin estuvo allí con los ojos puestos en mí desde el momento en que entré. Me hizo sentir hermosa cuando estaba sintiéndome una mierda. La noche con él había sido tan ardiente que volví a por más al cabo de una semana.

Pero luego me surgieron las dudas, sobre todo cuando le dije a mi madre que Bryce y yo habíamos terminado.

—No puedes confiar en un hombre, Audrey —me dijo por enésima vez—. Quieren sexo y quieren libertad, es su modo de ser.

Mi madre no era cariñosa ni agradable; sin embargo, era aguda como un cuchillo de chef recién afilado, así que me tomé en serio su advertencia sobre los hombres.

Cuando Griff me invitó a cenar después de nuestra segunda cita, dudé. Era estudiante de último curso y una estrella del fútbol. Me había catalogado como una chica fácil, lo que obviamente era.

Confiar en otro hombre para que me usara era algo a lo que no estaba dispuesta; nunca había vuelto a llamarlo ni a verlo, hasta hacía un mes.

El martes volví a la granja de los Shipley. El poco tiempo que había estado sin verlo no impidió que me quedara sin aliento cuando estacioné frente a la sidrería. Griff y sus muchachos estaban fuera, sin camisa, apilando cajas de manzanas. Manzanas, bíceps prominentes y pectorales marcados dominaban por completo el panorama. Zach fue el único que se puso la camisa en cuanto me apeé del coche. Jude, que tenía muchos tatuajes, me ignoró. Kyle hizo una verdadera demostración de fuerza y me guiñó un ojo con fanfarronería.

Ni siquiera sé lo que hizo Griff, porque intentaba con todas mis fuerzas no

mirarle fijamente la tableta y la tira de vello en descenso hacia...

Mierda, era una mujer de negocios desastrosa. Desnudar mentalmente a un vendedor estaba definitivamente mal.

—Buenas tardes —gruñó Griff—. ¿Cómo va el negocio?

—No va mal. Hoy he comprado un montón de hinojo.

—No me enoja —bromeó secándose el sudor de la frente.

—Caramba, te han extirpado quirúrgicamente el sentido del humor, ¿verdad que sí? ¿Te dejó cicatriz?

Kyle ahogó la risa.

—¿Hemos terminado con esto? —le preguntó a Griff—. Es casi la hora del almuerzo.

Me volví hacia la granja; siempre estaba buscando alguna excusa para visitar la cocina de los Shipley.

Griff consultó la hora.

—Dentro de media hora. Chicos, ¿podéis poner trampas pegajosas en las hileras de manzanos cortland?

—Sí, gran jefe —dijo Kyle.

Griff me llevó al lagar.

—¿Qué te trae por aquí? —me preguntó caminando hacia un tanque. Apoyó una mano en su brillante superficie metálica.

—Necesito hablar de sidra. ¿Cuánto por cuántas botellas?

Pegó una oreja al tanque.

—¿Oyes esto?

A solas con Griff semidesnudo, apoyé la oreja en el tanque para seguirle la corriente. Al principio no oí nada, pero luego noté un gorgoteo y otro. Era como tener la oreja apoyada en el vientre de una gran bestia mientras digería la cena.

—¿Qué es?

—El sonido de la levadura convirtiendo el azúcar en alcohol. El sonido de la fermentación.

—El sonido del dinero cayendo en tu bolsillo.

Enarcó una ceja espesa.

—¿Ah, sí? Tengo que decirte que estoy realmente indeciso en lo concerniente a hacer negocios con BPG; no confío en ellos y nunca hago negocios con personas en las que no confío.

Suspiré.

—Eres un hombre de principios, Griff. Pregúntaselo a cualquiera, pero si BPG te paga un precio razonable, ¿por qué no venderle? Sería francamente bueno para tu negocio.

Se acarició la barba.

—¿Qué me ofrecen?

—Seis dólares por botella, pero no sé si es un precio razonable. Necesito que me lo digas tú.

Griff se encaró conmigo.

—¿Por cuántas?

Mierda. Debería haberlo sabido.

—No me lo han dicho.

Se quedó callado un momento.

—Mira, siete dólares es un precio conveniente para mí, pero podría bajarlo a seis si no queda más remedio. El asunto de la cantidad es un poco complicado. Solo puedo entregarte mil botellas de la cosecha del año pasado; no son muchas, pero empezaré a enviar las de esta en... —Miró las vigas del techo—. En diciembre. Tendrás todo lo disponible antes de Año Nuevo. Tendría que instalar dos tanques más, pero si lo hiciera podría producir hasta seis mil botellas para ti. Doscientas cincuenta cajas.

—Pero ¿quieres hacerlo? —Poner más tanques no era moco de pavo.

—Por supuesto que lo haré. —Me miró con esos ojos serios que me quitaban el aliento—. Un pedido de BPG me haría avanzar un buen trecho en la dirección en la que quiero ir. ¿De verdad van a hacerme ese pedido?

Se lo harían, pero no quería decirle nada hasta que mi jefe me hubiera dado su palabra.

—Voy a llamarlos. —Le di la espalda y corrí hacia la puerta.

—¡Espera! —me llamó—. ¿No te quedas a almorzar?

Me sorprendió tanto su ofrecimiento que me volví para comprobar si lo decía en serio. Costaba saberlo, porque tenía una expresión tan cauta como siempre. Disfruté otro poco de lo bueno que estaba, con aquella mano tan grande en el tanque de sidra y el pecho desnudo. Luego le di una excusa y me marché a toda prisa.

Cuando volví a mi habitación del motel, antes de coger el teléfono para negociar con mis jefes, me hice una pregunta: ¿QHMMM? ¿Qué haría mi malvada madre?

Ella y yo nunca nos habíamos llevado bien, pero la tía sabía cómo manejar un trato difícil. No vivías veinte años en su casa sin aprender una o dos cosas.

—Siete dólares por botella —le dije a Burton Jr. por teléfono—. La probó el mes pasado. A sus sumilleres les va a encantar y puede venderla a veinticuatro dólares, porque tiene mucha historia. La misma familia de Vermont lleva cuatro generaciones fabricando esta sidra en pequeñas cantidades. —Estaba bastante segura de que era cierto—. Debería ver la plantación en la cima de la colina. Veinte mil manzanos, y no solo de las variedades más corrientes, de variedades tradicionales, y tienen unos barriles de fermentación de madera muy bonitos...

—Mmm.

—Obtendrá un buen margen de beneficio y seguirá siendo más barata para el cliente que una botella de vino. Todo el mundo sale ganando.

—Bien...

Contuve la respiración en el silencio. Era mi tercera llamada a BPG. Llevaba toda la tarde trabajándome al tipo. «Vamos, Burton.»

—¿Nos hará una etiqueta especial con nuestro nombre?

Cerré los ojos y traté de adivinar qué diría Griff sobre eso. No le importaría, ¿verdad?

—Creo que sí, pero tendrá que darle usted la aprobación final para que todo el mundo quede contento con el etiquetado.

—Correcto —dijo sin comprometerse—. Bien, si consigues que baje el precio a seis setenta y cinco, me quedaré con las seis mil botellas.

Conseguí, no sé cómo, que no se me notara la emoción.

—Estoy bastante segura de poder conseguirlo —dije sin apresurarme—. Le llamaré un poco más tarde para confirmárselo.

—Mantenme al corriente —dijo y colgó.

En cuanto la llamada se cortó, solté un chillido. Agarré el bolso y salí corriendo, alejándome de mi pequeña cabaña de porquería. A cincuenta metros, las cortinas de encaje de la casita de la propietaria se movieron. Griff lo había dicho en serio, la anciana estaba al tanto de todo lo que se movía.

Conduje los tres kilómetros que me separaban de La Cabra Montés y me senté en la barra.

—Hola —dijo Zara—. ¿Cómo van las cosas?

—¡Tráeme la mejor ensalada griega de toda la comarca! —exclamé—. Ha sido un día estupendo.

Sonrió y el diamante que llevaba en la nariz se movió.

—¿La quieres con pollo?

—Sí. Estoy disfrutando. Otro día sin que me peguen un tiro es un día bueno.

Me encantaría tomarme una cerveza, también. Una... —eché un vistazo a las de barril—, una Switchback. Donde fueres...

—Marchando.

Me bebí media cerveza antes de llamar al jefe.

—Hola —le dije—. Ha bajado el precio a seis setenta y cinco.

—¡Buen trabajo, Audrey! Tomo buena nota.

—Eh..., al fabricante le gustaría tener algo por escrito —agregué. Tales cosas no me correspondían dada mi categoría en la empresa, pero estaba bastante segura de que prometerle a alguien cuarenta mil dólares en sidra no era como un apretón de manos por unos cuantos palés de coles.

—De acuerdo. Se lo comunicaré al departamento de contratación.

—Estupendo. Tengo que dejarle. Gracias. —Corté la comunicación cuando Zara me plantó la ensalada delante. Antes de comérmela, sin embargo, hice otra llamada.

—¿Diga? —La voz que respondió en la granja de los Shipley era demasiado alegre para ser la de Griff.

—Hola. Soy Audrey Kidder. ¿Puede ponerse Griffin?

—¡Claro que sí! Eh, Griff, es Audrey.

Escuché una risita antes de que el teléfono cambiara abruptamente de manos.

—¿Princesa? —ladró Griffin—. ¿Qué hay?

—Seis mil botellas a seis dólares con setenta y cinco cada una —dije.

—Repítemelo —dijo despacio.

Le hablé más directamente al teléfono, aunque no había mucho ruido ambiental.

—Seis dólares con setenta y cinco centavos, seis mil veces. Eso son cuarenta de los grandes, chicarrón; no soy tan mala en matemáticas, diga lo que diga mi madre.

—Eso me había parecido entender. ¡Mierda! Vale.

«Mmm.» Su reacción no fue exactamente como la había imaginado. Su indiferencia me confundía, así que decidí terminar la llamada.

—Mejor te dejo. Acaban de servirme una ensalada griega.

—¿En La Cabra?

—¿Dónde si no?

Se rio.

—Un punto a tu favor. Bueno, come. Necesitarás fuerzas.

Cortó la llamada antes de que pudiera preguntarle para qué.

Para lo que fuera.

Me comí la ensalada y dosifiqué la cerveza. Cuando solo me quedaba un dedo, me planteé pedir una segunda, pero una chica debe celebrar las cosas modestamente si quiere llegar a tener su propio apartamento.

Acababa de apurar las últimas gotas de *ale* cuando noté un corpachón cerniéndose sobre mí. Alcé la vista y me topé con la mirada penetrante de Griff.

—Hola —le dije con la voz estrangulada.

No dijo nada. Se limitó a sacar un billete de veinte dólares de la cartera para dejarlo en la barra. Luego me agarró de la mano y me hizo bajar del taburete.

—¿Adónde vamos?

—A celebrarlo —dijo guiándome por delante del resto de la gente que había en el local aquella noche.

—¿A celebrarlo? —repetí mientras salíamos al aire fresco.

—Joder, sí. —Me empujó contra los tablones de la fachada y me agarró la nuca—. ¿Estás de humor para celebrarlo?

Las partes femeninas se me contrajeron, pero a pesar de todo intenté tomármelo con calma.

De repente, sonrió.

—Tienes dos opciones: podemos ir en coche hasta Whippi Dip a tomarnos un helado. ¿De qué sabor lo prefieres? Apuesto a que no eres de esas a las que les gusta la vainilla. —Me acarició el pómulo con el pulgar calloso.

—Mmm... ¿Qué me has preguntado?

Separó los labios carnosos sonriendo.

—Pero si no te apetece un helado, el plan B es llevarte en coche al motel, donde haré el amor contigo hasta que grites mi nombre. Tú escoges.

No hubo modo de ocultar el estremecimiento que me recorrió el cuerpo entero.

—¿Son helados ecológicos y han sido bendecidos por vírgenes a la luz de la luna llena?

—No lo creo. —Se le marcaron las patas de gallo cuando me sonrió.

—Pues supongo que me quedo con la opción número dos.

Fue tan rápido en besarme que no lo vi venir. De repente me encontré con las manos sujetas a la pared y la boca de Griff buscando la mía con avidez.

Al cuerno las apariencias. La abrí para él inmediatamente. Empujó la lengua sobre la mía y gimió.

Me estremecí de pies a cabeza.

Griffin

El sabor de Audrey Kidder me hacía perder la cabeza siempre.

Comiéndome su boca delante de La Cabra Montés dejé de intentar luchar contra ello.

No sabía por qué me ablandaba tanto aquella pequeña luchadora, tal vez nunca lo averiguara; lo único que sabía era que me alteraba como nadie. La deseaba de todas las formas en que un hombre podía desearla. La quería en mi cama, debajo de mí. La quería contra esa pared.

Incluso la quería sentada a mi lado de camino hacia el mercado rebatiendo con descaro todo lo que yo dijera. Y la quería pasando el rato en la cocina, poniendo cerezas en la salsa barbacoa y charlando con mis hermanas.

Joder, lo tenía crudo.

Sujetaba con las manos sus dulces curvas y ya estaba borracho de su sabor, y la tenía tan dura como los troncos de mi montón de leña. Solo el barrido de los faros al entrar un automóvil en el aparcamiento me devolvió a medias la consciencia. Con un esfuerzo hercúleo, rompí nuestro beso y retrocedí medio paso.

Audrey parpadeó, tan aturdida como yo.

—Las llaves, princesa —le pedí.

—¿Qué?

—Tus llaves. —Extendí la mano—. Las del coche de alquiler.

Hurgó en el bolso y me las entregó. Apuntando hacia el aparcamiento, apreté el botón. Las luces de un último modelo Rav4 destellaron cobrando vida. Al menos esa vez le habían dado un coche con tracción a las cuatro ruedas; no se quedaría tirada en una zanja. La llevé de la mano hasta la puerta del copiloto y se la abrí antes de ponerme al volante y echar el asiento un palmo hacia atrás.

Habíamos recorrido la mitad del trayecto de cuatro minutos hasta el motel cuando hablé.

—Conduces mi coche —dijo.

—Sí. Si no, la señora Beasley le contaría a todo el mundo que he pasado la noche en tu habitación.

Ya llegábamos, así que llevé el coche hacia la plaza de aparcamiento que peor se veía desde la casa principal. Luego le desabroché el cinturón a Audrey, porque seguía aturdida.

Cuando le abrí la portezuela, sin embargo, alzó los ojos hacia mí y leí en ellos su ansia. Se bajó, me quitó las llaves de las manos y usó una para abrir la puerta de su diminuta cabaña.

Empecé a desvestirla en cuanto la cerró. Le quité la blusa y la tiré encima de la cómoda. Ella llevó la mano a mi bragueta y me bajó la cremallera. Luego volvimos a besarnos, nos desnudamos, nos libramos a patadas de la ropa y chocamos contra la cama. Tiré hacia abajo del edredón. Lo último que hice antes de acostarme fue sacar la tira de condones del bolsillo donde los había metido para ir a buscarla a La Cabra.

Rasgué el envoltorio de uno y se lo di. Luego me la puse desnuda encima hasta que se colocó a horcajadas sobre mis muslos. Le acaricié las suaves curvas con ambas manos hasta que ronroneó. Notaba su piel sedosa en contacto con mis manos encallecidas por el trabajo. De haberla conocido menos, habría pensado que era demasiado inmaculada para querer mis manos

rudas sobre su cuerpo, pero ya sabía que, con Audrey, no todo era siempre lo que parecía. Detrás de la fachada de inocencia latía el corazón de una auténtica pecadora.

Si en este mundo había una combinación más atractiva, yo la desconocía.

Estaba abriendo el envoltorio todavía cuando sostuve sus pechos y le acaricié suavemente los pezones con los pulgares. Echó atrás la cabeza jadeando y se estremeció de deseo bajo mis caricias.

—Haz tu trabajo, nena —la incité—. No me tendrás hasta que lo hayas hecho.

Audrey se pegó a mis muslos y suspiró. Luego me sujetó el miembro con manos temblorosas.

—Eso es —la animé—. Ahora voy a asegurarme de que estás lista para mí. —Pasé una mano por su vientre hasta hundirle el pulgar entre las piernas. Ambos gemimos cuando entré en contacto con su humedad y su calor—. ¡Oh, sí! —susurré. Con nosotros todo iba siempre muy rápido. Por una vez me pareció que podía bajar un poco el ritmo—. Ven aquí, princesa. —La sujeté por las caderas y me la senté en el pecho—. A los granjeros nos gusta ensuciarnos.

Abrió la boca rosada al gemir.

—Está bien. Acércate del todo. —Tiré de su culo perfecto. El perfume almizclado de su deseo me golpeó, así que la convencí para que subiera por mi cuerpo hasta poder alcanzar lo que yo quería con la lengua—. Mmm —gruñí cuando lamí su centro por primera vez.

—¡Oh, Griff! —gimió ella por encima de mí—. ¡Oh, Dios! —Balanceó las caderas con movimientos cortos cuando empecé a explorarla con la lengua. Tenía los muslos tensos a ambos lados de mi cuerpo mientras se esforzaba por mantenerse erguida.

Le hice cosquillas con la barba y rio entre dientes.

—Aquí, nena —le dije apartándole las manos del cabecero y llevándoselas a los pechos—. Tócatelas por mí.

Abrió unos ojos como platos, pero obedeció. Se los acarició y se pellizcó los pezones.

Joder, era lo más excitante que había visto en la vida. Le agarré las nalgas y me la llevé de nuevo a la boca. Los dos gemíamos. Prácticamente estaba sumergiéndome en una chica dispuesta y cachonda. «Eso es —la animé mentalmente, porque me resultaba imposible decirlo—. Cabalga mi lengua.»

—Ah. Ah. Ahh —gimió entrecortadamente sin dejar de moverse. Los sonidos que hacía eran casi insoportables. Mi pobre e ignorada polla sufría por la falta de atención—. Oh, Griff... —Se derrumbó en mi boca; más caliente imposible.

Estaba a punto de llegar, pero yo todavía no estaba dispuesto a permitirselo. La sujeté por las caderas y la empujé hacia atrás.

—Arriba, princesa.

Audrey se puso de rodillas. Me coloqué debajo de ella y tiré hacia abajo para empalarla. Soltó un grito de sorpresa y de placer; luego trató de cabalgarme, pero la mantuve pegada a mis caderas con firmeza.

—Por favor —me rogó.

«Dios.» Estaba tan excitada y tan tensa que me hizo falta un minuto para calmarla. Forcejeaba conmigo, pero yo no cedía.

—¿Con quién ha sido tu mejor polvo? —le dije, con la voz ronca.

Agachó la cabeza y la melena sedosa le cubrió los pechos perfectos.

—Con... contigo. Ni punto de comparación.

—Ah. —Le apreté las caderas—. Buena respuesta, nena. Tengo ganas de darte un premio. —La solté—. Adelante. Toma lo que deseas.

Con un suspiro de agradecimiento, me cabalgó con embestidas cortas y decididas. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos cargados de deseo. Y yo

que pensaba que las mejores vistas de Vermont eran las laderas de las montañas... Aquello era lo más sexy que jamás había visto. Los pechos le bailaban al compás de los sonidos de excitación que emitía; sin embargo, faltaba algo. Tiré de sus hombros hasta acostarla sobre mí y la besé con codicia.

Me agarró del pelo y gimió en mi boca.

«Qué delicia.»

¡Al diablo la semana estresante! Tenía todo cuanto un hombre podía desear en ese momento. Sabía que Audrey no era mía, vivía a horas de distancia y se habría ido antes de que terminara el mes. Durante aquel breve instante, sin embargo, todo era perfecto.

La abracé y nos dimos la vuelta. Aterrizó en la almohada con la melena esparcida como la de un ángel, los ojos muy abiertos, mirándome como si yo fuera la octava maravilla del mundo. Su dulce expresión fue lo que me hizo perder el control. El deseo me recorrió la columna vertebral y balanceé las caderas hacia delante mientras ella trataba de besarme. La tensión era insoportable.

—Vamos, princesa —le supliqué agarrándole un muslo y tirando de él hacia mí. La siguiente embestida me llevó al séptimo cielo—. ¡Oh, joder! —gemí. Me sumergí en su boca tragándome su gemido de respuesta y noté sus entrañas apretándose.

Terminé en un abrir y cerrar de ojos.

Gruñendo como una bestia, me vertí en ella como había querido hacer cada maldito minuto desde su último viaje a Vermont.

Debajo de mí, Audrey se estremeció. Empujé una vez más, despacio, solo por ella, y su gemido fue como un líquido que fluyó por mi alma y se filtró en los huecos que ni siquiera sabía que tenía.

Por fin me relajé. Me puse de lado tirando de ella. Con un suspiro de

satisfacción, hundió la cara en mi cuello y ambos tratamos de recuperar el aliento.

—Ha sido... —susurró—. Nosotros dos... Uf.

«Exactamente lo mismo que yo pensaba.»

Se recompuso y terminó la frase.

—Prefiero mil veces esto a un helado.

Me dio un ataque de risa y tuve que abrazarme a ella con fuerza para que no se apartara.

—No sé por qué, princesa —admití cuando finalmente dejé de reír—, pero me vuelves loco.

—Me gustas loco —susurró.

—Mmm. —Peinándole con los dedos la sedosa melena, tuve la descabellada y poco práctica idea de que podríamos estar juntos para siempre. Audrey era divertida, me hacía olvidar lo estresante que era mi vida.

—Y desde luego me gusta tu manera de celebrar las cosas —ronroneó acariciándome la barba con sus delicados dedos.

Volví la cabeza, se los atrapé con los labios y les di un mordisco antes de soltárselos.

—Esperaba que estuvieras contento con el precio que te he conseguido —susurró.

Cierto. La sidra. Tenía gracia, pero la celebración había sido tan emocionante al menos como la noticia que estábamos celebrando. Seguramente más.

—Es un precio justo, nena. —Le di un beso rápido—. Y el pedido es grande, así que puedo invertir en tanques de gran tamaño. Mi familia no estará tan asustada por los cambios que estoy haciendo si tenemos un pedido de sidra por valor de cuarenta mil dólares.

—Ajá. —Audrey me acarició la clavícula con los labios y luego me

besuqueó el pecho.

—Voy a encargar los tanques mañana para poder llenarlos el mes que viene.

Era como si ya los viera en mi lagar burbujeando, fermentando el progreso del que estaban hechos los sueños.

Audrey expresó su conformidad con un gruñidito y luego me cubrió de besos el cuello. Me olvidé de los tanques de sidra por segunda vez aquella noche.

Audrey

Griffin estaba tan quieto que creí que se había dormido, como todos los hombres.

Poco después, sin embargo, suspiró y fue al baño. Oí correr el agua. Cuando salió, al cabo de unos minutos, esperaba que se pusiera los pantalones y se marchara, pero no lo hizo.

Se acostó otra vez y nos tapó a ambos con las mantas.

—Esto es un cuchitril. —Rio entre dientes—. Por lo visto, la señora Beasley hizo la última reforma en los años setenta.

—Bueno, es... rústico —dije—. La habitación que alquilo en Boston es menos alegre. —Me acordé de mi compañero pastelero y fumeta y de todos los platos sucios que seguramente habrían ido amontonándose en el fregadero durante mi ausencia. Si no me hubiera tenido cerca para reprochárselo con la mirada, habría vivido como un cerdo.

Griff expresó su desagrado. Luego me puso encima de él.

—No me parece bien que tu madre no te ayude a salir adelante.

Lo miré.

—Salgo adelante. No llevo una vida glamurosa, pero nadie me mantiene. —Mierda. Lo había dicho con demasiado énfasis, pero era un tema espinoso para mí. Nadie podía decir que no tirara de mi propio carro.

Me sonrió. Luego me pasó el pulgar por la nariz con tanta ternura que

parpadeé sorprendida.

—Puede que me haya expresado mal, pero mi única razón para querer dinero es para dárselo a mi familia. Por eso trabajo tanto.

Apoyé la cabeza en su enorme hombro, para pensar.

—Esa no es la única razón —argumenté—. Te gusta lo que haces; de lo contrario, no le darías discursos a nadie sobre las manzanas para sidra y el control consolidado de plagas.

—Control integrado de plagas.

Le pellizqué el culo.

Me pellizcó una teta.

—¡Ay!

—Has empezado tú —se burló acariciándome donde acababa de pellizcarme.

Griff Shipley era sorprendentemente mimoso después del sexo. Me estrujé el cerebro para tratar de recordar lo que había ocurrido cinco años antes en Boston después de tener relaciones sexuales. También habíamos dormido juntos, supuse, pero en ese momento probablemente había creído que era porque no quería levantarse para acompañarme a casa...

—Tienes razón —dijo.

—¿Qué? —Había dejado vagar mi mente.

—Me gusta lo que hago, pero es que no estoy seguro de haber tenido elección.

—Ah. —Me había dicho el primer día, cuando el coche se me quedó en la zanja, que su padre había muerto—. ¿No tenías intención de llevar la granja?

Se quedó callado un momento.

—No lo había decidido. El fútbol era importante para mí, todavía creía que podría formar parte de una alineación.

—Habrías podido —dije un poco precipitadamente. Me encantaba el fútbol

y en la Universidad de Boston iba a todos los partidos que jugábamos en casa. Cada vez que Griff Shipley salía al campo con sus pantalones ajustados, los ojos se me iban a su precioso culo. No es que estuviera a punto de admitir que le había prestado excesiva atención ya antes de habernos enrollado.

De hecho, había hecho una cosa bastante fea: en la fiesta de la fraternidad, en el momento en que se presentó, le hice repetir el nombre.

—¿De qué te ríes? —me preguntó cuando sonreí pegada a su hombro.

—De nada. —Carraspeé—. Es posible que no quieras ser granjero para siempre; eres joven, algún día tendrás otras oportunidades.

—Seguiré aquí al menos hasta que Daphne y Dylan estén preparados. Además, la mayor parte del tiempo soy feliz —dijo en un susurro—. Me gusta el trabajo; lo que no me gusta es la presión. Siempre estamos a una mala cosecha de la bancarrota, ¿sabes?

—Los futbolistas están siempre a un mal partido de una lesión —dije.

—Cierto.

Me acarició el pelo y empecé a dejarme llevar por la dulzura del momento. Mis pensamientos se volvieron brumosos mientras paseaba las manos por mi cuello y mi espalda. Dejó una en mi trasero y se apretó contra mí. Me espabilé por completo cuando me di cuenta de que tenía una polla muy dura apoyada en el vientre.

—¿Otra vez? —murmuré.

—Esa suerte tienes, sí —susurró.

—Pobrecito, no tienes autoestima.

Se rio y me agarró los pechos. Su boca sonriente cubrió la mía y nos besamos otra vez. Me raspaba con la barba.

Me encantaba.

Al cabo de un rato me puso bocabajo. Oí que rasgaba un envoltorio de condón. Me separó las piernas con sus grandes manos y buscó mi entrepierna.

Hundí la cara en la almohada para ahogar un jadeo. Me manejaba de un modo a la vez sucio y maravilloso. Cada vez que me tocaba era una orden, como si mi presencia en el mundo fuera solo para complacerlo. A juzgar por la forma en que mi cuerpo respondía, quizá lo fuera.

Tal vez debía aceptarlo y cambiarme el nombre; en lugar de Audrey sería Pícara. Tendría que encargar tarjetas de visita nuevas, pero...

—¡Oh, joder, ahhh...! —mascullé cuando me penetró.

—Esta es mi chica. —Rio entre dientes, pegado a mi oreja—. Quiere mi polla siempre que se la doy.

«Culpable.» Apreté los párpados intentando memorizar lo que estaba sintiendo; su cuerpo robusto abrazado a mí, atrapada entre sus fuertes brazos, con las robustas piernas de él manteniendo apretadas las mías. Me tenía completamente inmovilizada y me depositaba besos húmedos en el cuello chupándome la piel con delicadeza.

Gemí intentando alzar las caderas, pero apenas pude desplazar su corpachón.

—¿Adónde vas? —me susurró.

—¡Sigue!

Soltó una risita y les imprimió a sus caderas el ritmo más lento de la historia del sexo.

Gemí con la cara hundida en la almohada.

—Vale, nena —dijo en voz baja besándome el cuello—. Está bien. —Aumentó el ritmo y casi lloré de gratitud.

Mientras Griff me susurraba dulces guarradas al oído, me corrí. Se me fundieron las ideas como una barra de mantequilla. Dejé de pensar tanto; que hiciera conmigo lo que quisiera.

Varias horas después, abrí los ojos a una soleada mañana.

Supe de inmediato que Griff se había ido. La cama estaba demasiado fría, para empezar. El cuerpo de aquel hombre era como un horno. Además, había demasiado silencio. Me invadió la decepción, a pesar de que sabía que él y yo no teníamos una relación de acurrucarse-y-salir-a-desayunar-juntos.

No teníamos ninguna relación.

Entonces, la soledad cuajó en mí, densa como una piedra.

Siempre me pasaba lo mismo; por eso no tenía muchas aventuras de una sola noche. No era que el sexo me cohibiera, no estaba avergonzada; era simplemente que si algo era bueno, quería más, como pasa con una buena salsa de mantequilla negra o con los caramelos salados.

Probablemente lo mejor había sido que Griff se hubiera largado aquella mañana. Lo habría puesto de los nervios sugiriéndole que quedáramos otra vez esa noche, y yo no estaba en Vermont por Griffin Shipley, sino por mí.

En el diminuto baño, la ducha me devolvió a la vida. Me situé debajo del chorro, que era caliente y constante, así que al menos tenía eso a mi favor. Ese día necesitaba encontrar a alguien que me vendiera patatas alargadas y miel (por separado, porque juntas, puaj). Mi trabajo no estaba tan mal. Podría haber estado cavando zanjas o haber sido lavaplatos en un restaurante barato.

Aunque, si jodía otro trabajo para BPG, lo de ser lavaplatos era una posibilidad.

Antes que nada, necesitaba un café.

Una vez duchada y arreglada, recogí mis notas sobre las granjas y el móvil. Con las llaves en la mano, abrí la puerta de mi pequeña cabaña individual y a punto estuve de pisar la nota que me habían dejado en el umbral.

Princesa:

Ojalá pudiéramos desayunar juntos, pero me voy a ordeñar cincuenta vacas. Anoche

Llamaste al teléfono fijo de casa, así que no tengo tu número. Te dejo el mío: 802 228 4331.

A. G. S.

¡Vaya!

«De acuerdo, Audrey —me dije—. No vas a dejarte cautivar por esta nota. No. Sería una mala idea.»

Dejarle a una chica una nota después de dos rondas de relaciones sexuales tampoco era tan romántico. No significaba nada. Griff Shipley quería mantener de buen humor a su nueva amiga con derecho a roce, nada más. Seguramente le había dejado cincuenta notas a Zara cuando salían juntos, ¿o no?

Justo.

¿Y qué diferencia habría, en cualquier caso? Griff estaba atado a su granja y sus vacas, y yo iba a levantar un imperio gastronómico en Boston en cualquier momento. Era una relación sin futuro. Mejor dicho: era un festival de sexo sin futuro.

Pero qué lástima.

Subí a mi coche de alquiler y conduje tres kilómetros hasta La Cabra Montés; si hubiera sido más inteligente, ya habría sabido si estaba abierto para el desayuno.

Había un coche que no reconocí en el aparcamiento. Así que paré.

Ahora que lo pensaba, ¿no había dejado Griff su camioneta allí la noche anterior? Había dicho que a propósito, para que la señora Beasley no chismorreara.

¡Ay! Lo que no quería era que todos sus vecinos estuvieran al corriente de nuestro folleto, probablemente porque no quería que su familia se enterara.

Si bien lo que tenía con Griff era lujuria, ya me había enamorado de su familia; de haber podido, me habría mudado directamente a su cocina. Quería

ser una de las afortunadas Shipley que llamaban a Ruth «mamá» y que ponían esa gran mesa de roble para doce cada noche, jugar al *frisbee* con Dylan y hacerle trenzas a Daphne.

Esa es la fantasía inconfesable que los hijos únicos tienen de vez en cuando. A lo largo de los años me había apropiado de docenas de familias de mis amigos y me había incorporado mentalmente a su feliz caos.

Por otro lado, si hubiera sido una Shipley, Griff habría sido mi hermano. Uf. Mal plan.

Un golpe en la ventanilla del coche me sacó de mi ensoñación. Me volví rápidamente y me encontré con la cara inquisitiva de Zara.

Vaya por Dios.

Abrí la puerta y salí del coche.

—Hola. Perdona. ¿Abrís por las mañanas para..., bueno, ya sabes, tomar un café?

Zara negó despacio con la cabeza.

—Lo pensé. Por la mañana recibimos los pedidos, así que normalmente hay alguien aquí, pero no. Eso no ha formado parte nunca del plan de negocio.

Desvié la mirada hacia el edificio de madera.

—¿El local es tuyo?

—No, yo dirijo el negocio. —Luego añadió con la boca tensa—: Pero una mujer puede llevar un bar, ¿sabes? No hace falta pene para todo.

—Perdón —me apresuré a decir—. Estoy... digamos que familiarizada con el problema.

Enarcó la ceja del pendiente.

—¿El problema de los penes?

—Sí. No... —«Dios.» ¿De qué pene estábamos hablando? El rubor me subió por el cuello—. Sé que, eh, que se puede llevar un bar con la vagina. Bueno, no con la vagina, sino... —Tosí.

Zara me sobresaltó con su risa.

—Sí que necesitas un café, ¿verdad?

—Sí.

Indicó con la barbilla el restaurante cerrado.

—Vamos, acabo de hacer una cafetera para esperar la entrega del pan.

Galopé tras ella como un poni feliz. Café gratis; eso me sacaría del bajón de soledad.

Zara se detuvo a vaciar a un lado del edificio dos contenedores llenos de botellas de cerveza; seguramente era el día del reciclaje. Luego abrió la puerta de una patada y cruzó el comedor hacia la cafetera de detrás de la barra. Sirvió dos tazas de café y sacó un cuarto de litro de leche que tenía debajo de la barra, fuera del alcance de los clientes.

—Siéntate aquí —me dijo.

Me subí al mismo taburete que había ocupado la noche anterior y vertí un poco de leche en mi taza antes de beber un buen trago de café.

—Ah —suspiré—. Gracias.

Ella me miró por encima del borde de su taza.

—Hablando de penes... —dijo.

«¡Ay, no!»

—El camión de Griff ha estado toda la noche aparcado aquí.

Tendría que haberme oído que el café iría acompañado de un interrogatorio, aunque seguramente merecía la pena. Decidí hacerme la tonta.

—¿Ah, sí?

Puso los ojos en blanco.

—Simplemente, no te enamores de él, ¿vale?

Estoy segura de que no fui capaz de disimular la crispación.

—Nosotros... Bueno, solíamos enrollarnos en la universidad; nada serio.

—Ah —dijo despacio—. Entonces sabes de qué va la cosa.

—Sí. —Lo sabía, de hecho. Aquel hombre era como un mal hábito: atractivo, costaba resistirse a él.

—Le encantan sus manzanos y su familia, y tiene un montón de manzanos y una familia muy numerosa, así que es como si agotaran toda su disponibilidad emocional. La mitad del condado bebe los vientos por Griff Shipley.

—Apuesto a que sí.

Zara cogió la taza con ambas manos y suspiró.

—Tampoco es que por aquí abunden los solteros; todos los que valían la pena se marcharon allí donde consiguieron un trabajo mejor.

—Pero tú no.

Negó con la cabeza.

—Me gusta esto, pero es solitario.

—Puedes estar sola en cualquier parte —le dije—. Créeme. — Probablemente estaba sincerándome demasiado, pero qué demonios, todavía no me había tomado una taza entera de café.

Zara me midió con los ojos.

—Eres algún tipo de chef elegante, ¿verdad?

Resoplé.

—Solo en sueños, aunque algún día lo seré. —Solía decir eso, pero también me lo creía, porque al final ganan los buenos y el karma existe.

—¿Qué te trae por Vermont?

Zara estaba interrogándome, pero me daba igual, porque el café era fuerte y aromático.

—Los negocios. Trabajo para una gran empresa de restauración que necesita aumentar su apuesta «de la granja a la mesa». Mi trabajo es llenar de productos su carta.

—Vaya. Mis tíos tienen una plantación de perales y las peras tienen muy buena pinta este año.

—Las peras no están en mi lista, pero apuesto a que mis jefes querrán algunas.

Zara sonrió.

—Te escribiré sus señas y los llamaré para decirles que hablen contigo.

—¡Vaya! —apuré el café—. Estupendo. Gracias.

—De nada —repuso frunciendo el ceño. Por lo visto a Zara le resultaban incómodas las muestras de afecto o de entusiasmo.

Todavía no la entendía.

Anotó la dirección en una servilleta de cóctel y me la dio.

La metí en el bolso.

—Si por las mañanas estás aquí, deberías servir café.

—Ya lo he pensado. —Eché un vistazo a su alrededor, como si se imaginara el local lleno de fanáticos de la cafeína—. Para eso haría falta añadir horas, venir más temprano; no abres y te pones a servir café sin más. También necesitaría pastas...

—Buena idea. —¡Mierda! Me habían entrado ganas de comerme una pasta. Dejé la taza en la barra—. Será mejor que me vaya. Gracias por tu ayuda.

Se despidió con un gesto y retiró mi taza.

—Hasta luego.

Salí y me subí al coche de alquiler; era hora de echarles un buen vistazo a unas peras y de encontrar algo para desayunar.

Griffin

La mañana que me desperté al lado de Audrey fue buena. A pesar de tener que correr tres kilómetros hasta la furgoneta al amanecer y aguantar las sonrisitas en el establo de ordeño, era feliz.

Y lo era no solo por el sexo; para variar, todo parecía ir bien. Cuando le conté a mi madre lo del abultado pedido de BPG, se tranquilizó. A nadie le entró el pánico cuando compré un set de tres tanques de fermentación más grandes que cualquiera de los que teníamos; eso hay que decirlo, eran de segunda mano, de un tipo de Massachusetts que lo dejaba después de solo dos años.

A mí no me irían igual las cosas, ¿verdad?

Estuve tan optimista los días que siguieron que mis ayudantes empezaron a burlarse de mí.

—¿Podrías gruñirnos? Solo una vez; es raro verte siempre sonriente —se quejó Kyle.

—Ponnos a caldo —añadió Jude.

Se preocupaban sin necesidad. Cambié de humor cuando al anochecer un vendaval estropeó los manzanos de delante de la propiedad. Perdí unas veinte fanegas de fruta porque el viento partió las ramas de muchos de ellos.

—¿Qué quieres hacer con estos, jefe? —me preguntó Zachariah enseñándome la fruta todavía verde que se había puesto a recoger del suelo—.

Lo más probable es que no maduren aunque lo intentemos con carburo de calcio.

—¡No me hables de probabilidades! —bromeé ganándome una sonrisa de Zach. Le quité la manzana y la mordí. Me costó, por supuesto, pero, peor aún, los almidones no se habían convertido en azúcares todavía. Mierda. Harían una sidra malísima.

—Para compost.

—Hecho —dijo, útil como siempre.

Mi estado de ánimo continuó cayendo en picado a medida que pasaba la semana. Era la época más estresante del año, cuando tenía una gran cantidad de fruta en los árboles, pero aún no podía cosecharla. Todo ese potencial era vulnerable a los caprichos de la madre naturaleza.

Pero lo que me mataba era que Audrey no me había llamado. No sabía lo que esperaba de ella, en realidad; lo único que sabía era que quería volver a verla. Solo iba a estar unos cuantos días en Vermont, ¿por qué demonios no querría pasarlos conmigo?

Al final hice lo que debería haber hecho antes. Me subí a la camioneta y me acerqué al motel. Ni rastro del coche alquilado de Audrey y su cabaña estaba a oscuras.

A lo mejor ya había regresado a Boston sin molestarse en decírmelo. Pasé la noche solo releyendo un par de capítulos de *El señor de los anillos*, porque Zach acababa de leerlo por primera vez y había estado charlando sobre el libro con él. A uno le costaba sentirse solo recorriendo la Tierra Media.

Me fui a dormir a las nueve; si no podía tener a Audrey, al menos tendría ocho horas de sueño antes de levantarme a las cinco. Al día siguiente, pasé horas leyendo y releyendo la última tanda de documentos de certificación ecológica. De mi trabajo, detestaba todo lo que tuviera que hacer en un escritorio. ¿Para qué eras granjero si estabas atrapado en el interior?

Cuando al final salí a la calle para revisar el trabajo del día, Zach me dio un codazo. Un Rav4 se aproximaba por el camino de entrada.

—¡Oooh, es la noooooovia de Griff! —canturreó Kyle.

—¿Novia? —gruñí para ocultar mi emoción.

Después de aparcar, sacó las piernas interminables por el lado del conductor y cerró la puerta. Me la comí con los ojos; Audrey era demasiado hermosa, como las mariposas que veía todos los días revoloteando en el prado, cuyo aspecto era más impresionante que el de los otros insectos polinizadores. Era injusto para las abejas, que hacían el mismo trabajo.

—Hola —la saludé acercándome al coche.

Eché hacia atrás la cabeza para mirarme a la cara, evaluándome.

—Hola.

—Creía que sabría de ti antes —le dije con intención.

Entrecerró los párpados.

—El departamento de contratos todavía no me ha mandado ningún documento para ti.

La miré fijamente.

—Ah, bueno. Entonces supongo que no tenías ningún motivo para venir. ¿En qué estaría yo pensando?

Parpadeó, agachó la cabeza y se volvió para saludar a Zach, que ya corría hacia el establo para ir a buscar a mi hermano pequeño. Luego volvió a mirarme y frunció el ceño.

—¿Pasa algo? ¿Qué he hecho?

—Nada —me apresuré a responderle—. En cualquier caso, ¿qué podía esperar? ¿En qué puedo ayudarte?

Su expresión se volvió tímida.

—He venido a rogarte que me vendas manzanas.

Había otras cosas por las que deseaba que me suplicara, pero al parecer era

un tema tabú.

—Déjame adivinar; el precio no es bueno.

—Bueno, es el doble de lo que te ofrecían antes, dos dólares el medio kilo, pero quieren algo interesante, una variedad tradicional con la que los chefs de repostería puedan elaborar un postre de escándalo.

—En pocas palabras, quieren lo mejor que tengo a un precio tirado.

—Sí. —Suspiró—. Pero ¿no podrías venderme una cantidad pequeña? He tenido que ir juntando de aquí y de allá, así que unas cuantas fanegas me vendrían muy bien.

—Claro que puedo. —No pude resistirme a apartarle un mechón de pelo de la cara.

Se le iluminó la mirada.

—¿De verdad? ¿Y tienes alguna variedad buena y poco conocida para venderme?

—Sí. —Pensé un momento antes de responderle—: Tengo manzanos blue pearmain.

—¿Dan manzanas azules? —Estaba completamente cautivada.

—Azuladas. Azules, para ser manzanas. Henry David Thoreau escribió sobre ellas; era la variedad que más le gustaba. Ese pastelero repipi tuyo tendrá una erección y de las buenas.

—¡Y tanto! —Me apoyó ambas manos en el pecho—. ¡Es increíble! ¡Muchas gracias!

Lo juro por Dios: nunca había visto a nadie tan sexy hablando de manzanas.

—De nada. —La cogí de la mano—. Ahora ven conmigo un momento, quiero que me ayudes con una cosa.

—¿En serio?

Sin soltarla, fui hacia el lagar. Iba trotando a mi lado.

—Esto es lo divertido de mi trabajo.

—¿Tu trabajo es divertido en algún momento? —me dijo con jovialidad—. Creía que era simplemente agotador. En la plantación, subiendo y bajando la colina...

—¿Bromeas? —Le apreté la mano—. Lo divertido es catar y mezclar.

—Eso sí que parece divertido. Enséñamelo.

«¡Ay, las cosas que me gustaría a mí enseñarte!»

—Vamos adentro —dije abriendo la puerta del lagar y encendiendo las luces—. Siéntate, tengo que coger un par de cosas.

Audrey

Me subí a un taburete mientras Griffin iba trasteando y colocando cosas en la barra de degustación.

Dejó encima media docena de copas de vino, varios vasos de precipitación, herramientas metálicas de medición y una libreta con el mes y el año garabateados en la tapa. Luego buscó cinco jarras de vidrio de casi cuatro litros y las puso en fila.

Ver sus músculos flexionarse mientras trabajaba era mi actividad favorita. Toda la semana había sentido un cosquilleo íntimo cada vez que recordaba nuestra última noche juntos. Estar a solas con él era la más dulce de las torturas.

Pero Griff estaba concentrado en lo suyo.

—Bienvenida a mi laboratorio —dijo abriendo la libreta y cogiendo dos de las jarras.

—Qué interesante —aseveré—. Habría prestado más atención en clase de ciencias si hubiéramos hecho degustaciones.

Me miró divertido con sus ojos castaños.

—Si tengo la carrera de química orgánica es porque sabía que podría llegar a esto.

—Caramba. —Química orgánica. Por alguna razón había creído que estudiaba Comunicación, como todos los deportistas que conocía. Pero me

había encaprichado de un hombre inteligente, demasiado inteligente para comprometerse conmigo.

Dio unos golpecitos con el lápiz en el borde de una jarra.

—Este es el objetivo: tengo que elegir dos mezclas para participar en un concurso. Tiene que ser bueno, porque las entradas cuestan trescientos dólares.

—Guau.

—Ya, sí. Pero se trata de la Sociedad Americana de Catas, lo mejor de lo mejor.

—Intimida un poco.

—Un poco, sí. Ganar sería un gran logro y muy bueno para el negocio.

—Apuesto a que sí. Yo nunca he ganado ningún premio.

Dejó de mirar las jarras que estaba ordenando sobre la mesa.

—Cuesta mucho ganar un premio culinario, ¿verdad? El de la cocina es un mundo de esnobs.

—No me refería a eso; lo que quiero decir es que no he ganado un premio en toda mi vida. ¿Celebrabais un día de juegos y competiciones deportivas en primaria? Un momento, seguramente tú ganabas en todo; debía de ser tu día preferido del año. Pero yo nunca gané una banda.

Me sonrió de un modo curioso, como se sonríe a los locos.

—El día de juegos se me daba bien, pero la mía era una escuela pequeña y yo era grandote para mi edad.

—Ah. Bien. Mi suerte continuó en el instituto. El día de entrega de distinciones a final de curso era mi pesadilla. El peor fue el del penúltimo curso. Mi madre se tomó una tarde libre, todo un acontecimiento. Se suponía que íbamos a comer sushi para celebrar el principio del fin del instituto; lo que sucedió fue que absolutamente todos los de mi clase de colegio privado obtuvieron un premio excepto yo. Mejor alumno en inglés, mejor alumno en

latín, etc. Hubo docenas de premios. Esperaba que mamá no se diera cuenta, pero cuando terminó el acto, el director les pidió a todos los que habían ganado un premio que subieran al escenario para tomar una fotografía. Fui la única de la clase que se quedó sentada en la fila de penúltimo curso. Mi madre estaba tan avergonzada que ni siquiera fuimos a comer sushi; dijo que había perdido el apetito.

Griff me observaba atentamente apretando la mandíbula. Uf. ¿Por qué aquel hombre me hacía hablar siempre por los codos como una idiota?

—Bueno, vamos a probar sidras —dije.

—Mmm. —Miró las jarras como si nunca antes las hubiera visto—. Vale. De acuerdo. Estas cinco sidras están ordenadas por grado de complejidad. —Tocó la primera de mi izquierda—. Desde la más sencilla... —indicó la última— hasta la extremadamente rara.

—Las has ordenado por grado de rareza...

—Sí. Tengo que elegir dos ganadoras y espero presentar dos que sepan muy diferente entre sí.

—Porque no sabes para cuál estarán de humor los jueces... —sugerí.

—Exacto, así que vamos a probarlas. —Cogió la segunda jarra, le quitó la cinta de caucho que sellaba el tapón, la abrió y sirvió un dedo de sidra en dos copas.

—Esta es bastante sencilla y brillante. Huélela. —Me dio la copa.

Metí dentro la nariz y aspiré un delicioso aroma afrutado y ácido.

—Mmm. Es herbosa, menos afrutada de lo que esperaba. —Antes de probarla, le expresé la duda que tenía—: ¿La saboreas y la escupes? —Era así como lo hacían los vinateros para no pasarse el día borrachos; no quería emborracharme delante de Griff.

—Escúpela si quieres —dijo—, pero no vamos a probar muchas. Yo me la beberé.

«Pues muy bien.» Tomé un sorbito de mi copa y lo saboreé como nos habían enseñado en clase de cata de vinos, para maximizar tanto el aroma como el contacto del líquido con la lengua. Guau, qué buena estaba.

—Es buena, una explosión de acidez y dulzura.

Al otro lado de la mesa, Griff estaba probándola también. Echó atrás la cabeza de cuello recio y tragó. La nuez de Adán subió y bajo; Griff era por lo menos tan apetitoso como la sidra. Luché contra las ganas de rodear la mesa y probarla por segunda vez directamente de su lengua.

Ver a un chico atractivo tomarse una buena bebida ya era de por sí bastante sexy, pero un chico atractivo capaz de fabricar una buena bebida... ¿Había algo más sexy? No. No lo había.

Griff cogió otras dos copas y abrió la jarra del extremo izquierdo.

—Compárala con esta.

—¡No tendrás que pedírmelo dos veces! —Me llevé la copa obedientemente a la nariz y olfateé—. Huele a fruta. —La probé. Volví a probarla.

—¿Qué te parece?

Bajé la copa.

—Podría seguir bebiéndola todo el día, pero no merece un primer premio. Tiene un ligero sabor cítrico y es menos sugerente.

Griffladeó la cabeza y me sonrió de un modo muy atractivo.

—Buena chica, eso es exactamente lo que pienso yo. ¿Sabes qué? Esto se te da bastante bien.

Con aquel inesperado cumplido consiguió que me pusiera como un tomate. Una estupidez, ¿verdad? No había alabado mi capacidad para la neurocirugía ni para lograr el desarme de Irán.

—Bueno —dije esperando que no se me notara lo absurdamente feliz que

me había hecho oír que hacía algo bien—. Eso eleva a dos el número de cosas que se me dan bien. —Le di vueltas al líquido en mi copa—. Cocinar y beber.

Cuando habló, lo hizo con la voz muy ronca.

—A bote pronto, se me ocurren un par de cosas más.

—¡Griff! —le advertí—. Estamos trabajando. —Pero al menos no era yo la única que seguía pensando en la noche que habíamos pasado juntos, aunque para Griff fuera únicamente un juguete sexual. Dejé la segunda copa al lado de la primera.

—Sigamos. Vamos a probar las más raras.

Abrió la tercera jarra y escanció.

—Adelante.

Aquella tenía un aroma diferente. La olí dos veces intentando definirlo.

—Especiada. ¿Cardamomo? Y miel. —La saboreé a conciencia—. Interesante. Sigo notando sabor a miel o a... guayaba, tal vez. Y un sabor almizclado que las otras no tienen. Creo que esta es una aspirante.

De nuevo lo miré pasarse la sidra por la boca. ¿Habría pornografía en internet ambientada en una sala de catas? Si no, debería haberla. Cerró los ojos mientras tragaba.

«¡Guau!»

—Mmm. —Miró fijamente la copa, como si fuera a aparecer una visión en el contenido—. Vamos a probar una cosa. —Vertió la sidra restante en un vaso medidor y la devolvió a la copa. Luego cogió la segunda jarra, midió la misma cantidad y también la añadió a la copa. Después anotó algo en la libreta.

—Tú primero.

Me ofreció la nueva mezcla y tomé un sorbo.

—¡Eh! —Tomé otro—. Es estupenda. Más suave que la tercera sola—. Le pasé la copa y la probó.

—Me gusta. Bien. Esta también pasa a la columna de posibles. —

Descorchó la cuarta jarra y me la escanció.

Olía a... viejo, como a libros antiguos en forma líquida. La probé y no se parecía a ninguna sidra que hubiera probado.

—Guau. Tiene un final bastante amargo, pero, de hecho, no me importa.

Él también la probó, mientras yo trataba de no comérmelo con los ojos.

—Sí. Para mí, esto es auténtica sidra. Aquí está el verdadero negocio. Aunque todavía podría mezclarla un par de veces. Ahora probemos una para valientes. —Abrió la última jarra y escanció su contenido—. Esta te hará cantar *Funky Town*.

—¡Ostras! —dije después de resoplar. Era fuerte, pero el sabor, rico y almizclado, era terriblemente sensual. Era... Volví a olerla. Tan sensual como...

—¿Qué opinas? —me preguntó en cuanto tomé un sorbo—. ¿Es demasiado...? Es almizclada. Embriagadora. Agradable en boca, pero un tanto impredecible.

Cerré los ojos y la probé. El sabor era mucho más típico, pero el aroma era aberrante. Sugería peligro. Inhalé profundamente en mi copa y me reí.

—¿Qué tiene de gracioso?

Negué con la cabeza.

—Mis notas de cata no van a gustarte, vas a decir que estoy loca.

—¿No te ha gustado nada?

—¡Qué va! —me apresuré a responder—. Pero huele a... —Volví a reírme.

—Dímelo. Lo soportaré.

—Sexo —le solté—. Huele a sexo.

Griff se atragantó con el sorbo que acababa de tomar, cerró los ojos y olfateó una vez más la copa. Abrió unos ojos como platos.

—Joder.

—Exacto.

—He embotellado...

—Sexo.

Griff negó con la cabeza.

—Bueno, es un principio. No sé si tiene valor comercial, pero...

—¡Claro que lo tiene! ¿A quién no iba a gustarle el sexo en forma líquida? ¡Dios! ¡Y yo que te consideraba un hombre de negocios! Tienes que presentar esta.

—¿Por qué? ¿Porque te divierte?

—¡No! Porque a los jueces les va a llamar la atención aun sin saber por qué. No van a valorarla unos robots, ¿a que no? A todo el mundo le gusta el sexo y siempre quieren más.

—¿Ah, sí? —Enarcó las cejas—. Yo puedo solucionarte ese problema.

—Céntrate, Griff; tenemos que ganar un concurso. Vamos a vencerlos como ninjas psicológicos con esta sexomezcla. Es sutil.

—Esta sidra es cualquier cosa menos sutil. Vamos a mezclarla un poco, a ver qué pasa.

«Era de esperar.» Siempre me pasaba, también.

—De acuerdo. —Cogí la segunda jarra de la fila y eché un poco en la sexomezcla. La probé—. No.

—¿Demasiado ácida? —me preguntó.

—Sí. —Dejé la copa—. Sé lo que le hace falta, pero no cómo conseguir que lo tenga.

Midió una pequeña cantidad de sexosidra y le dio vueltas en la copa. Luego le agregó la mitad de esa cantidad de la sidra ácida al igual que de la de la segunda jarra.

—Dos partes de E, una de A y una de B —murmuró tomando nota en la libreta—. Toma. Tú primero.

Metí la nariz en la copa y la olí.

—Mmm. Huele a polvo después de comer en verano.

Griffin echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Interesante observación, porque es verano y... —consultó la hora— casi es mediodía.

«Gracias, subconsciente.» La probé. La nueva versión sabía más a manzana.

—Ahora es más afrutada, lo que resulta agradable.

Griff asintió pensativo.

—Esta mezcla tendría que haberla suavizado.

—Eso ha hecho. —Tomé otro sorbo—. La hemos rebajado de sexo duro a cita romántica y el equilibrio de dulce y amargo es bueno. ¿Cómo lo has conseguido al primer intento?

—La práctica, nena. —Se acarició la barba.

Yo no podía apartar los ojos de sus labios carnosos. Maldita fuera su estampa. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

Me sacudí la distracción y le di la copa.

—Pruébala ya. Es impresionante.

Una vez más, vi a Griffin Shipley disfrutando de la degustación de la sidra; la profunda inhalación en la copa, el sorbo con los ojos cerrados y aquel pornográfico movimiento de la boca. La probó tres veces antes de dejar la copa y garabatear otra anotación.

—¿Y bien? —inquirí—. Vas a presentar esta sin ninguna duda, ¿verdad?

—Me lo pensaré. —Siguió escribiendo.

—¿Qué? Es esta. Hemos encontrado la sidra que va a superar a todas las de categoría suprema y... ¿te lo vas a pensar?

Clavó los ojos oscuros en los míos.

—A fuego lento, princesa; todo se prueba dos veces antes de decidir. El olfato se satura con facilidad. Mañana probaré otra vez las muestras de las tres mezclas escogidas.

—Lo sabía —dije saltando del taburete—, pero quiero una foto mía con el trofeo cuando ganes. Hay un trofeo, ¿no?

—Seguramente. —Sonrió—. Tengo que limpiar todo esto. ¿Quieres ir a darte un chapuzón? Hoy hace bastante calor y todavía falta media hora para el almuerzo; podríamos refrescarnos en la poza de la colina. Nunca va nadie, así que no hace falta bañador. Seguramente no llevas traje de baño...

Me imaginé a Griffin quitándose la ropa y metiéndose en el agua delante de mí...

Mi parte más íntima tembló.

—Es una oferta tentadora —le respondí de inmediato—, pero creo que es preferible que esté vestida si te tengo cerca.

—¿Qué gracia tiene eso? —Recogió media docena de copas con los dedos de una sola mano.

Con profesionalidad, recogí las que él no se había podido llevar.

—Mira, sé que soy más de tu agrado cuando hablo menos y me desnudo más.

—Eso no es cierto en absoluto. —Lo dijo con tanta vehemencia que me sobresalté—. No me gusta tu jefe, princesa; nunca he dicho que no me gustes tú.

Pensé en ello mientras Griffin dejaba las copas en un fregadero de acero inoxidable enorme y abría el grifo. Si no le desagradaba, ¿por qué estaba tan irritable siempre que yo aparecía? Y eso no era lo único.

—Mira, lo entiendo. Lo hemos pasado bien juntos. Nuestro pasatiempo preferido es bastante irresistible, pero tengo un trabajo que hacer y tú no quieres que los demás sepan lo nuestro, así que seguramente no deberíamos volver a darnos ese gusto.

Bajó la palanca del grifo de golpe cortando el agua.

—¿Que no quiero que los demás qué? —Se volvió hacia mí con su habitual

ceño fruncido al máximo. Lo fruncía tanto que tendría que haber existido una palabra para definirlo: «griffinceño».

Me dio un sofoco. Me miré las manos. Todavía llevaba las copas.

—Dejaste la furgoneta en La Cabra —mierda, ya estaba usando el apodo del local. Era una señal de excesivo apego— para que nadie supiera que te tirabas a tu rollete de la universidad. Ni siquiera estoy ofendida, pero a lo mejor deberíamos buscarnos otro pasatiempo, como el surf de remo o el senderismo. He oído que por aquí hay buenas rutas de senderismo.

—Senderismo. —Lo dijo como otros dicen «endodoncia».

Dejé las copas con las otras.

—No era más que un ejemplo.

Me puso las manos mojadas en los hombros desnudos y me obligó a retroceder tres pasos hasta tener la espalda contra un enorme tanque metálico de sidra. Alcé la cabeza y me encontré con su expresión, tórrida como un soplete.

—Princesa, vamos a aclarar unas cuantas cosas.

—¿Ah, sí? —«Bien dicho, picarona. Mordaz.»

—En primer lugar, dejé la camioneta en La Cabra para proteger tu reputación, no la mía; no a todo el mundo le gusto por aquí.

—¿A quién no? Creía que te relacionabas con todos los que te importan.

Resopló con suavidad.

—No exactamente. Les compraste peras a los tíos de Zara, ¿verdad?

—¿Cómo sabes eso?

Sonrió de oreja a oreja.

—Es un pueblo pequeño. A la familia de Zara no le gusto mucho. No creo que hubieran sido tan serviciales contigo si corrieran chismes.

Reflexioné sobre eso.

—¿Y dejaste la camioneta donde Zara la viera? Estoy segura de que no le

hizo gracia.

Torció el gesto.

—No tuve más remedio. Pero sabe que ella y yo hemos terminado. Y Zara no chismorrea; es una buena persona.

—Pero no lo bastante buena para ti —se me escapó.

—No es eso. —Echaba fuego por los ojos—. Zara y yo éramos una buena mezcla, una mezcla sencilla y bebible, sin taninos, sin complejidad, sin amuleto ganador.

Estaba bastante segura de que Zara no estaba de acuerdo y seguramente por eso lo siguiente que dije fue brusco.

—Ya veo. Supongo que un fabricante de sidra tiene que probar y escupir en el camino hasta obtener la grandeza.

Un nanosegundo después tenía la boca de Griff pegada a la mía en un beso firme que pedía más.

Me apoyé en el tanque esperando mantenerme a distancia, al menos en lo principal.

Suavizó el beso y me rozó con los labios; luego me acarició el cuello con la barba. El vello suave me hizo cosquillas. Cuando me plantó un beso húmedo debajo de la oreja, contuve el aliento, y cuando se puso a cubrirme de besos la mandíbula, noté que empezaba a rendirme.

Su boca exigente acaparó la mía por segunda vez y me desinflé como pasa con el primer suflé que preparas, adaptando mi pecho al suyo, separando los labios para que los probara.

Cuando nuestras lenguas se tocaron, soltó un gemido largo y profundo. Luego me cubrió una mejilla con su enorme mano y me besó con pasión. Sabía a sidra y a deseo, y sentí ese beso en todas partes.

Después de demostrarme lo maleable que era yo en realidad, se apartó, respirando con dificultad, con una mirada salvaje.

—Me gustas mucho —dijo.

—De acuerdo. ¿De qué estábamos hablando? No me acuerdo.

—Y no temo decirlo.

—Eh... —Respiré hondo para que el oxígeno me despejara las ideas.

—Vamos. —Me cogió de la mano y me apartó del tanque de sidra.

Cruzamos el lagar y salimos al sol cegador de aquel día espléndido.

Nada más salir nos topamos con Jude y Kyle, que iban sin camiseta. Los dos estaban limpiando con una manguera unas barricas de madera enormes.

—Buen trabajo, chicos —los felicitó Griff—. Aparte, tengo que decirles que Audrey me gusta mucho.

Kyle nos miró extrañado, pero Jude puso el pulgar en la boca de la manguera y dirigió la fuerza del chorro hacia otra barrica.

—Me alegro de saberlo —dijo.

—Muy gracioso —murmuré mientras me llevaba hacia la linde de la plantación.

—No estoy bromeando, nena. No tengo sentido del humor, ¿recuerdas? Tú lo dijiste.

Joder, sí que se lo había dicho.

—¿Adónde vamos? —le pregunté para cambiar de tema. Largas filas de manzanos nos recibieron una tras otra en ordenada formación.

—A practicar senderismo. Ha sido idea tuya.

—Pero... ¿En serio? —Era una bocazas.

Soltó una carcajada.

—Solo quiero enseñarte los blue pearmain. Vamos; es por ahí.

Giramos pasando por docenas de manzanos con las ramas cargadas de fruta verde con pinceladas del rubor de la madurez.

—Caramba, Griff. Menuda cosecha.

—Más vale que no lo digas; no es una cosecha hasta que el dinero está en el

banco.

—Lo siento, pero es que hay muchas manzanas en estos árboles. ¿Esos de qué variedad son? —Se los señalé.

—Honeycrisp. Los plantamos aquí porque es la primera variedad que la gente viene a buscar. Está de moda por su textura y su sabor, que son estupendos, pero tardan en madurar.

—¿No es una lata que haya gente rondando por tu propiedad todos los fines de semana?

Se encogió de hombros.

—Ha sido así desde que tengo memoria; además, traen un talonario de cheques. Les vendemos mucha fruta y se recoge sola. Sin esta actividad de recogida por parte del propio cliente tendríamos que contratar más jornaleros. Hablando de eso... —Mientras cruzábamos un pasillo entre árboles vimos un grupo de hombres y mujeres que llevaban una bolsa de nailon colgada delante, en la que iban metiendo la fruta que cogían de los árboles. En el centro de la hilera había un cajón de madera muy grande, lleno hasta la mitad de manzanas.

—¡Buenas tardes! —Griff saludó con la mano y algunos le devolvieron el saludo.

Zachariah apareció.

—Hola. ¿Necesitas algo?

—No —dijo Griff—. He llevado a Audrey a dar un paseo antes de almorzar, nada más. Porque me gusta mucho. Incluso cuando habla.

Zach enarcó las cejas.

—Ah, vale. ¿Eso es todo?

—Comeremos dentro de media hora. Audrey nos acompañará, porque...

—¡Griff! —le di un codazo.

—¿Qué? Lo digo tal como es.

—No. Ahora me estás tomando el pelo.

Negó con la cabeza.

—Un público difícil hoy, Chewie. Ya nos veremos en la comida.

—Claro, Han.

Caminamos en silencio pasando hileras de manzanos. Desde la casa y el conjunto de edificios agrícolas costaba hacerse una idea de lo grande que era la propiedad, pero después de caminar entre manzanos más de diez minutos, la verdadera dimensión de la granja de los Shipley se hizo evidente.

—No bromeabas con lo de la caminata —le dije jadeando, porque habíamos estado andando cuesta arriba todo el camino.

—Yo no bromeo.

—Cierto.

—Ya casi hemos llegado, chica de ciudad; al menos, hoy llevas unos zapatos de verdad. ¿Son nuevos?

«Pillada.»

—Las compré en Farm-Way.

Harta de caminar con sandalias por las granjas, había entrado en una tienda de Bradford, un pueblo pequeño, donde había encontrado un par de zapatillas de *trekking* de color rosa y calcetines.

—¿Qué te pareció el sitio? Nosotros vamos a menudo.

—Lo encontré muy gracioso. —Vendían zapatos y ropa, pero también arreos, comida para gallinas y vallas de madera—. ¿En qué otro establecimiento de la zona puedes comprar una fusta y además jarabe de arce? Es como una tienda de suministros de Vermont para BDSM.[2]

Griff soltó una carcajada y volvió a cogerme de la mano.

—Solo que las fustas que venden son de verdad para los caballos.

—Eso está mal —rezongué—. Esos caballos necesitan un mundo seguro.

Griff volvió a reírse.

Seguimos subiendo. Justo cuando estaba a punto de empezar a quejarme,

Griff señaló un grupo de árboles.

—Son esos. Todos los árboles raros están aquí. Mi abuelo fue el que empezó a plantar árboles de variedades tradicionales, y mi padre agregó más. Estos son los blue pearmain. Esos cuatro. —Señaló unos árboles bastante grandes, de los que colgaban etiquetas numeradas. Todos los árboles estaban etiquetados.

—¿Cuántas variedades tienes?

—Cincuenta y tres.

—¿Te las sabes todas de memoria?

—Casi todas. Hay unas cuantas variedades lady, de manzanas pequeñas. No sé cuál es cuál a menos que me fije bien, pero y Masoquismo. (*N. de la T.*) todas van a la prensa de sidra, así que en realidad no me hace falta saberlo.

Estaba sin aliento cuando Griff dejó de caminar por fin. Eché un vistazo de cerca a las manzanas del árbol; de hecho, la piel era de un tono frío y oscuro.

—¿Cuándo estarán maduras?

—En octubre, tus jefes tendrán que esperar un poco; en cualquier caso, ¿cómo van a conseguir todos esos productos? Reunir unas cuantas fanegas de fruta procedente de veinte granjas diferentes es un incordio.

—No lo sé —le dije tocando una manzana—. Con la ayuda de sus subordinados, supongo. Estas son bonitas. —Todavía estaban duras como una piedra y bastante verdes, pero las había a docenas. A cientos, tal vez. El árbol estaba repleto. No quería quedar como una tonta, pero me habría hecho un *selfie* con el manzano y le habría puesto un pie de foto: «Cerca, pero no demasiado»; en referencia tanto a mí como al árbol.

—Date la vuelta. Ni siquiera has mirado las vistas.

Cuando me volví hacia el camino por el que habíamos subido, me quedé sin aliento ante el panorama que se divisaba. A lo lejos se extendía la cordillera Green Mountains, con los picos verde pizarra y púrpura recortados contra el

cielo, pero lo realmente apabullante era la granja de Griff. Las hileras de árboles frutales parecían interminables. Líneas ordenadas de árboles verdes y frondosos separadas por hierba espesa.

—Guau... —dije tontamente—. Debes de haberte pasado toda la adolescencia segando hierba.

—Cierto. Sin embargo, dejamos crecer bastante la hierba; amortigua la caída de las manzanas. La mejor sidra se hace con manzanas maduras que acaban de caer o están a punto de hacerlo.

—Es enorme —dije tratando inútilmente de abarcar toda la granja con la mirada.

—Eso dicen todas las chicas.

Le di un puñetazo en el brazo.

—Lo digo en serio. ¿Cómo mantienes todo esto?

—Sin dormir. Aunque tengo ayuda.

Aun así. Griff no había cumplido todavía los treinta. Allí de pie, me di cuenta por primera vez del trabajo que tenía.

—Apuesto a que echas de menos a tu padre —dije.

—Todos los días —me respondió con sequedad—. Solía quedarme aquí con él mientras hablaba y hablaba de manzanas. Señalaba las hileras y me contaba todos sus planes, y yo pensaba que viviría mucho tiempo para llevarlos todos a cabo. —Calló un momento—. Ahora no hay día en que no surja algún problema acerca del que querría preguntarle su opinión o algo interesante en la plantación que desearía mostrarle, porque sé que le gustaría verlo.

Uf. Se me había hecho un nudo en la garganta. Aquí estaba Griff, un verdadero gigante, un tipo duro que trabajaba de sol a sol por el sueño de su familia y solo quería hablar con su padre.

—Estaría muy orgulloso de ti —le susurré.

Griff no dijo nada y los dos contemplamos la vista un momento. Luego me cogió una mano y me la apretó.

Le devolví el apretón.

—Hora de almorzar —dijo con aspereza.

Caminando al sol, bajé tras él la colina.

Griffin

Cuando volvimos a la casa, la comida estaba servida en el patio trasero, bajo el toldo. Durante la cosecha ya no nos reuníamos alrededor de la mesa.

Mi madre no nos gritaba por llegar unos minutos tarde, porque aquellos almuerzos eran un poco más informales; además, el abuelo llegó con el carrito de golf al mismo tiempo que nosotros, y mi madre nunca reprendía al abuelo. Tenía carta libre.

—¿Cómo estás, August? —me preguntó el abuelo dándome una palmada en la espalda. Siempre me llamaba por mi primer nombre.

—Bien, abuelo. ¿Te acuerdas de Audrey? Me gusta mucho.

—¿Te gusta su pecho? Si vas diciendo estas cosas, te ganarás una bofetada. Detrás de mí, Audrey resopló.

—He dicho... Da igual. Vamos a comer una hamburguesa.

Los tres nos pusimos a la cola delante de la parrilla, donde Dylan les daba la vuelta a las hamburguesas.

—¿Quién quiere queso? —preguntó alegremente.

—¡Yo! —se apuntó Audrey—. Me gusta todo.

—También tomaré queso —dije—, que me gusta, pero no tanto como Audrey.

—Me estás haciendo la pelota —murmuró ella colocando tres platos de papel y poniendo un panecillo en cada uno.

—Esta es para Audrey —dijo Dylan pasando con la espátula una hamburguesa a un panecillo—. Es la que tiene mejor aspecto. No se le puede servir a una chef una hamburguesa cualquiera.

—Eres adorable —dijo Audrey atusándose el pelo—. Todas tienen un aspecto estupendo.

Seguramente Dylan habría abofeteado a cualquier otro que lo hubiera llamado «adorable», pero no rechistó.

—En tu casa, los días de fiesta, la presión debe de ser grande —dijo mi madre, de pie junto a un plato lleno de ensalada de patata—. ¿Quién se atreve a cocinar para un chef profesional?

Audrey resopló.

—Mi madre nunca me ha preparado una comida en su vida; opina que la cocina es cosa de fracasados. Cuando tenía nueve años, lo único que quería en Navidad era un horno de juguete. Sabía que nunca me dejaría usar el de verdad.

—¿Te compró uno?

—No, me compró un traje sastre y una calculadora científica. No me sorprendió nada, pero como también le había pedido lo mismo a la abuela, ¡me lo compró! —Sonrió—. Y también una gran cantidad de preparado en envases diminutos para hornear pastel en la bandejita. Estuve seis meses en la gloria. Aquel verano, sin embargo, mi madre me mandó tres semanas a un campamento de matemáticas. Cuando volví a casa, había desaparecido, lo había tirado todo. Lo único que me quedó fue la cucharita medidora que venía con el horno. La guardo en el joyero.

Audrey nos contó esta historia mientras le echaba especias a la hamburguesa, por eso no vio la cara de horror de mi madre. Abrió la boca y volvió a cerrarla, desconcertada, sin saber qué decir acerca de la mal llamada madre de Audrey.

—¿Quién quiere ketchup? —nos preguntó Audrey con el plato en la mano.

—Yo —contesté de inmediato—. Siéntate, princesa. Te traeré algo de beber.

—Gracias, Griffin. —Me sonrió fugazmente y se alejó.

—Me gusta esta chica —dijo mi madre.

—Ponte a la cola.

Mi madre me miró con curiosidad, pero uno de los jornaleros le pidió una tirita para un arañazo que se había hecho en el tobillo, así que se fue para ocuparse de eso en lugar de ocuparse de mí.

Qué bien.

Con dos vasos de té frío, me reuní con Audrey en la mesa de pícnic.

—¿Quieres que luego vayamos a ver una película? —le pregunté.

Se quedó con la hamburguesa a medio camino de aquella boca perfecta.

—¿Una película? ¿Adónde?

—Hay un viejo autocine en Fairlee, puedo enterarme de qué echan.

—Claro, Griff. Será divertido. —Se había quedado mirando algo que había junto a la parrilla—. Griff, ¿tu madre cojea?

—¿Qué? —Miré a mi madre. Se apoyaba, de hecho, en la pierna izquierda. Tomé un bocado y la observé. Intentaba servirse ensalada de patata apoyada en la mesa para no perder el equilibrio. «Mierda.» Pintaba mal.

Esperé hasta que la gente se hubo ido para preguntárselo. Cuando dejé vacío el plato, lo llevé al cubo donde los amontonábamos para lavarlos.

—¿Qué te ha pasado, mamá? ¿Tienes alguna molestia en el pie?

Torció el gesto.

—Estoy bien. He entrado corriendo en casa para ir a buscar la tirita y no tendría que haber correteado como una gallina. He tropezado con el felpudo y me lo he torcido un poco; me aplicaré hielo después de comer.

Terminada la comida, me quedé para ayudar a llevar cosas a la casa y

Audrey hizo lo mismo.

—¡Madre mía! ¡Griffin ha retirado un plato! —gritó mi hermana Daphne—. ¡Avisad a los medios de comunicación!

Le di un cachete y mi madre me miró mal.

—Vete con los jornaleros, Griff. Estoy bien.

Pero no lo estaba. La ayudé a llegar a la sala de estar y fui a buscar una bolsa de hielo. Cuando volví y le subí la pernera del pantalón de lino que llevaba, vi que el tobillo se le había hinchado como un melón.

—Mamá, esto tiene mala pinta. ¿Y si te has roto algo?

—No me he roto nada —insistió—, solo me lo he torcido.

—Tendrían que mirártelo —insistí yo. Cuando traté de movérselo hizo una mueca.

—¿Y si no es nada? ¿Por qué arruinar una tarde por nada? Además, tengo dos paletillas de cerdo para hacer un estofado.

—May puede prepararlo —argumenté.

—Tu hermana ha ido a Boston para visitar a Lark antes de que empiecen otra vez las clases —me recordó.

—Lo prepararé yo —dijo Audrey desde la puerta.

—Cariño, no tienes por qué.

—Quiero hacerlo —insistió Audrey—. Déjame ayudar. Te hagan o no una radiografía del tobillo, debes mantener el pie en alto.

Mi madre parecía dispuesta a protestar. Era doña Puedelotodo y yo sabía que quedarse sentada mientras otra persona preparaba la cena para ella sería matador. Sin embargo, Audrey tenía razón y mi madre lo sabía.

—Gracias, cariño —cedió suspirando—. Puedo pelar guisantes estando sentada.

Me apresuré a darle la razón.

—Por supuesto que sí. Y mañana, si no te ha bajado la hinchazón...

—Iré a que me lo miren —prometió.

—¿Cómo os gusta la paletilla de cerdo? —quiso saber Audrey—. ¿Restregada con especias? ¿Teriyaki? ¿Con salsa de chile picante y lima? A ver si tengo alguna receta añadida a favoritos... —Sacó el móvil del bolsillo trasero.

No podía hacer nada más para ayudar a mi madre y tenía que volver a salir para ocuparme de unas cuantas cosas.

—Yo..., bueno, ¿nos vemos después?

Mi madre, Audrey y Daphne, que estaban mirando el móvil, alzaron la cabeza.

—Adiós —me dijo Audrey con una sonrisita insegura que repercutió directamente en mi pene.

Mierda. Estaba colado por ella.

Unas horas más tarde estaba sentado en el comedor, que olía como un restaurante de cuatro estrellas. Me pareció oír el ruido de los estómagos cuando Zach, Jude, mis primos y mi hermano se sentaron.

—Caramba —dijo Dylan mirando la bandeja del tamaño de una canoa pequeña. Contenía una montaña de carne de cerdo tan tierna que se deshacía, además de un montón de verduras con un aroma mucho más exótico que el que solía haber en nuestra mesa.

—¿Todo el mundo tiene una bebida? —gritó desde la cocina Audrey. La vi pasar como un rayo con el delantal y el pelo recogido en un moño con algunos mechones sueltos alrededor de la cara; seguramente notó que la miraba, porque alzó la cabeza de pronto y me pilló haciéndolo.

Volví a levantarme y entré en la cocina. Aquella comida merecía una botella

de vino, así que cogí dos de un armario alto y me las puse bajo el brazo. La chica más bonita del mundo se me acercó volando.

—Toma esto —me ordenó poniéndome un cuenco grande lleno de arroz en la mano libre.

—Huele a... —Lo olfateé—. ¿Coco?

—Hoy cenaremos un poco de comida tailandesa —me dijo empujándome por el trasero—. Llévalo a la mesa.

Me siguió hasta el comedor, donde mi madre cojeaba hacia una silla para tomar asiento. No me gustaba nada verla de aquella manera.

—Hola, mamá —la saludé dejando el arroz en la mesa—. Audrey me gusta, y mucho.

—¿Ya estamos otra vez? —masculló Audrey volviendo rápidamente a la cocina.

—A todos nos gusta, cariño, pero lo que dices sería más convincente si no se te estuviera cayendo la baba por su comida.

Mi abuelo entró justo a tiempo para la cena, como siempre. Buscó una silla mientras mi madre le preguntaba lo de todos los días.

—¿Qué te parece si mañana te vienes a vivir a la granja?

—No, gracias —repuso desplegando la servilleta.

Me acerqué al armario donde guardábamos la cristalería.

—¿Quién quiere una copa? ¿Abuelo? ¿Mamá? —Se las pasé y puse en la mesa para Audrey y para todos los chicos, menos para Jude. Cuando se instaló con nosotros le ofrecí una cerveza y me dijo que violaba los términos de la libertad condicional. «Además, aunque no lo hiciera —me dijo—, una droga es una droga. El alcohol no ha sido nunca mi droga, pero no me acerco a él.»

Desde entonces me sentía un poco culpable siempre que bebía delante de él, así que no solíamos hacerlo.

Audrey volvió con otra bandeja enorme de comida para los del otro

extremo de la mesa.

—Siéntate aquí —le dije dando unas palmaditas en el asiento de al lado. Enarcó una ceja, pero aceptó la silla que había apartado para ella.

Daphne llegó con un cuenco grande de ensalada.

—¡Ya está todo! —dijo—. Que alguien bendiga la mesa, porque me muero de hambre.

—¿Por qué no lo haces tú, cariño?

Daphne agachó la cabeza y recitó una bonita oración breve. Después, atacamos como lobos la comida de Audrey.

Tras la revelación de las cerezas enteras en la salsa barbacoa, me llené el plato de comida como un campeón. El cerdo estaba delicioso y tenía un sabor completamente diferente del que cocinaba mi madre. Sabía a lima, albahaca y cilantro. El arroz de coco era aromático y maravilloso. Fue la verdura, sin embargo, lo que más me sorprendió. Espinacas rehogadas con un toque de soja y jengibre. Zanahorias en rodajas finas salteadas con algún tipo de salsa ácida. Me daba más hambre con cada bocado que tomaba.

La última vez que nuestra mesa había sido bendecida con una muestra del genio de Audrey, todos habían gemido de placer y la habían elogiado mucho. Esta vez, sin embargo, disfrutaban de la dicha en un silencio relativo. Hubo palabras de agradecimiento para Audrey, pero nadie quería hablar efusivamente de una comida que mi pobre madre había querido prepararnos de una manera más común.

Miré a los demás y vi que Zach, Jude y Dylan comían con cara de sentirse culpables.

Entonces, mi madre dejó la servilleta en la mesa.

—Tendría que lesionarme más a menudo si voy a comer cada vez una comida así. Bien hecho, cariño. Chicos... ya vale. Sed sinceros.

Se elevó inmediatamente un coro de gemidos y hubo varias ofertas de

matrimonio. Me parece que una se la hice yo.

—Dios me ha concedido otro día en este mundo para que pudiera comer esto —dijo el abuelo—. No te ofendas, Ruthie.

—No me ofendo —se apresuró a responder mi madre.

A mi lado, Audrey sonrió con timidez y se ruborizó por la escalada de elogios.

—Es un placer cocinar para vosotros, chicos; estáis invitados a la inauguración de mi restaurante. Aseguraos de sentaros cerca de los críticos culinarios y manifestad claramente vuestra opinión.

—En serio —dijo Daphne rebañando el arroz del plato—. Tendrías que tener tu propio restaurante. ¿De qué clase será?

Audrey toqueteó el tenedor.

—Cambio de opinión cada dos por tres y solo faltan cinco semanas para la presentación de los proyectos. Tengo que escoger una opción y centrarme en ella. Esta semana dudo entre un mexicano, porque en Boston faltan buenos restaurantes mexicanos, y uno de tapas. No puede ser de menús ni francés, porque BPG ya tiene muchos de esos.

—Sea del tipo que sea, comeré allí —dijo Kyle echando mano a la cuchara de servir.

Por debajo de la mesa le apreté una rodilla a Audrey. Solo una vez; si necesitaba que tuviera paciencia con ella, la tendría.

Al cabo de dos horas estábamos yendo hacia Fairlee en camioneta por caminos secundarios.

—¿Qué película reponen? —me preguntó bajando la ventanilla para oler la brisa.

Me costaba prestar atención a la carretera, me quedaba admirándola.

—*Independence Day*. La primera.

—Ah.

La miré de reojo.

—¿Te gustan los extraterrestres y Will Smith?

—Claro. Bueno, me gusta Will Smith. Los extraterrestres ni me van ni me vienen.

Paré la furgoneta en el *stop* de un cruce de cuatro caminos.

—No tenemos por qué ir, ¿sabes? En lugar de eso podemos tomarnos un helado.

Soltó una carcajada.

—¿Ahora te comerías un helado?

—No. —Tenía razón. De postre habíamos comido un maravilloso crujiente de manzana con jengibre. Nos habíamos levantado de la mesa dando vueltas de lleno que teníamos el estómago.

Conduje hasta el lago Morey. El estacionamiento del embarcadero estaba desierto, así que paré y apagué el motor.

—Si no quieres ver extraterrestres destruyendo la Tierra, podemos simplemente hablar o ir a casa y ver otra cosa. He propuesto el autocine porque quería pasar un rato contigo.

Llevábamos las ventanillas abiertas y fuera cantaban los grillos. Miré a Audrey, pero siguió con la cara vuelta hacia el exterior.

—¿Te pasa algo? —le pregunté—. ¿Te llevo al motel?

Me miró un segundo con aquellos ojos tan hermosos y volvió otra vez la cabeza.

—No pasa nada, Griff. No tiene nada que ver contigo.

—¿Con quién, entonces? —Levanté su mano suave del asiento y se la besé —. Dime qué tengo que hacer para que seas feliz y lo haré.

Dejó escapar un leve bufido de frustración.

—Estoy bien, pero no pienso con claridad cuando te tengo cerca.

—¿Por qué no? —Volví la palma de su mano hacia arriba y se la cubrí de besos. Cuando oí que contenía el aliento, me quedó bastante claro que estaba molestándola.

Apartó la mano y se la llevó al regazo.

—Estoy hecha un manojo de nervios —susurró.

—No es verdad —le solté—. Sabes lo que quiero. Una de dos: quieres lo mismo o no lo quieres; no hay razón para estar nerviosa por eso. —Acerqué la mano a la suya y le pasé un dedo por la muñeca y el brazo.

Se estremeció y me reí entre dientes.

Audrey

«Ya estamos otra vez.» Era tan capaz de resistirme a Griff Shipley como Homer Simpson de resistirse a un bollo.

Lo que me hacía sentir solo con tocarme la mano seguramente era ilegal en varios estados. Me quedé un rato más sentada observando las ondas del lago a la luz de la luna que empezaba a salir, como si no estuviera decidida. Lo que iba a pasar estaba tan claro como la propia luna.

—No tiene por qué significar nada —le susurré volviéndome a mirarlo.

—Ya, ya. Sigue creyéndotelo. —Soltó una risita—. Olvidas que soy químico. —Me soltó la mano, lo cual me decepcionó, pero luego se me acercó más en el asiento corrido. Me alzó por la cintura y me sentó en sus rodillas.

Me recosté contra su cuerpo firme y suspiré.

—¿Qué voy a hacer contigo, Griff?

Notaba su aliento cálido en la oreja.

—Tengo unas cuantas ideas.

Yo también las tenía.

Subió despacio las manos a lo largo de mis costillas.

—Me gustas de verdad, Audrey.

—Ya lo has dicho antes.

Cuando se echó a reír, me sacudí un poco con el movimiento.

—Pero crees que solo para el sexo.

—¿No es así? —Respiré hondo. Ya estaba aturullándome—. No voy a quedarme.

—Pero no por culpa mía —señaló—. Y cuando me acusaste de que lo único que me interesaba era el sexo, tenías razón...

—¿La tenía? Tío, esa no es manera de conseguir a una chica.

—Date la vuelta.

Dudando que fuera buena idea, me bajé de sus rodillas y me di la vuelta con cautela. Griff tiró de mí hacia sí. Estaba a horcajadas encima de él, con los ojos a la altura de los suyos, grandes y castaños.

—¿Qué? —le pregunté con aparente susceptibilidad.

—Tenías razón solo al principio. Me pones como nadie. —Puntuó aquella afirmación con un suave beso. Luego se echó hacia atrás y me pasó una mano por el esternón bajando entre los pechos hasta la tripa.

Me estremecí de los pies a la cabeza.

—Queriéndote me cuesta pasar por alto que he estado solo, que tal vez me haga falta algo más que catorce horas al día de trabajo duro y una cama en el barracón. Te necesito a ti en mi cama, en mi cocina...

Resoplé. Mi madre habría montado una intervención feminista si hubiera oído aquello.

Griff negó con la cabeza.

—Me he expresado mal, pero siempre que te veo en mi cocina pareces la más feliz del mundo. Sonríes y tienes una mirada... Estás en tu salsa. Es agradable. Me dan ganas de cargarte a hombros y raptarte.

Costaba hacerse la difícil sentada a horcajadas sobre Griff Shipley en el asiento de su camioneta. Me di cuenta de que estaba tocándole la barba. Se la acaricié y le hice una pregunta.

—¿Dónde más me necesitas?

Mi madre habría roto un jarrón si me hubiera oído.

—En todas partes —refunfuñó—. Te quiero en el lagar probando mezclas conmigo; quiero que te sientes a mi lado en la iglesia cuando lleve a mi madre los domingos; y luego te querré en la ducha, contra la pared...

Entonces lo besé apretando los labios contra los suyos, prácticamente llamando a su puerta para que me dejara entrar. Griff abrió la boca y su lengua le dio la bienvenida a la mía. Como de costumbre, no hubo tiempo para charlas. Pasamos de hablar a besarnos como estrellas del porno. Con una mano me apretó el culo mientras deslizaba la otra unos centímetros por debajo de la cinturilla de mi falda. Con las yemas de los dedos me acarició bajo el ombligo, amenazando con tocarme donde quería, pero sin llegar a hacerlo.

Una tortura. Gemí en su boca esperando que me entendiera y, por si acaso no, le desabroché el botón de los vaqueros.

—Podría llevarte a casa —jadeó entre besos.

—Tardaríamos demasiado en llegar. —Le bajé la cremallera.

Respondió con un murmullo de placer.

—¿Vamos a hacerlo en la furgoneta? —me preguntó con la voz ronca.

Bajé la mano por sus abdominales hasta dar con su polla dura asomando de su ropa interior. Cuando se la cogí, gimió.

—Hay un problema, princesa —susurró—. No tengo condón.

Me dieron ganas de llorar.

—¿Y qué? Estoy sana y dispuesta. —Lo solté, respiré hondo y lo miré a los ojos—. Sé que soy excéntrica para ciertas cosas, pero no en lo tocante al control de la natalidad.

Tenía los párpados entornados.

—Confío en ti, princesa, pero te juro por Dios que nunca lo he hecho sin condón.

—¿Nunca?

Negó con la cabeza.

—No tenemos que hacerlo. —«Aunque lloraré de decepción.»

Con una mano me apartó la melena del hombro.

—Cariño, móntame. Ya.

Rápidamente me subí la falda; Griff metió un dedo por debajo del elástico de mis bragas.

—¡Espera! —grité antes de que pudiera arrancármelas—. Las necesito. Estoy de viaje.

—Vale —me levantó un poco para que ambos pudiéramos bajarnos la ropa interior—, pero luego no digas que no tengo modales.

—Ja —me burlé—. Eres un gruñón, pero un gruñón cachondo.

—Al menos puedes follar conmigo mientras me sacas todos los defectos. — Se la cogió de la base a la punta con una mano y me hizo un gesto para que me acercara.

No necesitaba precisamente que me animara. Me situé encima y me dejé caer llenándome de él. Qué hombre, Dios mío. Gemí tan fuerte que seguramente las vacas de Griff alzaron la cabeza del heno. La fanfarronería me abandonó; solo existía aquel momento exquisito.

Y no era la única que se había quedado sin palabras. Griff echó la cabeza hacia atrás y jadeó cuando me senté encima.

—¡Joder! —Fue casi un grito. Hinchó y deshinchó el pecho y me agarró de las caderas para sujetarme—. No te muevas... un segundo. —Con los párpados apretados, respiraba agitadamente—. No imaginaba lo bueno que sería esto sin nada entre los dos. Es como estar en el cielo.

«Guau.» Nunca había visto nada tan hermoso como Griffin Shipley desatado por la lujuria. Me incliné hacia delante y le cogí la cara con ambas manos; tenía el suave vello de su barba contra las palmas. Entonces, incapaz de resistirme, apreté lentamente la musculatura interna.

Abrió los ojos.

—Joder, princesa. —Me soltó las caderas y me empujó hasta estar ambos frente a frente, mirándonos fijamente—. Puedes conmigo. Cada maldita vez. Solo tú puedes conmigo.

El corazón me dio un brinco, a pesar de que sabía que lo que decía se debía únicamente al calentón. Supuse que bastaría con besarlo para que se callara. Lo agarré del pelo y me lancé a su boca con toda el alma, pero me salió el tiro por la culata, porque Griff Shipley sabía besar. Me puso una mano en la mejilla y se apropió del beso acariciándome la lengua, derritiéndome como el azúcar cuando se carameliza. Los besos fueron intensificándose y ya no pude seguir quieta. Me mecí encima del cuerpo inflexible de Griff, primero despacio y acelerando, mientras él hacía ruiditos deliciosos.

Se introdujo tanto en mi boca que ya no supe dónde terminaba yo y empezaba él. Llevó las palmas hasta mi trasero y me lo estrujó con lujuria. Después, usó la ventaja para trabajarme con más rudeza.

El resultado fue que me robó todas las funciones ejecutivas del cerebro; quedaron solo el calor y la dicha, y aquel hombre ávido debajo de mí. Soltó un gruñido profundo cuando los dos estábamos a punto de llegar. Lo hice yo primero. Oleadas de placer me recorrieron al principio las entrañas y luego todo el cuerpo a la vez. Encogí con tanta fuerza los dedos de los pies que las sandalias se me salieron y cayeron olvidadas al suelo de la furgoneta.

Respondió con un gemido que, como la réplica de un terremoto, me repercutió en el pecho. Me estrujó con los brazos y los dos nos sacudimos con su orgasmo.

Cuando terminó, me dejé caer contra él, sin fuerzas. Los besos perdieron ímpetu hasta convertirse en un intercambio mecánico de lenguas y alientos. Luego apoyé la cabeza en su ancho hombro, suspirando. Por suerte, su cuerpo tenía muchos huecos estupendos donde esconder la cara. Nunca era capaz de mirar a los ojos a Griffin después de nuestras hazañas desnudos; estar con él

me hacía sentir tierna y vulnerable. Necesitaba un momento para volver a ponerme la máscara de indiferencia.

Cualquiera lo habría necesitado.

Me acarició el pelo mientras yo me centraba en su respiración, cada vez más pausada. Al final, se puso a reír bajito.

—¿Qué?

—El lago transmite el sonido —me dijo al oído—. Espero que hayamos inspirado a unos cuantos.

—Mmm. —Me daba igual quién pudiera habernos escuchado; estaba demasiado preocupada por lo estúpida que había sido al desnudarme otra vez con Griffin. Ni siquiera me había desnudado del todo. Audrey la Picarona se había superado a sí misma otra vez. Y ¿para qué? Estaba echándome a perder poco a poco por los hombres. Algún día conocería a un tipo sin compromisos y decente que estuviera interesado en salir conmigo, y que Dios lo ayudara si él y yo no teníamos la química que tenía con Griffin Shipley.

—¿En tu cama o en la mía? —me preguntó.

Eso me espabiló. Levanté la cabeza de su hombro y traté de llenar los pulmones de oxígeno. ¿Quería pasar la noche entera... conmigo? Si íbamos a su granja y teníamos que pasar por delante de su familia de camino al dormitorio, iba a morirme de vergüenza.

—Dejamos tu coche en la granja —dijo—. Paramos allí y vamos al motel.

«Mierda.»

—Tu familia se va a enterar. —«Y me va a tomar por una...»

Me dio un apretón.

—Mi familia te quiere.

«Pero tú no», me dije. ¿Y a qué se debía que su familia me quisiera, en cualquier caso?

—Será porque cocino —murmuré.

Me sujetó la barbilla.

—Princesa, no tienes de qué avergonzarte; es asunto nuestro, de nadie más.

Me gustó que pensara así, pero a las mujeres se las ha juzgado desde el principio de los tiempos por con quién duermen y con qué frecuencia. Hablando de lo cual... me levanté apartándome de Griff.

Cogido por sorpresa, gimió una vez más.

—Dios mío, soy adicto a ti. ¿En qué cama, princesa? Porque tendré que volver a hacerlo dentro de media hora más o menos.

—En la mía —le respondí de inmediato. Nunca había destacado por mi fuerza de voluntad; además, podía levantarme al amanecer cuando Griff se fuera a su casa y escapar en mi coche antes de que su madre o sus hermanos menores se despertaran y se dieran cuenta de todo.

Nos vestimos y regresamos a Tuxbury. Griff bajó las ventanillas y silbó con la radio. A mitad de camino me cogió la mano y no me la soltó hasta que llegamos.

Olí el aire fresco del verano de Vermont y dejé que el viento me hiciera cosquillas en la cara; aunque estuviera tomando una mala decisión podía vivir el momento. Y el momento era agradable.

Al cabo de doce horas me despertó alguien que llamaba a la puerta de mi cabaña.

Me incorporé de golpe con el corazón desbocado. Inundaba la habitación el sol de la mañana y estaba sola en la cama.

—¿Quién es? —grité. El reloj marcaba las ocho.

—¡Arriba, princesa! Hay que desayunar. —Llamó otra vez a la puerta—. Yo ya he ordeñado cincuenta vacas. ¡Despierta!

Medio dormida, me acerqué a la puerta y la abrí tratando todavía de

ponerme en situación.

—No te he oído marcharte —dije.

Griff entró en la habitación riendo.

—Ya me he dado cuenta. Dormías como un tronco. —Me empujó hacia la cama, me acostó y se me puso encima—. Supongo que te dejé agotada. —Me besó el cuello.

Aquello terminó de espabíllarme. Su corpachón duro apretado contra el mío en la cama... Le cogí la cabeza con ambas manos. Me encantaba notar su pelo espeso entre los dedos. Aquel hombre era adictivo.

Me plantó una docena de besos fabulosos debajo de la oreja, donde la piel es más sensible, pero luego se puso de pie.

—Arriba, nena. Tengo que llevarte a tu coche antes de pasarme el día prensando la primera sidra.

Sería divertido verlo. Agarré la mano que me ofrecía y tiró de mí para levantarme.

—¿Tengo un minutito para darme una ducha?

—No lo sé. ¿Te basta un minuto?

—¡Griff! —Corrí hacia el baño.

—Me refiero a si te basta un minuto literalmente. —Se sentó en el borde de la cama—. Creía que a las mujeres os hacían falta por lo menos diez.

—A esta que ves, no.

Cerré la puerta del baño para no tener la tentación de invitarlo a entrar. Luego me di la ducha que tanta falta me hacía. Al cabo de cinco minutos estaba vestida y poniéndome los zapatos a la vez que me cepillaba el pelo mojado.

—¿Cómo está tu madre? ¿Le ha bajado la hinchazón?

Negó con la cabeza.

—No. Daphne la llevará en coche al hospital de Montpellier para que le hagan una radiografía. Mi madre insiste en que no puede haberse roto nada con

un simple tropezón, pero sé que no dejará descansar el pie a menos que se lo ordene un médico.

Cogí el bolso y el móvil.

—Si ayudo a preparar el desayuno, ¿se quedará sentada?

—Puede ser. —Sonrió—. En cualquier caso, quiero ver cómo les das la vuelta a las tortillas en el aire mientras me das órdenes. Vamos, princesa. —Abrió la puerta—. Prepárame una tortilla que no te haya pedido.

Algo parecido a la calidez me invadió. La ansiedad le dio alcance de inmediato. Griffin necesitaba un cartel de precaución como los que ponían encima del horno de las pizzas en la escuela de cocina. «Peligro, quema.» Si no tenía cuidado, empezaría a considerarme una parte permanente de su vida; era demasiado fácil imaginarme en aquella cocina todos los días, burlándome de su hermano pequeño, ayudando a su madre.

No solo me atraía Griff, sino que también me había encaprichado de su familia.

Sentada al lado de Griff en la furgoneta para recorrer aquel trayecto de diez minutos, planeé la presentación de mi restaurante para BPG tratando de no mirar todo el rato a mi granjero favorito mientras conducía.

Para cuando entré, la cocina de Griff, que olía a beicon, ya estaba en plena actividad. Gracias a Dios. Seguro que la familia había visto mi coche fuera.

—¡Audrey! —me saludó Daphne—. ¿Puedes picar estas cebollas a toda velocidad como sabes hacer?

—Claro. —Me acerqué a la encimera—. ¿Qué estamos preparando?

—*Frittatas*, creo. Quería preparar quiche, pero he descongelado la masa que no era. —Señaló tres bolas de masa ya subida que había encima del tajo de carnicero—. Esas son para pan.

—Ah. —Mi cerebro de chef dio vueltas como una ruleta hasta dar con una

idea—. Podríamos improvisar unos panecillos; si son pequeños, no hay que precocinar la corteza. Es una pena desperdiciar esa masa.

—¿En serio? Enséñame cómo.

—Divide cada una en seis partes —le dije señalando las bolas de masa— y dales forma redonda.

Ataqué las cebollas mientras ella trabajaba. Ruth entró en la cocina al cabo de unos minutos; se movía tan despacio que me dolía verla.

—¡Audrey! Gracias por venir. Estamos en un pequeño apuro.

—Faltaría más. —Cogí uno de los discos de Daphne y empecé a doblar hacia arriba los bordes para darle forma de cesta para huevos.

—Tenemos moldes para tartaletas —me ofreció Ruth—. Cojeó hasta una alacena. Daphne se acercó corriendo a ayudarla y volvió con una docena de moldes de metal de entre doce y quince centímetros de diámetro.

—¡Perfectos! Me recuerdan a los de mi horno de juguete. —Por fin reunidos. Forré uno de pasta; supe que saldría bien.

—Vale. Casca dos o tres huevos dentro y añádeles beicon. Con el horno a cuatrocientos grados se cocerán rápido.

—¡Qué monada! ¿Les añadimos queso? —Daphne cogió el molde y se puso manos a la obra.

—Siempre queda bien —convine—. ¿Y unas cuantas espinacas? Estaría bien, ¿no?

La producción en cadena iba viento en popa cuando Ruth formuló la pregunta.

—¿Qué tal la película?

—Estupenda —mentí y me supo mal de inmediato—. ¿Tenéis un poco de perejil para esto?

Las tartaletas tardaron unos veinte minutos en cocerse. El desayuno llegó un poco tarde a la mesa, pero las primeras críticas fueron alentadoras.

—Parece sacada de una revista —dijo Jude cuando le serví su plato.

—Huele de maravilla —estuvo de acuerdo Zach.

—Quiero la más grande —dijo Kyle—. Se la vas a dar a Zach, ¿a que sí? A todas las chicas les gusta más Zachariah, ¿no es verdad?

—Pregúntaselo a Daphne. —Dylan sonrió—. Sabe la respuesta.

Su hermana se puso como un tomate y se alejó rápidamente.

Entonces entró Griff. Sentí más que vi sus ojos sobre mí. Una chispa de calor me subió por la columna vertebral y me pareció que, a mi alrededor, el aire se cargaba de electricidad.

—Tiene muy buena pinta —dijo arrastrando las palabras. No estuve segura de si se refería a la comida.

Me ardían las mejillas.

—Deja que te prepare un plato. —Sujeté una tartaleta por el borde dorado de pasta, la desmoldé y la pasé a un plato.

—¿Cómo puede ser que no te quemes? —me dijo Daphne.

—Tengo los dedos de amianto. Ahora, toma, una para ti. —Puse otra en su plato.

Mientras las tartaletas se cocían, le habíamos permitido a Ruth preparar el café y luego la habíamos sentado en el comedor.

—Eres oficialmente la anfitriona —le había dicho Daphne.

—¿La anfitriona? ¿Por qué no me llevas afuera y me pegas un tiro? —Se animó un poco cuando el abuelo Shipley entró arrastrando los pies—. ¡Llegas diez minutos tarde!

—Estaba leyendo el periódico —se justificó.

—Llegarías puntual si te vinieras a vivir a la granja.

El abuelo dejó el periódico en la mesa.

—No me mudo aquí porque estarás pendiente de todo lo que haga. Por Dios, Ruthie; si quisiera que alguien me atosigara, volvería a casarme.

Ella puso los ojos en blanco.

—No te atosigo, solo te aconsejo.

—Pues yo te aconsejo que me dejes en paz —refunfuñó el abuelo. Ocupó una silla y se acercó el periódico.

—Deje que le traiga un plato —le dije.

—Tú también deberías comer, princesa. —Griffin me miró por encima del borde de la taza de café.

¿Era cosa mía o todo lo que decía parecía obsceno?

—Lo haré.

Volví a la cocina y usé los moldes ya vacíos para hornear las últimas seis tartaletas. Luego me serví una de las cocidas y regresé al comedor justo a tiempo de oír al abuelo leyendo un párrafo de la portada del periódico local.

—La proyección de la película se vio interrumpida una vez más por la llegada de coches patrulla y ambulancias. —Alzó la cabeza—. Una noche emocionante la de ayer en el autocine.

Ruth cortó un pedazo de tartaleta.

—¿No me habías contado nada de eso, Griff! ¿Se armó mucho lío con el accidente?

Miré volando a Griff. Su expresión fue un rápido despliegue de pánico y humor a la vez.

—Bueno..., en realidad no lo vi bien. Había mucha gente agolpada alrededor, ¿sabes? No me pareció buena idea entrometerme.

—Un camión de heno volcado no es algo que se vea todos los días —dijo el abuelo y tomó un sorbo de café.

—Tienes razón —convino Griff—. ¿Puedo ver el periódico?

Su abuelo se lo pasó. Griff leyó el artículo asintiendo solemnemente.

—Sí. Se armó un lío tremendo. Tardamos una eternidad en salir de allí después de la película. Me guiñó un ojo.

Un camión de heno volcado no era ni la mitad de caótico que mis sentimientos por Griff Shipley.

Después de desayunar ayudé a Daphne a preparar la comida. Ella y su madre seguramente tardarían en volver de hacerse la radiografía, así que dispusimos bandejas grandes de fiambres y las cubrimos con plástico transparente.

—¿Te vas a quedar? —me preguntó con una mirada de súplica que me hizo sentir culpable.

—No. Hoy tengo cosas que hacer.

Y era lo mejor. Había pasado demasiado tiempo con la familia Shipley. Me habían hecho sentir mucho más útil de lo que solía sentirme, pero frecuentar su cocina no me llevaría a alcanzar mi objetivo.

—¿Te importa si me llevo una de las tartaletas que han sobrado? Quiero dársela a una persona.

Daphne se encogió de hombros.

—¡Coge lo que quieras! Y mañana vuelve para prepararlas otra vez.

—Ya veremos. Que os vaya bien en el hospital.

Hizo una mueca.

—¡Lo pasaremos genial en radiología! Mejor será que me lleve un libro. ¡Adiós, Audrey!

Me subí al coche y, tras un breve trayecto, llevé una bolsa con la tartaleta de beicon, huevos y queso a la puerta de servicio de La Cabra Montés. Llamé fuerte; ni siquiera así me oyeron porque en la radio sonaba a todo volumen una canción de Guns n'Roses, así que abrí yo misma y entré.

Encontré a Zara revisando el contenido de una cámara frigorífica y cantando con Axl Rose.

—Hola —dije dándole un golpecito en la mano.

—¡Joder! —chilló dando un salto y cerrando de un portazo la cámara

frigorífica, con los ojos desorbitados—. ¡Me has dado un susto de muerte! — gritó para que la oyera a pesar de la música.

Bajé el volumen.

—Ya lo sé. Perdona.

Se llevó un puño al pecho.

—Madre mía, creo que el susto me ha quitado un año de vida.

—¡Qué putada! Pero te he traído el desayuno, así que estamos en paz.

Zara enarcó una ceja oscura. Destacaba como un tajo sobre su piel pálida.

—¿Me has traído el desayuno? ¿Por qué?

En ese momento me di cuenta de que Zara y yo teníamos algo en común; su mirada de desconfianza me resultaba terriblemente familiar.

—Porque he tenido una idea para eso que estás considerando. Lo de servir café. Dijiste que las pastas te obligarían a estar aquí demasiado temprano para que el horario de mañana fuera sensato, pero puedes hacer tartaletas. El cocinero te las dejaría preparadas la noche antes, relleno incluido. Las tendrías en bandejas en la nevera; solo tendrías que meterlas en el horno. Puedes cobrar por ellas cuatro o cinco dólares y están hechas básicamente de pasta con un par de huevos. El beicon subiría el coste, pero es sabroso... — Saqué mi creación de la bolsa.

—Caray. —Zara cogió un plato del montón alto que había junto al mostrador de las ensaladas y puso en él la tartaleta—. Es una gran idea. Pero ¿por qué has estado pensando en mi problema?

Me encogí de hombros.

—Es lo mío, me gusta resolver problemas culinarios; son mucho más fáciles que los comunes.

—Es verdad. —Partió un pedazo de corteza y se la llevó a la boca—. Vale, me hacen falta un cuchillo y un tenedor. ¿Café?

—Claro.

Nos sentamos en la barra y hablamos mientras Zara comía.

Yo estaba postergando lo que tenía que hacer y eso que aquel día me esperaba mucho trabajo, incluida una llamada ineludible a mi jefe; sin embargo, Zara conocía todos los chismes de la zona, por lo que podía considerar que estaba recopilando información comercial.

—Si estás negociando con los Honeyweight, pídele el precio al señor Honeyweight, porque su mujer es una tacaña.

—Me alegro de saberlo —le dije tratando de recordar si ya había llegado a un acuerdo con esa granja. Me sonó el móvil y miré la pantalla—. Perdona un momento, son mis jefes. ¿Diga?

—Audrey —ladró uno de los Burton—. Hay un problema con el transporte de los productos perecederos que estás comprando.

Tardé un momento en asimilarlo.

—¿A qué se refiere? —Repasé mentalmente qué productos de las granjas eran perecederos. Casi todos.

—El año pasado, cuando comprábamos los productos directos de la granja a la mesa en Massachusetts, le pedimos a nuestro distribuidor habitual que transportara lo que comprábamos en las granjas, pero hace unos cuantos meses que cambiamos de distribuidor y el nuevo no tiene espacio para lo adquirido en Vermont.

Le di vueltas al problema un momento en busca de una solución.

—Entonces, ¿cómo van a llegar todas estas verduras a Boston? —Si me decía que no iban a llegar, lanzaría el teléfono hacia el fondo del local.

—Tendremos que encontrar otra solución.

—Cuando dice «tendremos» se refiere a que «tendré» que encontrarla yo, ¿no? —le pregunté sin rodeos.

Tuvo las narices de reírse.

—Eso es.

—Señor Burton —dije escupiendo las palabras—. Llevo una semana mirando a los ojos a dos docenas de agricultores y prometiéndoles que es usted un buen socio comercial.

—No te asustes, Audrey, no es tanta comida; nadie se va a morir si no la compramos. Los productos locales son caros y si no puedo traerlos a Boston a bajo coste, los accionistas de BPG no van a estar contentos.

—¿Qué puedo hacer para resolver esto? —Me temblaba la voz.

—Me parece que vas a tener que encontrar un camión de alquiler barato y conducirlo tú misma.

—¿Todos los viernes?

Se lo pensó.

—Sí. Puedes conducir desde Boston y volver con la carga semanal. O eso o encuentras a un granjero que tenga un camión y le pagas una pequeña cantidad por su tiempo.

Mierda. Ni siquiera podía imaginar lo que sería conducir un camión cargado de fruta y verdura por North End, el barrio más antiguo de Boston.

Dios, las cosas que hacía por aquellos idiotas. Pero ¿qué alternativa tenía?

—Buscaré un camión —le dije.

—Hazlo. Y asegúrate de llenarlo con suficiente mercancía para que valga la pena el viaje. Tengo que colgar. Adiós.

Clic.

Apoyé la frente en la barra de Zara; era eso o pillar un cabreo. Burton sentado en su cómodo despacho de Boston dándome lecciones sobre los accionistas, cuando había sido él quien había arruinado la iniciativa desde el primer momento. Cada noche que pasaba en aquel motel barato le costaba dinero y todo porque se había cargado la confianza de los agricultores ecológicos de Massachusetts.

Qué idiota. Qué gilipollas.

—¿Va mal en la oficina? —me preguntó Zara.

—Digamos que sí. Me hacen falta un camión y alguien que no tenga miedo de conducirlo por Boston todas las semanas y por una miseria.

—Vaya panorama. —Pasó un trapo por la barra, pensativa—. Por mucha rabia que me dé decirlo, Griffin Shipley seguramente podría ayudarte. No es que sea muy generoso con su tiempo, pero está muy implicado en todo eso de llevar los productos directamente de la granja a la mesa. Además, May, su hermana, va a Boston a menudo para visitar a su mejor amiga.

Levanté la cabeza de la barra y pensé en ello.

—Es verdad... —Pero Griff odiaba BPG. Por otra parte, sus sidras tenían que llegar a Boston de algún modo. Solo faltaba una semana para que empezaran las entregas de fruta y verdura, pero un mes después él tendría que llevar su producto a la ciudad para poder cobrar su cheque—. Lo llamaré. Me va a gritar.

—Es posible —estuvo de acuerdo Zara.

Llamé a la casa de los Shipley, esperaba que no me respondiera Griff; no tuve esa suerte.

—¡Princesa! —exclamó—. ¿Se te ha pinchado otra rueda?

Ajusté el volumen del teléfono para no quedarme sorda.

—No exactamente —me defendí resentida, porque lo que había dicho implicaba que yo siempre me quedaba empantanada y le pedía que me rescatara. Ojalá no hubiera tenido razón—. Me he topado con un... eh... inconveniente y me preguntaba si tendrías alguna idea.

—Dispara.

—Bueno. Trata de no decirme «te lo dije...». —Le expliqué el problema.

—¡La puta que...! —exclamó cuando terminé—. Te lo dije...

—¡Griff!

Su risa retumbó en mi oído.

—Era una broma, princesa. No alquiles uno sin conductor; que esos idiotas paguen unos centavos por kilómetro por uno de mis camiones y a uno de mis empleados el salario mínimo por cinco horas cada viernes. Ah, y asegúrate de que solo quieren un lugar de entrega; no puedo tener a mis chicos dando vueltas por Boston todo el día. Cuando la carga llegue a la ciudad, será problema suyo.

—Me parece muy justo —dije sintiendo un primer atisbo de alivio—. Espero que acepten.

—Es el salario mínimo. ¿Van a encontrar algo mejor?

—A mí me pagan menos que el salario mínimo.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Quieres oír lo que pienso de eso?

—No.

Suspiró.

—Eso me parecía. Cuídate, princesa. Gracias por toda tu ayuda de esta mañana.

—No ha sido nada; si tu madre tiene que hacer reposo, puedo ayudarte esta noche también. O mañana. —Mierda. Otra vez metiéndome en su vida—. Solo si te hace falta —añadí.

—Me parece bien; estaba pensando en pedir pizzas, pero no puedo hacerlo más que una o dos veces seguidas. Además, tenemos que conducir veinte minutos por trayecto para recogerlas.

—Menuda lata. Te llamaré más tarde.

—Cuento con ello. ¡Adiós, princesa! —Colgó.

Había ido mejor de lo que esperaba. Me sorprendía lo fácil que había sido. Entonces vi la cara de Zara.

—¿Qué pasa?

—¿Griffin Shipley te llama «princesa»?

—Oh, sí. ¡Qué horror! —Durante toda mi vida la gente me había considerado una niña mimada. Siempre vestía a la última moda y había ido a una escuela cara. Como pago, mi madre me decía todos los días la gran decepción que era yo para ella.

Metí el móvil en el bolso y cerré la cremallera.

—No es un horror. —Zara tenía una mirada soñadora—. Es... Caray.

—¿Por qué? No lo entiendo.

Suspiró.

—Se compara con Han Solo, ¿sabes? Tiene un exagerado instinto de protección.

Resoplé.

—Sí. ¿Y?

—¿Cómo llamaba Han a Leia? Princesa. Vi esa maldita película una docena de veces para tratar de entender a ese hombre; nunca descifré el código. Sin embargo, parece que tú lo has conseguido. —Apoyó la barbilla en una mano—. De verdad que nunca había visto a Griff esforzarse tanto con una chica. Bien hecho, hermana.

—Mmm. —Me explotaba la cabeza. No creía que el apodo que Griff usaba conmigo fuera otra cosa que una pulla, pero tendría que pensar en aquello más tarde.

—Gracias por el café. Tengo que darme prisa.

—Vuelve siempre que quieras si me traes el desayuno. —Me sonrió, se despidió con un gesto y me fui.

Septiembre

Griffin

A pesar de la lesión de mamá, las siguientes semanas fueron las mejores que había pasado en mucho tiempo. La cosecha iba bien y el clima contribuía a ello. Los muchachos recogían manzanas sin parar y los nuevos tanques de sidra llegaron en la trasera de un volquete. Los limpié sonriendo como un tonto. El gran momento: tres columnas cilíndricas de acero en un rincón del lagar. Cuando nadie miraba, los acaricié admirando las boquillas de extracción de la parte inferior y los medidores de presión de alta tecnología de la superior.

A medida que agosto transcurría, llenaba la prensa todas las tardes y prensaba tantas fanegas como podía antes de cenar. Gran parte del zumo iba a parar a uno de los nuevos tanques, mientras que el resto se congelaba para mezclarlo con el de la siguiente temporada.

La lesión de mamá iba curándose. Al volver por primera vez de la consulta del médico, me había emocionado cuando dijo que no estaba fracturado, pero a pesar de eso su gesto era de dolor mientras caminaba hacia la granja.

—No se lo ha roto. Estupendo, ¿verdad?

Daphne negó con la cabeza.

—Es un esguince de tobillo. Tardan más en curarse que una fractura.

—Ya veremos —había dicho mi madre con la cabeza bien alta.

Era como si creyera que podía influir en la curación del tobillo, pero, demonios, si alguien podía, era ella. Mi madre era dura de pelar; sin embargo, puse todo de mi parte para asegurarme de que obedecía las órdenes del médico de no cargar peso sobre el pie. La habían mandado a casa con un par de muletas de cien dólares y cara de pocos amigos.

Al principio, el dolor y la humillación de estar lesionada la ponían de mal humor. Hubo momentos en los que me planteé otorgarle el premio al Shipley más irascible. No sabía cómo ayudarla.

Otros lo hicieron. Jude me sorprendió ofreciéndose voluntario para ayudar a preparar el almuerzo; no me acordaba de que había dicho que trabajaba en la cocina de la cárcel. Mi madre aceptó y él se marchaba del huerto a mediodía todos los días para ayudar. La primera vez que llegué a comer y me lo encontré con un delantal de volantes, casi me parto de la risa, y creo que el objetivo era precisamente ese. A mi madre le costaba ser mordaz y estar deprimida mientras Jude interpretaba el papel de esclava de la cocina.

Y estaba Audrey, además. Aparecía por las tardes, más o menos cuando mi madre solía empezar a preparar la comida, y mi madre aceptaba su ayuda en la cocina mejor que la de cualquier otra persona, incluso la de Jude; tal vez porque Audrey era chef o a lo mejor porque era adorable. Ella aceptaba su ayuda y Audrey tenía la amabilidad de ofrecérsela.

Hay que aprovechar lo bueno mientras dura, como dicen, así que hacía cuanto podía para tener a Audrey cerca cuando terminaba la jornada. Acabamos yendo al cine de verdad; incluso vimos la película mientras ahogaba mis lujuriosos pensamientos con palomitas de maíz y un refresco.

De vez en cuando íbamos a La Cabra, donde me sorprendía el cálido saludo de Zara.

Al final me di cuenta de que el saludo era para Audrey; era de suponer. Era

capaz de meterse en el bolsillo a cualquiera, cosa que, por lo general, hacía. Algunas noches, Audrey y yo jugábamos a las cartas con Dylan y Daphne. Al principio dejábamos que los gemelos formaran equipo, pero cuando les iba mal se peleaban demasiado, así que después jugábamos chicas contra chicos.

Las mujeres nos daban una paliza a Dylan y a mí; así va el mundo.

La mayoría de esas noches seguía a Audrey hasta el motel y me quedaba a dormir en su cama. Estoy bastante seguro de que la cabañita tembló desde los cimientos una o dos veces debido a nuestro entusiasmo con el sexo. Juntos bautizamos todas las superficies de la destartada habitación; era una verdadera delicia.

La noche del viernes en que mi madre se torció el tobillo, Audrey y yo nos acostamos desnudos en su cama.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿Otro? ¿Tan pronto? —Desplazó los dedos por el centro de mi pecho hacia la entrepierna.

Me reí.

—No es un favor sexual. —Ya estaba más que satisfecho—. ¿Les servirías tú la sidra a los turistas mañana? Trato de que mi madre no esté de pie.

Alzó la cabeza de mi hombro.

—¡Por supuesto! ¿Para que la degusten?

—Exactamente. No es un trabajo intelectual, pero tampoco es cavar zanjas.

—¿Puedo probarlas yo también?

—Claro que sí. —En aquel momento le habría concedido cualquier cosa. Piel contra piel con ella era como siempre había querido estar—. Pero una cosa: no les digas de ninguna que sabe a mamada.

Ahogó la risa en mi cuello.

—Está bien. Seré formal y aburrida. Todas tus sidras saben a albaricoque o a rocío.

Me puse de lado y la besé; tal vez debido al poder de la sugestión, sabía a albaricoque y felicidad.

El sábado amaneció soleado; prometía buen tiempo y muchos turistas.

Dejé a Audrey durmiendo en la cama después de programar la alarma de su teléfono para que sonara a las ocho en punto y me fui a casa para prepararme para la invasión.

Lo primero, cargar el camión para el mercado de Norwich. Hecho esto, May, que había vuelto de su viaje a Boston, y Zach se marcharon. Yo quería estar cerca para vigilar a mamá, que estaba bastante incómoda por la torcedura.

Había insistido en preparar una gran cantidad de huevos para el desayuno con una muleta en una mano y la espátula en la otra. Después de desayunar, coloqué una mesa en la puerta del lagar con la caja registradora. Solíamos poner la caja en el mostrador de degustación, pero sabía que si lo hacía no se quedaría sentada.

A las nueve menos cuarto todo estaba listo. Teníamos una montaña de calabazas cultivadas por los Abraham en la granja Apóstata. No solo las manzanas y la sidra atraían a los turistas a la plantación un sábado de finales de agosto; venían para disfrutar de una experiencia y hacíamos todo lo posible para proporcionársela.

Mi madre estaba en su silla contando el cambio cuando llegaron los primeros coches. Las familias bajaban de los monovolúmenes dispuestas a recoger manzanas paula red y ginger gold. Me distraje con un par de piernas torneadas que salían de un coche de alquiler. Cuando le vi la cara, Audrey tenía una sonrisa tan luminosa como el sol de finales de verano. Mierda. Mi granja era más hermosa si ella estaba.

—¡Buenos días! —gritó balanceando el bolso.

Fui a su encuentro y le robé un beso; sabía a dentífrico y a felicidad.

—Mmm —ronroneé deseando tener tiempo para más—. ¿Has dormido bien esta mañana cuando me he ido?

Me miró extrañada mientras nos dirigíamos hacia el lagar.

—Pues claro. ¿Qué tiene eso de particular?

¿En serio?

—¡Oh, caballos!

Dylan y Daphne discutían acaloradamente en el pescante del carruaje de Abraham. No se ponían de acuerdo acerca de quién llevaría primero a los perezosos medio kilómetro por la plantación hasta las ginger gold.

—No —dijo Daphne—. Tenemos que turnarnos cada hora.

—Eso es absurdo —arguyó mi hermano—. No seas tan coñazo.

Mientras tanto, los dos percherones parecían aburridos. Uno estiró el cuello para oler la falda de Audrey, que se apartó de un salto.

—¡Eh! ¡Qué atrevido eres!

Aparté el hocico del caballo, pero no pude culparlo.

—Chicos, cambiad de conductor cada noventa minutos. Dylan va primero y terminará a las diez y media. Se acabó la discusión.

—¿Qué? —protestó Daphne—. Noventa minutos son una eternidad a las riendas.

—No atropelléis a ningún cliente —agregué dándole la espalda—. Vamos, Audrey.

Me siguió dando saltitos. La cosa más bonita del mundo.

—¿Cuánto tengo que cobrar por una botella de sidra?

—Tú no tienes que manejar dinero, mi madre se ocupa de eso, pero si alguien te lo pregunta, son catorce dólares.

—¡Una ganga a cualquier precio! —exclamó—. Será divertido; espero que

la gente entre a probarla.

—Sí que entrará. Acabarás hecha polvo.

Me dio un empujoncito.

—Apuesto a que se lo dices a todas. ¿Qué pasa si alguien quiere plantarse allí y beber gratis?

—Bueno... —Llegamos a la puerta del lagar, donde nos encontramos a mi madre de pie y sin muletas.

—¡Siéntate ahora mismo! —le ordené—. ¿Es que quieres volverme loco?

Me lanzó una mirada asesina.

—No puedo quedarme sentada todo el santo día. ¿Quién puede?

—Mucha gente. A mí me gustaría probarlo alguna vez. Por favor, ¿puedes dejar que ese tobillo descanse?

Se sentó y le dio la mano a Audrey.

—Me alegro de verte, hija. Gracias por venir a ayudarnos.

—Es un placer. —Audrey sonrió—. Siempre había querido poner un puesto de limonada, pero mi madre decía que era cosa de pobretones. —Puso los ojos en blanco—. ¡Esto es todavía mejor!

—Si necesitas algo, estaré aquí fuera —dijo mi madre—. Seguramente Griff me atará a la silla, así que no te costará encontrarme.

—¡Me alegro! —celebró Audrey—. Vamos, Griff. ¿Tengo que llevar uniforme?

—¿Uniforme? —me reí, pero mi malévolos cerebro me ofreció la imagen de Audrey con un diminuto disfraz de criada francesa—. Basta con tu sonrisa, nena; es cuanto necesitas. Las copas están ahí, las hay de dos tamaños. Me da lo mismo cuáles uses primero, pero si eliges las grandes, no las llenes hasta el borde.

—Bueno... No voy a regalar la tienda. —Cogió dos copas diferentes y las

examinó—. Con la de boca más ancha se apreciará mejor el buqué, pero la más pequeña llena hasta arriba dará más sensación de generosidad...

Abrí la nevera y saqué cuatro botellas, una de cada variedad de esa temporada.

—Vaciarás un montón, pero aquí tienes el primer lote. Que te diviertas. Gánatelos, no tienes que hacer nada más. Alguien te traerá el almuerzo o te relevará para que puedas comer algo.

Apoyó las manos en el mostrador con los dedos separados.

—Entendido. Ve a cortar leña o lo que sea que hace Griff el Granjero un sábado.

—Ir de un lado a otro como un loco para alejar a la gente de mis manzanas para sidra. Por grandes que haga los carteles, siempre hay unos cuantos idiotas que intentan coger las variedades tradicionales.

—Qué gilipollas. ¿Les disparas o simplemente vas de Griff el Gruñón?

Me estaba tomando el pelo.

—Aguanta, princesa. —Me incliné por encima del mostrador y le di otro beso mientras ella me miraba con sus grandes ojos plateados—. Adiós, por ahora.

—Adiós —susurró.

Salí silbando bajito.

Durante toda la mañana hubo un flujo constante de coches llegando a la granja. Fueron aparcando a lo largo del camino hasta que no quedaron huecos y tuvieron que hacerlo en la carretera general y llegar andando. Dylan y Daphne hicieron docenas de viajes con el carricoche hasta la plantación y la caja registradora de mi madre sonaba una y otra vez cuando la gente pagaba la fruta que había recogido.

Cada vez que pasaba por el lagar, oía la risa de Audrey y quería enterarme del motivo; no, quería tener toda la vida esa risa cerca. Cualquiera que me

oyera decirlo probablemente se sorprendería; no era precisamente famoso por tener relaciones duraderas, pero Audrey me había llegado a lo más hondo y lo hizo desde la primera vez que la vi entrar en mi fraternidad, en Boston.

«Solo me quieres por el sexo.» Desde que me lo había dicho, una semana antes, aquello me tenía preocupado; había empezado a preguntarme qué habría pasado si hubiera manejado la situación de otra manera en la Universidad de Boston. Me había portado como un energúmeno, o al menos como un niño tonto, lo que era entonces. Si hubiera intentado ser un buen amigo en lugar de llevármela a la cama sin más, ¿habríamos empezado una auténtica relación?

Podría haber sido realmente mía.

Estaba pensando en esto cuando vi a una mujer trajeada subiendo por el camino. Probablemente tenía treinta clientes a la vista en este momento, pero ella destacaba. Para empezar, nadie había caminado con tacones por nuestro camino de grava desde hacía cinco años, cuando May se graduó. Además, su aspecto era sombrío, inapropiado para un día soleado en una espléndida (lo digo yo) plantación, y se parecía mucho a Audrey. Tenía el cabello brillante y los pómulos bonitos, como ella; sin embargo, su expresión era dura. Nunca había visto a Audrey con esa expresión.

La seguí hasta la puerta del lagar, donde estaba sentada mi madre. No oí lo que decían, pero mi madre se enderezó en la silla y señaló hacia el interior.

Cuando llegué a la puerta, la mujer estaba gritando a pleno pulmón.

—... hace una semana! —vociferaba—. Esperaban tu currículo, jovencita. ¡Me has hecho quedar como una tonta!

—¡No he hecho tal cosa! —gritó Audrey—. No te pedí que me propusieras para ese trabajo ni para ningún trabajo. ¡No quiero tu ayuda!

Los clientes estaban marchándose, tuve que esquivarlos para entrar.

—¿Hay algún problema? —pregunté sosteniéndole la mirada a Audrey.

—Lo siento mucho —dijo con un hilo de voz—. Mi madre ha venido

conduciendo hasta aquí para chillarme, pero podemos ir afuera.

—No hace falta —dije acercándome y apoyando la cadera en el mostrador de degustación. Me encaré con su mal llamada madre—. A menos que haya venido a probar la sidra, ¿tendría usted la bondad de marcharse? En este momento Audrey está ocupada.

Audrey

Griff habló con bastante calma. Tenías que conocerlo tan bien como yo para notarle la tensión en los hombros mientras estudiaba a mi madre.

Ella estaba igualmente a punto de estallar, observaba a Griff con la boca contraída.

—Audrey, esto no es un trabajo. Alguien con tu talento no debería vender sidra en un... establo. —Su mirada era cortante—. Sube al coche, te vienes conmigo a Boston.

Nunca en la vida había estado tan avergonzada.

—Dios mío... —jadeé—. ¡No! Tengo un trabajo, ¿vale? Un verdadero trabajo en BPG. Me han dicho que conoces la empresa.

Mi madre echó atrás la cabeza, sorprendida.

Pero yo no me callé.

—Esto... —Abrí los brazos abarcando lo que me rodeaba—. Esto lo hago por diversión y para ayudar a una gente que se porta bien conmigo. Son amables, incluso les gusto. Sé que para ti es incomprensible, pero es cierto. En cualquier caso, pierdes el tiempo; no puedes obligarme a aceptar un trabajo que no quiero. Has malgastado un sábado viniendo hasta aquí para hacerme sentir desgraciada. Le has sacado un estupendo rendimiento a la inversión, mamá. Buen trabajo. Ahora ¿cómo vas a anotar las horas perdidas en tu hoja de cálculo?

Mi madre abrió la boca, pero volvió a cerrarla; por lo visto, había imaginado aquella discusión de un modo muy distinto.

—Mira, te devolveré la tarjeta de crédito —dijo escupiendo las palabras—. Simplemente solicita ese trabajo en...

—No. No. ¡No! Tienes que entender esto. —Las palabras salían de mi boca, pero creo que era la primera vez que yo también entendía lo que estaba diciendo—. Prefiero lavar platos y vivir en la miseria que volver a permitir que critiques mis decisiones. Eso se acabó, mamá. ¡Se acabó! Deja de mandarme correos electrónicos para recordarme que me cepille los dientes o que ponga los relojes en hora para el horario de verano. No puedes repudiarme y seguir dándome órdenes. ¡No funciona así!

El sonido agudo de mi voz reverberó en los tanques de sidra; luego se hizo el silencio. Vi a la madre de Griff mirando por la puerta, y a Jude. El corazón me latía desbocado y había empezado a sudar. No había sido mi intención tener una pelea violenta delante del clan Shipley, pero aquel estallido llevaba mucho fraguándose.

—Bu... bueno —farfulló mi madre arreglándose el *blazer*—. Esto es ridículo. Eres ridícula. Pero, evidentemente, no puedo quitártelo de la cabeza.

—¡Pues deja de intentarlo! —dije bajando la voz—. Porque soy más feliz desde el día en que dejé de malgastar tanta energía tratando de complacerte. —Mi madre dio un leve respingo. Otro espantoso silencio se cernió sobre el lagar.

Fue entonces cuando dejé de echar humo. Decirle a mi madre que se fuera a la mierda me había enfriado.

Cogí con una mano temblorosa la jarra que tenía delante y serví una copa. Estaba tan alterada que consideré tomar un trago.

—¿Quieres probarla? —le pregunté a mi madre—. Es ecológica y está a punto de hacer furor en Boston.

Miró la copa como si fuera una serpiente venenosa.

—No, gracias. —Me lanzó una última mirada asesina, giró sobre sus talones y fue hacia la puerta. Se iba.

Era lo que le había dicho que hiciera, claro, pero, siendo sincera, verla darme la espalda me dolió. Muchísimo.

—Yo también me he alegrado de verte, mamá —susurré. Pretendía ser un comentario mordaz, pero me salió triste.

Mi madre puso una mano en la jamba de la puerta. La vi dudar.

Estaba segura de que dudaba.

Sin embargo, salió y la perdí de vista.

La breve visita de mi madre había sido demoledora. Estaba avergonzada y deprimida, y todos lo sabían.

Esa noche, Griffin me llevó al Whippi Dip, donde nos comimos nuestro peso en helado con chocolate caliente. Luego fuimos a La Cabra y Zara me preparó lo que llamaba «mi Margarita atrapapenas».

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó Griff mientras disfrutábamos de nuestras copas en el mismo banco de una mesa.

—No —dije alegremente—. No hay mucho que decir. No me entiende. Nunca lo hará.

—Lo siento, nena —me susurró al oído—. Los demás te entendemos. No es tan complicado.

«Ah.» Le di un beso agradecida.

—Lo sé, ¿vale? Estoy tratando de ser chef, no de dedicarme a la pornografía. ¿Por qué no puede estar contenta?

Sacudió su ridículamente hermosa cabeza. Me dieron ganas de sentarme en

su regazo y frotarme la cara con su barba, pero la gente me habría mirado y aquel día ya había montado una escena.

Maldita fuera mi madre. La quería.

—¿Sabes lo más estúpido? —le pregunté de repente.

—¿Qué, princesa?

—A veces me imagino ganando el proyecto Green Light de BPG y que ella es la primera persona a la que se lo cuento. —La mirada de Griff se volvió suave y comprensiva—. Hoy le he dicho que había dejado de intentar complacerla. ¡Pero no es verdad! No puedo dejar de desear su aprobación, por poco que la valore. Me refiero a que es una mujer que aprendió a jugar al golf para poder hacer negocios los fines de semana también.

—«Por ese camino se llega al lado oscuro» —citó a Han Solo.

—Y pide vino con gaseosa, irónicamente.

—Vaya.

—Ya. —Apoyé la cabeza en su hombro. La barba me hizo cosquillas en la mejilla, así que me moví un poco para que me hiciera más. No fue demasiado raro. Estoy bastante segura.

—Hazme un favor, princesa.

—¿Sí? —murmuré en su cuello.

—Si ganas el concurso en Boston, ¿me lo dirás a mí antes que a ella?

Levanté la cabeza y me quedé mirándolo.

—Vale.

—Gracias. —Me puso otra vez la cabeza en su hombro. Fue lo más memorable de aquel día espantoso.

Griffin

La temporada fue bastante bien, aparte de que la madre de Audrey resultó ser una estúpida. El verano dio paso al otoño, las hojas de los árboles se tiñeron de colores, los gemelos volvieron al instituto, May a estudiar Derecho, y cuando el médico dijo que mi madre podía volver a cargar peso sobre el tobillo, tuve la sensación de que todo mejoraba.

Me equivocaba, porque al día siguiente los mandamases requirieron la presencia de Audrey en Boston.

Por si eso fuera poco, a ella no parecía importarle mucho; de hecho, no me enteré hasta que la llamé para que saliéramos a cenar juntos.

—No puedo —dijo en voz baja—. Estoy volviendo a Boston. Me han colocado en la Bostonian Bakery y empiezo mañana en el turno de las cinco de la mañana.

Tardé un poco en entender lo que me decía. Podía cambiar el orden de las palabras tantas veces como quisiera que la conclusión sería la misma.

—¿Estás yéndote de Vermont?

—Sí —fue su respuesta, apenas audible.

De golpe, mi mundo feliz se vino abajo.

—Gracias por avisar.

Se quedó en silencio. Deseé no haber hablado con tanta furia. No me

importaba ser un poco brusco con ella, pero con aquel comentario había dejado meridianamente claro que su partida me dolía más a mí que a ella.

Prefería lamerme las heridas a solas. ¿Qué hombre no lo prefiere?

—BPG no me necesita más en Vermont —puntualizó—. Ya he comprado todo lo que tus vecinos pueden venderme y como tus muchachos se encargan de las entregas, ya no tienen por qué seguir costeando mi estancia allí.

«¡Vaya, joder!» No habría aceptado hacer las entregas de haber sabido que ocurriría eso.

—Entiendo —me limité a responder.

—Sabías que me iría. Me cuesta creer que me hayan dejado quedarme tanto tiempo, así que no me digas que te sorprende, Griff.

Sin embargo, estaba sorprendido. Me había acostumbrado a tenerla a mi lado y, al parecer, ella no estaba tan hecha polvo como yo esperaba que estuviera.

Eso me fastidió y mucho.

Me aclaré la garganta.

—Cuídate.

—Tú también, de verdad.

Ya no había nada más que decir. Colgamos. Me metí el teléfono en el bolsillo y pensé en la interminable lista de trabajos pendientes. Como todos los días, pero sin poder ver después a Audrey; de repente, se me hacía un mundo.

A la semana siguiente todo fue mal. Una tarde cayó de improviso una granizada que dañó parte de la fruta. Las que habrían sido unas perfectas manzanas ecológicas honeycrisp se estropearon; ya no conseguiría el precio más alto en el mercado. Después de decirle a Smitty que no quería renovar el contrato de alquiler, le vendí a un conocido de la iglesia de mi madre una

docena de vacas jersey. Tendría que haberme alegrado, pero a Dylan le dio el bajón y estuvo un buen rato despidiéndose de las vacas. Me hizo sentir fatal.

Después, los lecheros se molestaron por la escasa producción y me dijeron que no querían ir a recoger tan poca leche con el camión, de modo que invertí un valioso tiempo que habría dedicado a recoger manzanas buscando a alguien que quisiera comprar el resto del rebaño.

—¿Y esa cara tan larga? —me preguntó mi madre el jueves por la noche. Los Abraham habían venido a casa a cenar, como de costumbre.

—¿Dónde está tu novia? —se interesó Isaac Abraham sirviéndose otra porción de la famosa tarta de manzana y arándanos de mi madre.

Hacía un par de años, cuando Isaac y Leah habían comprado la granja situada carretera abajo, habíamos empezado con la tradición de cenar un jueves de cada dos en casa. Eran buena gente. Habían escapado del mismo extraño culto religioso del que habían expulsado a Zach.

—Oh, está en Boston —respondí sin molestarme en explicarle que no era mi novia. Seguramente entendieron que estaría en Boston solo una temporada—. Se marchó hace diez días.

—Pero ¿cuándo volverá? —preguntó mi madre con curiosidad, lo que me obligó a admitir que, en mi opinión, nunca lo haría.

Me encogí de hombros como un idiota: «Gracias, mamá».

Mi madre se cruzó de brazos y me miró.

—August Griffin Shipley tercero, te creía más listo.

—¿Más listo para qué?

Meneó la cabeza.

—Si te importa esa chica, ¿por qué te quedas ahí como un pasmarote? Díselo.

La situación era embarazosa. Isaac, en vez de ayudarme, se quedó sentado con una extraña sonrisita.

—¿Qué? —le espeté.

Sonrió.

—Sabía que cuando te enamoraras sería hasta las trancas. Llevas toda la semana tristón, como un bebé al que le salen los dientes.

—¿Quién es el bebé? —preguntó mi hermana May cogiendo con un dedo la nata montada de la porción de tarta de Isaac, que la puso fuera de su alcance.

—Sírrete tú un pedazo. Y el bebé es tu enamorado hermano.

—Ah. —May soltó una risita—. La única persona que lo hace feliz se ha ido del estado. Tenemos un problema.

Ellos también lo tenían, por lo visto.

Mi carácter fue de mal en peor durante los días siguientes.

Reñí a Kyle por su manera de ordenar los barriles de sidra; era una buena manera, pero no era la mía, y si llegaba a confundirme sobre dónde estaba cada cosa sería un completo desastre.

—¡Vale! —dijo enojado levantando las manos en actitud defensiva—. Los ordenaré a tu manera; no hace falta que te pongas tan agresivo.

—¡No estoy agresivo! —le grité.

Todos los que estaban cerca se rieron, cosa que no contribuyó a mejorar mi humor.

Dylan se llevó la peor parte cuando, una mañana, descubrí que había dejado el gallinero abierto toda la noche. Un mapache oportunista se había comido una de las mejores gallinas ponedoras. No solo habíamos perdido una gallina, sino que, además, el gallinero estaba sucio de sangre y plumas.

Mi hermano tenía la cara como un tomate cuando terminé de echarle el rapapolvo. Después lo obligué a limpiar el gallinero. Tenía los ojos llorosos cuando enterró lo que quedaba de la gallina; el castigo había sido peor que la bronca. El chico quería a los animales más que a cualquiera de nosotros y para él ya era lo bastante duro saberse culpable de una muerte tan sangrienta.

Seguramente habría sido vegetariano de no ser porque su cuerpo grande y todavía en desarrollo necesitaba cinco mil calorías diarias.

Ese mismo día le pedí disculpas por haberla pagado con él, pero me respondió con una mirada de rabia y me dejó plantado.

Mierda, cómo se me parecía.

El viernes, Kyle decidió que yo necesitaba una noche en La Cabra. No creía que fuera a animarme, pero tampoco me pondría peor; además, Kyle se merecía divertirse un poco después de haberme aguantado durante toda la semana, así que fuimos. Zach se quedó porque quería ver una película con Jude y los gemelos.

El bar estaba a rebosar, cosa poco frecuente. Estábamos en la época de la caída de la hoja y unos cuantos turistas habían encontrado el abrevadero local, así que las mesas estaban ocupadas. Kyle y yo nos fuimos a la barra.

—¿Qué te pongo? —me preguntó Zara sosteniéndome la mirada más tiempo del normal.

—Eh... Una cerveza Long Trail.

—Hecho. ¿Y para tu adlátere? —Dirigió la atención a Kyle.

—No soy su adlátere.

—Vale, no dejas que nadie te diga qué tienes que hacer, entendido. ¿Qué vas a tomar?

—Pues... —Miró los grifos de cerveza.

—Si te decides este año, mejor.

—Creo que otra Long Trail.

Zara llenó las copas de cerveza riéndose. Me sirvió la mía con una cálida sonrisa. No sabía qué había hecho para merecerla, pero si había decidido dejar de odiarme, mejor que mejor.

Nos tomamos las cervezas y hablamos de la recién estrenada temporada de fútbol americano. Llegamos a la conclusión de que los Patriots de Nueva

Inglaterra tendrían otro gran año. Justo después de dejar el fútbol americano me fastidiaba seguir los equipos; había conocido a muchos de mis ídolos y me había imaginado jugando con ellos.

Fuera como fuera, la temporada de fútbol coincidía con la temporada de recogida; estaba demasiado ocupado como para seguir mucho el fútbol. Me pasaba todos los domingos por la tarde en la plantación, rodeado de turistas y ganando unos pocos miles de dólares con las ventas.

—¿Quieres entradas para algún partido del mes que viene? —me preguntó Kyle—. Miraré el calendario. Los domingos no puedes, pero con suerte habrá algún partido un jueves por la noche o un lunes al que podamos ir.

—Claro, échale un vistazo. —Sin embargo, la idea de ir en coche a Boston me hizo pensar en Audrey únicamente. Me sorprendí buscándola en el bar, algo por completo inútil, pero la esperanza nunca se pierde.

Obviamente no estaba ni había motivo alguno para que estuviera.

Cuando las copas estaban casi vacías, Zara se detuvo frente a nosotros.

—¿Otra ronda? —preguntó.

—Claro —contesté—, gracias.

Kyle se echó hacia delante sin levantarse del taburete y la miró.

—¿Te molesta que te pregunte qué harás después?

—Sí que me molesta.

—Ah. Me gusta tu sinceridad —respondió Kyle.

—No, no te gusta, pero esas universitarias que juegan a los dardos están mirándote.

—Me están mirando a mí —dije para pavonearme, porque ni me había percatado de la existencia de aquellas chicas.

Zara resopló.

—Me alegra saber que tienes el ego más grande que esa cabezota.

—Con vuestro permiso —dijo Kyle levantándose y atusándose el pelo—.

Me apetece jugar a los dardos.

—Ve a por ellas, muchachote —lo despidió Zara. Lo miró alejarse y se volvió hacia mí—. ¿Tienes un segundo?

—Supongo... —Me llamó la atención que estuviera ceñuda.

Estrujaba el trapo con unos nervios impropios de Zara.

—Hay algo que tengo que decirte antes de que te lo cuenten por ahí y te hagas una idea equivocada.

—Vale... —Aunque un poco inquieto, no estaba preparado para lo que vino a continuación.

—Bien. Estoy embarazada de nueve semanas.

Cuando lo dijo, la música del bar hizo algo extraño. Fue como si las conversaciones alegres y el rock del equipo de sonido se desvanecieran. Lo único que oía mientras observaba la cara de preocupación de Zara era el latido del pulso en mis oídos. Todo me era ajeno salvo aquella palabra tan imponente.

Entonces Zara me dio un manotazo en la mano.

—Por Dios, Griff, respira, que no es tuyo. Eso es lo que quería decirte.

La obedecí y respiré. El oxígeno me ayudó a volver a la realidad.

—No... —Hasta eso me costó decir.

—No es tuyo. Haz los cálculos. ¿Me estás escuchando?

La escuchaba, pero todo lo que oía era «embarazada».

—¿Estás segura?

—Sí, independientemente de a lo que te refieras, estoy segura. Ya sabes cómo va esto, aunque todo lo que sabes sobre la reproducción lo hayas aprendido criando vacas. El médico averigua de cuántas semanas estás con una ecografía. Además... —Tragó saliva—. Nosotros tomábamos precauciones.

Fue su cara de vergüenza lo que me hizo recuperar el juicio.

—Ostras, Zara, ¿estás bien?

Los labios le temblaron, pero se contuvo.

—Sí, gracias por preguntármelo. Mis hermanos tardaron bastante más en hacerlo. Se armó un buen follón.

«Mierda.»

—¿Te gritaron? Eso no está bien. ¿Tienes dónde alojarte?

Zara puso los ojos en blanco.

—Todo va bien, Griff, de verdad. Han sido un par de semanas complicadas, solo eso. Mamá sigue llorando, preguntándose en qué se equivocó, y mis tíos y hermanos están enfadados porque no pienso decir quién es el padre.

—¿No lo dirás?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué?

Zara suspiró.

—Griff, tú y yo tampoco vamos a hablar de eso, es un asunto privado, ¿vale? Tengo mis razones y punto.

Apuré la cerveza intentando entender la conversación más rara que había tenido en mucho tiempo.

—¿Un chupito de whisky? —me ofreció con una sonrisa. Debía de tener cara de necesitar un trago y estuve tentado de aceptar.

—No, no puedo. Tengo que conducir.

Dejó de sonreír.

—Griff el responsable, el conductor sobrio que salva el mundo trayecto a trayecto. Puedo llamar un taxi, ¿sabes?

—Prométeme una cosa —le dije indicándole por señas que se acercara.

Apoyó los codos en la barra y acercó la cabeza.

—No es tuyo —me susurró—. Te lo diría, lo juro.

—Sé que lo harías. —Sin embargo, no era eso lo que quería preguntarle—.

Si la situación se complica mucho en casa, ven a vernos. Cuídate.

Relajó la cara.

—Estoy bien, lo prometo. Ya conoces a mi familia... Gritamos mucho, pero siempre nos reconciliamos. —Se estiró, me apretó la mano y me la soltó rápidamente—. También quiero preguntarte una cosa.

—Dime.

Se irguió y se cruzó de brazos. Inevitablemente, los ojos se me fueron a su vientre, todavía plano; no se le notaba nada.

—Míreme a la cara, señor.

Obedecí y ella prosiguió.

—Llevas toda la tarde mirando la puerta y Audrey no ha aparecido.

—Está en Boston —respondí rápidamente. No necesitaba otra mujer interrogándome sobre Audrey.

—Vaya, vaya. Deja que te plantee un caso hipotético. ¿Qué habría pasado si hubiese venido esta noche, se hubiera sentado aquí mismo —Zara señaló el taburete vacío de Kyle— y te hubiese dicho: «Griff, estoy embarazada»? Solo por curiosidad. ¿También te habrías puesto pálido y por poco no te habrías desmayado en mi bar?

—No he estado a punto de desmayarme —protesté—. Eso es mentira.

—Vale, tipo duro —tenía un brillo especial en la mirada—, pero no has respondido a la pregunta.

No había respondido a su pregunta porque la respuesta me desasosegaba. Lo cierto era que si Audrey me hubiese dicho que estaba embarazada, me habría puesto... eufórico. «¡Santo Dios!» ¿Cuál era el origen de esa euforia?

A lo mejor sí que me habría venido bien un chupito de whisky.

—Oiga, ¿señorita? —Desde la otra punta de la barra, un cliente le hizo señas a Zara, que le llenó inmediatamente la copa de cerveza.

Que me dejara solo con mis pensamientos tendría que haber sido un alivio,

pero no podía librarme de la extraña pregunta de Zara. Me daba la impresión de que imaginar a Audrey embarazada era de mal augurio, pero desde el momento en que Zara había sacado el tema no había dejado de pensar en ello y estoy convencido de que a Audrey no le habrían hecho ninguna gracia las ideas que se me ocurrieron: traerla a Vermont y tenerla conmigo. Además, ni siquiera me habría sentido mal porque tuviera que renunciar a su sueño. Sería por el bien de la criatura, ¿no?

Resoplé en la copa vacía. Bueno, ¿soy demasiado egoísta?

Mi felicidad dependía de una batalla entre los grandes planes de Audrey y los míos; no había vuelta de hoja. Aunque se me ocurriese la locura de renunciar a mis planes para ir tras ella, no podría: mi familia dependía de mí.

—Oye. —Zara reapareció y me dio una copa de refresco de esencia de corteza y savia de abedul, el único que yo tomaba—. Por las grandes preguntas —dijo alzando otra copa de lo mismo.

Brindamos.

—Y por tu salud.

Zara sonrió mientras tomábamos un sorbo de nuestro néctar sin alcohol.

—Echo de menos la cerveza.

—Me lo imagino. ¿Estás bien?

—Bastante bien. Solo cansada, pero ¿quién no lo está?

Adelantó la barbilla como solía hacer, orgullosa, mirándome con la nariz aguileña levemente alzada. Era una chica que llamaba la atención, guapa incluso, pero nunca había sentido por ella ni por cualquier otra lo que sentía por Audrey.

Diantres, estaba rodeado de problemas.

—Prácticamente oigo lo que piensas —me indicó tomando un sorbo.

—Tengo muchas cosas en la cabeza y todas complicadas.

—Como siempre —señaló—. ¿Cuándo volverás a ver a Audrey?

—Ni idea.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, eso es una estupidez por tu parte y una desgracia para los demás. Ella te apacigua, te hace aguantable. No se ha mudado a Marte, ¿a que no?

—Ahora que estamos recogiendo la fruta, es como si se hubiera mudado a Marte.

—Pues mándale un regalo, que sepa que la echas de menos. No sabes cómo acabaréis; a lo mejor dentro de tres meses ya no trabaja allí. Las cosas cambian, ¿sabes?

—Supongo.

—¿Lo supones? —Empezó a pasar un trapo por la barra—. También puedes quedarte ahí sentado rumiando, se te da bien; siempre me enamoro de los meditabundos. —Me sonrió con tristeza.

Me pregunté qué clase de meditabundo se había convertido, por accidente, en el futuro padre de la criatura, pero me guardé la pregunta.

—Oye, por cierto...

—¿Sí?

—Lo siento si te he decepcionado.

El trapo se detuvo en la superficie de madera. Aquellos grandes y oscuros ojos se pusieron a mi altura.

—Aprecio tus palabras, pero nunca has roto ninguna promesa que me hubieras hecho.

—Ya, pero... —Incómodo, me aclaré la garganta—. A veces llego a ser un idiota desquiciado.

Me dedicó una sonrisa de complicidad.

—Salvar al mundo cansa mucho, Griff, lo entiendo. Yo también estaba enfadada contigo; tenía la estúpida idea de que me despreciabas, de que eras

un químico que jugaba al fútbol con ganas de tontear con las pueblerinas hasta encontrar a alguien de buena cuna.

—¡Oye!

Levantó la mano.

—Ya lo sé, ¿vale? Ahora lo entiendo todo. Nos conocemos de toda la vida, pero aun así no te conocía de verdad; de hecho, nos parecemos mucho. Cuando te vi con Audrey lo entendí: no tenías nada contra mí; simplemente estás hecho para ella. Es caprichosa, mona y tonta, y os neutralizáis mutuamente. Ahora tengo ocasión de ver cómo te vuelve loco. —Riendo para sí, se fue a servir una comanda.

Era Zara, tío. ¿Quién habría dicho que fuera capaz de paralizarme el cerebro dos o tres veces en un plazo de noventa minutos? La vi en la barra, charlando con los clientes y repartiendo consejos como solo los camareros saben.

Aquello me hizo pensar en su consejo. «Pues mándale un regalo», me había dicho. Era algo que difícilmente se me habría ocurrido. Puede que no fuese el chico más romántico del mundo, pero tener un detalle era una idea genial; el problema estaba en que no sabía qué regalarle. Audrey me había explicado de pasada que los chefs no llevaban joyas, por lo que ese obsequio clásico no funcionaría; además, no me fiaba de mi olfato para las joyas. Fuera como fuera, ¿qué necesitaba una chef?

Me quedé sentado pensando en regalos que iba rechazando uno tras otro. No sabía nada de utensilios de cocina y todo aquello sonaba muy poco romántico.

Salvo...

Cuando me vino la respuesta, saqué el teléfono del bolsillo trasero y empecé a teclear como un poseso.

—Oye, Zara —le dije cuando pasó por delante de mí—, ¿sigues teniendo el portátil por ahí?

—Sí, ¿por qué?

—Tengo que hacer una compra online.

Me dio el portátil riendo.

—Buena suerte. Escoge algo bueno.

—Seguramente será útil —dije abriendo la tapa.

—Eso no suena muy romántico.

—Hazme caso. —Me metí en eBay.

—No la lées, Griff —me aconsejó con cariño—. Ve a lo grande, ¿sabes?
Hazlo o muere, pero no lo intentes.

La miré por encima de la pantalla.

—Acabas de masacrar esa cita. El maestro Yoda estará revolviéndose en su tumba.

Sonrió.

—Yoda estaría de acuerdo con la intención. Ponte a ello.

Volví al trabajo canturreando bajito. La banda sonora de *La guerra de las galaxias*, naturalmente.

Una hora después me fui dejando a Kyle en las garras de una de las universitarias; una de sus nuevas amigas me lo devolvería a casa luego.

O eso o me escribiría por la mañana pidiéndome que fuera a buscarlo a Dios sabía dónde.

Conduje más pensativo de lo habitual y cuando me bajé del camión vi a Jude sentado en la entrada del barracón, con la barbilla apoyada en los puños.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras me sentaba a su lado.

—Sí, todavía me cuesta conciliar el sueño, pero cuando lo consigo, duermo mejor que antes.

—Parece que progresas.

Se encogió de hombros.

—Habré progresado cuando deje de desearlo, pero esta noche todo ha ido bien.

—¿Sí? ¿La reunión ha estado bien?

—Nunca están bien. No es que salga de ahí sintiéndome Superman, pero últimamente me siento... seguro. Como si no fuera a hundirme por la mañana. Y oye, ¿has ido a esa heladería de Hannover?

—¿Cómo? No.

—Ahora tengo una razón por la que vivir. He llevado a May a esa heladería para darle las gracias por llevarme esta noche. El de chocolate negro con avellana le devolvería la fe en Dios a cualquiera.

Me reí, porque no recordaba que Jude hubiese hablado tanto de una tirada.

—Intentaré recuperarla. Puedes enseñarme esa heladería en cualquier momento después del mercado de Hannover.

Jude jugueteaba con las manos.

—Dejando ese tema, ¿hasta cuándo vas a tenerme aquí? Según mis cálculos, la cosecha habrá terminado dentro de diez días, puede que dos semanas.

Caray, ¿estaba en lo cierto? La temporada de recogida era un momento tan estresante que, cuando se terminaba, siempre me cogía desprevenido. Pero Jude estaba en lo cierto. Para Halloween la mayor parte estaría cosechada, aunque las cosas iban a cambiar un poco.

—Este año tendré que pensar el doble de rápido. —Iba más despacio si no tenía que producir seis mil botellas adicionales—. Estaría más tranquilo con un par de manos más, al menos hasta mediados de noviembre.

No había tenido en cuenta otro sueldo en el presupuesto de noviembre, pero esa ayuda me vendría de maravilla.

—Sabes que me quedaré todo el tiempo que me dejes —dijo con brusquedad—. No quiero volver a Colebury, ese sitio me da escalofríos; sin

embargo, mi padre tiene un taller mecánico. Si no se ha arruinado en estos tres años, quizá pueda trabajar algunas horas allí. Dudo que cualquier otro me contrate.

No era capaz ni de entender la difícil situación en la que se encontraba. La vida ya es bastante dura sin antecedentes penales.

—¿Te irá bien?

—¿Tengo elección? —Se rio con amargura—. Yo qué sé. No esperaba siquiera llegar tan lejos; llevo sesenta días limpio, y eso es mucho.

—Eres un tío duro —le respondí, y se lo decía en serio—, y te sentirás más fuerte ahora, con todo el músculo que has echado. —Le empujé cariñosamente el hombro.

—El mérito lo tiene la buena comida —dijo—. Por fin he recuperado el apetito. Hablando de eso... ¿Qué tal llevas el mono?

—¿Cómo?

—Ya hace días que Audrey se fue. ¿Qué planes tienes?

—Ninguno en concreto. Me gustaría que considerase una relación permanente, pero...

—Pero ¿qué? Lo peor que puede pasar es que te diga que no.

No estaba seguro de que aquello fuese lo peor que podía pasarme.

—Cuando yo tenía más o menos su edad estaba tratando de abrirme camino en el fútbol profesional.

—No me jodas. Sabía que jugabas, eso sí, por todos esos trofeos que hay en la salita de la televisión.

Bufé.

—Mamá no me deja deshacerme de ellos. Me ficharon y llegué a estar en el segundo equipo, pero por los pelos; sin embargo, me negaba a tirar la toalla. Tenía un plan. Entonces mi padre murió de un ataque al corazón.

—Qué desastre —manifestó Jude—. De modo que perdiste la oportunidad.

—Sinceramente, no sé qué habría sido peor: podría haber fracasado en el intento, y hoy por hoy estoy bien. Sin embargo, Audrey tiene derecho a intentar triunfar, ¿no crees? No quiero arruinar sus planes atándola a la granja que me tiene atrapado a mí.

—Vaya. —Jude estuvo callado cosa de un minuto antes de proseguir—. Yo antes también tenía a alguien. Pensaba que lo nuestro iba a durar siempre, pero al parecer quería a las drogas por encima de todo el mundo, incluso de mí.

«Ay.»

—Ya no te gustan tanto como antes y puede que ella siga por ahí.

Negó con un gesto.

—Maté a su hermano.

—Vaya.

—Sí, ese tren ya ha pasado. Pero en rehabilitación nos explicaban que, si quieres volver a ser feliz, debes aceptar plenamente que hay cosas que nunca van a suceder. Todos tenemos mierda que superar; por ejemplo, yo nunca voy a tener unos padres que se preocupen por mí ni tampoco podré devolverle la vida al chico que murió en mi coche. Por malo que sea, debes aceptarlo para que no te consuma.

Me acaricié la nuca.

—Entonces... Supongo que debería olvidar a Audrey.

—No, tío. —Jude me miró en la oscuridad—. Tu problema es que estás atado a esta granja y eso te cierra puertas.

—Eso hace mucho que lo acepté, me encanta este lugar.

—¡Qué va! —me rebatió Jude—. Si lo hubieses superado de verdad, no te sentirías mal por pedirle que se venga a vivir aquí; al no hacerlo, estás decidiendo por ella. ¿No es lo mismo que hace la cabrona de su madre?

Joder, tenía razón.

—Si no le das la oportunidad de decidir, no sabrá que le importas, y si se lo

pides, no tiene por qué decirte que sí; a lo mejor por eso no quieres preguntárselo.

«¡Dios!»

En una sola noche ya me habían dicho dos veces que no tenía agallas; sin embargo, no era cierto.

—Tengo muchas cosas en las que pensar. Me voy a la cama —le dije levantándome.

—No irás a despedirme por decirte esto, ¿verdad?

—No, capullo. —Le di un empujoncito en el culo con la bota—. Buenas noches.

—¡Buenas noches!

Me fui a la cama pensando en qué decirle a Audrey y asombrado por el hecho de que un drogadicto delincuente en proceso de recuperación fuese mi segundo mejor empleado y de que aquel chico que llevaba tres años sin acostarse con una mujer hubiese sabido explicarme exactamente el problema de mi relación con Audrey.

Tercera parte

Octubre

Después de una buena cena se perdona a cualquiera, incluso a la propia familia.

OSCAR WILDE

Audrey

Otro viernes, otro interminable turno en la cocina de algún imbécil.

El chef no sabía cómo me llamaba, pero no tenía reparo alguno en darme órdenes.

—¡Pinche! Una docena de huevos, yema y clara separadas.

«¡Sí, señor! ¡Enseguida, señor!» Saqué huevos de la cámara frigorífica y me puse manos a la obra.

Cuando terminé, le llevé dos cuencos, uno con las yemas y otro con las claras. Los miró con recelo antes de darme nuevas órdenes.

—Primero pásale un trapo a la ensaladera y después busca hierbas aromáticas.

Si seguía sus instrucciones en aquel orden, tendría que limpiar la ensaladera dos veces, pero me cuidé de no corregirlo.

—Sí, chef.

Lo hacía a su modo porque los cheques me los firmaba él, pero con desgana.

Sin embargo, aquel trabajo era exactamente el que había anhelado en BPG desde que me habían contratado en mayo. Entonces, ¿por qué se me hacían los días tan condenadamente largos?

Al menos no podían tenerme trabajando hasta las tantas. El Mosaic era un local de desayunos y comidas situado enfrente del Museo de Arte

Contemporáneo, la clase de establecimiento que frecuentaban las mujeres ociosas de buena posición. La carta era selecta pero aburrida, aunque a lo mejor solo en mi opinión.

Ya llevaba seis horas desgajando naranjas sanguinas y picando perejil; también había picado cebolletas para quiche y lavado cogollos de lechuga para ensaladas de dieciocho dólares.

El salario era digno debido al acuerdo laboral entre BPG y los trabajadores. No estaba permitido llenar las cocinas con becarios mal pagados, situación que me beneficiaba, porque necesitaba el dinero. Durante las semanas que pasé en Vermont, había cargado todos los gastos en la tarjeta de crédito y BPG se tomaba su tiempo para reembolsármelos. Una vez al día, como mínimo, llamaba al departamento de viajes para enterarme de cómo iba la cosa y siempre me daban la misma respuesta: «Estamos en ello».

Entretanto, seguía debiéndole doscientos dólares a Jack, el porreta con quien compartía piso. Y como él trabajaba también en el Mosaic, me lo recordaba cada dos por tres, razón por la que aceptaba todas las horas extra que me ofrecían y me partía la espalda. Por la noche, en casa, escribía menús en la libreta; faltaba una semana para el concurso. Había decidido centrarme en un restaurante de tapas. Tenía bocetos de los platos y del local, así como apuntes sobre el barrio y el flujo de gente.

Por una vez en la vida estaba dedicándole toda mi energía a algo. Pasara lo que pasara, no podrían decir que mi idea era una tontería. Si perdía, perdería habiéndolo hecho lo mejor posible.

Un motivo de alegría en aquella rutina existencial de trabaja-más-y-más era que los chefs de BPG de toda la ciudad alababan los productos que había comprado en Vermont. Por semana se realizaba un total de cuatro pedidos. Mi dirección de *e-mail* constaba en los albaranes. Me sorprendí mucho cuando

empezaron a llegarme amables mensajes de agradecimiento de los chefs que los recibían.

«Qué flores de calabacín más bonitas —me había escrito con orgullo uno—. Las utilizo enteras. Las relleno de *foie gras*.»

Un chef francés me escribió para decirme que había usado maíz dulce en un plato por primera vez. «En mi país el maíz se usa para alimentar al ganado, pero este es tan dulce que lo he usado en una *roulade*.»

Eso me encantó. Además, unos cuantos chefs de BPG ya sabían cómo me llamaba. Con eso y un par de dólares en el bolsillo...

Era viernes, por lo que algún Shipley estaría entregando otro pedido. Cada viernes me ponía de los nervios. Me fijaba en el asiento del conductor de todo camión que veía, pero el hombre que buscaba no aparecía.

Se me había ocurrido pedirle que efectuase personalmente una entrega y después quedar para cenar. ¿Y luego qué? Se subiría al camión y volvería a Vermont, y al cabo de unas cuantas semanas dejaría de haber entregas hasta pasado el invierno; incluso era posible que no volviera a haberlas nunca.

Bien. «Vuelve al trabajo, princesa.»

Me encontraba desgajando otra docena de naranjas sanguinas cuando el gerente del restaurante irrumpió en la cocina oliendo a cenicero.

—¿Quieres trabajar mañana? —me preguntó—. No tienes turno hasta el martes, pero ando corto de personal.

—Claro —le respondí mecánicamente.

Se fue sin darme siquiera las gracias. Jack ocupó su lugar.

—Necesito la corteza de una veintena de limones.

—Pues pídemelo por favor.

—Y doscientos dólares, además.

«Dios.»

—Ahórratelo. Ya lo sé, ¿vale? Si BPG me reembolsa la factura del hotel, te

los devolveré.

—Te los presté hace meses, Audrey.

—¿En serio quieres que te pague con el dinero del alquiler? No creo que quieras.

Soltó una risita.

—Si la semana que viene ganas el proyecto Green Light, puede que te lo suba.

—Hazlo. —«Si gano la semana que viene, me mudo. Evidentemente.»

—¿En qué estás trabajando? Por los dibujos, parece que va de tapas.

«Mierda.»

—No es más que un esbozo. —Tendría que haber escondido mejor mis apuntes.

Chasqueó la lengua.

—No tienes por qué mentirme; soy demasiado vago para participar, pero sé que tú no eres ninguna vaga, por lo que estoy convencido de que llevas todo el mes haciéndoles la pelota a los mandamases. Seguramente ya lo tienes todo a punto. Todo el mundo sabe que el ganador lo decide Burton.

Dejó el cuchillo.

—¿Qué?

Jack cogió un gajo de los que ya tenía separados y, después de comprobar que no hubiera moros en la costa, se lo llevó a la boca.

—Ya sabes, los Burton son como todos los jefes: quieren que le devuelvas los favores para reafirmar su autoridad. Harás brillar cualquier idea que te den, estoy seguro, pero yo en tu lugar llevaría un buen escote, por si acaso. — Cogió otro gajo y se fue.

Me quedé allí plantada, completamente asqueada. Jack no era ninguna lumbrera, pero no cabía duda: tenía razón.

¿Cómo no había visto que el concurso estaría amañado? ¿Acaso no había

pasado veinte años bajo el mismo techo que una de las empresarias más conspiradoras del mundo?

Durante un espantoso segundo me planteé en serio llamar a mi madre, hasta ese punto llegaban mis ansias de victoria. Pensaba que ella tal vez supiera qué quería exactamente Burton en el proyecto de negocio.

Pero tal y como me vino el impulso de llamarla, se me pasó; si me ayudaba, me arrepentiría el resto de mis días. Si participaba, era precisamente para abrir el restaurante sin su ayuda.

No con la ayuda que ella me habría prestado, en cualquier caso. Ni siquiera habíamos hablado desde la discusión en el lagar de Griff. Me odié un poco por haberme dado cuenta: le había pedido que saliese de mi vida y por fin lo había hecho.

¿Por qué me importaba tanto, entonces?

Le llevé los gajos cuidadosamente cortados al que preparaba las ensaladas y fui a buscar dos docenas de limones. Aquella tarea requería mucha concentración, porque en cuanto me despistaba me raspaba con el pelador. Cogí el primer limón y empecé. Pelar y girar, pelar y girar. Tirabuzones perfectos de un amarillo vivo iban cayendo en la limpia tabla de cortar. Traté de entrar en mi espacio zen, donde trabajando eficazmente con las manos ponía el mundo en orden.

Los friegaplatos estaban charlando animadamente sobre las posibilidades de triunfo de los Patriots de Nueva Inglaterra. El *sous-chef* regañaba a un camarero por servir tarde una comanda.

Un día cualquiera en el *office*.

Imaginad mi sorpresa cuando alguien dijo con rudeza:

—¡Princesa! ¿Bajas de las nubes o qué?

Levanté la cabeza y vi lo imposible: a Griffin Shipley en la entrada de la cocina, con la cara bronceada y pletórica de salud. Vestía una bonita camisa y

pantalones caqui, pero ni siquiera la ropa de calle disimulaba la verdad. Los que pasan el día al aire libre son más guapos que las pálidas ratas de cocina que me rodeaban diariamente. Echaba de menos Vermont, las caras alegres de los Shipley y el perfume del aire fresco.

Tardé un segundo en rehacerme y decir algo ingenioso.

—Eh, ¡hola!

—¿Por qué estás trabajando? Me han dicho en la oficina que ya habrías acabado.

Miré el reloj. Era mi hora de salida. ¡Malditos limones!

—Vale, dame tres minutos. —Amontoné los limones y le llevé la tabla de cortar a Jack—. Hoy me voy a mi hora, pásatelo bien pelando.

—¿Qué? No me dejes tirado.

Le di una palmadita en el hombro.

—No hay más que hablar. Te veo luego.

Cuando me acerqué a Griff, se inclinó a besarme la nariz.

—¿Qué tal si te vienes conmigo a Vermont el fin de semana?

—Vaya. —No me lo esperaba, pero desde luego no pensaba rechazar la oferta—. ¿Y cómo volvería?

—Te traeré yo. ¿Te parece bien el lunes?

No podía irme con Griff así sin más.

—Tengo que pasar antes por casa para coger unas cuantas cosas.

—Pues vamos.

Me quité la redecilla, que de sexy no tenía nada, y después hice lo mismo con la holgada chaqueta de chef.

—No te la saques —dijo Griff—, ahora mismo tengo una fantasía culinaria francesa. Después podrías ponértela sin nada debajo.

Resoplé, pero negó con la cabeza.

—Lo digo en serio.

Le di un empujón en el pecho.

—Estás fatal.

—Puede.

De repente, el rubor me subió por el cuello. Aquella conversación iba por extraños derroteros.

—Déjame fichar.

—Te sigo.

Fuimos hasta el pasillo trasero. Saqué el bolso de la taquilla y fiché con la tarjeta.

—¡Hasta mañana! —me gritó el gerente desde el final del pasillo.

Lo perseguí; me había olvidado de lo del turno del día siguiente.

—¡Espera! Mañana no podré venir, me he confundido. Lo siento.

Los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—¡Pero si has dicho antes que sí! En menudo aprieto me has metido.

—Hemos hablado hace media hora, seguro que encontrarás a alguien. Te veo el martes por la mañana.

—¡No puedes...!

Saqué a Griff por la puerta trasera a la cálida tarde otoñal.

—¡Dios, a veces me olvido de lo bien que se está fuera!

—No tenéis ni una sola ventana ahí dentro —dijo Griff—. ¿Cómo lo soportas?

Casi ninguna cocina de restaurante tenía ventanas.

—Esta no está del todo mal; deberías ver algunas de las mazmorras en las que he trabajado. Terminas acostumbrándote.

Esperaba que me lo rebatiese, pero no.

—El camión está por aquí —dijo.

Una hora después salíamos de Boston por la interestatal 93, con la bolsa que había preparado rápidamente en el asiento de atrás.

Griff no había dicho casi nada mientras estábamos en mi habitación pequeña y deslucida, pero su mirada era de desaprobación.

—Es fea, pero no paso mucho tiempo aquí.

Me cogió los hombros y dijo:

—Sé que estás ahorrando para tu restaurante. ¿Qué tal te va?

«Fatal.»

—Bien.

Llevaba los cuadernos en el camión, para mantenerlos alejados de Jack. No me fiaba de él.

La primera parte del viaje estuvimos demasiado callados. No sabía bien qué decirle. Aquella escapada de fin de semana era, simple y llanamente, para tener sexo; no obstante, mi repentina marcha de Vermont seguía interponiéndose entre nosotros.

—Oye —le dije poniendo la mano sobre la suya en el volante—. ¿Cómo sabías que podría marcharme de la ciudad este fin de semana?

—No lo sabía hasta que he hecho la entrega y he llamado a la central preguntando por ti. Han buscado tu horario en el ordenador y me han dicho dónde estabas trabajando y que si quería decirte algo me apresurara, porque mañana no tenías turno. Así que he ido a toda pastilla.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Me miró valorando mi sinceridad.

—Griff, siento haberme ido de Vermont sin despedirme.

Me miró a los ojos una fracción de segundo antes de centrarse otra vez en la carretera.

—Eso no estuvo nada bien, princesa.

—Lo sé. —Carraspeé—. Era un día laborable y detesto las despedidas.

—Los demás no. —El silencio se instaló de nuevo y pensé que nos tragaría, pero luego se puso a hablarme de lo bien que se curaba el tobillo de su madre y estuve escuchándolo mientras seguía con otros chismes y banalidades de la granja. Daphne y Dylan se habían peleado por ponerle nombre al nuevo gallo. A Jude le había impresionado la nueva película de *La guerra de las galaxias*, estrenada en sus tiempos de presidiario. Me reí y me apretó la rodilla, y me gustó tanto que se me pasaron los nervios.

Dos horas y media después de salir de la ciudad íbamos dando tumbos por la carretera de su granja, con las ventanillas bajadas; me sentía como si acabara de salir de la cárcel. Me pasé todo el viaje observando furtivamente la cara de Griff o mirando aquellas enormes manos al volante. Después de un par de semanas pensando en él, se me hacía extraño tenerlo al lado. Me sudaban las palmas de las manos y no sabía qué decir, como una adolescente en su primer baile.

—Entonces —dije cuando enfilamos el camino de grava—, ¿qué planes tienes para el fin de semana?

Me miró de una manera tan tórrida que habría servido para preparar *crème brûlée*.

—Podríamos salir a cenar, pero tendríamos que pasar más tiempo conduciendo. Me gustaría llevarte a un sitio agradable; esta noche no me apetece ir a La Cabra.

Me daba miedo saber por qué motivo. ¿Había vuelto con Zara?

Griff aparcó el camión, apagó el motor y me miró.

—¿Te molestaría cenar con mi familia?

—No —dije rápidamente—, me encanta tu familia. —Pronuncié la palabra «encanta» con excesivo énfasis. Puede que Griff también se diera cuenta, porque me dedicó una preciosa sonrisa.

—De acuerdo, princesa. Entonces ya cenaremos fuera mañana.

Su mirada penetrante influyó en mí llenándome el estómago de mariposas, así que abrí la puerta del camión.

—¿Qué haremos antes de cenar? ¿Algo divertido? Creo que hay suficiente luz para sacrificar algún animal.

Soltó una carcajada y salió del camión.

—Sé cómo impresionar a las mujeres, ¿eh?

—Bueno, fue original.

Griff se acercó a mi puerta y me cogió la mano.

—Las manzanas de sidra han empezado a madurar. ¿Quieres verlas?

—Claro que sí. —Le apreté la suya—. Enséñamelas, granjero.

Entre risas me acompañó hacia la hilera de árboles que empezaba pasada la caseta del tractor.

—Sabes lo mucho que sufro a veces por el coste de la producción, ¿verdad?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Es verdad. Ahora verás unas manzanas que no tienen precio.

—¿No debería ofrecerte un dólar por cada medio kilo, entonces?

Me pellizcó el trasero.

—No bromeo cuando digo que no tienen precio; estas manzanas no las encontrarás en el mercado porque sencillamente no las hay a la venta.

—¿Por qué?

—Durante décadas nadie plantó ninguna de las viejas variedades de sidra. Había manzanos aquí y allá, en las granjas, pero como no tenían nicho de mercado, todos plantaban manzanos de los que dan manzanas de mesa. «De mesa» es como llamamos a...

—Las que todo el mundo come.

—Efectivamente. Incluso con injertos, tienen que pasar varios años para que den frutos. Así que, aunque la sidra haya vuelto con fuerza a esta tierra, no hay suficientes manzanas agridulces. Seguiría sin conseguirlas aunque pagase

cien dólares por fanega, así que quiero a estos árboles como si fueran mis hijos.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Unos mil.

Pasamos por delante de un cartel que me hizo reír: «Fruta incomedible. No coger.»

—Conque usas el miedo como táctica, ¿eh? Deberías pedirle a Dylan que te haga un dibujo de la malvada reina ofreciéndole una manzana a Blancanieves.

Resopló.

—No serviría de nada; te apuesto diez dólares a que al día siguiente estaría echando gente de aquí.

Me detuve cuando habíamos subido un tercio de la cuesta.

—¿Qué es eso? —En aquella parte de la plantación, colgada de una rama baja, cada manzano llevaba una etiqueta metálica, como una enorme chapa de identificación canina con un número de tres cifras—. ¿Qué árbol es el ciento doce?

—Es un *ashmead's kernel*, da una manzana sabrosa. ¿Quieres probarla?

—Quiero probar la manzana de sidra más rara que tengas.

Sonrió.

—¿Estás segura? Las agridulces pueden tener un sabor muy fuerte.

—Sorpréndeme. —¿Hasta qué punto podía llegar a ser rara una manzana?

—Te lo he advertido. —De nuevo me cogió de la mano y me llevó, entre los árboles, hasta la siguiente hilera. Después de caminar dos minutos, llegamos a un árbol con el número cuarenta y cuatro, que estaba a rebosar de manzanas de un amarillo pálido—. Esta variedad se llama white norman. Mi padre los plantó cuando tenía mi edad porque quería unas cuantas manzanas tánicas para completar las mezclas. Una buena sidra tiene entre un cinco y un veinte por

ciento de zumo agridulce de una manzana como esta. —Cogió una del árbol y me la ofreció.

El brillo de sus ojos debería haberme servido de advertencia, pero nunca he sido de paladar cauto, así que le di un buen mordisco y empecé a masticar. La textura era...

Al diablo la textura. De golpe la boca se me llenó del sabor más pésimo y agrio que he probado. «La madre que...» Mastiqué deprisa con la esperanza de tragar lo antes posible, pero solo conseguí empeorarlo.

Griffin se reía entre dientes.

—Escúpelo, cariño, como hace todo el mundo.

Le di la espalda y escupí el bocado en la hierba. Después escupí otra vez, por si acaso. Aparte de a mí, solo se oía la risa de Griffin.

Dándome la vuelta, me limpié la boca en la fosa del codo y traté de recuperar la dignidad mientras Griff se partía de risa. Me quejé.

—Ya vale, ya te has divertido. —Tragaba saliva intentando, sin ningún éxito, sacarme aquel persistente sabor de la lengua—. Deprisa, dame una manzana que sepa mejor.

Pero su solución fue distinta. Se me acercó, me abrazó y, con una risita, me besó. De repente me vi abrumada por diferentes sensaciones: el roce familiar de aquella barba contra la cara y aquellos labios firmes y carnosos contra los míos. Me relajé instintivamente, abandonada a él. Aquella lengua autoritaria me invadió la boca y olvidé el sabor agrio. Solo existían la presión de su boca y el profundo gruñido que emergió de su pecho cuando respondí a su beso.

Exploré con las manos el tacto desconocido de una camisa de vestir sobre su amplia caja torácica. Tenía que ponerme de puntillas para abrazarlo como Dios manda. Llevábamos mucho tiempo sin tocarnos, quería escalarlo como si fuese un árbol y reencontrarme con aquellos robustos brazos.

Gimió, apretándome el trasero, y me levantó, abrazándome, uniéndome a su

evidente entusiasmo por mi estancia en Vermont. Me pegué todavía más a él y gimió en mi boca.

Si la cosa iba a más, acabaríamos desnudos bajo alguno de aquellos árboles en menos de un minuto.

No tenía ningún inconveniente.

Enterré la mano en su pelo y lo besé como si no hubiera un mañana.

Paseó la mano por debajo del dobladillo de la falda haciéndome gemir como un cachorro ansioso por una caricia.

—¡Oye, Griff! —gritó Zach.

Griffin intentó apartarse de mí para no dejarme en evidencia, pero me daba igual. Otro besito más...

—¡Griff! Creo que... Mierda. Perdón, da igual.

Se esfumó, pero el daño ya estaba hecho; dejamos de comernos a besos. Yo estaba sin aliento, apoyada en él, con aquella mano sujetándome posesivamente la nuca. Las expectativas seguían crepitando entre nosotros, pero tendríamos que esperar.

Hice un esfuerzo para sacar un tema de conversación.

—¿Qué haremos mañana?

—Más de lo mismo —murmuró.

Le di un indoloro pellizco.

—Mañana es sábado, además. Estarás reventada, ¿no?

Me besó la frente.

—Espero que en más de un sentido.

—¿Puedo ayudar?

—¿Quién si no?

Le di un cachete en el trasero.

—Sabes a qué me refiero.

—Sí. —Soltó una risita—. La granja se infestará de compradores, así que o

trabajamos o nos largamos de aquí.

—No puedes irte sin más, ¿verdad?

—Difícilmente —admitió retrocediendo para mirarme a la cara—, pero paso poco tiempo contigo, de modo que puede que sea el momento de pedir algún favor.

—Podemos vender manzanas y después ir a algún sitio.

Me cogió la barbilla y sonrió.

—Hecho. ¿Quieres encargarte de los caballos?

—¡No, por Dios! Aunque podría servirles sidra a los turistas. Suena bien. ¿A quién no le gusta servir bebidas gratis?

Me cogió de la mano.

—Ven a ver los tanques nuevos.

—Seguro que les dices lo mismo a todas.

—Es mi mejor anzuelo —me aseguró—. Vamos, acompáñame.

Bajamos juntos por la ladera dando un rodeo para ver la lejana cordillera de las Green Mountains.

Los nuevos juguetes de Griff no me decepcionaron cuando llegamos al lagar. Los tres brillantes tanques de fermentación estaban junto a una pared.

—¡Vaya! Seguro que has triplicado la capacidad.

—Casi. ¿A que brillan? Creo que estos tanques son lo más parecido que tendré a un coche deportivo.

Toqué uno. El metal estaba caliente.

—¿Está lleno?

—Sí.

—¿Te has apuntado al concurso?

—Claro.

Me volví hacia él.

—¿Has incluido la sidra sexy?

—Por supuesto. —Sonrió—. Pero antes les pedí a otras personas que la probaran y, aunque nadie dijo nada de sexo, a todas les gustó. Un momentito... —Se acercó a un estante lleno de cuadernos y sacó el penúltimo. Pasó varias páginas hasta encontrar lo que buscaba—. Esto es lo que dijeron: «Compleja.» «Terrosa y provocadora.» «Volátil.» «Impredecible.» «Con toques de setas y sal.» —Me miró a los ojos—. «Húmeda y eufórica.»

Se me escapó una risita.

—Madre mía.

—Sí, se acercaron, pero no supieron definirla del todo. —Me guiñó un ojo.

—¿Dónde pondrás el trofeo? —Eché un vistazo a la sala.

Se encogió de hombros.

—Hago esto por fardar. —La campana de la cena sonó atrayendo la atención de Griff—. ¿Preparada para enfrentarte a las masas?

—Siempre lo estoy.

Me ofreció el brazo.

—En marcha, pues. Serás mi acompañante.

No sabía si la familia de Griff se sorprendería al verme, pero en cuanto cruzamos la puerta de la cocina, May simplemente dijo:

—Audrey, ven. Estamos debatiendo sobre la salsa de arándanos. Tú qué dices: ¿con cáscara de naranja o sin ella?

—Soy una purista —admití—. Me gusta sin nada, con un poco de azúcar y ya. ¿Estos arándanos son vuestros? —Cogí la cuchara y removí aquella salsa de un rojo vivo—. Preciosa.

—No hay otra cosa que tenga ese color, ¿eh? —convino Dylan—. Es el más rojo de los rojos.

—Hola, cielo —me saludó la madre de Griff como si yo entrase allí cada

noche—. De menú tenemos pavo con patatas del huerto. Algo sencillo, pero...

—Perfecto —dije de inmediato. A veces, por el hecho de ser chef, los demás tendían a justificar su elección de menú ante mí. Los chefs comen Pringles alguna que otra vez también, no siempre platos innovadores.

La comida estaba maravillosa, como era de esperar; Ruthie Shipley era una buena cocinera. Se mantenía fiel a los sabores clásicos; sin embargo, el pavo estaba jugoso; las patatas, cremosas, y había aliñado las lánguidas espinacas con aceite de oliva y ajo. Me atiborré. Además, durante toda la comida Griff estuvo aprovechando cualquier ocasión para cogerme la mano por debajo de la mesa.

Parecía un sueño; sin embargo, aquella experiencia me entristeció un poco. Podría visitar el mundo de Griffin Shipley de vez en cuando, pero siempre con la perspectiva de volver a marcharme. Observé las caras iluminadas por las velas. Los gemelos; Kyle; Jude, más sano y robusto que la última vez que lo vi; Zachariah, tan sonriente como siempre; el abuelo de Griff, hincándole el diente a un enorme muslo de pavo que sujetaba con ambas manos; Ruthie, que se reía de cómo May imitaba a un cliente del mercado.

Precisamente por eso se cocina, para elaborar la comida perfecta para una mesa así, alrededor de la cual la gente se reúne. En las cocinas donde trabajaba no veías los resultados de tu trabajo. Era imposible verlos.

En la escuela de cocina me habían enseñado a cocinar por cocinar, pero el objetivo no era ese.

—¿Todo bien, princesa? —Debajo de la mesa, Griff me apretó la rodilla.

—Nunca he estado mejor —le respondí y era cierto.

—¿Os importa si nos vamos ya? La reunión de Jude empieza dentro de cuarenta y cinco minutos —observó May levantándose al final de la cena.

Ruth le indicó que adelante por gestos.

—Conduce con cuidado.

Jude, tan callado como siempre, también se llevó su plato. Ambos desaparecieron.

Los demás comimos tarta. Probé por primera vez aquella legendaria tarta de manzana y arándanos que Ruth preparaba y me encantó.

—¡Madre mía! La corteza de harina integral es increíble.

—Me encanta la corteza de harina integral —expresó con timidez la cocinera.

—Es... una pasada —convine—. Magnífica. Si no te hubiera visto prepararla, te pediría la receta.

La madre de Griff soltó una carcajada.

—Llevo sin pesar los ingredientes desde 1980.

Al final, Kyle y Zach también se levantaron para ir a La Cabra Montés. Estábamos todos en la cocina enjuagando los platos y llenando los dos lavaplatos idénticos cuando Kyle preguntó:

—¿Vendréis con nosotros a tomar unas cervezas?

Griff contestó al momento.

—Id saliendo ya, yo tengo una sorpresa para Audrey.

—¿Es eso de lo que hemos estado hablando estos días? —lo pinchó Kyle.

Griff le dio un empujón.

—Largaos ya.

Cuando se fueron, Griffin llenó hasta el borde dos copas de vino.

—Sígueme, princesa. —Se dirigió hacia la puerta trasera con las copas.

—¡Buenas noches, Audrey! —gritó Dylan con alegría.

—Eh, buenas noches. —Me ruboricé y fui tras Griffin.

De nuevo solos, con las piedrecitas crujendo bajo los pies y una media luna que acababa de asomar por el horizonte iluminando el camino, seguí a Griffin en silencio, disfrutando de la quietud de la noche. Nos detuvimos junto

al camión y recogí mi equipaje. Griff me cambió una copa de vino por la bolsa y me la llevó.

Incluso los granjeros ariscos pueden ser caballerosos.

Cuando llegamos al barracón, abrió la puerta y se quitó los zapatos sobre el felpudo.

Lo imité y entré tras él en la habitación. El corazón me latía cada vez más rápido de los nervios. ¿Iba a acostarme con Griffin, aunque luego estuviera melancólica?

Claro que me acostaría con él.

Dejó el equipaje en el suelo, tomó un sorbo de vino y se sentó en la cama.

—Como te decía, tengo una cosita para ti; es una tontería, pero quería dártela. —Me indicó la ventana con la cabeza. En su escritorio vi un regalo.

Había dicho que era una cosita, pero era más grande que una panera. Crucé la habitación y toqué el papel de lunares; hasta le había puesto un lacito.

—Lo has envuelto bastante bien —bromeé, aunque me temblaba un poco la voz. ¿Griff regalándome algo? ¿Qué demonios sería?

—Bueno, mis hermanas me han ayudado a envolverlo. —Me miró a los ojos. La expresión de los suyos, tan oscuros, era tan seria que me desconcertaba. Aquello parecía una prueba, no sabía para qué—. Ábrelo ya.

Dejé la copa y tiré del lazo, que formó un montón satinado en el escritorio de madera. Rasgué los extremos doblados del papel de regalo y lo quité. Apareció una caja de cartón sencilla. Con los nervios de la ilusión en el pecho, la abrí y miré lo que contenía. Me quedé sin habla.

Un viejo horno de juguete Easy-Bake como el que había tenido de niña. La caja también incluía el pequeño molde metálico para pasteles. Lo saqué.

—¡Dios mío! ¿Dónde lo has encontrado?

Griff sonrió tímidamente.

—En eBay. Es el modelo que se vendía en 2002; espero que sea como el

que tenías.

Lo saqué de la caja y lo abracé con fuerza.

—Es... Dios mío, es perfecto. ¡Qué chulo! —Lo dejé en el escritorio y abrí la puertecita. Fue como revivirlo todo. Había aprendido a desmoldar un pastel para dejarlo centrado en un plato y a decorarlo con un cono de papel y azúcar glas. No hacía todo aquello en la cocina, sino en mi habitación, para escapar de la ira del personal de la cocina y de la fisgona niñera.

Puede que fuera patético, pero recordaba esos momentos como los mejores de mi infancia. Por una vez en la vida, hacía una cosa que me interesaba a mí y solo a mí. Nadie me ponía nota. A nadie le importaba si me salía bien. Era simplemente divertido.

Miré otra vez en la caja y encontré la espátula para desmoldar. La sensación de tenerla en la mano era tan natural para mí como respirar.

—Griff —le dije con un nudo en la garganta—. Si alguna vez te he dicho que eres un muermo, me equivocaba. —Se me habían humedecido los ojos.

—Vaya. —Me abrazó de inmediato.

Sin soltar la espátula me abracé a él. ¡Qué agradable! Era estupendo. Mierda. Amaba a aquel hombre.

Qué absurdo y que poco conveniente. Mi corazón traidor solo quería lo que no podía tener; tenía un récord en eso.

Griffin me dio un beso en la cabeza.

Me alegro de que te guste. Solo quería que supieras una cosa.

—¿Qué? —le pregunté con la voz entrecortada.

—Entiendo que ser chef, una verdadera chef, es importante para ti; nunca trataría de disuadirte o de pedirte que renunciaras a ello, pero desearía que las cosas fueran más fáciles, porque realmente me gustaría tenerte aquí conmigo.

—¿Te gustaría? —Me aparté de él porque no estaba segura de haber oído bien.

Me miró como si fuera un poco lenta de entendederas.

—Sí, nena. No sé si te has dado cuenta, pero encajamos bien. Te echo de menos. Constantemente.

—Tú... —Señalé con la espátula el centro de su pecho, como si le pidiera que no se moviera. Aquella conversación no me entraba en la cabeza—. No puedes soltarme algo así como si tal cosa —dije escupiendo las palabras—. Me confundes.

Griffin se limitó a sonreír.

—¿Quieres que me calle?

—Sí, por favor.

—Tú lo has querido.

Acto seguido me sujetó por las caderas y me levantó. De la sorpresa se me cayó la espátula en la alfombra con un ruido sordo. Griffin me dejó en la cama, me cubrió con su cuerpo y empezó a besarme el cuello.

Me estremecí al momento. Su boca pasaba de la sumisión a la dominación mientras me lamía y me succionaba la piel; tenía razón al decir que encajábamos bien. En cuanto me tocaba me derretía como un pedazo de mantequilla en una sartén caliente, ablandándome despacio en un primer momento para acabar convirtiéndome en un charco. Me relajé bajo su cuerpo cuando se puso a besarme el escote y gemí cuando hundió la cara en una copa del sujetador.

—¿Es mucho pedir que te lo quites? —Tiró de él.

Con las manos temblando, busqué a tientas el cierre. Cuando se soltó, suspiré aliviada.

Griffin me sacó la camiseta y el sujetador.

—Por fin. —Inclinó la cabeza y me pasó la cara por los pechos haciéndome cosquillas con la barba. Me acarició un pezón con la áspera yema del pulgar, haciéndome gemir.

Con un gruñido alegre se lo llevó a la boca y lo chupó. Me gustó tanto que arqueé la espalda pidiendo más.

Aquel hombre me enloquecía, lo ansiaba todo de él.

Griffin

Nunca había hecho realmente el amor con nadie. Un buen polvo era algo que conocía de sobra; sin embargo, mientras besaba de manera metódica todos los puntos débiles de Audrey, pensé que era la primera vez que intentaba demostrarle a una mujer lo que sentía por ella.

Las palabras no se me daban bien. Llevaban diciéndome desde niño que era muy directo, muy brusco, pero me las había apañado bien para hablarle a Audrey de mis sentimientos.

Y me había mandado callar.

Pero no me molestó, porque sabía que me había hecho entender; se lo había visto en los ojos y en la alegría al abrir la caja y ahora tenía otro modo de explicarle lo que nuestra relación era para mí.

Estaba exactamente donde quería: encima de mi mujer. Audrey tenía los ojos cerrados y la cara colorada. Nadie más la ruborizaba así. Sí, era obra mía. Tal vez las palabras no fuesen mi punto fuerte, pero se me daban bien otras cosas.

La cubrí de besos y cuando llegué al borde superior de la cinturilla de su falda Audrey empezó a retorcerse. Para fastidiarla, le dejé un rastro de besos en la barriga; me gustaba el sabor de aquella piel, dulce y salado a la vez.

Pero Audrey estaba impaciente. Se incorporó y trató de desabrocharme la camisa. Viendo que no podía, resopló frustrada.

—¿Qué quieres, princesa? —le susurré. Me levanté y empecé a quitarme la camisa—. ¿Que me la quite?

Para cuando aparté la prenda, Audrey ya había empezado a explorarme con las manos. Debió de gustarle lo que encontró, porque se puso de rodillas y me besó, desabrochándome los pantalones con aquellos dedos traviosos.

El corazón se me aceleró en cuanto me rozó la cintura, y cuando me bajó la cremallera apreté la mandíbula, tremendamente expectante.

Nos deshicimos del resto de la ropa a velocidad récord. Después abracé a Audrey, piel contra piel; encajaba perfectamente entre mis brazos. Tomé una buena bocanada de aire recordándome que tenía que ir despacio, de modo que la aparté momentáneamente y la cubrí con las sábanas.

Colaboró metiéndose debajo de la sábana y la colcha. La puse de lado, de espaldas a mí, y me acurruqué pegado a ella. Siempre que me acurrucaba a solas y la anhelaba, me lo imaginaba; aquella noche iba a materializarse. La abracé por la cintura apretándome contra ella. Mi pene impaciente era como un poste contra su espalda, pero tendría que esperar un poco.

Se relajó y volvió hacia mí la barbilla regalándome una sonrisa.

—Me gusta esto.

—Mmm.

—Aunque —dijo en voz baja— se me ocurren varias maneras de mejorarlo. Sonreí entre su cabello sedoso.

—Paciencia, princesa.

—Era un simple comentario.

Ambos reímos, pero entonces echó atrás un brazo y le dio a mi pene un ansioso meneo. Aquel súbito contacto me hizo maldecir en voz baja; la paciencia tiene un límite.

Volvió a hacerlo.

Le di un suave cachete en el dulce trasero.

—Si quieres jugar a esto, pon las manos en el cabecero.

Nunca la había visto moverse tan deprisa, ni siquiera en la cocina, y entonces tuve la prueba definitiva de que las manos de Audrey Kidder en el cabecero de madera de mi cama quedaban estupendamente. La melena le cubría la espalda desnuda; se la sujeté y tiré de ella con delicadeza. Gimió.

Me pegué a ella y balanceó las caderas, pero no reaccioné, para chincharla. Le besé la nuca y se estremeció entre mis brazos.

—Empieza ya —me suplicó.

Empujando y gimiendo, la penetré. Estaba tan húmeda y dispuesta que hundí la cabeza en su cabello y respiré profundamente.

—¡Dios, cómo te echaba de menos! —me dijo con la voz entrecortada.

—Lo sé. —Le solté el pelo para cogerle las caderas. La atraje más hacia mí, hasta poder sentarme—. ¿La sientes?

—Sí...

—Aquí es donde debes estar.

Se agarró al cabezal y gimió.

—Justo aquí. —Arremetí de nuevo contra su cadera dejándola sin aliento. Sentí cómo temblaba entre mis brazos, impaciente; me incliné a besarle el cuello.

—No lo olvides —le ordené entre besos y empecé a sacudir las caderas.

Jadeando, siguió mi ejemplo.

Acrecenté un poquito el ritmo; no todos los días haces el amor por primera vez. Aun así, me derretía literalmente de placer. Fuese bueno o no, Audrey y yo encajábamos. Siempre habíamos encajado, pero nunca me había permitido imaginar un futuro en el que lo compartiéramos todo. Una cama. Un hogar.

«Un apellido.»

Aquel pensamiento me arrancó un jadeo. Lo anhelaba todo. Nadie me había

llegado tanto al alma como ella. Pensar que podía ser mía me parecía un lujo imposible.

El único que deseaba.

Apoyé una mano en el cabecero, junto a la suya, que, comparada con mi enorme zarpa, me pareció diminuta. Me agarró el pulgar con el meñique y se lo ofrecí, con firmeza y amabilidad, mientras le miraba la mano imaginándola con una alianza.

Aquella imagen me hizo perder la cabeza y me llenó cada poro de ansia por Audrey. Le abracé el pecho y la atraje hacia mi cintura. Después, corté la conexión que nos unía, me di la vuelta, la acosté en el colchón y me puse encima. Me cogió la cara atrayéndola hacia sí para darme un efímero beso.

Gimió mi nombre cuando volví a su interior y eso fue superior a mí. No fui capaz de contener más el deseo ni las palabras; dejé que fluyeran. Perseguí lo que ambos queríamos balanceando la cintura y murmurando palabras de afecto. Audrey esperó, en tensión, y me dejó hacer, echando atrás la cabeza cuando ambos nos dejamos ir.

Habría querido seguir donde estaba para siempre.

Nos quedamos a oscuras un buen rato, mudos. Finalmente, Audrey se levantó para ir al baño. Mientras lo usaba, pensé en lo absurdo que era, viviendo en un barracón, pedirle una relación formal a la mujer a la que quería.

Estaba negando con la cabeza cuando volvió a la cama.

—¿Qué?

—Sé que antes te he asustado, pero aspiro a algo más de lo que tengo ahora. Se acurrucó contra mí, con la cabeza en mi hombro.

—Tu situación actual no me preocupa en absoluto, pero si me marchara de

Boston ahora mismo... —dejó la frase sin terminar.

—No tendrías que trabajar para esos gilipollas.

—Griff, llevas una granja y produces una sidra increíble que lleva tu nombre. Yo he dejado dos carreras. En la escuela de cocina la cosa me fue mejor, pero de mi primer trabajo han estado a punto de echarme dos veces, casi tres. He perdido la cuenta. Quiero hacer algo bien por una vez. Si me vengo aquí, estoy segura de que encontrarás algo que pueda hacer, algo en lo que no meta la pata.

—Yo no lo veo así —protesté—. Se te dan bien muchas cosas.

—Sí, sí. —No parecía muy convencida—. Sé, sin embargo, que sería una gran chef. Escucharía más que la mayoría de los chefs con los que he trabajado, mi cocina no sería un campo de batalla, todos trabajarían bien, sencillamente porque querrían trabajar bien.

Me gustaba el tono con el que hablaba cuando imaginaba todo aquello.

—Háblame de tu restaurante, ¿cómo es? —le susurré en la oscuridad.

—¿El que presentaré al concurso la semana que viene?

—Sí. Espera, no. Háblame del que de verdad quieres, del que tendrás cuando hayas triunfado. ¿Cómo será?

Se arrimó un poco más a mí y entendí que ella era todo lo que yo deseaba.

—El restaurante tendría un aforo de unas sesenta personas. Sería pequeñito, pero de mucha calidad.

—Continúa, ¿qué nombre le pondrías? —Le acaricié el pelo.

Levantó la cabeza y sonrió.

—Audrey's.

—Sabia decisión.

Me pellizcó la cadera.

—Quiero un nombre sencillo. Mi restaurante no se llamará Le Princesse Fantaisie ni nada parecido. El ambiente del comedor no será frívolo. Me

gustaría que estuviese en un molino restaurado o en algún sitio del North End, de ladrillo, puede que con vigas de acero industrial. Lámparas de fábrica estilo retro; muebles cómodos, pero modestos.

—Suenan bien. Voy a reservar mesa todos los viernes por la noche. ¿Qué menú tienes?

—Depende del mes. La carta cambiará con frecuencia para adaptarse a la estación.

—Perfecto. Pues la de octubre, por ejemplo.

—De acuerdo. Te recomendaría los medallones de solomillo de cerdo con reducción de vinagre balsámico.

—¿La salsa lleva cerezas?

—No es temporada de cerezas, caballero, pero lleva guarnición de cuscús integral con arándanos, nueces y espinacas hervidas con ajo.

—Interesante.

—Si no te apetece el cerdo, podemos ofrecerte pollo frito en mantequilla con alcachofa de Jerusalén como acompañamiento. Creo que podríamos servirlo con alioli y pimiento asado.

—¿Qué es el alioli?

—Es una especie de mayonesa casera con ajo; se me da bien prepararlo y si lo llamo alioli puedo cobrar treinta y seis dólares por plato.

Me reí y me arrimé más.

—Se te dan bien los negocios, ¿eh?

Continuó describiéndome la carta.

—Por la noche, posiblemente, serviremos aleta de ternera. También habrá hamburguesa de salmón, para variar un poco.

—Muy bien, pero para ya.

—¿Por qué?

—Me ha dado hambre.

Se volvió y me miró con aquellos ojos vivaces que brillaban a la luz de la luna.

—¡Pero si aún no hemos llegado a los postres!

—Bueno, ¿qué tenéis de postre?

Audrey volvió a apartarse.

—Tendré que consultárselo al repostero, pero seguramente algo con manzanas.

—¿Porque estamos en octubre?

—Así es, y si las manzanas son blue pearmain, cobraré el doble.

—Oye, ¿hay sidra en ese menú?

—Por supuesto. Servimos una sidra premiada, de Vermont. La elabora un granjero gruñón que no recuerdo cómo se llama.

Le estrujé un pecho.

—¡Eh, no podrás olvidar cómo me llamo! Seré un cliente habitual.

Me sacó la mano del pecho y me la besó.

—Por Dios, nunca olvidaré cómo te llamas, Griff.

Recorrí su cuerpo y le acaricié con las yemas de los dedos el monte de Venus.

—Tendré que recordártelo si lo olvidas.

Se estremeció un poco y suspiró. Nos quedamos callados un rato y me pregunté si se habría dormido.

—¿Tú a qué aspiras? —No esperaba que fuera a preguntarme nada.

—¿Cómo?

—Acabo de explicarte lo que quiero lograr a cinco años vista. ¿Tú qué quieres?

Respuesta fácil.

—Que Dylan y Daphne hayan acabado la carrera.

—No me refiero a eso, sino a la parte agradable.

Le recogí la melena y se la aparté del hombro, porque no podía dejar de tocarla.

—Justo esto.

—Griffin... —me advirtió.

Al parecer, no me estaba permitido decir cosas así.

—Bien. Dentro de cinco años habré ganado una docena de premios y exportaré sidra a once países. Vermont se habrá llenado de granjeros que cultivarán terrenos para incorporarse a la nueva oleada de interés por la sidra artesanal. Habré comprado la propiedad que tiene el vecino al otro lado de la calle y construido una nueva sala de degustación donde ahora está el establo. También habré construido una casa con unas vistas asombrosas de las Green Mountains y una cocina de chef, por si alguna chef se pasa por allí.

—Excelente.

—Si no he convencido a ninguna mujer para que viva conmigo, me imagino que conviviré con Zachariah el resto de mi vida. Seguramente la gente invente cosas sobre nosotros.

A Audrey se le escapó una risita, así que le hice cosquillas. Después la volví hacia mí y la besé. Inmediatamente, me abrazó.

Eso era lo que deseaba tener a cinco años vista. Todavía no sabía cómo lograrlo, pero no pensaba rendirme.

Audrey

Me desperté muy temprano, acurrucada en el pecho de Griff. Era tan ancho y yo estaba tan cómoda que, en mi duermevela, me pareció posible quedarme así para siempre. Aquellos pectorales eran casi tan grandes como mi deprimente habitación alquilada; además, la calefacción me saldría gratis.

Alguien llamó a la puerta.

—Griff, ¿piensas ordeñar hoy o les digo a las vacas que estás demasiado ocupado? —Era el bocazas de su primo Kyle.

—Empezad sin mí —murmuró Griff.

Sonaron las carcajadas de Kyle.

—Luego lo pasarás mal.

—¿Alguien te ha preguntado?

Oímos el sonido de unos pasos alejándose y después el barracón quedó en silencio. Griff me abrazó y suspiró.

—Tengo que levantarme.

—Ya.

Me besó en la sien.

—Duerme un rato más. Los muchachos no volverán hasta después de desayunar, así que podrás ducharte tranquila.

—Bien pensado. —A regañadientes me aparté de su pecho para ocupar mi lado de la cama.

En lugar de levantarse, tal y como yo esperaba, Griff se me puso encima.

—Me gusta tenerte en mi cama.

Le sonreí.

—Me gusta que me poseas en tu cama.

Bufó.

—Siempre lo conviertes todo en un chiste.

—Te gustan mis chistes.

—Todos y cada uno. —Me besó la frente—. Pero quiero tenerte aquí y seguiré repitiéndotelo, por si se te olvida.

Se levantó y empezó a vestirse, y no me perdí el espectáculo. Sabes que estás loca por un hombre cuando verlo ponerse los pantalones te parte el corazón. Con las manos ásperas se cubrió la firme musculatura. Su cuerpo era sabio. Con un solo golpe en el trasero de una vaca, Griff era capaz de dejarla en la posición exacta para el ordeño; con aquellos brazos esculpidos podía levantar y meter una fanega de manzanas en la prensa. Con aquellos labios llenos y generosos me volvía tan loca que me hacía delirar.

Griff se cubrió la ancha espalda con una camiseta de lana y encima se puso una camisa de franela. Fin del espectáculo.

Se volvió despacio hacia mí; no me molesté lo más mínimo en disimular; no me asustaba que supiese que lo amaba. El problema no era quererlo a él, sino quererme a mí lo suficiente para volver a Boston y triunfar en mis propósitos.

—Contigo aquí me cuesta salir por esa puerta —dijo.

«Lo mismo digo, cariño.»

—Te veo en el desayuno —fue lo que dije en realidad.

Seguí dormitando en la cama de Griff otra hora; era como estar en el cielo y cada vez que me acercaba a su almohada me venían ideas imposibles. «Podrías quedarte. Podrías hablar con Zara y proponerle que te deje poner en marcha un servicio de desayunos en La Cabra.»

¿Y luego qué? Viviría con Griff en el barracón, lo que no haría sino aumentar la carga que ya soportaba. Sería una boca más que alimentar, una complicación más.

¿Y si no nos llevábamos bien? ¿Y si se cansaba de mí? Son cosas que ocurren.

El Audrey's jamás llegaría a existir; aún peor, nunca llegaría a saber si habría triunfado de haberlo intentado.

Me levanté y me duché. Todo lo que había en el baño decía a gritos «Aquí viven solo hombres», desde las maquinillas de afeitar repartidas por doquier hasta el jabón a granel, pasando por el aerosol para pie de atleta de la encimera.

Hilarante.

Me vestí procurando que no quedase ni una sola arruga en la camisa y me peiné, pero cuando crucé el prado que había entre el barracón y la granja noté el rubor subiéndome a la cara. Me costaba entrar por la mañana en la cocina de Griff y mirar a su madre a los ojos; estaba segura de que mi conciencia culpable empezaría a gritar en cualquier momento: «He hecho el amor salvajemente con tu hijo».

Sin embargo, en la cocina había demasiado ajeteo para mis pequeñas inseguridades.

—¡Buenos días, Audrey! —me saludó Ruth desde los fogones. Tenía una tortita en la espátula, pero no llegaba al montón de platos—. ¿Te importaría...?

Rápidamente se los acerqué.

—¡Gracias! Alguien se ha llevado la bandeja.

—¡Lo siento! —gritó May desde el comedor.

—¿Qué hago yo? —pregunté—. Pensaba que el desayuno no sería hasta dentro de tres cuartos de hora.

—Los fines de semana que esto se llena de gente lo hacemos todo antes.

¿Podrías comprobar si el café ya está listo y preparar más?

Y, de esta manera, el caos matutino de los Shipley me absorbió. Preparé el beicon y casqué una docena de huevos en un bol. Nadie me llamó «pinche» ni me dio órdenes.

Cuando le pasé los huevos a Ruth, me sonrió y me dio una palmadita en el hombro.

Me resultaba embarazoso el amor que sentía por aquella familia y lo mucho que ansiaba pertenecer a ella, pero una cosa son los sueños y otra la realidad. Ya tenían suficientes bocas que alimentar.

Cuando los hombres llegaron, May y yo estábamos llevándolo todo a la mesa. Volví a notar mariposas en el estómago cuando Griff entró en el comedor.

—Hola, cariño —me saludó.

—¡Hola! —grité.

Con la poderosa mandíbula señaló la cafetera del rincón.

—¿Te sirvo una taza de café? —me preguntó.

«Sírvenme lo que quieras.»

—Gracias.

El abuelo Shipley entró con el periódico y se sentó. Ruth le llevó una taza de café y, cuando abrió la boca para preguntarle algo, la interrumpió levantando la mano.

—No, hoy no.

Ruth apretó la mandíbula.

—Iba a preguntarte si quieres un huevo pasado por agua.

—En tal caso, sí —respondió de mala gana.

Ruth le puso delante una huevera llena y se sentó. Aquel día le tocaba a Zach bendecir la mesa; lo hizo de un modo solemne y relajado mientras Daphne lo miraba con arrobo.

Empezamos a comer.

Griff lo hizo con una mano en mi rodilla desnuda, una distracción maravillosa.

Los primeros turistas llegaron incluso antes de que los platos hubiesen vuelto a su lugar. May suspiró.

—Ya vienen. Mamá, ¿saco la caja del dinero?

—Ya lo he hecho. Primero saldré yo; tú termina aquí. Tómate otra taza de café. Ven a relevarme sobre las diez y media para que pueda ponerme con la comida.

—Vale.

Me pasé el día entero sirviéndoles sidra a los turistas. En esa ocasión apunté todo lo que decían acerca de su sabor. En la escuela de cocina nos habían enseñado muchas palabras sofisticadas para describir los sabores, pero quería saber qué decía de la sidra la gente común y corriente; a la hora de comer tenía la hoja del portapapeles llena de calificativos tales como «brillante», «con sabor a setas» o «a tarta».

Cuando anocheció, Griff me llevó a cenar a Norwich. Nos sentamos en un restaurante que hacía esquina llamado Carpenter & Main. Con su configuración, típica de una granja, y un suelo de madera que crujía, el local era la sublimación de Nueva Inglaterra. Pedimos confit de venado y de pato y dos aperitivos. Lo compartimos absolutamente todo.

Vermont estaba esforzándose al máximo para enamorarme. Observando por encima del borde de la copa los ojos oscuros de Griff, me daban ganas de quedarme, así que hice lo que siempre hago cuando necesito centrarme: imaginar mi versión de la carta perfecta de mi restaurante de Vermont.

—A lo mejor un restaurante de tapas no es la mejor elección para la

presentación; podría abrir un restaurante típico de Vermont en las afueras de Brookline.

Por primera vez aquel fin de semana Griff puso mala cara.

—¿Por qué no puedes abrir un restaurante típico de Vermont en Vermont?

—Seguro que esa oferta ya está más que cubierta, grandullón. —No era imposible abrir un restaurante en una zona rural, pero había que vivir allí lo suficiente para saber dónde funcionaría. Norwich era un pueblo elegante situado en la orilla opuesta del río Connecticut, frente al Dartmouth College.

Los clientes de aquel restaurante probablemente serían profesores y turistas. Otras zonas de Vermont recibían turismo, pero de temporada. Griff me había dicho que los que iban a su plantación a recoger manzanas solían ser de Connecticut; con los años que llevaba en esa plantación, sabía exactamente cuándo esperarlos.

Abrir un restaurante en Vermont era una idea atractiva, pero ¿sin un estudio de mercado serio ni el respaldo de ningún inversor? Una locura.

Cada vez que me preguntaba por qué seguía trabajando para BPG llegaba a la misma conclusión: era lo suficientemente inteligente para saber lo que ignoraba.

Griff seguía con el ceño fruncido, así que puse la mano encima de su manaza y empecé a acariciársela hasta que se relajó.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —me dijo entonces.

—Claro —contesté preparándome para otra pregunta sobre restaurantes.

—¿Por qué no llegamos a salir? En Boston, me refiero.

—¿Cuándo? ¿Ayer?

Negó con un gesto, despacio, taladrándome con la mirada, y entendí que se refería a antes: a la Universidad de Boston.

Hacía mucho desde la última vez que había pensado en eso.

—Me dejaste un mensaje y no te devolví la llamada —recordé en voz alta.

—Efectivamente. —Alzó la barbilla con cierto aire de desafío.

—Lo siento, no pensaba que te importara tanto —respondí deprisa.

Arqueó las espesas cejas.

—¿Por qué dices eso? Te llamé, te pedí salir, ¿recuerdas? Creo que dos veces.

Sinceramente, ni se me había pasado por la cabeza que pudiese herirlo.

—Veamos, tú eras un gran futbolista y yo una novata que iba mal en todas las asignaturas y a la que el novio había dejado sin autoestima.

Dios, recordando aquel mes sentí una punzada en el pecho. Se suponía que la universidad tenía que ser divertida, todo el mundo lo decía; sin embargo, yo iba a la deriva. Todos mis amigos del instituto se comían el mundo y yo no hacía nada a derechas.

Griff me cogió la mano y me acarició la palma con el pulgar.

—Princesa, me gustabas mucho, pero no supe convencerte.

Llena de admiración, le apreté la robusta muñeca.

—Eso fue en abril o mayo de tu último curso, ¿no? Nos habríamos visto unas cuantas veces y después te habrías ido a Green Bay. La elección del momento oportuno nunca ha sido nuestro fuerte, Griffin.

Sonrió con tristeza y pagó la cuenta.

Después regresamos al barracón e hicimos el amor en completo silencio porque las paredes eran de papel y no queríamos que nos oyesen. Lo que estaba pasándonos aquel fin de semana era romántico, complicado y también íntimo. Lo quería todo para mí unas cuantas horas más.

Deseo concedido.

Griffin me reclinó sobre su escritorio y me hizo el amor con el cielo

estrellado al otro lado de la ventana. Luego me llevó en brazos a la cama, donde dormimos hasta que estuvimos listos para volver a hacerlo.

El fin de semana fue perfecto, pero llegó el lunes, como siempre.

En la oscuridad de la madrugada oí la alarma del despertador de Griff. La apagó y se dio la vuelta para abrazarme.

—Voy a echar de menos despertarme contigo en la cama, pero entiendo por qué debes volver —me susurró.

Como no supe qué responder a eso, me limité a abrazar más fuerte aquel cuerpo grande y desnudo.

—Te llevaré de vuelta después de desayunar —dijo en voz baja—. Y la semana que viene, cuando les presentes tu proyecto a esos imbéciles, espero que te den todo lo que quieres. Y si no, confío en que vuelvas a intentarlo. —Me acarició el pelo—. No tuve ocasión de saber si era capaz de triunfar en el fútbol profesional, no pude comprobarlo, pero tú todavía puedes. —Me besó la cabeza—. Pero si te desanimas, si necesitas descansar un día de tu lucha, estaré aquí, donde puedas encontrarme.

Cerré con fuerza los ojos para contener las lágrimas calientes. No sabía qué había hecho para merecer a aquel hombre.

—No esperaba que metieras el coche en la zanja del borde del camino a mi casa, pero me alegro de que lo hicieras; hacía muchísimo que no me divertía tanto.

Hundí la cara en su cuello y lo abracé con fuerza.

Seguimos pegados un par de minutos hasta que el sonido de pasos en el barracón nos recordó que, nos gustase o no, el día empezaba.

Suspirando, Griff Shipley se levantó de la cama y me arropó. Luego se vistió.

Cuando salió para empezar la jornada, me abracé a su almohada como una maldita imbécil.

La vuelta a Boston fue tranquila. Estuvimos un rato callados hasta que Griff puso la radio. Buena idea. Mi miedo crecía a la par que los edificios. Despedirme de Griffin iba a ser terrible. Aquella noche me acostaría sola en el pequeño y duro futón, preguntándome qué demonios hacer.

A la mañana siguiente volvería al trabajo para aprender lo básico del negocio de la restauración. Pasaría los días sin pena ni gloria en la cocina hasta que llegara el momento de terror para impresionar a un comité de expertos en restauración.

—¿Cariño? —La voz de Griff me devolvió a la realidad.

Ya casi habíamos llegado al pisito.

—¿Sí?

—¿Me haces un favor? El comprador no me ha enviado ningún contrato y este viernes puedo entregarle las primeras cien botellas. ¿Podrías volver a recordárselo?

—¡Claro! Ahora mismo lo llamo —dije contenta de tener algo que hacer. Saqué el teléfono y busqué el número de Burton.

Mientras sonaba, Griffin encontró un sitio para aparcar, dudosamente legal, a unos cuantos edificios del mío.

—Soy Bob Burton.

—Hola, soy Audrey Kidder, tengo una pregunta.

—Hola, Audrey, dime.

—La plantación Shipley puede entregar cuarenta cajas esta semana, pero aún no ha llegado el contrato. ¿Podrías darle un toque al departamento de contratos de mi parte? De todas nuestras compras en Vermont, esta es la más cara, y Shipley necesita ese contrato.

Hubo silencio en la línea, pero no me dejé llevar por el pánico. Le sonreí a Griff, que me devolvió una sonrisa tan encantadora que no presté atención a la respuesta de Burton.

—¿Podrías repetir eso? —tuve que pedirle.

—He dicho que no firmaremos ningún contrato, Audrey. Tenemos otro precio mejor.

—¿Qué? —Me quedé atónita, aquello era absurdo—. ¿Un precio mejor? ¿Cómo puede ser?

—Tu sidra cuesta seis con setenta y cinco, pero hay un lugar en New Hampshire que nos la vende a seis dólares, así que les mandamos el contrato a ellos. ¿Nadie te lo ha dicho?

—¡No! —grité. Me negaba a aceptar aquello—. No puedes hacer eso.

Otro silencio.

—Claro que puedo; el negocio es el negocio.

—¡Pero...! —Ni siquiera sabía por qué motivo cabrearme primero—. Están etiquetándolas para ti y dentro de cuatro días las enviarán. Tú aceptaste comprar doscientas cincuenta cajas a seis con setenta y cinco la botella. Si querías pagarlas a seis dólares, deberías haberlo dicho hace semanas.

Oí un golpe violento por el auricular, como si alguien hubiese descargado un puñetazo en la mesa. Ni siquiera era capaz de mirar a Griffin.

Aquello tenía que solucionarse de alguna manera.

—Burton, escúchame. Una empresa familiar ha cambiado toda su actividad para poder entregarte el pedido, no puedes dejarlos tirados así sin más —le dije.

—No hemos firmado nada. Ya está hecho, Audrey. Ya tenemos el contrato con los de Lebanon. Nos entregaron las primeras cajas la semana pasada.

—Entonces habrá dos sidras en las cartas. Cuantas más, mejor —masqué las palabras.

—No en esta ocasión. Tengo una reunión.

Me colgó. Seguía conmocionada, sentada en la furgoneta de Griff con el teléfono pegado a la oreja.

—Dios mío —susurré y finalmente me atreví a mirarlo a la cara. Nunca lo había visto con la mandíbula tan apretada. Parecía tallada en granito—. Voy a pasar de él —dije—, iré a la sede central a hablar con su padre.

Griff no me miraba, sino que miraba al frente.

—Debería haber seguido mi intuición. Nunca negocio con alguien de quien no me fío. En esta ocasión me he arriesgado... —Apretó el volante con ira—. ¡Joder!

—Yo...

—No es culpa tuya —me dijo, pero con una tremenda frialdad.

—Lo sé, pero... —Pero ¿qué? Yo había propuesto aquel precio. Griff estaba dispuesto a cobrar seis dólares y acordé un precio más alto. ¡Qué inteligente me creí entonces!—. No pueden hacerlo, no se lo permitiré; has invertido mucho dinero en los tanques.

Griffin respondió con un gruñido iracundo.

—Fallo mío. Por lo que parece, suelo equivocarme.

Aquel comentario me provocó un escalofrío; tuve claro que me consideraba uno de sus errores.

—Yo... —Mi primer intento de hablar fracasó porque me atraganté. Tragué con fuerza y volví a intentarlo—. Tengo que irme. Voy a solucionar esto. —Cogí el equipaje del suelo y la manilla de la puerta.

No me detuvo.

Salí de la furgoneta y, cuando me volví, Griffin seguía mirando por el parabrisas, con la mandíbula apretada.

Después de cerrar la puerta de la camioneta de un portazo, fui a pie hasta mi bloque. La mano me temblaba cuando abrí la puerta del edificio y mientras subía corriendo las escaleras lo veía todo borroso.

Entré en el piso atravesando una nube de humo de marihuana y me metí en mi pequeña habitación. La cama nos recibió al equipaje y a mí. Traté de

pensar. El pedido de sidra equivalía a un poco más de cuarenta mil dólares para el presupuesto de la familia Shipley. Llamaría a todos los altos ejecutivos de BPG.

De modo que abrí el equipaje y saqué los apuntes para mi presentación. Había incluido el organigrama de la empresa para poder consultarlo durante la presentación y saber en todo momento el cargo que ocupaba cualquiera que me hiciera una pregunta o me pidiese una aclaración.

Llamaría en orden descendente.

El presidente no respondió a mi llamada, pero le dejé un mensaje a su recepcionista alegando que tenía que hablar con él de un «asunto ético» de suma importancia. Esperaba que el uso de aquellas palabras me allanara el terreno. Después llamé al principal asesor legal de la empresa y le dije a su ayudante que tenía conocimiento de que BPG pretendía incumplir un contrato verbal y que le podía caer una demanda.

Por último, llamé a Burton padre.

—¡Audrey! Esperaba tu llamada.

—Ah, ¿sí? —Mierda—. Señor, tenemos un problema.

—Mi hijo me ha dicho que estás decepcionada.

—¿De... decepcionada? —tartamudeé de lo furiosa que estaba—. Usted me envió a Vermont para hacer un trabajo y lo hice. Arriesgué mi buena reputación por su empresa. ¡Sencillamente no pueden desentenderse de quienes de buena fe quieren hacer negocios con ustedes!

—Cálmate, encanto.

Solté un grito de rabia.

—¿Por qué tendría que calmarme? Están acabando con mi credibilidad y, de paso, con la suya.

—Cuida ese tono —me espetó—. Es mi nombre el que figura en el informe

anual y soy yo quien responde ante los accionistas. Nos han hecho una oferta mejor; así funciona el mercado.

Sentí náuseas. Sabía demasiado bien cómo funcionaba el mercado.

—Aceptarán un precio de seis dólares, pero no puede rechazar el pedido — me apresuré a decirle.

Hubo una pausa durante la cual estuve a punto de vomitar de nervios.

—Cinco dólares. Ahora no necesito la sidra, pero por un buen precio la compraría —dijo Burton.

«¡Joder!»

Cerré los ojos e inspiré profunda y calmadamente.

—Imposible, no hay trato —susurré. De todas maneras, Griff habría respondido eso.

—Entonces creo que no hay más que hablar.

Nada más cierto. Miré el teléfono y toqué la pantalla para colgar.

Eché un vistazo a mi pequeña habitación. Estaba ordenada. Solo rompían el orden las libretas que había dejado en la cama. Pero por dentro estaba destrozada, escombros por todas partes, el corazón en ruinas. Cogí la libreta que tenía más cerca y la abrí por la página donde había dibujado el logo de mi restaurante de tapas con la palabra «Platitos» escrita en arco tanto encima como debajo de un plato reluciente.

Escuché con satisfacción el sonido destructivo de arrancar la página y rasgarla por la mitad. Hice lo mismo con todas las demás. Una por una fui partiéndolas en dos.

A la semana siguiente no me presentaría al concurso. Griff se negaba a hacer negocios con aquellos en quienes no confiaba; ahora entendía por qué. Yo no quería respirar el mismo aire que las personas capaces de actuar de aquel modo, así que me negaba rotundamente a ser la cara visible de su restaurante.

Joder. Me había pasado varios meses intentando ganarme su favor. Menuda pérdida de tiempo.

Vuelta a la casilla de salida.

Comprender aquello me dejó tan agotada que me acosté en la cama, encima de un nido de trozos de papel. Apoyé la cabeza en la almohada intentando no pensar en la cara de rabia de Griffin; le había costado cuarenta mil dólares. Por mi culpa su familia tendría que hacer números todos los días en un futuro próximo. Me imaginé sus caras de preocupación sentados a la mesa, cenando, mientras Griffin trataba de explicarles lo ocurrido. Veía a Ruth frunciendo el ceño con resignación, a Dylan poniendo mala cara, la frustración de May...

Tendida en la cama, la desesperación creció en mi interior hasta que se desbordó en forma de lágrimas.

Griffin

Mi primera reacción a la maldita traición de BPG fue de ira. Estuve varios minutos tan iracundo que ni siquiera podía hablar.

Audrey se marchó precipitadamente a su piso y me avergüenza decir que ni siquiera la vi irse. No había sitio en mis pensamientos para ella. Estaba demasiado preocupado para consolarla, demasiado enfadado conmigo mismo.

Estaba seguro de que aquella gentuza no era de fiar; se lo había dicho a Audrey en cuanto puso un pie en mi propiedad, pero en vez de seguir mi intuición dejé que el corazón me guiase. El negocio de la sidra me apasionaba y había dejado que me dorasen la píldora. Había invertido mucho dinero en los tanques y mi familia iba a pagar el pato.

Muy cansado, intenté valorar los daños. Cogí el teléfono y llamé a casa. Mi madre contestó de inmediato.

—¿Griffin? ¿Todo bien?

—Estoy bien, pero tenemos un pequeño problema —dije tratando de no alarmarla.

—Dime.

—Dile a Dylan que no imprima más etiquetas de sidra para BPG. —Era en lo único que podía ahorrar: mil páginas de etiquetas adhesivas con su correspondiente tinta.

—¿Por qué?

—La empresa quiere cancelar el pedido.

Al otro lado de la línea oí que a mi madre se le cortaba la respiración.

—¡No pueden hacer eso!

—Ya, pero quieren. No pinta muy bien —dije con un hilo de voz.

Tenía que confiar en mi madre; siempre se mantenía firme en los momentos críticos.

—Estaremos bien —fue lo siguiente que dijo.

—Sí —convine, aunque con aquel desastre no iba a pegar ojo.

—A tu padre le ocurrió casi lo mismo en una ocasión.

—¿Ah, sí?

—Había apalabrado vender leche a Quesos Kupper, pero incumplieron el trato. Tu padre también dio de baja el seguro de las dependencias anexas durante unos años y perdió un granero en un incendio. Nos costó un riñón.

—¿En serio?

—Y tanto. Se equivocó muchas veces, pero no por ello era un fracasado. Tú también te equivocarás.

Cerré los ojos intentando concentrarme en las meteduras de pata de papá. Obviamente, entendía que todo el mundo se equivoca, pero no me perdonaba mis fallos.

—Audrey estará preocupadísima —dijo con suavidad.

Me crispé. De no ser por Audrey, nada de aquello habría ocurrido.

—Griff, ¿ella está bien? —me presionó mamá.

—No tengo ni la menor idea —admití—. Por ahora tengo problemas más graves.

—No, no los tienes. A no ser que seas capaz de hacer cambiar de opinión a la empresa, Audrey es tu único problema. ¿Dónde está?

—En su piso, seguramente.

—¿Y tú dónde estás?

—En la camioneta, quiero volver a casa.

El silencio de mamá fue tremendamente revelador. No estaba de acuerdo.

—Habla con ella. No te vayas de Boston enfadado —me aconsejó.

—Pues tendré que quedarme aquí un año —le espeté.

—Cielo, nada de esto es culpa suya.

Lo entendía, hasta cierto punto, pero había bajado la guardia. Llevaba descentrado desde que Audrey se había ido sin despedirse a la ciudad, pensando en lo que yo quería, cuando era algo que no podía permitirme.

—Tengo que irme, mamá. Hasta dentro de unas horas.

—No acabes haciendo de un pequeño error uno más grande —respondió.

—Ni siquiera sé qué intentas decirme. Cuídate. —Corté la llamada.

Después llamé a Isaac Abraham y me contestó Leah, su mujer.

—Hola, señora. Tengo malas noticias. —Le expliqué lo que había hecho BPG—. Por lo que no transportaré ninguna entrega más la semana que viene. También se lo diré a los demás granjeros. Escoged vosotros si seguís con los envíos o pasáis de ellos, pero, desde ahora, yo me desentiendo de esa empresa.

—Vaya, Griffin, qué desastre. No creo que Isaac quiera venderles nada más —contestó Leah.

—Eso es cosa vuestra, pero quería que lo supierais cuanto antes para que podáis organizaros —dije rápidamente.

—Me parece que mañana iremos bien cargados al mercado de Norwich e intentaremos vender por la zona.

—Buena idea —observé.

—¿Quieres que haga unas cuantas llamadas? El bebé duerme.

—¿Me harías ese favor? —Le dicté la lista de granjeros cuyos productos había llevado a la ciudad la semana anterior.

Después me senté al volante, derrotado. Acababa de deshacer el trabajo de

Audrey por segunda vez. Muchos de aquellos granjeros estaban a punto de romper el acuerdo con BPG por una simple cuestión de principios, a menos que no pudieran permitírselo, en cuyo caso iban a tener un problema de transporte.

Sin embargo, eso no era de mi incumbencia. No me ocuparía de los envíos a BPG después de habérmela jugado con cuarenta mil dólares en sidra.

Lo siguiente era volver a casa y pensar en el flujo de caja de los próximos meses. Podría sobrevivir con el dinero de la venta de lo que quedaba del rebaño; no obstante, tenía que encontrar, y rápido, un comprador para toda la sidra que había prensado.

Puse en marcha el motor y esperé a que se calentase. Mientras, busqué en el asiento trasero el bocadillo que May me había preparado para almorzar.

Pero encontré otra cosa. La caja del horno Easy-Bake.

«Mierda.»

Audrey había huido de la camioneta como si estuviera en llamas, dejándose olvidado mi regalo. A lo mejor ni siquiera le importaba.

«Sí que le importa, y mucho», me respondí a mí mismo.

Decidí que ya se lo daría en otro momento.

Arranqué la camioneta y me incorporé al carril de circulación; tardé veinte minutos en salir de Boston. Había vivido cinco años en aquella ciudad, mientras estudiaba, pero tanto tráfico seguía confundiéndome. Al final tomé la autovía dirección norte y aceleré. Seguía hecho polvo, pero tenía mucho trabajo que hacer.

El móvil sonó. Llamaban desde casa.

No contesté.

Volvió a sonar.

Desde la muerte de mi padre tenía una sensación extraña cada vez que mi

familia necesitaba decirme algo, de modo que tomé la siguiente salida y aparqué la camioneta.

—¿Qué pasa? —dije con rudeza cuando mi madre respondió.

—¿Vas a hablarme en ese tono? —me reprendió—. Te llamo para darte una buena noticia.

—¿En serio? —No se me ocurría nada capaz de enmendar el día.

—Has ganado el concurso, el de mayor importe, el de la Sociedad Americana de Catas, a la mejor sidra y a la mejor presentación. En la carta pone que el trofeo está en camino.

—¿Estás segura? —Aquel día, del cielo solo me habían caído clavos, no acababa de fiarme.

Mi madre resopló.

—Griffin, puedo leerte la carta. Empieza diciendo: «Felicidades, Sidras Shipley. Nos enorgullece anunciarle que ha ganado con todos los honores...».

—Espera, ¿qué sidra ha ganado? —Había invertido un poco más de dinero para presentar tres al concurso.

—No cuelgues. —La oí desdoblar un papel—. Número ciento cuarenta y siete, llamada... Vaya.

—¿Qué?

—Audrey.

Reí por primera vez aquel día.

—No me jodas.

—No uses ese lenguaje, pero, efectivamente, Audrey.

—Gracias por decírmelo, mamá. Tengo que reanudar la marcha.

—Sonríe un poco, Griff, que cuando una puerta se cierra otra se abre.

Bonitas palabras, pero me esperaba una puerta que solo podía abrir yo.

—Te veo dentro de unas horas. Voy con prisa.

Después de colgar, tomé otra vez la autovía, esta vez hacia el sur. Tardé más

en llegar a la calle de Audrey por culpa del tráfico, pero el hueco para aparcar dudosamente legal seguía vacío.

Bajé de la camioneta y fui hasta la puerta de su bloque. Los botones del telefonillo no tenían nombre. Llamé al número tres. La puerta se abrió.

Mmm. No eran demasiado cautos. Subí con la caja hasta el tercer piso y llamé a la puerta.

Me abrió un chico delgado con los ojos enrojecidos.

—¿Quién eres?

—Podría preguntarte lo mismo —refunfuñé—. Busco a Audrey Kidder. — Era el piso de Audrey porque capté un atisbo del mismo sofá sucio que había visto el viernes por la tarde.

Me indicó su habitación con un gesto y, perdido el interés por mí, volvió al sofá.

La puerta de Audrey estaba cerrada, así que llamé.

Nadie respondió.

Volví a llamar y agucé el oído. Escuché un sollozo ahogado.

Cuando abrí, lo primero que vi fue a Audrey deshecha en lágrimas, acurrucada en una cama llena de trozos de papel. Mi enfadado corazón se partió en dos, como los dibujos esparcidos por la cama.

—Cariño, no llores —le dije.

Audrey alzó la cabeza, sobresaltada.

—Pero, yo... —Trató de inspirar profundamente, pero solo consiguió hipar—. Todo se ha fastidiado.

Dejé la caja en el suelo y un instante después estaba poniéndome a Audrey en el regazo.

—Lo que ha pasado es un asco, pero tú y yo estaremos bien. —Con solo verla comprendí que había cosas más importantes que vender doscientas cincuenta cajas de sidra. Le enjuagué las lágrimas con el pulgar.

—Pero mi madre tenía razón —dijo—. No sé hacer nada a derechas.

—¡Ni hablar! No tiene razón. Tú no has metido la pata. La responsabilidad no es tuya, sino de los embusteros de BPG.

—¡Les dije que no bajarías de seis con setenta y cinco! Quería que ganaras un poco más de dinero, así que buscaron a alguien dispuesto a vender por... — Volvió a hipar—. Seis dólares.

«¡Menuda mierda!»

—Intentabas ayudarme y te lo agradezco. ¿Por qué has destrozado la presentación?

—No puedo trabajar con ellos. Me niego a hacerlo.

La abracé con más fuerza. Olía a mi champú.

—Eso es cosa tuya. Por mi parte, no les venderé manzanas ni les entregaré los pedidos. Lo siento, cariño. Les he dicho a los otros granjeros que se organicen como quieran.

—Entiendo. —La derrota planeaba en su voz.

—¿Vienes conmigo a casa? —le pregunté.

—¿Y qué hago? ¡¿Estropear algo más?! —chilló.

—No —le respondí con calma acunándola—. Simplemente estar conmigo. Cariño, tenemos que elaborar mucha sidra y puedes ayudarnos; además, tenemos que comercializarla. Encuentra otro comprador; llama la atención de alguna gran distribuidora; preséntate a más concursos; gana unos cuantos premios. Hay mucho por hacer.

—Solo intentas ser am... amable —tartamudeó.

—No soy una persona amable, tú misma lo dijiste.

En ese momento, Audrey lloraba y reía a la vez.

—Cielo, tenemos que unir fuerzas. Prefiero hacer esto contigo que sin ti.

Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Quiero trabajar, Griff. No voy a rendirme con lo de abrir mi restaurante.

—Y no soy ningún experto en ese tema —admití—, pero tiene que haber más de un modo de conseguirlo. Entretanto, puedes trabajar en muchas cosas. Por ejemplo, seguramente Zara necesitará mucha ayuda el año que viene.

—¿De verdad?

—De verdad. Pero mejor que te lo cuente ella. —La abracé y le solté la bomba—. Creo que serías una gran experta en sidra.

—Esa es tu especialidad —contestó.

—Por lo que parece no, cariño. Tu sidra sexy ha ganado el primer premio.

—Espera, ¿en serio?

—Lo juro por Dios, mi madre me ha leído la carta hace nada. Tenemos que elaborar mucha más y subirle el precio. Ayúdame a conseguir las proporciones adecuadas.

—La mezcla era tuya.

—Tú me dijiste que ganaría. Si no recuerdo mal, me exigiste que la presentara a concurso, y ha ganado. Pusiste cachondos a los jueces y me han concedido el premio a la mejor presentación.

Sacudió aquella carita húmeda de lágrimas y me miró.

—¿Me prometes que no lo dices para que me sienta mejor?

Me santigüé.

—Lo juro por Dios y por mi vida. Ven a casa y lee la carta; además, te dejaste el horno en la camioneta. Los pastelitos no se hornean solos.

—Ay... —gimió Audrey—. Quería dejar de ser tan impulsiva; quería convertirme en una gran chef o morir en el intento.

—Como suele decirse, tienes que hacer lo que te apasiona. —Me llevé una mano al pecho—. Soy lo que te apasiona, cariño.

Rio entre lágrimas.

—Te quiero. Un poquito.

El corazón se me encogió.

—¿Solo un poquito? Porque yo estoy rematadamente loco por ti.

Me sonrió, todavía llorosa.

—Dame diez minutos para superar las emociones del día.

—Me parece justo. —La dejé en la cama y me puse de pie—. Vamos, esta vez llévate una maleta grande. —Eché un vistazo a la habitación. Contenía ropa, un ordenador portátil y una colección de libros de cocina en una caja de leche—. Llévatelo todo; le diré al casero que te mudas.

Se apartó el cabello de la cara.

—¿No te arrepentirás de esto?

—No, estoy haciendo exactamente lo que quiero. Tú no te arrepentirás de esto, ¿verdad?

Se levantó y respiró profundamente.

—No me arrepentiré. Quiero trabajar en Vermont.

—¡Hurra!

—Tu trabajo es divertido y, maldita sea, podría hacer rosquillas de sidra. No costará nada y la gente pagará por comerse una rosquilla caliente en la plantación. Podríamos probar con salsas, como la de caramelo con sabor a manzana...

—Dios, ¡qué ganas! Me estoy muriendo de hambre otra vez.

—Me lo imaginaba. Larguémonos ya, que a lo mejor llegamos para la cena.

Audrey

Cuando nos levantamos seguía un poco embotada. Me acerqué al armario y abrí la puerta, pero me quedé mirando la ropa un momento, buscándole un sentido a aquel plan.

Mi madre siempre me había acusado de ser una niña díscola sin suficiente cabeza para mantener un rumbo fijo. Pero estaba equivocada. Había dedicado los dos últimos años a lograr el trabajo de mis sueños. Apenas una hora antes estaba dispuesta a esperar lo que hiciese falta para conseguirlo.

Sin embargo, ¿qué tenía de malo desear cosas? ¿Qué tenía de malo cambiar de planes y mudarme a Vermont siguiendo un impulso caprichoso para instalarme en una plantación de manzanas ecológicas? Quería aquella vida y quería a aquel hombre.

No era una rendición; era un cambio por algo más valioso.

Atolondrada, hice la maleta rápidamente. No tenía cajas, pero todo me cabía en la maleta. Le robé a mi compañero de piso una bolsa de basura para meter en ella la ropa de cama y dejé el futón para el próximo desgraciado que lo necesitase.

Mientras metíamos el equipaje en la trasera de la camioneta, tuve la sensación de estar huyendo de los problemas. Mi madre habría dicho que la inconstancia había vuelto a apoderarse de mí; me habría acusado de tirar la toalla antes de haber conseguido nada.

Y a lo mejor habría tenido razón, pero me moría de felicidad cuando me senté en la camioneta al lado de Griff. Eso era muy importante. Es posible correr en busca de algo en vez de huir de algo, ¿no?

—Griffin —le dije mientras conducía por mi calle. «Adiós y hasta nunca.»

—Dime, cariño.

—Estoy pensando en mi madre, tengo que llamarla.

Puso cara de asco.

—¿Por qué?

Saqué el teléfono del bolso.

—Tengo una idea. ¿Sigues dispuesto a vender la sidra a BPG por seis con setenta y cinco?

Tamborileó en el volante.

—Supongo. No es que me guste mucho la idea, pero necesito el dinero.

La recepcionista de mamá respondió al primer timbrado, como siempre. Creo que, si no, mi madre les bajaba el sueldo.

—Despacho de Karen Kidder, ¿con qué extensión desea hablar?

—Hola. Soy Audrey, la hija de Allison —dije con cautela.

Un breve silencio en la línea. Evidentemente, la nueva recepcionista (siempre había una nueva, porque mi madre las trataba mal a todas) no sabía que su jefa tenía una hija. A lo mejor mi madre había quitado de su escritorio el marco de plata con mi foto o la recepcionista era demasiado tímida para preguntar por ella.

—Espere un momentito, que voy a comprobar si puede ponerse.

Contuve el aliento mientras la secretaria verificaba mi identidad. Mi madre se puso poco después.

—Audrey, ¿pasa algo?

No me esperaba aquel recibimiento, incluso me pareció notar en ella cierta preocupación. Tampoco hay que olvidar que llevaba dos años sin llamarla a la

oficina. Habíamos hablado en contadas ocasiones, cuando contestaba al teléfono sin mirar quién llamaba. Y luego había pasado lo de Vermont...

—Yo... Tengo un problema y necesito que me ayudes.

—¿Estás en la cárcel?

Reí nerviosamente.

—No, mamá, aún no me han encerrado. Es un problema de negocios, con BPG. Sigo de becaria allí o seguía hasta hace una hora.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, no han cumplido el acuerdo de compra con un granjero, un acuerdo decisivo para él. Como inversora del grupo que eres, creo que deberías saber cómo funcionan.

Mi madre escuchaba en silencio mientras le explicaba lo sucedido.

—Se llegó a un acuerdo verbal y lo han incumplido. Tenemos los *e-mails* en los que dicen que el contrato ya está enviado. ¡Son una prueba! A lo mejor cuarenta mil dólares no son una gran suma para ellos, pero pueden hundir a una granja pequeña.

—Y tienes algo con ese granjero, ¿verdad?

—Eso no debería importar, un trato es un trato —me apresuré a responderle.

Suspiró.

—Ambas sabemos que un trato es un trato, pero las reglas son diferentes para las mujeres. Ahora mismo llamo a Burton y le pregunto por qué narices lo ha hecho.

—¿Lo llamarás? —Fui incapaz de disimular la sorpresa.

—Es lo que me has pedido, ¿no?

Abrí la boca, aunque, por un segundo, no pude articular palabra.

—Sí, por favor —dije al fin—, sí. Está mal que...

—Lo sé, Audrey. Lo he entendido. A ver qué averiguo. —Colgó. Mi madre

nunca disponía del segundo necesario para despedirse.

Griffin me miró.

—No he oído ningún grito.

—Ya... No ha ido como esperaba. Va a enterarse de lo que ha pasado en realidad. —Recorrimos unos kilómetros en silencio—. Por poco ni la llamo, no creía que fuera a importarle.

Me apretó la rodilla.

—Puede que tu madre haya entrado un poco en razón. ¿Quieres replantearte lo del concurso? Te acompañaré el gran día. Aún estás a tiempo de intentarlo.

Me volví para observar el perfil de Griff mientras conducía, la cara que vería todos los días. Si por algún milagro superaba aquella prueba imposible y abría un restaurante con BPG, apenas pasaría tiempo con Griff. Estaría dieciséis horas al día observando una cocina sin ventanas de Boston, tratando de que la cúpula directiva del grupo no me pusiera pegajos por el origen de los productos y los precios del menú.

Sería una vida muy ocupada, pero no una buena vida.

—He terminado con ellos —admití—. Hacен de cada día una competición. Si estuviese a la cabeza de un proyecto caro, serían todavía peores. Prefiero discutir contigo a discutir con ellos; al menos contigo tengo sexo.

Griff echó atrás la cabeza soltando una carcajada.

—¿De qué discutimos?

—Aún no lo sé, pero te pones de muy mal humor en cuanto hay problemas.

Se acarició la mandíbula.

—Me dicen que soy más amable si te tengo cerca. Sabes qué significa eso, ¿no?

—¿Que si no estoy yo para regañarte te comportas como un oso gruñón?

Negó con la cabeza.

—No me ha dolido. Ven aquí, anda.

Me desabroché el cinturón de seguridad, me pasé al asiento central y volví a abrochármelo porque íbamos a ciento veinte por la interestatal 93.

—Dime.

Griffin me pasó un brazo por los hombros.

—Esto es otra cosa.

Tenía razón.

—A riesgo de que te enfades, ya que no te gusta que te diga estas cosas... — Me miró un instante y devolvió los ojos a la carretera—. Te amo, princesa. Eres la maravilla que equilibra mis taninos naturales.

Me ruboricé y repetí mentalmente sus palabras. «Te amo.» Había aprendido a ignorarlas si me las decían los hombres que me decepcionaban, pero dichas por Griffin sonaban de una manera completamente distinta.

—Vaya.

—¿A que sí? Todo lo bueno de la vida se puede explicar con términos usados para la sidra.

Le toqué la mejilla dejando que la barba me hiciera cosquillas en la palma.

—Yo también te amo, Griff. Amo todos y cada uno de tus tozudos noventa kilos.

Me empujó la mano con la mejilla.

—Eso es lo único que importa. Lo demás, de una u otra forma, funcionará —me prometió.

Llegamos a Vermont justo antes de las seis. Habían pasado menos de ocho horas desde mi partida, pero seguía en tensión cuando salí de la camioneta. El gallo rodeó el lateral de la casa, patrullando la granja.

Dylan leía un libro de historia en la hamaca del porche y Daphne, por su

parte, estaba sentada de lado en una de las mecedoras de mimbre. La vi estirar una pierna y darle una patadita en el muslo a su hermano.

La hamaca tembló, pero él no le hizo ni caso.

—Caray, me encanta este sitio —admití—. ¿Después nos tomamos una taza de té sentados en el porche?

Griff abrió la puerta trasera de la camioneta y sacó el horno Easy-Bake.

—Si quieres. Nunca me siento cuando los árboles tienen manzanas.

—Entonces, ¿cuándo te sientas? ¿En noviembre, digamos?

—A veces. Algunos días, mientras otros están sentados, corto leña.

Uf. Quería verlo cortando leña. ¡Qué ganas de que llegara noviembre!

Llevamos parte de mi equipaje a la habitación de Griff, que se llenó de trastos. Me sabía mal dejarlo todo en un rincón, pero Griff me tapó la boca con la mano.

—Será mejor que no lleguemos tarde a la cena o mi madre se enfadará —dijo.

Volvimos a cruzar el patio. Estaba cada vez más cohibida. Deseaba que Ruth se limitara a decirme: «Hola, Audrey, querida. ¿Me pasas las servilletas?».

Pero la realidad fue muy diferente.

Una pizca de alegría iluminó las caras de May, Jude y Ruth cuando entramos en la cocina.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo Ruthie dejando una cesta de panecillos para acercarse a saludarme con dos besos—. Creía que mi hijo había perdido la cabeza. Menos mal que ha recuperado el sentido común. —Cogió un sobre que había al lado del teléfono—. Mira, cielo, mira qué ha ganado Griffin.

—Estoy al tanto —dije sacando la carta del sobre.

Leí por encima la breve felicitación del comienzo hasta llegar al anuncio

del premio: «Mejor sidra y mejor presentación: Audrey, elaborada por la granja Shipley.»

—¡Dios mío! ¿Le has puesto mi nombre? —grité.

La expresión de Griff era seria, pero creo que le vi el cuello colorado.

—¿Cómo si no iba a acordarme de cuál era tu propuesta?

—¡Tu premio lleva mi nombre! ¡Nunca había ganado un premio! —chillé.

—Todo el mundo gana alguno —dijo May.

—¡Yo nunca! —Releí la carta—. Te darán un trofeo y a lo mejor pondrá «Audrey».

Griff soltó una risita.

—Puede. Maldita sea, si no haré que se lo graben, solo por ti.

Salté a sus brazos.

—¡Gracias!

—¿Por qué? —preguntó en voz más baja que mi torpe entusiasmo.

—Por presentarla. Por todo.

Me dio un beso largo y húmedo en el cuello, delante de todos.

—Tú eres mi premio, princesa. Ahora toca celebrarlo con una cena. —Me dejó en el suelo y se frotó el estómago.

Quince minutos después estábamos todos sentados a la mesa esperando al abuelo. Oímos el sonido de los neumáticos en el camino de acceso justo cuando Ruth, enfadadísima, estaba sentándose.

—Llegas tarde —le dijo al abuelo cuando entró en el comedor.

—Perdón. —Ocupó con parsimonia el último asiento libre, junto a su nieta. Besó a May en la mejilla y sacudió la servilleta.

—Griffin, hoy te toca a ti bendecir la mesa —le dijo.

Me miró con dulzura y me cogió la mano.

—Bendícenos, oh, señor, por los alimentos que vamos a tomar. Quiero agradecerte que hoy hayas vigilado el lagar mientras Kyle estaba a cargo de la prensa. Esta vez no ha atascado el molino y por ello te doy las gracias.

Al otro lado de la mesa, Kyle puso los ojos en blanco.

—Y gracias por devolverle el sentido común a Audrey y traerla de vuelta a Vermont, el estado más hermoso de la unión, para que forme parte de esta familia ruidosa, y a veces poco colaboradora, que ya la quiere tanto.

Sonó un breve aplauso y no me avergüenza decir que me hizo llorar.

—Eso sí, la pobre chica tendrá que aguantarte a ti —murmuró alguien.

—Amén.

Una vez bendecida la mesa, empezó el trajín de platos; íbamos a comer pavo relleno y boniatos con salsa de arándanos. Cuando Griffin se hubo servido la comida, se levantó y desapareció. Oí la puerta de la cocina abriéndose y cerrándose. Al cabo de cinco minutos, lo mismo. Griff volvió al comedor con una jarra en la mano.

—¿Qué traes? —le preguntó May cuando la dejó en el aparador para contar las copas.

—¿Qué va a ser? La sidra ganadora.

Llenó las copas y puso una delante de cada comensal, excepto a Jude; incluso a los mellizos.

—Es una ocasión especial —murmuró.

Después dejó la jarra en el centro de la mesa. «AUDREY», ponía en la etiqueta, escrito con rotulador.

De pie, detrás de su silla, alzó su copa.

—¡Que las cosas sigan mejorando!

Más aplausos y bromas.

—¡Sí!

—¡Felicidades!

—¡Vaya ego!

Tomé un sorbo y aquella sidra extraña, maravillosa y almizclada me sorprendió con la misma intensidad que la primera vez.

—Increíble. —Tomé otro sorbo—. Está... peligrosamente buena.

—Es... —Su madre dejó la frase en el aire y volvió a probarla. Hizo girar la sidra en la copa—. Extraordinaria, cielo. Realmente es única. ¿A qué sabe?

Miré a los ojos a Griff por encima del borde de la copa. Fue un error, porque estaba conteniendo la risa. Me la contagió y también tuve que reprimirla.

Aparté los ojos rápidamente para observar la cara que ponían los demás cuando probaban la sidra sexy. Al menos Griffin no había escrito eso en la jarra. Las burbujas de la felicidad me invadieron amenazando con desbordarse.

Jude cogió la copa de May, sentada a su lado, y la olió.

—Fascinante —dijo despacito y me guiñó el ojo.

Habría perdido por completo el control si Griff no me hubiese distraído.

—Abuelo, ¿qué te parece si mañana te instalas en la granja? —le dijo.

El abuelo, con el tenedor en una mano y la excelente sidra de Griff en la otra, respondió con un gruñido.

—No puedo convencer a Audrey de que se quede en Vermont si tenemos que vivir en un barracón. Nos vendría bien tener algo más de espacio y a ti te costaría menos llegar al comedor.

Ví que Ruth contenía la respiración. El abuelo guardó silencio. Pinchó un poco de relleno y lo masticó antes de tomar un sorbo de sidra.

—Arroz con coco —dijo finalmente.

—¿Cómo? —dijo Griff.

—Me instalo aquí mañana mismo si Audrey prepara arroz con coco y esas verduras especiadas.

Hubo murmullos de alegría en la mesa.

—Cuando quieras —me apresuré a decirle.

El abuelo miró al nieto asintiendo.

—Eres un chico listo, ¿lo sabías? Encuentras a la chica perfecta y sabes cómo tratarla.

—Eso intento —contestó Griff en voz baja.

—Esta noche tráeme unas cuantas cajas vacías. Después de la tarta, por supuesto.

—Te las llevaré —prometió Griff.

Ruth entrelazó los dedos de las manos.

—¡Perfecto! Mañana lo primero que haré será prepararte la habitación. Te instalaremos la televisión y creo que Griff podría meter tu sillón reclinable, si quieres. Si no, lo pondré en la sala de estar.

—Lo que sea —dijo el abuelo, como si aquello no le importase. Fue a servirse otra porción de pavo de la bandeja.

Después de eso apenas hablé. Me comí el pavo escuchando a los Shipley discutir sobre quién tendría el mando de la televisión aquella noche. (El partido del lunes contra el programa de Daphne. Daphne se quedó sin su programa.) Bebí un sorbo de mi sidra tocaya, asombrada de la suerte que tenía.

—¿Estás bien? —me preguntó Griff.

Una hora más tarde íbamos despacio en su camioneta por un camino de tierra. Giró bruscamente a la derecha y se metió por un caminito que resultó ser un acceso para coches.

—Estoy bien, pensando en tu abuelo. No lo estaremos echando de casa, ¿verdad?

Soltó una risita.

—¡Qué va! Mi madre lleva intentando convencerlo desde hace meses, pero

es un cabezota.

—Me recuerda a alguien, pero no sé a quién.

—Sí, soy terco, lo sé. —Me tocó la rodilla—. Al abuelo le cuesta aceptar que su nuera cuide de él, eso es todo, pero no falta a ninguna comida y es Dylan quien le limpia de nieve los escalones. May le compra el café y las galletas. Mi madre lo lleva a las citas con el médico y le llena el depósito de gasolina para que venga a casa. Depende de nosotros, pero no quiere hacerlo. Nosotros le hemos dado la excusa que necesitaba para mudarse, eso es todo.

—Vale. —Sencillamente no estaba acostumbrada a las familias numerosas en las que todos se ayudan. No entendía su funcionamiento.

—Ya hemos llegado. No es gran cosa, pero...

Los faros de la camioneta iluminaban una casita muy mona con las tejas de madera y los postigos rojos. Tenía dos claraboyas en el hastial, como un par de ojos, y en el centro se elevaba hacia el cielo una chimenea de piedra.

—¡Me encanta! Ahora sí que me siento culpable.

—No lo hagas, de verdad. —Se acercó y me besó la mejilla—. El abuelo necesita tener la ducha en la planta baja y en esta casa no hay. Además, mamá le preparará todos los pasteles que quiera, porque no se pasará las noches en vela preguntándose si su suegro se ha caído por las escaleras. ¡Vamos!

Llevábamos las cajas que Ruth había encontrado.

—Podéis dejarlas en el dormitorio o, si queréis, ahí mismo. Estoy viendo el partido —dijo el abuelo desde el sillón reclinable.

—¿Quién gana? —preguntó Griff deteniéndose a echarle un vistazo al marcador.

Decidí subir unas cuantas cajas; era eso o quedarme atrapada viendo el partido. La casa era tan bonita por dentro como por fuera, con tarima de roble y chimenea de piedra cuya repisa pedía a gritos calcetines de Navidad. Con

cuidado, subí las escaleras de madera pulida, un tanto empinadas; tendría que prestar atención al subir.

Arriba encontré dos dormitorios. Era evidente que uno de ellos no se utilizaba. Olía a polvo. Sin embargo, el otro era precioso, de techo alto con vigas de roble y las paredes de color crema. En el amplio baño había una bañera con patas encima de un suelo antiguo de damero.

—Eh. —Al cabo de unos minutos Griff me encontró de pie en el baño, imaginándome el lavabo con unas bonitas toallas y una alfombrilla de baño peluda—. Ya ves que no es el hotel Plaza.

—Calla. Quiero vivir aquí contigo. No podremos hacer el amor en la ducha, pero ese es el único defecto que le he encontrado.

—Hay una ducha en el jardín, así que lo tenemos todo. —Dejó las cajas y me besó—. Convendría renovar la cocina —me dijo entre besos—. No será posible hasta que no nos entre más dinero; dentro de mil años, a lo mejor.

—No me importa.

—No has visto las espantosas encimeras de los años sesenta. —Beso—. Aunque podemos hacer mejoras sencillas. —Beso—. Pintar. —Beso—. Elige los colores.

Le di un beso largo y lento. La idea de construir un hogar con Griff era tan maravillosa, tan inesperada, que solo de pensarlo me daba vértigo.

—Bautizaremos las habitaciones —susurré.

—Por supuesto —me gruñó en la boca—. Trabajaré el doble de rápido si luego tengo que volver a nuestro hogar.

Separé los labios y lo abracé. Cuando apoyé la cabeza en su pecho, vi las Green Mountains por la ventana.

—¡Qué sitio tan bonito! No sé si me lo merezco.

—¿Hablas en serio? —Me abrazó con más fuerza—. Yo me lo merezco, ¿por qué tú no?

El teléfono sonó en mi bolsillo trasero. Tardé un momento en prestarle atención, pero cuando recordé que estaba esperando una llamada de mi madre me separé de Griff y contesté.

—¿Diga?

—Hola, Audrey, tengo novedades.

—¡Bien! Dime.

—He hablado con Burton. Le he dicho que nosotros no hacemos negocios de esta manera, pero cuando ha sacado el contrato con el otro sidrero he visto que contiene una cláusula de exclusividad.

—¿Qué?

—Los abogados estipulan en ese contrato que este año su sidra será la única del menú de BPG.

—Entonces me estás diciendo que ese tío ha sido más inteligente que yo —me quejé.

Mi madre suspiró.

—Puede que tenga más experiencia o que sea menos sensible. Audrey, no eres ninguna tonta. Lo siento si alguna vez te has sentido así por mi culpa.

Tardé un momento en entender lo que acababa de decirme. Mi madre jamás se había disculpado.

—Ah... Gracias.

—Acaba de llamarme Ruth Shipley.

—¿Te ha llamado? —chillé.

—Es encantadora y me ha dicho muchas cosas buenas de ti.

Vaya.

—¿Quería hablar contigo de lo de la sidra?

—No, solo quería decirme que has vuelto a Vermont, que la ayudaste mucho cuando se lesionó en verano y que cuidará de ti. —Incómoda, se aclaró la garganta—. Parece una familia estupenda.

—Sí, lo es; por eso me revienta que los hayan engañado —dije con energía.

—Lo entiendo. No fue culpa tuya. Burton te envió a hacer negocios sin explicarte las reglas de la selva. Pero eres una chica muy capaz. Ir a la escuela de cocina fue un gran acierto. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti.

Estaba a punto de explotarme la cabeza.

—Pues... gracias, mamá, pero Griffin sigue siendo cuarenta mil veces más pobre que esta mañana.

—Lo sé —refunfuñó—. Si interpone una demanda, posiblemente gane, pero...

—Es muy cara —terminé la frase por ella.

—Muy cara —convino.

—De acuerdo. —Tomé una buena bocanada de aire—. Gracias por haberlo intentado, te lo agradecemos de veras.

—Si quieres preguntarme algo más o pedirme algo de BPG, me alegrará hablar de ello.

Volvió a impresionarme aquel tono de voz tan modesto.

—Te lo agradezco, pero he terminado con BPG.

—Lo entiendo. Podrías acercarte a comer conmigo cuando estés por la ciudad.

Me sorprendí tanto que no respondí.

—¿Audrey?

—Perdona. Por supuesto. A lo mejor cuando ya esté instalada aquí.

—Bien. Hasta entonces, cuídate —dijo.

—Igualmente —contesté con ternura.

Corté sin saber qué había sido lo más desconcertante de aquel día, si el hecho de irme a vivir con Griff o la conversación con mi madre.

—No ha podido arreglarlo, pero lo ha intentado —susurró Griff.

Me apoyé en él negando con la cabeza.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. En cualquier caso, voy a elaborar mucha sidra. Solo tenemos que encontrar otro comprador. ¿Tienes amigos sedientos? —Me abrazó.

—Han sido más listos que nosotros.

—Solo esta vez —me aseguró. Me besó la cabeza—. Vamos a acostarnos temprano, que mañana tenemos mucho que hacer.

—¿Solo quieres acostarte temprano por eso? —le pregunté mientras iba hacia las escaleras.

—¿Tú qué crees?

Sonriente, lo seguí escaleras abajo.

Noviembre

Audrey

El teléfono sonó mientras cerraba un bote de pintura, arrodillada en la lona que cubría el suelo del salón. El número tenía el prefijo 617 de la zona de Boston. Me emocioné un poco. Había intentado convencer a un par de distribuidores para que probasen suerte con Sidras Shipley y cualquier llamada suya era importante para mí.

—¿Sí?

—Hola, me llamo Sarah y llamo del Beantown Restaurant Group. Tengo una llamada para Audrey Kidder, de parte de Raphael Asher. ¿Es usted?

—Eh, sí.

—Un momento, por favor.

Intenté, sin éxito, recordar si conocía a alguien en Beantown Restaurant Group.

—¡Audrey! Soy Raphael Asher. Compro y recolecto productos locales para veintisiete restaurantes de Boston. ¿Qué tal?

—Bien, gracias. ¿Qué puedo hacer por usted? —¿Había dicho «recolecto»? ¿Qué demonios...?

—Muy bien. Pues acabamos de contratar al chef Michael Quigley, que antes trabajaba para North End Kitchens. ¿Lo conoce?

Busqué entre mis recuerdos intentando dar con ese nombre. Había coincidido con el chef Quigley una sola vez y durante apenas quince minutos. Era una de las estrellas en ascenso de BPG.

—Nos hemos visto —dije sin especificar—. ¿Ha dejado BPG?

—Sí. Le hemos lanzado el anzuelo. —Raphael se rio—. Bueno, pues el chef Quigley y yo tuvimos la semana pasada una larga conversación sobre el mecanismo de la granja a la mesa y me habló de ti. Me contó que en septiembre le conseguiste unas peras ecológicas estupendas y creo que también calabacines. ¿Dirigiste el programa de la granja a la mesa de BPG?

—Bueno... —¿Contaba la verdad o no? Decir que dirigía el programa habría sido exagerar—. Me pasé el verano dando vueltas por Vermont buscando granjeros que quisieran vender, pero el programa de BPG estaba todavía en pañales para funcionar debidamente. —Cogí aire esperando haber sido lo suficientemente diplomática con la descripción. Una no criticaba a su exjefe, aunque este lo mereciese.

—He oído que BPG es ahora mismo una completa ruina —me dijo Raphael en tono confidencial—, pero también he oído que hiciste un buen trabajo. De hecho, me gustaría sentarme contigo y hablar sobre el programa que voy a lanzar. Necesito a alguien como tú en el equipo, alguien con experiencia.

¿Qué podía responder a eso?

—Me encantaría —le respondí con cautela—, pero ya no vivo en Boston. Me he mudado a Vermont.

—No hay ningún inconveniente —se apresuró a decir—. ¿Podríamos vernos en Boston? Escoge tú el día. El trabajo que tengo pensado para ti irá mejor si estás en Vermont. Tengo grandes planes, Audrey. Quiero organizar un programa de la granja a la mesa como es debido; contratar a compradores como tú que colaboren realmente con los granjeros. Trabajarías todo el año, pero a media jornada.

—Madre mía. —No era una respuesta muy sofisticada, pero el trabajo tenía una pinta buenísima—. Así que está buscando gente que trabaje sobre el terreno para llevar la coordinación entre los productores y los restaurantes. Si se hiciera durante todo el año, podríamos decidir qué cultivos queremos antes de que los siembren.

—¡Sí! ¡Justo! Me encantaría escuchar qué organización sería la mejor.

—De acuerdo. —Tenía el corazón alegre—. Me encantaría charlar con usted. Los granjeros empiezan a comprar las semillas justo después de Año Nuevo. —Se lo había oído decir a Isaac Abraham el día anterior, en la cena de los jueves—. BPG no entiende lo importante que es el plazo de elaboración; creían que con llegar con un día o dos de margen conseguirían los mejores productos, pero la cosa no funciona así.

—Lo sé. Veámonos, pues. ¿Este mes te va bien? Puedes ponerte de acuerdo con mi secretaria.

La puerta se abrió y Griffin entró con el correo. Me saludó con la mano.

Le hice el típico gesto para que esperase un segundo.

—Muy bien, Raphael, eso haré. ¿Por casualidad le gustaría conocer también a un productor de sidra premiado de Vermont?

—Mmm, ¿por qué no? —contestó.

—Me acompañará —dije de inmediato.

—¡Estoy impaciente! ¡Gracias, Audrey!

Clic.

Me quedé mirando el teléfono que sostenía en la mano.

—¡Princesa! —Griffin se sacó las botas y me besó la frente—. ¿Quién era? Dame buenas noticias.

—Podrían serlo —dije midiendo las palabras. Cuando me reuniese con Raphael, del Beantown Group, tendría los ojos bien abiertos. Le expliqué a Griff lo que quería Raphael.

—Pues si este señor es más inteligente que los títeres de BPG, podría ser un buen trabajo para ti, si te interesa —admitió atusándose la barba.

—Me interesa —le respondí al instante. Llevaba ocho semanas ocupándome del servicio de desayunos de La Cabra y sustituyendo a Zara por las mañanas. Había ayudado a Griffin a elaborar mucha sidra. Sin embargo, un trabajo digno para una empresa de restauración me iría como anillo al dedo—. A lo mejor también podremos venderle sidra.

Griff me sonrió.

—Lo intentaremos.

—Y si puedo trabajar a tiempo parcial aquí...

—Sería ideal —terminó Griff.

—Sí, y el dinero nos vendría de perlas.

—Hablando de dinero. —Griff examinó las cartas que tenía en la mano y me dio un sobre.

Le di la vuelta y encontré el sello del banco de mi madre.

—¿Qué es? —Lo abrí con el pulgar y saqué un papel doblado. Era un cheque de cuarenta mil dólares—. ¡Dios mío!

—Eh —me advirtió Griff cuando algo cayó del sobre. Se inclinó a recogerlo—. Aquí hay una nota.

Era la letra de mi madre en su papel de cartas cursi con membrete. «Audrey, me enorgullece que hayas terminado tus estudios en la escuela de cocina. Aquí está el dinero de la matrícula que te debo.»

—No puede ser —susurré. Se me hizo un nudo en la garganta y se me agolparon las lágrimas en los ojos. Era la segunda vez que mi madre me decía que estaba orgullosa de mí. Era posible que lo dijese incluso en serio.

—Es mucho dinero, cariño. ¿Quieres comprar sidra?

Me fijé en la mirada burlona de Griff y solté una carcajada.

—Claro, a cuatro dólares la botella.

—Ah, no... No hay trato, empresaria ladrona. —Me levantó del suelo abrazándome.

Restregué la cara contra aquella barba.

—Pero el dinero nos vendrá muy bien. Así no tendrás que preocuparte tanto. Me bajó y se apartó, y me cogió de los hombros con aquellas manazas.

—Estaremos bien, princesa. Venderemos la sidra, aunque no de una sola vez, como me habría gustado. Mete el dinero en el banco, que algún día tendrás un plan que llevar a cabo. Verás un edificio en venta y te darás cuenta de que deberías convertirlo en un restaurante llamado Audrey's. Sigo deseando que hagas realidad tus sueños.

—Me gusta tu modo de pensar, Griff. —Me puse de puntillas y le di un beso.

—Mmm —dijo mientras me besaba—. También me gusta lo que piensas, pero ahora tenemos otras cosas entre manos. He venido a buscarte para que puedas despedirte de Jude.

Oh.

—¿Ya se va?

—Sí, Zach y él le han hecho una puesta a punto al cacharro que acaba de comprarse y está cargando las cosas en el maletero.

—Vale, ahora voy. —Metí el cheque y la nota, que para mí tenía más valor, en el bolso. La casa estaba patas arriba; habíamos arrimado a una pared todos los muebles del salón y los habíamos cubierto con una lona mientras pintábamos, pero me encantaba construir nuestro hogar. Para las paredes del salón habíamos elegido el color crema y había pintado de verde salvia una estantería. Ruth me ayudaría a tapizar el sofá y a coser cojines.

Entré en la cocina, que necesitaba una reforma urgente imposible de momento, para coger las galletas que le había hecho a Jude. Eran de jengibre, sus favoritas.

Cogí un abrigo y subí con Griff a la camioneta. Era un ventoso día de noviembre. Las mangas harapientas del espantapájaros que había colocado Dylan para proteger el buzón se sacudían cuando enfilamos el acceso a la granja. Vería pasar las estaciones. El color de las Green Mountains era más morado que hacía un mes y pronto estarían cubiertas de blanco.

Griff apagó el motor junto a la chatarra que Jude se había comprado por unos cientos de dólares en metálico. Negó levemente con la cabeza cuando la vio.

—Jude lo arreglará —dije desabrochándome el cinturón de seguridad.

—Hay cosas que no tienen arreglo. Espero que esté bien en el taller de su padre, en Colebury —deseó con seriedad.

Le hice cosquillas en las costillas.

—¿Quién se ha puesto sensiblero?

Me miró con dulzura.

—Nunca he dicho que no lo fuera, sobre todo contigo.

—Eso merece un beso. —Le cogí la cara con ambas manos y le planté un beso. Se abandonó a él, lamiéndome levemente los labios para provocarme. Menos mal que teníamos nuestra casita carretera abajo, porque los dos éramos insaciables desde el día de mi llegada.

Casi todas las noches nos íbamos a la cama temprano, pero no porque tuviéramos sueño.

Sonó un bocinazo tan fuerte que nos asustó. Miré por la ventanilla y vi a Jude sonriéndonos, apoyado en su cacharro, con un brazo dentro, haciendo sonar el claxon.

Griff abrió su puerta.

—¡Ya vale, por Dios!

—Bueno, estoy esperándote, jefe, y es de mala educación darse el lote delante de alguien que lleva tres años en dique seco.

A su lado, Zachariah se ruborizó, como siempre que el sexo salía a colación.

Me bajé de la camioneta y le di las galletas a Jude.

—No he dejado que Griff se acerque a ellas; son todas para ti —le dije.

—Sigo resentido —murmuró Griff.

—Audrey, eres la mejor. —Jude me besó en la mejilla y le di un abrazo.

—Cuídate, ¿vale?

—Sí.

—Más te vale —terció Ruth cruzando el prado con una caja en los brazos—. Aquí tienes el desayuno para mañana y unos cuantos calcetines de lana, que hace frío.

Jude se puso una mano en la nuca y se miró los zapatos.

—Gracias, señora Shipley; se lo agradezco de veras.

—Lo sé, cielo. Sigue comiendo, que tienes un aspecto más sano que en julio. —Le dio un golpe en el pecho.

Había mejorado, era verdad.

—No te olvides de las cenas de los jueves, contamos contigo —le dijo Ruth mientras Jude dejaba la caja en el asiento trasero de aquel coche espantoso.

—Gracias —dijo, con un hilo de voz, que no era lo mismo que decir «ahí estaré»—. De verdad, gracias por todo. —Le tendió la mano a Griff—. No sé qué podría haber hecho para no recaer sin este trabajo.

—Yo no sé qué habría hecho sin tus manos —le respondió Griff.

Jude le estrechó la mano a Zach y aceptó un abrazo de Ruth. El resto de los hermanos Shipley estaba en clase y Kyle había vuelto a casa de sus padres la semana anterior.

Jude se puso al volante y, cuando el motor cobró vida, torció el gesto.

—Le vendría bien un silenciador —dijo Zach a nadie en particular.

—Le vendrían bien muchas cosas —contestó Jude por la ventanilla bajada.

Sonrió, pero sin alegría.

—¡Adiós, cielo! —lo despidió Ruth—. ¡Nos vemos el jueves!

Jude se despidió, pero sin prometer nada. Después dobló hacia la carretera y se perdió de vista.

Nos quedamos todos de pie unos instantes, llenos de tristeza.

—Zach se quedará solo en el barracón —observé.

—Da igual. ¿Esta tarde vamos a llenar el tanque número tres? —dijo Zach.

—Sí. Dame un momento —contestó Griff.

Ruth se metió en la casa y Zach caminó hacia el lagar dejándonos a Griff y a mí junto a la camioneta.

—Vuelve a casa si quieres. Esta noche cenamos aquí, ¿vale? Mamá ha preparado estofado.

Lo olía.

—Me parece genial. —Algunas veces cocinaba para Griff y otras lo hacía en la granja, o simplemente comía con toda la familia; no sabía qué me gustaba más. Por un lado, una comida íntima con Griff a veces terminaba haciendo el amor en la encimera; por otro, las comidas con su numerosa y alocada familia me encantaban—. ¿Crees que volveremos a ver a Jude? —pregunté de repente.

Griff torció el gesto.

—No tengo ni idea. Creo que quiere intentar apañárselas solo, ¿sabes? Necesita comprobar si es capaz.

Miré el camino de acceso, como si Jude siguiese allí.

—Espero que todo le vaya bien.

—Todos lo esperamos. —Griffin me empujó contra la camioneta y me besó el cuello—. Te veo dentro de unas horas. Esta noche a lo mejor necesito que pruebes un par de mezclas conmigo.

—Oblígame —le dije disfrutando del roce de la barba contra mi cuello.

Me cubrió el cuello de besos.

—A ver si consigo equilibrar las agridulces con la cantidad adecuada de acidez.

—Me encanta cuando quieres una cata, cariño.

Griff resopló y retrocedió un paso.

—Sube a la camioneta antes de que me eche encima de ti aquí mismo en el camino.

Abrí la puerta.

—Vale, pero solo para no traumatizar a Zach y a tu madre.

Me saludó mientras me alejaba. Recorrí los ochocientos metros hasta casa para hornear otra tanda de galletas de jengibre para mi hombre.

Los granjeros dominan la tierra... y el mundo.



La última persona a la que Griffin Shipley espera encontrarse atrapada en una zanja en su finca rural de Vermont es a la chica con la que compartió un par de noches apasionadas cinco años atrás, cuando ambos eran estudiantes universitarios. A los veintisiete años, Griff se ha convertido de la noche a la mañana en el patriarca de la granja familiar. Por si la carga de tener que mantener a su madre, su abuelo y sus tres hermanos no fuese suficiente, ahora deberá tratar además con una urbanita que pretende comprarle la cosecha a mitad de precio. Vermont nunca había entrado en los planes de Audrey Kidder, y mucho menos un reencuentro con Griff Shipley. Pero Audrey necesita desesperadamente que los propietarios de la cadena de restaurantes para la que trabaja como chef le concedan una segunda oportunidad. Así que no va a permitir que un arrogante granjero de aspecto salvaje se interponga en su camino. Griffin y Audrey son ahora adversarios, con visiones enfrentadas de la vida. El problema es que la química sexual entre ellos es tan fuerte como la salsa picante del plato estrella de Audrey. O más.

Sarina Bowen es autora de una docena de novelas románticas contemporáneas y de temática LGTB. Ha ganado el premio RITA® y ha entrado en varias ocasiones en la lista de los libros más vendidos del USA *Today*. Tiene un máster en Economía por la Universidad de Yale y, antes de dedicarse a la escritura, trabajó en Wall Street. Actualmente vive New Hampshire con su familia.

Título original: *Bittersweet*

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2016, Sarina Bowen

Publicado originalmente por Rennie Road Books

Derechos de traducción mediante acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Paula Vicens Martorell, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig

Imagen de portada: Franggy Yanez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17664-56-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Unidad de medida que equivale a doce docenas de unidades. (*N. de la T.*)

[2] Siglas de Bondage y Disciplina, Dominación y Sumisión, Sadismo

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Ni dulce ni amargo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Tercera parte

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Sobre este libro

Sobre Sarina Bowen

Créditos

Notas